

La memoria del trabajo

La memoria del trabajo y el futuro del patrimonio

A vueltas con la condición obrera

Mercado de trabajo y voluntariado. Dinámicas de inserción laboral y precarización en el tercer sector

La construcción de los saltos del Sil (1945-1960)

El entorno social de Minas de Lieres: organización espacial, urbanismo y sociabilidad

ISSN 0210-8364



9 778402 108365

52 Sociología del Trabajo

NUEVA ÉPOCA

S

T

52

REVISTA CUATRIMESTRAL DE EMPLEO, TRABAJO Y SOCIEDAD

OTOÑO 2004

OTOÑO 2004

La memoria del trabajo

El trabajo, patrimonio de la humanidad

EMILIO GABAGLIO, CÁNDIDO MÉNDEZ y JOSÉ MARÍA FIDALGO



¿Cuál será el futuro del trabajo en el siglo que se inicia bajo el dominio de la globalización y en el cual tiene todavía pendiente el objetivo del pleno empleo para todas y todos?

La situación es más inquietante. Los últimos datos de la Organización Internacional del Trabajo en el mundo indican que de las 550 millones de personas que viven en el mundo, 550 millones no tienen acceso al empleo. En España, más de 2 millones de personas sólo encuentran trabajo a través de los intermediarios, lo que supone un coste de 100 millones de euros al año. En algunos países, como España, se asiste a un fenómeno de precarización

saría, aunque no suficiente, para la construcción de un nuevo paradigma del desarrollo que devuelva la centralidad al trabajo humano y le reconozca su valor para las personas y la sociedad. Esta situación plantea un desafío a la política económica y social. El primer paso es reconocer el valor del trabajo humano y su papel en el desarrollo. El segundo es garantizar el acceso al empleo para todos y todas. El tercer es mejorar las condiciones de trabajo y de vida. El cuarto es promover la participación de los trabajadores en la gestión de las empresas y en la toma de decisiones. El quinto es fomentar la formación y el aprendizaje continuo. El sexto es promover la conciliación de la vida laboral y familiar. El séptimo es fomentar la responsabilidad social de las empresas. El octavo es promover la transparencia y la rendición de cuentas. El noveno es fomentar la cooperación y el diálogo social. El décimo es promover la justicia social y la igualdad de oportunidades.

en su centro el derecho a un trabajo que beneficie a todos y a todas, y, al mismo tiempo, a los derechos del trabajo, que aseguren una protección más fuerte para quienes se oponen a las condiciones de explotación y de desregulación que se imponen por una globalización sin control. Las políticas deben ser sensibles a las necesidades de quienes se oponen a las condiciones de explotación y de desregulación que se imponen por una globalización sin control. Las políticas deben ser sensibles a las necesidades de quienes se oponen a las condiciones de explotación y de desregulación que se imponen por una globalización sin control.



SIGLO VEINTIUNO DE ESPAÑA EDITORES

Sociología del Trabajo

Revista cuatrimestral de empleo, trabajo y sociedad

Dirección

Juan José Castillo
Santiago Castillo

Consejo de Redacción

Arnaldo Bagnasco, Departamento de Sociología, Universidad de Turín.
Juan José Castillo, Dpto. de Sociología III, U. Complutense, Madrid.
Santiago Castillo, Dpto. de C. Política y de la Admón. III, U. Complutense, Madrid.
Daniel Cornfield, *Work and Occupations*, Vanderbilt University (Estados Unidos).
Michel Freyssenet, CSU-IRESO, CNRS, París.
Enrique de la Garza, UAM, Iztapalapa, México.
Juan Manuel Iranzo, Dpto. de Sociología, Univ. Pública de Navarra.
Ilona Kovács, Instituto Superior de Economía e Gestão, Lisboa.
Marcia de Paula Leite, Universidade de Campinas, Brasil.
Ruth Milkman, Institute of Industrial Relations, UCLA, Estados Unidos.
Alfonso Ortí, Dpto. de Sociología, U. Autónoma, Madrid.
Andrés Pedreño, Dpto. de Sociología, Universidad de Murcia.
Michel Pialoux, Centre de Sociologie Européenne, EPHES, París.
Ludger Pries, Ruhr-Universität Bochum, Alemania.
Helen Rainbird, School of Social Studies, University College Northampton, RU.
José M^a Sierra, Dpto. Geografía, Urbanismo y O. del Territorio, Univ. Cantabria.
Agnes Simony, Lorand Eotvos University, Hungría.
Jorge Uría, Dpto. de Historia Contemporánea, Universidad de Oviedo.
Fernando Valdés Dal-Re, Dpto. de Derecho del Trabajo, U. Complutense, Madrid.
Imanol Zubero, Dpto. de Sociología I, Universidad del País Vasco, Bilbao.

Dirección de la redacción de la revista

Revista *Sociología del Trabajo*. Facultad de Ciencias Políticas y Sociología.
Universidad Complutense
Campus de Somosaguas. 28223 MADRID

Editor

Siglo XXI de España Editores, S. A., Príncipe de Vergara, 78. 28006 Madrid
Teléfonos: 91 562 37 23 - 91 561 77 48. Fax: 91 561 58 19
E-mail: sigloxxi@sigloxxieditores.com

Suscripciones

MUNDI-PRENSA LIBROS, S. A.
Castelló, 37. 28001 Madrid
Teléfono: 91 436 37 01. Fax: 91 575 39 98
E-mail: suscripciones@mundiprensa.es

Sociología del Trabajo 52

NUEVA ÉPOCA

Otoño 2004

SOLICITUD EN TRAMITE
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
SERVICIO DE CANJE
ACUERDO SIN CONFIRMAR

SUMARIO

Juan José Castillo, La memoria del trabajo y el futuro del patrimonio.....	3
Stéphane Beaud y Michel Pialoux, A vueltas con la condición obrera ...	37
Ángel Zurdo Alaguero, Mercado de trabajo y voluntariado. Dinámicas de inserción laboral y precarización en el tercer sector	69
Susana Chávarri Pérez, La construcción de los saltos del Sil (1945-1960).	95
Jorge Muñoz Sánchez, El entorno social de Minas de Lieres: organización espacial, urbanismo y sociabilidad	127

TRS

A los colaboradores

Extensión: Las colaboraciones, artículos o notas no deberán exceder de **25 páginas** mecanografiadas a doble espacio (30 líneas x 70 espacios, lo que incluye referencias, cuadros, etc.) y habrán de venir acompañados **necesariamente** de un **resumen** de unas diez líneas. Una copia en **disquete**, en cualquier programa de procesamiento de textos, es imprescindible.

Los artículos se enviarán por **triplicado**: 3 copias en papel.

Para las formas de cita y referencias bibliográficas, los autores deben remitirse a los artículos publicados en este (o en cualquier otro) número de ST.

Los autores indicarán claramente su nombre completo y el **lugar de trabajo y dirección postal**, así como su e-mail, en su caso, que quieren que figure al pie de su colaboración.

Deberán dirigirse a Redacción de la revista *SOCIOLOGÍA DEL TRABAJO*, Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, Universidad Complutense, Campus de Somosaguas, 28223 Madrid.

ST acepta para su eventual publicación réplicas o comentarios críticos a los trabajos que publica. La extensión de estos textos no debe sobrepasar las 10 páginas.

Tanto artículos como notas o réplicas son evaluados por dos expertos, miembros del Consejo de Redacción o exteriores a él.

Los autores recibirán, oportunamente, comunicación de la recepción de sus trabajos, notificándoseles con posterioridad su eventual aceptación para la publicación.

ST lamenta no poder mantener correspondencia sobre los textos remitidos al Consejo de Redacción, ni devolver originales ni disquetes.

Los autores recibirán, al publicarse su texto, 20 separatas, además de 2 ejemplares del número en el que se publique su artículo; **indiquen con claridad la dirección postal**.

Todos los artículos publicados en ST, incluidos los traducidos, deben ser **originales**, para ser sometidos al Consejo de Redacción.

Los resúmenes-abstracts de los artículos publicados en ST se recogen en ECOSOC-CINDOC y en Sociological Abstracts.

PRECIO DEL EJEMPLAR:

- España: 12 € IVA incluido (1.997 ptas.)
- Europa: 13,50 € IVA incluido (2.246 ptas.)
- Resto del mundo: 15\$

Ilustración de cubierta:

Paloma Candela, *Cigarreras madrileñas. Trabajo y vida (1888-1927)*, Madrid, Tecnos, 1997

Sociología del Trabajo

Nueva época, núm. 52 - otoño de 2004

Edita: Siglo XXI de España Editores, S. A.

Príncipe de Vergara, 78 - 28006 Madrid

© *Sociología del Trabajo*

© Siglo XXI de España Editores, S. A.

Madrid, octubre de 2004

ISSN: 0210-8364

Depósito legal: M. 27.350-1979

Fotocomposición e impresión: EFCA, S. A.

Parque Industrial «Las Monjas». 28850 Torrejón de Ardoz - Madrid

Printed in Spain

La memoria del trabajo y el futuro del patrimonio

Juan José Castillo *

El viento de la tierra sólo cuenta
Una historia al pasar alto y sonoro:
La fábula del hombre y la herramienta,
Y el sol iluminándola de oro.

Jesús López Pacheco, «Sólo»,
El tiempo de mi vida [1959]¹

1. El objeto: qué entendemos por “memoria del trabajo”

Todo lo que hacemos y, por supuesto, todo lo que vive nuestro cuerpo, se sostiene, entiende y justifica sobre el fondo irrenunciable de lo que hemos sido. Ser es, esencialmente, ser memoria.

Emilio Lledó
El silencio de la escritura [1990]²

Debemos comenzar por plantear qué entendemos por memoria del trabajo, puesto que se suele utilizar este concepto de manera imprecisa y descriptiva, lo que lleva a más de una confusión: no todos los autores hablan de lo mismo y, en el peor de los casos, ello suele llevar a una trivialización que suele terminar en el “adorno” de añadir alguna entrevista apresurada a algún “testigo privilegiado”, como solemos decir los *adetti al lavoro*.

* Departamento de Sociología III (Estructura Social), Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, Universidad Complutense de Madrid, Campus de Somosaguas, 28223 Pozuelo de Alarcón (Madrid). Correo electrónico: jjcastillo@cps.ucm.es.

¹ Jesús López Pacheco, *El tiempo de mi vida. Antología*, Valencia, Editorial Germania, 2002, p. 67.

² Emilio Lledó, *El silencio de la escritura*, Madrid, Espasa Calpe, 1998 [1990], p. 7.

Esta aclaración, como se verá, va mucho más allá de las precisiones terminológicas o de las discusiones de académicos que intentan vallar su particular predio: se convierte en un fundamento de la orientación que pueden tener las políticas de recuperación del patrimonio. La memoria del trabajo interroga sobre cuál pueda ser ese futuro para el patrimonio bajo una pregunta simple, pero determinante: ¿dónde está la historia en el patrimonio?

De la respuesta a esa pregunta, avanzamos aquí, se puede colegir cuál será el resultado de la recuperación: parques temáticos, aislados fragmentos de un entorno productivo que hacen abrir la boca, *épaté*, al paseante, sin que pueda colocar ese resto en ningún mundo significativo.

Para empezar ya a hablar con ejemplos concretos, tal es la chimenea que, solitaria y sin la menor explicación siquiera del entorno del que fue arrancada —aunque permanezca en el mismo sitio que se erigió—, se sigue alzando en un parque público del Rastro de Madrid. Sólo una calle adyacente puede dar pistas al *flâneur*: la calle del Gasómetro³.

La memoria del trabajo no debe, en modo alguno, confundirse, como tantas veces se hace, de forma simplista, desde el punto de vista metodológico, con el tipo de fuentes que se utiliza. Y la tendencia más establecida suele identificar “memoria del trabajo” con el uso, en la reconstrucción histórica del pasado, de las fuentes orales, de la historia oral, de la biografía.

Lo que queremos discutir es algo más de fondo, epistemológicamente más arriesgado, pero que a la vez, para el investigador acostumbreado al trabajo de campo, es, en el fondo, una verdad de Perogrullo.

Nuestra apuesta trata de contrarrestar una tendencia a hacer desaparecer el trabajo y los trabajadores de las escenas productivas. Es la tendencia al deslumbramiento ante el *cadre bâti*, ante los artilugios o artefactos, o ante los fragmentos incomprensibles de los mismos, sin que, en muchas ocasiones, sean esos investigadores capaces de reconstruir el proceso productivo, y menos aún la red en la que se inserta un centro de trabajo. Como aquellos a los que identificó doña Emilia Pardo Bazán: maravillados ante un tejido sin saber si la seda la produ-

³ Una magnífica ilustración, en positivo, de todo lo contrario la narra M. Pretes, «Touring mines and touring tourists», sobre cómo los mineros quechuas de las minas del Potosí han convertido su trabajo de guías en una reconstrucción de su verdadera historia. Allí la memoria del trabajo no es manipulada por extraños que la cercenan de la historia social.

ce un árbol o un gusano⁴. Piezas, fragmentos, edificios o restos y vestigios desenraizados, en suma.

La cuestión, como veremos, no es baladí. Como lo ha subrayado un admirado antropólogo, resumiendo y haciendo balance en un excepcional libro sobre comunidades mineras, este deslumbramiento está en la raíz, es parcialmente responsable, de una visión peyorativa de los trabajadores. Es “un producto —ha escrito⁵— de la fetichizada fijación académica en las ‘tecnologías y máquinas’, que lleva a la exclusión de cualquier interés en las dimensiones sociales de las comunidades mineras”. “Una fijación en la tecnología y las máquinas —tal y como demuestra— que oscurece las dimensiones humanas y sociales de las comunidades mineras; del mismo modo que una distinción abrupta entre tecnología y sociedad oscurece algunos de los factores que dan a las comunidades mineras su dinámica distintiva”.

El nuestro, al contrario, es, además, un enfoque reflexivo que, para poder pensar el objeto, no puede en modo alguno evitar el pensarse a sí mismo, sujeto investigador. Beatriz Sarlo, con su habitual lucidez y penetración, lo ha escrito en el prólogo a la edición en español de la obra *Campo y ciudad*, de Raymond Williams:

El paisaje [...] es la producción de un tipo particular de observador sustraído del mundo del trabajo. El paisaje es un punto de vista, antes que una construcción estética. Es más: para que la intervención estética paisajística tenga lugar, es preciso su articulación con un punto de vista que, mágicamente (para decirlo con palabras de este libro), anula el trabajo y despersonaliza la fuerza de trabajo⁶.

Queremos ubicarnos en las antípodas de esta posición. Una cosa es el recurso a todas (si fuera posible...) las fuentes de información, y otra bien distinta es la forma en que se construye un problema de investigación. Y en ello, el perfil epistemológico de quien investiga es tan importante como las mismas fuentes⁷. Uno puede tener delante

⁴ Véase P. Candela, J. J. Castillo, M. López García, *Arqueología industrial y memoria del trabajo: el patrimonio industrial del sudeste madrileño, 1905-1950*, Aranjuez, Doce Calles, 2002, p. 10.

⁵ Bryan Pfaffenberger, «Mining communities, chaînes opératoires and sociotechnical systems», 1999, p. 291.

⁶ Beatriz Sarlo, prólogo a R. Williams, *Campo y ciudad*, p. 19.

⁷ Véase nuestro «Un camino y cien senderos: el trabajo de campo como crisol de disciplinas», recogido en J. J. Castillo, *En la jungla de lo social. Reflexiones y oficio de sociólogo*, Buenos Aires-Madrid, Miño y Dávila, 2003, pp. 17-39. Y la aplicación concreta a lo que aquí nos ocupa, en nuestro libro, con Paloma Candela y Mercedes López,

de sus ojos las trazas, las evidencias, los “datos”, y no ser capaz de verlos, y menos aún de interpretarlos. Como la carta robada de Poe, que a fuerza de estar ante nuestros ojos es imposible encontrar.

Y en este sentido, es obvio que las fuentes orales, junto a los archivos de empresa, la documentación gráfica, el material impreso, la prensa, caso de existir, la maquinaria, etc., son, para recuperar la memoria del trabajo, un recurso de primer orden. Como lo han escrito dos investigadores españoles en un magnífico estudio sobre la industria azucarera de Motril:

En contraste con la relativa abundancia de restos materiales, no es demasiado lo que conocemos de los procesos de trabajo ni de las condiciones laborales y de vida de quienes lo ejercían. Esos entresijos de la historia cotidiana sólo persisten en la memoria de quienes lo vivieron, y es esa memoria una valiosa fuente de información⁸.

Pero podemos saber más, interpretando las fuentes. Por ejemplo, en un olvidado *Informe* publicado en 1845 por Ramón de la Sagra, el prolífico autor a quien no dudaría en calificar de primer sociólogo español, no sólo se nos informa y describe la localización de las fábricas, sino que se describe —con la autoridad de su obra— los procedimientos “atrasados y viciosos”, del “estado presente de la fabricación del azúcar”, y se proponen soluciones para algunos de los problemas fundamentales de esta industria.

El que le parece más importante a De la Sagra es el de que la mayor parte del año tanto los operarios como los edificios estén ociosos. Que sólo “trabajen” ambos durante la cosecha. Y esta es la solución que plantea, que bien podrían leer con atención tantos “empresarios” actuales:

El primer inconveniente se creará obviar diciendo que los operarios no sean pagados por la empresa más que el tiempo de la molienda; pero, además de que esta circunstancia no podrá ser aplicable a los empleados de mayor importancia, tampoco es ventajoso para una bien calculada empresa el cambio frecuente de operarios, a que semejante sistema espone [sic], porque no es posible asegurarlos buenos con una ocupación accidental y variable. Una fábrica debe constituir una gran familia, cuyos individuos vean en ella, y sólo en ella, su existencia presente, su porvenir y el de sus hijos asegurados⁹.

Arqueología industrial y memoria del trabajo: el patrimonio industrial del sudeste madrileño, 1905-1950, Aranjuez, Doce Calles, 2002.

⁸ Piñar y Jiménez, *Motril*, 1996, p. 135. Véanse las pp. 127-158, «Patrimonio histórico-tecnológico/patrimonio local».

⁹ Ramón de la Sagra, *Informe sobre el cultivo de la caña y la fabricación del azúcar en las costas de Andalucía...*, Madrid, 1845, p. 58.

No sólo persiste esa memoria en las mentes y las evocaciones de quienes lo vivieron. Pues no es el método de extracción de las informaciones el que puede decirnos cómo se trabajaba, quiénes eran los trabajadores, con qué organización del trabajo se *integraban* los fragmentos de cada obrero colectivo. No es la técnica de recogida de la información, sino los objetivos de una búsqueda, la cultura epistémica del investigador o investigadora, lo que se pone en marcha cuando se “trata de reconstruir las vidas de los mineros mismos [si ese es el caso], quiénes eran, de dónde venían y cómo interactuaban con el mundo a su alrededor”¹⁰.

Esa memoria se puede plasmar en datos diversos, informaciones de periódicos, entrevistas en prensa, cartas o “datos” recogidos en entrevistas orales. Pero habrá otras trazas, pistas, huellas que pueden estar en los restos físicos. Basta saber interpretarlos. Por ejemplo la “personalización” de los puestos de trabajo que recogen las fotografías, como hemos documentado en el caso del estudio de las trabajadoras del esparto en Villarejo de Salvanés. Puede estar, igualmente, en los reglamentos internos de fábrica, como agudamente, “a contrapelo”, en sus propias palabras, ha señalado ejemplarmente José María Sierra en un artículo lleno de iluminaciones¹¹.

Perspectiva epistemológica y metodológica que sagazmente ha desplegado Gustave Nicholas Fisher, tanto en su aspecto histórico, con un enfoque muy semejante al nuestro, como en su enfoque actual, recuperando los más actuales problemas planteados por la ergonomía¹²: el espacio como nueva lectura del trabajo, las prácticas sociales: tanto el “puesto de trabajo y su espacio personal” como lo que ha llamado “autogestión clandestina de los puestos de trabajo”, algo imposible de encontrar si no es haciendo *sociología cercana*, y no contentándose con lo que eufemísticamente he llamado “sociología de despacho”.

¹⁰ James D. Muhly, «Foreword» a Bernard Knapp et alii, *Social approaches to an industrial past*, 1998, p. xvi.

¹¹ José Sierra Álvarez, «Para una lectura histórico-social de la espacialidad obrera en la España de la Restauración: una cala en los espacios de trabajo», *Studia Historica. Historia Contemporánea* (Salamanca), vols. 19-20, 2001-2002 [pero abril 2003], pp. 15-33. Estudios de casos concretos, que siguen estas indicaciones, en P. Candela, *Cigarreras madrileñas: trabajo y vida*, Madrid, Tecnos, 1998; Josefina Piñón, *Cervecería El Águila, S.A. (1900-1936). Trabajo y tecnología en los orígenes industriales de Madrid*, Madrid, Editorial Complutense, 2003; o Julio Fernández, *Buscando el pan del trabajo. La industrialización de Villaverde. Condiciones de trabajo y vida en el sur de Madrid (1940-1965)*, Buenos Aires-Madrid, Editorial Miño y Dávila, 2004.

¹² Gustave Nicholas Fisher, *Le travail et son espace. De l'appropriation à l'aménagement*, París, Bordas, 1983.

Esas informaciones pueden estar en los “mitos” o estereotipos que perduran a lo largo del tiempo, y que pueden analizarse, como hacen los sociólogos de la ciencia, con lo que llaman “leyendas urbanas”.

Pueden estar, igualmente, en las novelas o la literatura, o en otras formas de expresión artística: pintura, cine, etc., que no sólo recogen datos, sino, a veces, la plasmación de una memoria generacional, o familiar para ser más modestos, como en el caso espléndido de la novela *Central eléctrica*, de Jesús López Pacheco, que, basada en la experiencia infantil y juvenil de su autor, durante la Guerra Civil, reconstruye una memoria muy fidedigna de las condiciones de construcción de las grandes obras hidráulicas en el franquismo de la posguerra. Ahí podemos sospechar (y descubrir con detalle, pues no en vano se llamó a este género, de forma a veces muy injustamente despectiva, “realismo social”) cuáles eran las condiciones de trabajo en la construcción de las grandes presas del franquismo:

Andrés [el ingeniero “ilustrado”] se alejó de allí. Había recordado los accidentes de trabajo presenciados por él. “Luego nadie sabe nada, nadie se preocupa de nada hasta que ocurre algo”, pensó. Al salir de la central miró hacia arriba. Sobre los cien metros de la presa [de Aldeaseca] estaba la pequeña “casa de compuertas”. Dos hombres habían quedado hundidos en aquella mole de cemento. No pudo reprimir un gesto de horror. “Quizá son ya cien los que han muerto... Y aún no ha terminado”. La presa, la ladera cortada a pico con dinamita, el túnel que se abrió explotando un día antes, la estructura que brillaba en lo alto de la ladera izquierda..., todo le pareció impresionante. Una epopeya de dos mil héroes¹³.

En esas obras públicas, como ha estudiado Álvaro Chapa, desde principios del siglo XX, hasta 1970, trabajaron “más de 25.000 hombres”, y mujeres, por ejemplo en la construcción de carreteras de acceso a las presas, se vieron envueltos en esta “epopeya colectiva”: “De la inmensa mayoría de ellos no sabemos nada”¹⁴.

Sí sabemos algo del “orden laboral” que podía reinar en esos entornos productivos. Chapa trata el asunto con detalle, por ejemplo en el caso de la presa de Villalcampo. El *orden laboral* se dirigía desde el cuartelillo de la Guardia Civil donde “primero repartían golpes y

¹³ Jesús López Pacheco, *Central eléctrica*, Barcelona, Orbis, 1984, p. 155. La novela *Central eléctrica* se publicó en Destino, en primera edición, en 1958. Aquí citamos por la edición de 1984. Hoy es prácticamente inencontrable, y ha desaparecido del catálogo editorial.

¹⁴ La cita es de Álvaro Chapa: *La construcción de los saltos del Duero, 1903-1970. Historia de una epopeya colectiva*, Pamplona, EUNSA, 1999, p. 51.

luego preguntaban el porqué de los desórdenes”. Y los modos y maneras de los capataces no eran muy distintos: “De modo semejante se portaron bastantes de los capataces y encargados de los equipos obreros”. Y, por si era poco, entre los grupos de trabajadores había muchos desterrados políticos: bajo ese desconocimiento local, recoge el autor de un entrevistado, se escondía un número seguramente elevado de policías camuflados¹⁵.

* * *

Sólo así, “con este punto de partida en las trazas materiales o experienciales de la actividad pasada”, se puede abordar una política de recuperación y gestión del patrimonio que pueda dar sentido a los vestigios físicos¹⁶. Porque, contrariamente a lo que suelen dar por hecho quienes miran *desde fuera* a las realidades del trabajo, quienes prefieren la comodidad del despacho al trabajo de campo, “describir un sistema técnico industrial no *va de soi*. Y el problema no reside tanto en la complejidad —piénsese lo que habría que considerar para dar cuenta de toda la cadena de fabricación de un coche y sus componentes—, puesto que una gran parte de las informaciones ya no están disponibles, sino más bien en la elección que hay que hacer para no centrarse más que en lo que es característico de una fabricación en un lugar dado”¹⁷.

Así nos gusta descubrir, en un olvidado folleto en las estanterías de la Sociedad Económica Madrileña de Amigos del País, una pista clave para desvelar no sólo otro pasado industrial olvidado de la capital de España, sino informaciones importantes sobre la claridad con que se vinculaba la edificación a la organización y vigilancia de los trabajadores.

¹⁵ Á. Chapa, *op. cit.*, pp. 145-148. Véase, igualmente, el artículo de Susana Chávare, sobre la construcción de los saltos del Sil, entre 1945 y 1965, incluido en este mismo número de *Sociología del Trabajo*.

¹⁶ Alfrey y Putnam, 1992, p. 7.

¹⁷ Alain Morel, en la «Introducción» al excelente volumen *Cultures du Travail. Identités et savoirs industriels dans la France contemporaine (Séminaire de Royaumont, janvier 1987)*, París, Éditions de la Maison des Sciences de l'Homme, 1989, p. 3. Sobre lo de la reconstrucción del “proceso completo de producción” del modelo Polo de vw, de un automóvil, algo tenemos que decir Pablo López Calle y yo mismo: véase *Los obreros del Polo. Una cadena de montaje en el territorio*, Madrid, Universidad Complutense-Universidad Pública de Navarra, 2003.

En la *Memoria acerca de la fábrica de calzado de [...] José Soldevila y Castillo*, de 1874, con una fuerte sensación de *serendipity*, que diría el desaparecido maestro Robert Merton, de aparente “casualidad” o sorpresa para el investigador, se dice que en el Barrio de Pozas de Madrid, en el Paseo de los Areneros, número 8 (más o menos donde hoy está El Corte Inglés de Argüelles), se alzaba una fábrica que, cuenta hoy, en 1874, dice el cronista, “con más de 600 operarios” (que luego son, en el mismo informe, “540 obreros de ambos sexos”) y que produce mensualmente 17.000 pares de botines. Además se describen los cinco departamentos en que está organizada la empresa, para terminar con unas recomendaciones de la Sociedad Económica de Amigos del País, actuando como una suerte de “agencia de innovación”. De ellas conviene destacar la

3.ª. [Crear] Un nuevo local, donde los talleres estén bajo una sola nave, vigilado por una administración central, y dirigido más directamente por un solo jefe que pueda dar unidad y una regularización uniforme a los trabajos¹⁸.

* * *

La memoria del trabajo son también los propios trabajadores y trabajadoras, física y mentalmente modelados por el proceso de su conversión de trabajo en fuerza de trabajo. Dicho de forma más rotunda, “privilegiamos no la posesión de tipos particulares de datos, sino el esfuerzo sistemático para responder a una pregunta de investigación”¹⁹.

Con la sabiduría que le caracteriza, el que fuera presidente de la asociación internacional de los arqueólogos industriales, Louis Bergeron, ha resumido la cuestión así:

Por qué no hablar también de una arqueología de la memoria que no es solamente, como lo haría el historiador [tradicional], la búsqueda de textos —muy raros, desgraciadamente—, que nos habrían dejado los obreros e incluso los patronos, sino que está más cerca del método etnológico y de la historia oral, una arqueología que es la recopilación de la palabra obrera y de la palabra patronal, una arqueología que suscita, sugiere, ayuda al interrogado en la construcción de su propia memoria de la industria²⁰.

¹⁸ Nicolás Díaz y Pérez, *Memoria acerca de la fábrica de calzado...*, Madrid, Pedro Montero, 1874, pp. 9, 17, 23, y la cita última en p. 22.

¹⁹ Schiffer, 1996a, p. 76.

²⁰ L. Bergeron, «Archéologie industrielle, patrimoine industriel: le contenu et la pratique aujourd'hui», pp. 57-68, en C. Geslin, *Vie industrielle en Bretagne. Une mémoire à conserver*, 2001; la cita, en la p. 58.

Una memoria capaz de dar cuenta de lo escrito, de lo construido y de lo encarnado en las personas.

Una forma de enriquecer las fuentes sólo posible con una problemática de investigación bien construida: “Si la historia es necesaria para interpretar lo que encontramos en el terreno, a la inversa, estos descubrimientos aportan informaciones inéditas y llevan a tratar de otra forma las fuentes documentales”²¹.

La memoria del trabajo, en esta interpretación, pretende devolver los “nervios” y la sangre, la complejidad de la vida en las fábricas y centros de trabajo, su singularidad, su contingencia, porque, hay que repetirlo, el contenedor no basta, o apenas dice nada una vez que se ha vaciado, una vez que se ha convertido en un baldío industrial.

Y ello, para lo que aquí nos ocupa, es fundamental en la elaboración de una política de reutilización o recuperación. Así lo decía Louis Bergeron a propósito de “la memoria de la empresa”, proponiendo para el Lingotto de la Fiat en Turín algo muy semejante a lo que nosotros preconizamos (lo que, por cierto no se hizo finalmente en la “reconversión” llevada a cabo por Renzo Piano). No basta siquiera, dice con tono admirativo hacia la clásica película *Tiempos modernos*, con Charles Chaplin “como historiador y antropólogo de la industria”, “sería posible transmitir la memoria de lo que hace la cadena de montaje, la gestación del vehículo, la relación del hombre con la mecanización”²².

Los *mataderos*, los *frigoríficos*, en Argentina han sido analizados y estudiados con una perspectiva que consideramos ejemplar por Mirta Zaida Lobato. Para ella, “el espacio fabril [es] un lugar de la memoria del trabajo”, y a su identificación ha dedicado muchos años de investigación condensados ahora en su libro *La vida en las fábricas*.

“Mi interés —nos dice²³— radicaba en averiguar cómo y dónde realizaban sus tareas los trabajadores (hombres y mujeres), cómo se relacionaban con sus compañeros y con sus jefes, de qué manera eran tratados por estos y cuáles eran las razones que tenían para protestar o estar callados”.

Y para ello recurrirá a todas las técnicas de recogida de la información: una exploración exhaustiva de los archivos de empresa, una

²¹ Jean-François Belhoste, en C. Geslin, *op. cit.*, p. 28.

²² L. Bergeron, en las Actas de la Jornada de Arqueología Industrial que tuvo lugar en Turín, en el Lingotto, el 30 de noviembre de 1990. Véase *La memoria dell'impresa*, Roma, Il Coltello di Delfo, abril 1991, p. 27.

²³ M. Z. Lobato, *La vida en las fábricas*, 2001, p. 35. La cita anterior, en la p. 77.

gan, los canchilones humanos, con las gorras blancas, moviéndose isócronos, vierten su fuerza²⁶.

* * *

Resumiendo: recuperar la memoria histórica, colectiva, requiere, pues, un trabajo de identificación de las distintas formas que esa memoria ha adoptado en el tiempo y en el espacio. No sólo recuperando e integrando en un proceso de trabajo y de producción los vestigios materiales, sino también las huellas dejadas en las personas y en las instituciones. Esa "atmósfera industrial", como la llamó Alfred Marshall, obliga a recuperar una memoria, como hemos desarrollado en otro lugar²⁷,

- 1) *materializada* en artefactos, edificios, vías de comunicación, formas productivas, recursos materiales, etc.;
- 2) *institucionalizada*, en organizaciones, formales o informales, formas de "sociabilidad", como dicen los historiadores, recursos de apoyo...²⁸; como lo ha escrito un investigador francés reconstruyendo la industria de las bicicletas, eso le llevó a un trabajo exhaustivo de los archivos de la Cámara Sindical;
- 3) *encarnada* en personas, en el sentido que ha popularizado en la sociología la noción de *habitus* de Pierre Bourdieu, el admirado maestro: un conjunto de disposiciones, saberes, capacidades... Un modelado que no sólo se muestra en la manera de pensar y de ser, sino también en el *savoir faire*, al igual que en el "saber estar", en todo aquello que nos conforma, nos posibilita y, también, nos limita como personas. Todo un programa

²⁶ Mirta Zaida Lobato, «Organización, racionalidad y eficiencia en la organización del trabajo en Argentina...», *Sociología del Trabajo*, núm. 49, 2003.

²⁷ Una presentación de esta problemática, junto con el ejemplo de una investigación de campo que fue, luego, la tesis doctoral de Maxi Santos, está en el artículo que escribimos juntos, «La cualificación del trabajo y los distritos industriales: propuestas para una política del trabajo», incluido ahora en J. J. Castillo, *A la búsqueda del trabajo perdido*, Madrid, Editorial Tecnos, 1998, pp. 177-199. Véase Maximiano Santos, *División del trabajo y cooperación entre empresas. Formas organizativas y estrategias empresariales en los sistemas productivos de Arganda del Rey y Fuenlabrada*, Madrid, Consejo Económico y Social de la CAM, 2000.

²⁸ Véase, por todos, Jorge Uría, «La cultura popular y la historiografía española contemporánea: breve historia de un desencuentro», en M. Ortiz, D. Ruiz y E. Sánchez (coords.), *Movimientos sociales y Estado en la España contemporánea*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 2001, pp. 323-377.

ma de investigación, toda una problemática bien identificada por Michael Dietler e Ingrid Herbich, estudiando los aparatos sociales que crean las disposiciones, el *habitus*; las condiciones materiales que influyen en la creación de esas disposiciones; y el origen y la naturaleza de los problemas que provocan las adaptaciones que las personas han de realizar, y que las conforman, construyendo así una memoria del trabajo particular²⁹.

Dicho con la admirable profundidad y la bella prosa de Marcel Proust, se trata, en este último aspecto, de escarbar y reconstruir una memoria que no siempre está *a primera vista*, lo que resume así en el último volumen de *À la recherche du temps perdu*, haciendo balance de la que es, sin duda alguna, una cumbre de la literatura universal: "Yo sabía muy bien que mi cerebro era una rica cuenca minera, en la que había una extensión inmensa y muy diversa de yacimientos preciosos"; porque, para identificar a sus personajes "era obligatorio mirarlos, al mismo tiempo que con los ojos, con la memoria". Mucho más allá de los recuerdos expresados, recuperando también lo que queda encarnado en los cuerpos: "Pero parece que haya una memoria involuntaria de los miembros [del cuerpo], pálida y estéril imitación de la otra, que vive mucho más tiempo, [...] las piernas, los brazos, están llenos de recuerdos encerrados"³⁰.

Un patrimonio, como se ve, tangible e intangible. Que se nutre de un conjunto de vivencias, creencias, ideas, estrategias de supervivencia..., que dan vida renovada a cualquier resto físico. Que lo encuadran, que lo convierten en un dato con significado. "Los lugares de la memoria son, ante todo, los restos", dice el historiador y maestro Pierre Nora. Lugares que nacen y viven del sentimiento de que no hay memoria espontánea, que hay que crearla y recrearla: "No hay un hombre-memoria, sino, en su misma persona, un lugar de memoria"³¹.

Lo mismo proponía Maurice Halbwachs, ya en 1925, como una forma de "reconstrucción del pasado", con un estilo de escritura que recuerda a Marcel Proust.

²⁹ M. Dietler e I. Herbich, «*Habitus*, techniques, style: an integrated approach to the social understanding of material cultural boundaries», en M. F. Stark (ed.), *The Archaeology of social boundaries*, Washington, Smithsonian Institution Press, 1998, pp. 233-263.

³⁰ Marcel Proust, *Le temps retrouvé*, París, Flammarion, 1986, pp. 450, 323 y 61. La traducción es mía.

³¹ P. Nora, «Entre mémoire et histoire. La problématique des lieux», pp. 28 y 37; en P. Nora (dir.), *Les lieux de mémoire. I*, París, Gallimard-Quarto, 1997, pp. 23-43 [1984].

Para él explicar la memoria obliga a considerar “las circunstancias que la encuadran”:

Por ello, la sociedad obliga a los hombres, de tiempo en tiempo, no solamente a reproducir en el pensamiento los acontecimientos anteriores de su vida, sino, también, a retocarlos, a completarlos, de manera que, convencidos sin embargo de que sus recuerdos son exactos, les comuniquemos un prestigio que no poseían en la realidad³².

El programa de la UNESCO de defensa del Patrimonio Inmaterial abre nuevos caminos para esta perspectiva que enriquece, potencia (¡y complica!) la perspectiva de la arqueología industrial y la salvaguarda del patrimonio y su recuperación. “No sólo catedrales y pirámides tienen derecho a formar parte del patrimonio tradicional”, también los conocimientos tradicionales³³. Javier Pérez de Cuéllar nos muestra el camino: “Recordemos, a título de ejemplo, la existencia en el Perú de ciertas técnicas ancestrales en la construcción de viviendas que permiten enfrentar con particular solvencia los frecuentes movimientos sísmicos. Las viviendas así construidas son más resistentes a los terremotos y menos costosas. Estas técnicas han sido probadas con buen éxito en América Central, que sufre a menudo el mismo tipo de desastres naturales”³⁴.

2. El método: el trabajo de campo teóricamente orientado

La realidad no ha sido nunca para mí un pretexto para hacer obras de arte, sino el arte un medio necesario para darme cuenta, un poco mejor, de lo que veo.

[...] Si estamos de acuerdo en querer captar lo mejor posible lo que vemos, se haga ciencia o arte, el abordaje es el mismo [...]: el arte y la ciencia es intentar comprender.

Alberto Giacometti
*Écrits [1959, 1962]*³⁵

³² M. Halbwachs, *Les cadres sociaux de la mémoire*, París Mouton Éditeur, 1975 [primera edición, 1925], p. 113. El capítulo 3 es «La reconstruction du passé», pp. 83-113.

³³ Agnès Bardon, «Un pasado que se escucha», en *Fuentes. Unesco*, núm. 136, julio-agosto de 2001, p. 2.

³⁴ J. Pérez de Cuéllar, «Defensa de lo inmaterial. La frágil cultura oral», *El País*, 12 de marzo de 2003.

³⁵ A. Giacometti, *Écrits*, París, Hermann, 2001, pp. 84 y 279.

Un objeto de investigación como el descrito, la memoria del trabajo, que orienta o fundamenta el crisol de disciplinas que es, a nuestro juicio, la Arqueología Industrial, implica o conlleva una estrategia de investigación que hemos condensado, siguiendo a Gaston Bachelard, en que se trata de “pensar para investigar, e investigar para pensar”.

Es el objeto de investigación, la preocupación por (y la construcción teórica de) ese objeto, lo que define los recursos metodológicos que necesariamente han de ponerse en práctica. Los estilos de pensamiento que se *finden* en la plataforma teórica de la arqueología industrial, como confluencia de saberes, se fecundan y fertilizan mutuamente. Se enriquecen y mudan al poner en práctica el trabajo de campo, la investigación concreta.

La memoria del trabajo, como problema de investigación, orienta una mirada común que, si ha de tener un punto de arranque, este ha de ser las *situaciones reales de trabajo*, la reconstrucción de los procesos de trabajo, en un espacio que no es sólo geográfico, sino histórico y genealógico. Que ha de extenderse al dentro y fuera de la fábrica o del centro de trabajo, a las mujeres y hombres concretos, en un entorno concreto, determinado y construido socialmente. Los métodos y los recursos técnicos para la recogida de la información vienen impuestos por esa perspectiva.

En San Lorenzo de El Escorial —donde se presentó por primera vez este texto— nada mejor que ilustrar nuestro argumento rindiendo un homenaje a la memoria de aquellos pioneros de la Institución Libre de Enseñanza que predicaron con el ejemplo, pisando el terreno, estos mismos lares de la sierra de Guadarrama.

Cuando se creó, en noviembre de 1886, dentro de la ILE, la Sociedad para el Estudio del Guadarrama, dejaron constancia en su primera circular que las excursiones, su trabajo de campo, que deja boquiabierto al más avezado sociólogo “de terreno”,

llévanos a estudiar la naturaleza en medio de ella; la industria, dentro de las fábricas; el arte ante los monumentos; la geografía, recorriendo la tierra; la historia en los archivos y museos, y aun en los mismos sitios en que tuvieron lugar los acontecimientos; la sociología, hablando y viviendo con las gentes³⁶.

³⁶ La circular la recoge Nicolás Ortega en *Paisajes y excursiones. Francisco Giner, la Institución Libre de Enseñanza y la Sierra de Guadarrama*, Las Rozas (Madrid), Editorial Raíces-Obra Social de Caja Madrid, 2001, pp. 254-255. Del mismo puede verse «La concepción de la geografía en la Institución Libre de Enseñanza y en la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas», en J. Gómez Mendoza y Nicolás Ortega, *Naturalismo y geografía en España (Desde mediados del siglo XIX hasta la guerra civil)*, Madrid, Fundación Banco Exterior, 1992, pp. 19-77. El complemento,

Que aplicaban lo que decían, de manera muy próxima a nuestra argumentación, y son, por ello, los gigantes sobre cuyos hombros vemos más claro y más lejos, se puede comprobar en el propio *Boletín de la ILE*. Y para muestra, un botón: Francisco Quiroga realizará una “expedición a Valdemorillo” en 1890, “que tiene la vid y el olivo como principales cultivos y una fábrica de loza basada en la hallosita”. “El objetivo fundamental de la visita era la mina de Falcó, de la que se obtenía la hallosita. De ella Quiroga da su situación exacta en las proximidades del río Aulencia (en metros y altitud), y explica cómo se realiza la explotación del mineral y cuáles son las características fundamentales del mismo”³⁷.

Así lo decía el propio Quiroga:

Dentro del pueblo [de Valdemorillo], y al lado de la iglesia, está la fábrica de loza que no pusimos empeño en visitar por ser domingo y estar parada. De las eras que hay a la salida del pueblo y cerca de una ermita, a 900 m del pueblo, parte el camino que va directamente a la mina de Falcó, que se halla a 3.900 m al E. 24° 30' N. del pueblo en línea recta. [...] El camino es árido, sin vegetación, sobre arena granítica, pero teniendo por delante el panorama de toda la sierra. La mina no se ve hasta estar a 100 m de ella, al comenzar a bajar al río Aulencia que corre por una estrecha garganta áspera y triste, abierta a la planicie granítica. Del pueblo a la mina anduvimos 4.234 m.

[...] La mina consiste en un pozo maestro de 100 m de profundidad, por el cual bajan y suben, sacando agua constantemente día y noche, dos grandes cubos movidos por un malacate, que es la única máquina que allí se usa.

Pronto hallaron nuestros “excursionistas”, Francisco Quiroga, catedrático de la Facultad de Ciencias, y el “alumno del museo D. Carlos Hernández”, su *informante privilegiado*, y he aquí lo que les enseñó y dijo: “En el camino de Valdemorillo a la mina se había unido a nosotros un hombre de edad, que dijo ser el atizador de la máquina de la fábrica, conocido en el pueblo con el apodo del *Tío Patata*, quien se comprometió a ponernos en el camino de Galapagar”, y les acompañó una buena parte del camino de vuelta, yendo a Villalba. En ese tránsito, les dejó en el camino de Viñas Viejas y “entretuvo aquella pequeña parte de nuestra marcha dándonos noticias de cómo se tiró por allí el dinero sin conocimiento ninguno, en la época en que se

para nuestra aproximación, es el libro de Julio Vías *Memorias del Guadarrama. Historia del descubrimiento de unas montañas*, Madrid, Ediciones La Librería, 2001.

³⁷ Lo recoge Manuel Mollá en su texto, incluido también en *Naturalismo y geografía*, citado en nota anterior, pp. 275-345, «El conocimiento naturalista de la Sierra del Guadarrama. Ciencia, educación y recreo». La cita, en pp. 319-320.

desarrolló el furor minero en aquella región, alucinadas las gentes con Hiendelaencina³⁸, y contándonos la triste vida de un hombre que la ha pasado toda en las minas y llega a los 60 años, gastado por el excesivo trabajo, con su mujer enferma y ganando por junto seis reales, el día que está al pie de la máquina de sol a sol metiendo leña en el hogar”³⁹.

3. El vínculo: Arqueología Industrial y Patrimonio Industrial, un continuo inseparable

La memoria es una imagen del pasado construida por una subjetividad en el presente.

Alan Megill

History, memory, identity, 1988

Alfrey y Putnam, en un excepcional libro sobre la recuperación y reutilización del patrimonio industrial, han puesto de relieve la necesidad de vincular el estudio y la investigación, la arqueología industrial, con la identificación y puesta en valor del patrimonio. Viendo el proceso como un todo. Así la interpretación, y en su forma visible, los “centros de interpretación”, estará condicionada por aquel abordaje y por sus aportaciones⁴⁰.

De manera insuperable, a mi juicio, ha tratado la cuestión Diane Barthel, al analizar el “papel de la salvaguarda histórica en la creación de las memorias colectivas”. Las etapas que orientan la preservación del patrimonio industrial están condicionadas por tres procesos sociales: 1) la selección; 2) la contextualización; y 3) la interpretación⁴¹.

³⁸ Véase, como primera aproximación, Andrés Campos, «Hiendelaencina. El tesoro de la sierra pobre. Un paseo por las minas de plata que revolucionaron en 1844 este pacífico pueblo del noroeste de Guadalajara», *El País*, edición Madrid, 16 de febrero de 2001.

³⁹ Francisco Quiroga, «Una expedición a Valdemorillo», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, vol. XIV, núm. 325, 1890, pp. 247-249. Las citas, sucesivamente, en las pp. 247 y 248. La “hallosita”, explica en nota a pie, “es una arcilla muy pura, es decir, silicato de alúmina hidratado, pero no sedimentaria sino formando venas en el seno de granitos y pórfidos. La diferencia del caolín su yacimiento y la cantidad de agua que contiene”. Sobre *Las lozas de Valdemorillo* es fundamental el libro del mismo título de José María Sierra e Isabel Tuda (véanse las referencias bibliográficas).

⁴⁰ Alfrey y Putnam, 1992, capítulo 5, «Interpretation: linking resources and uses».

⁴¹ Diane Barthel, «Getting in touch with history: the role of historic preservation in shaping collective memories», *Qualitative Sociology*, vol. 19, núm. 3, 1996, pp. 345-364.

No sólo, argumenta, la tecnología es “socialmente construida”, sino que también es socialmente re-construida. Los monumentos, como dice la palabra alemana, *Denkmal*, son “ocasiones para la reflexión”. Y eso es lo primero que debieran ser, a su juicio, las ruinas industriales.

Aquí, “el significado se ha convertido en objeto explícito de contestación”, pues “los objetos mismos pueden hablar más alto que las palabras [de los folletos o centros de interpretación]”⁴². Todo ello, termina diciendo, porque “los aspectos específicos del pasado industrial pueden ser expropiados y darles diferentes interpretaciones. Estas interpretaciones dependen en parte de los intereses materiales e ideales de los actores sociales implicados”⁴³.

Con la sabiduría de Perogrullo se podría decir que es algo tan simple como que para *mostrar las culturas*, lo primero que hay que hacer es conocerlas⁴⁴.

* * *

¿Se hace así en la práctica? La respuesta más tranquilizadora es creer, o decir, que sí, aunque sea en distintos grados de profundidad. Y es cierto, a veces...

Así se ha hecho, por poner ejemplos valiosos, en alguno de los cuales ha participado nuestro equipo (Mercedes López García, Paloma Candela, Arturo Lahera), con el Museo de los Molinos del Tajuña, recuperado de manera ejemplar gracias a la memoria y la participación activa del último molinero, hoy desgraciadamente desaparecido; se ha hecho así para la recuperación de la Fábrica de Gas de Oviedo; o para la Fábrica de Harinas La Esperanza de Alcalá de Henares⁴⁵.

Pero también se ha hecho tarde (pero muy bien) para la Fábrica de Cervezas El Águila, actual biblioteca regional de Madrid⁴⁶. O se

⁴² D. Barthel, *op. cit.*, pp. 356-357.

⁴³ D. Barthel, *op. cit.*, p. 360.

⁴⁴ Véase el excelente libro, editado por Robert Lumley, *The museum time-machine. Putting cultures on display*, Londres-Nueva York, Routledge, A Comedia Book, 1988. En él destaca, para lo que ahora nos concierne, los textos de Philippe Hoyau: «Heritage and “the conserver society”: the French case», pp. 27-35; y, sobre todo, Bob West: «The making of the english working past: a critical view of the Ironbridge Gorge Museum», pp. 36-62.

⁴⁵ Mercedes López García, *Informe técnico sobre la recuperación de la Fábrica de Gas de Oviedo*, realizado por encargo del gobierno regional asturiano, 2002.

⁴⁶ Josefina Piñón, *Cervecería El Águila (1900-1936). Trabajo y tecnología en los orígenes industriales de Madrid*, Madrid, Editorial Complutense, 2003 (publicado con la co-

ha hecho medianamente bien en Valdemorillo con los hornos de Falcó⁴⁷. O rematadamente mal con la fábrica de harinas, convertida en restaurante, en la misma ciudad.

Como entra un caballo en una cacharrería se ha hecho con la “recuperación”⁽ⁱ⁾ del túnel que conducía al viejo puerto de Laredo, en Cantabria, donde de poco sirvió el, llamémosle así, estudio previo, que realicé en 1995. Allí, en la combinación de los intereses inmobiliarios y una ignorancia que hiere la más dura sensibilidad hacia la memoria y la tradición local, se han gastado 127 millones de pesetas en consumir un destrozo que tiene pocas posibilidades de ser superado⁴⁸. Y, para rematarlo, la emblemática fábrica de Salvarrey, en el puerto, propuesta para albergar la sede central de un “museo del trabajo en la mar”, y que a lo largo de los años ha sido una de las señas de identidad, y la principal fuente de recursos de muchas familias, ha sido derruida y “convertida” en ganancias inmobiliarias y desastre urbano que ha roto la “línea del cielo” de Laredo visto desde el mar⁴⁹.

laboración de la Comunidad de Madrid). Josefina forma parte de nuestro equipo de investigación y su libro es el resultado del trabajo final de sus cursos de doctorado, iniciado en nuestro curso de doctorado «Arqueología industrial, arqueología del trabajo en Madrid».

⁴⁷ Paloma Candela y Arturo Lahera, *Valdemorillo. Informe piloto para el inventario del Patrimonio Industrial de la Comunidad de Madrid*, Madrid, Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, UCM-Escuela de Ingenieros de Caminos, UPM, 2001 [puede consultarse en la Dirección General del Patrimonio Histórico de la CAM].

⁴⁸ Juan José Castillo: «Un muelle para atracar la memoria: un museo del trabajo en el mar para Laredo», *El Diario Montañés*, 28 de agosto de 1995.

⁴⁹ El 13 de agosto de 1998, el profesor de la Universidad de Cantabria Alberto Ansola, laredano y autor de una extraordinaria tesis doctoral y de diversos estudios y publicaciones sobre la industria pesquera y conservera en Cantabria y en el norte de España, presentó una solicitud de declaración de Bien de Interés Cultural ante el Gobierno cántabro, en la que argumentaba que “dicha fábrica, construida en 1907 para el conservero castreño Nicolás Salvarrey y Cerro por el arquitecto, también castreño, Eladio Laredo, no sólo tiene un claro valor arquitectónico en sí misma, pues su estructura, tipología y ornamentos resumen las innovaciones modernas y la estética historicista de su autor, sino que es el único establecimiento conservero de los primeros años del novecientos que sobrevive en Cantabria, y prácticamente en toda Cantabria, el ejemplo inmueble más notorio de lo que fue el surgimiento de una industria conservera moderna de pescado en la región”. El silencio administrativo, que dicen, ahogó la voz de este último grito de sensatez que suscribían muchos laredanos. De Ansola puede verse su tesis doctoral, dirigida por José María Sierra, *Cambio económico y modo de vida en las comunidades pesqueras cántabras (siglos XIX y XX)*, 1999, presentada en la Universidad de Cantabria y que puede consultarse en la Mediateca de la Biblioteca de la Facultad de Geografía e Historia de la UCM.

Se ha hecho contra la movilización de la población, borrando una memoria y unas posibilidades de reutilización excepcionales en el caso del depósito elevado de Salamanca, que tuvimos ocasión de documentar en 1998. Jesús Delgado y sus colegas de Salamanca han llevado a cabo una labor encomiable que hoy se recoge en su página web y en una publicación reciente⁵⁰.

Y una auténtica destrucción de la memoria del trabajo es lo que se ha llevado a cabo en Monterrey, California, convirtiendo la que fuera Ocean View, un lugar donde se establecieron 36 empresas conserveras de pescado, que empleaban en su momento álgido, en la década de los años treinta, cuatro mil personas, en Cannery Row. Monterrey llegó a ser el puerto de pesca más productivo de Estados Unidos, y el tercero del mundo en la conserva de pescado.

Pues bien, hoy ni siquiera se puede decir que el lugar es un “parque temático”, porque la fama universal del autor de la novela *Cannery Row*, John Steinbeck, publicada en 1945, cuando llegó el declive de la industria pesquera y conservera, ha hecho desaparecer cualquier rastro del trabajo, que incluye la manipulación fotográfica que recuerda las primeras poblaciones de chinos en el lugar. Como lo ha escrito una especialista, la *política de la memoria pública* ha construido una atracción turística donde “la narrativa se ha hecho historia”:

Steinbeck y sus personajes de ficción, más que las fábricas de conservas mismas o los verdaderos trabajadores de las mismas, se han convertido en referentes para Cannery Row. Con Steinbeck como punto focal de la Row, ya no hay ninguna necesidad de referirse a la herencia industrial de la ciudad. En lugar de anclarse en el pasado y en los restos físicos de las *canneries*, es Steinbeck el que es utilizado para poner en marcha la autenticación, el ancla en la especificidad del lugar, la imagería organizada del turismo en la Row⁵¹.

* * *

Sé que el problema que estoy evocando es enormemente complejo, y que son muchos los factores (y los intereses) que influyen en

⁵⁰ Adolfo Muñoz y Victorino García Calderón, *Hormigón almado*, Salamanca, Librería Cervantes, 2003; <http://club.telepolis.com/eldeposito/>.

⁵¹ Tomo la cita del artículo de John Walton «Narrative, action and collective memory: the production of California history», localizado en Internet. La cita textual está tomada de Martha K. Norkunas, *The politics of public memory: tourism, history and ethnicity in Monterey, California*, Albany, Nueva York, State University of New York Press, 1993, p. 63.

su desarrollo y concreción. Algunos tan evidentes que, desde luego, no hace falta ser un gran especialista para entenderlo. Pongamos por caso el derribo cuasi delictivo de la emblemática fábrica de harinas El Puente de Aranjuez: aquí todo el estudio realizado por nuestro equipo (Paloma Candela y Arturo Lahera) casi se les viene encima con las excavadoras y los *bulldozers* en acción mientras trataban de guardar la memoria de los restos existentes. Que la prensa atribuyera a la “reconversión inmobiliaria” un beneficio de 2.500 millones de pesetas explica mejor que cualquier tratado de sociología el que Aranjuez sea hoy, como dijimos en la prensa, “un paisaje truncado”⁵².

La recuperación histórica de un conjunto productivo, que pretenda devolver a la comunidad, la actual, un vestigio o una pieza de su propia memoria, plantea desde luego problemas nada evidentes. Cómo se integró esa memoria en el paisaje mental de los trabajadores, sí, pero, sobre todo, de la comunidad más amplia, de los habitantes de un lugar. Porque de lo que se trata es de recuperar, devolver y hacer patrimonio común *no mistificado*, ni truncado, ni convertido en una especie de fetiche irreconocible, las huellas del pasado. Como una forma de enraizar el pasado con el futuro.

Un buen ejemplo, es decir *un muy mal ejemplo*, seamos precisos, es el caso tan expresiva y doloridamente defendido por José Martín, en su artículo «Patrimonio industrial y memoria colectiva: el caso de Puerto de Sagunto». Un artículo que se fundamenta en su tesis doctoral, por un lado, y en una participación directa en el intento de “salvar de la quema”, o sea, otra vez de la incuria, la ignorancia o la interpretación *tecnologista*, las políticas de salvaguarda del patrimonio. El gigantesco palillo de dientes en que ha quedado la representación de la antigua siderúrgica, en un desolado paisaje que ha arrancado de cuajo la memoria de todo un pueblo, es una muestra aterradora de lo que decimos. Que lleve unos años anunciada la creación de un “centro de interpretación” en el Alto Hor-

⁵² P. Candela, J. J. Castillo, M. López García, «Aranjuez: un paisaje truncado. La defensa del patrimonio histórico», *El País*, 8 de diciembre de 2002 (Edición Madrid). Un responsable del urbanismo de Aranjuez, cuyo equipo municipal está denunciado ante los tribunales por formar parte de la trama inmobiliaria que llevó a cabo la recalificación de los terrenos, justo enfrente, al otro lado del río, del Palacio, escribió una virulenta carta al periódico e intentó abortar la presentación del libro al que aludí más arriba, y que tuvo lugar, a su pesar, el 15 de diciembre de 2002. La foto de portada del libro recoge la majestuosa imagen de este monumento destruido. Nuestro último homenaje contra la barbarie.

no núm. 2 no puede leerse más que como una especie de burla, una gracia de ignorantes⁵³.

4. La acción: “combates contra la papelera y el bulldozer”⁵⁴

Esa culta latiniparla, atrincherada tras un bosque de términos vacíos y que no guardan más secreto que el de su vaciedad, despide a los grandes filósofos haciéndoles defensores de extremismos contradictorios entre los cuales surge la estupidez del profesor camuflada en sabiduría de un postizo término medio. Hay dos verdades: una la del empíreo de palabras huecas que tejen el espejismo vergonzoso de un saber, y otra, la del torrente de dolor y cólera que alienta nuestra vida golpeada de cada día.

Fernando Savater
La filosofía tachada, 1972⁵⁵

Los argumentos que venimos desarrollando dan por supuesto que hablamos de las mejores posibilidades de recuperación e integración de los restos del trabajo del pasado, materiales o no, gracias a un abordaje que integra la memoria del trabajo en los proyectos de reutilización, de puesta en valor, de reconstrucción de una historia que pueda integrarse en el común vivir de colectivos de personas que no quieren perder sus raíces.

Ahora bien, también sabemos que esta estrategia puede tener, está teniendo, y no sólo, claro está, en nuestro país, sino a nivel internacional, y en lo que más cerca nos atañe, en la Unión Europea, una valoración en ascenso: ya sea por sus posibilidades de desarrollo local integrado, por su capacidad para crear lo que se ha dado en llamar (y a

⁵³ Véase «Patrimonio industrial y memoria colectiva: el caso de Puerto Sagunto», en *Sociología del Trabajo*, núm. 49, Madrid, Siglo XXI, de José Luis Martín Martínez; y también su libro *Urbanismo y arquitectura industrial en Puerto de Sagunto*, Sagunto, Caja de Ahorros de Sagunto, 1991. Véase, igualmente, de Horacio Capel, el apartado “El patrimonio histórico industrial y la identidad colectiva”, en su artículo “La rehabilitación y el uso del patrimonio histórico industrial”, en *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, núm. 29, 1996, pp. 19-50.

⁵⁴ La contundente frase que resume la necesidad de enriquecer la plataforma disciplinaria que es la Arqueología Industrial es, nuevamente de Louis Bergeron, en el «Preface» a C. Geslin (dir.), *La vie Industrielle en Bretagne. Une mémoire a conserver*, 2001, pp. 7-8.

⁵⁵ Fernando Savater, *La filosofía tachada*, Madrid, Taurus, 1972.

algunos no nos deja de provocar una sonrisa) “yacimientos de empleo”⁵⁶; ya sea por la necesidad de reutilización (por ejemplo con fines turísticos) ante el desplome social que puede suponer que “una fábrica se cierra”⁵⁷.

Pero también, como contratendencia que sólo puede augurar malas noticias, y para épocas más recientes, los ejemplos de *take the money and run*: empresas que trasladan de la noche a la mañana sus instalaciones, que las desagregan, que las “encogen”, que desaparecen dejando el único rastro de la desolación y el desempleo, están todos los días en los periódicos (en los españoles y en los de cualquier otro país de la Unión Europea, para no salirnos ahora de nuestro entorno más próximo)⁵⁸.

Por ello somos bien conscientes de que con un “estilo de conocimiento”, para decirlo como Ludwig Fleck, como el que proponemos se puede contribuir, y mucho, a luchar contra la papelera. Pero hace falta algo más que buenos estudios para luchar contra el bulldozer. Y no nos parece de buen gusto la broma de que con esa tendencia, la negativa, tenemos cada vez un campo más amplio de actuación, como bomberos metafóricos de la ruina y la destrucción. Porque si todo el mundo está de acuerdo en que la cultura material es el corazón de la arqueología, también es cierto que “las actividades tecnológicas crean mundos de valores y significados” que minan la cohesión social y las vidas de las personas cuando son extirpados bruscamente⁵⁹.

De ahí que, como trasfondo de nuestros análisis concretos y de terreno, es cada vez más necesaria una “etnografía global”, capaz de dar cuenta de “los trabajos en las fábricas y en el campo”. Y, como siempre, las ciencias sociales no deben dejarse seducir por las palabras huecas de tanta teoría “global” que, muchas veces, no deja de ser más

⁵⁶ Me sumo a los irónicos comentarios de Rafael Sánchez Ferlosio en *Non olet*, Barcelona, Destino, 2003, pp. 7-13.

⁵⁷ Juan José Castillo, «La estrategia de las multinacionales: La revolución comienza en Olvega», *El País*, 9 de julio de 2001, p. 60 (Economía).

⁵⁸ No hablamos en este caso de oídas: el proyecto de investigación que hemos terminado este año 2004, TRABIN, «El trabajo invisible en España», contiene diez estudios de caso que muestran más que palmariamente lo que decimos. Véase el último capítulo de mi libro, ya citado, *En la jungla de lo social*, escrito con Pablo López Calle y Arturo Lahera, «El trabajo invisible en España: una evaluación y valoración del trabajo realmente existente, de su condición, problemas y esperanzas (Proyecto TRABIN)», pp. 155-180; trabin@cps.ucm.es.

⁵⁹ Margaret W. Conkey, «An end note: reframing materiality for archaeology», en E. S. Chilton, *Material meanings. Critical approaches to the interpretation of material culture*, 1999, pp. 133-141.

que verborrea ideológica, que se vende en supermercados y aeropuertos como el último grito de la "teoría" sociológica, o de las ciencias sociales más ampliamente hablando⁶⁰.

Como se ha escrito a propósito de un *best seller* sociológico, que cierra más que abre posibilidades de imaginar un mundo donde la memoria del trabajo siga siendo protagonista, "una de las herramientas del oficio de este tipo de teoría [que yo entrecomillaría] es la fabricación de frases llamativas (aunque vacuas) que no contribuyen a nuestro entendimiento del mundo un ápice, pero que pronto serán citadas por 'los del gremio'", olvidando que "la buena ciencia social usa hechos para inspirar la teoría y/o para contrastar la validez empírica de una teoría"⁶¹. Investigación concreta, teóricamente orientada, que es la única posibilidad de proponer nuevos *espacios de esperanza* "vinculando lo personal con lo local, lo regional y finalmente lo internacional".

Pues "¿qué sucede cuando las fábricas desaparecen o se vuelven tan móviles como para que la organización permanente [de los trabajadores, y su memoria] resulte difícil, si no imposible...?"⁶². Porque "la política está siempre inmersa en las 'formas de vida' y en las 'estructuras de sentimiento' peculiares de lugares y comunidades"⁶³.

* * *

Que todos los restos industriales pueden ser "reutilizados" (¿cómo y a qué precio?) se puede ejemplificar con el lúcido comentario que hacía Salvador Forner en 1989 a propósito de Alcoy, en el País Valenciano: "Así —decía entonces⁶⁴— edificios fabriles han pasado a alber-

⁶⁰ Zsuzsa Gille y Seán Ó Riain, «Global ethnography», *Annual Review of Sociology*, vol. 28, 2002, pp. 271-295; Sutti Ortiz, «Laboring in the factories and in the fields», *Annual Review of Anthropology*, vol. 31, 2002, pp. 395-417.

⁶¹ Peter Abell y Diane Reyniers, «On the failure of social theory. Review article», *British Journal of Sociology*, vol. 51, núm. 4, diciembre de 2000, pp. 739-750. Las citas, en pp. 748 y 749.

⁶² David Harvey, *Espacios de esperanza*, Madrid, Akal, 2003, p. 67.

⁶³ D. Harvey, *op. cit.*, p. 74. Un magnífico ejemplo, aplicado a lo que nos ocupa en este texto, es el análisis, con abundante material iconográfico, que lleva a cabo Harvey sobre la ciudad de Baltimore, en Estados Unidos. En él se analizan las "reconversiones industriales", con excelentes ejemplos del puerto, por ejemplo. Véase D. Harvey, *op. cit.*, capítulo VIII, «Los espacios de la utopía», pp. 159-210.

⁶⁴ S. Forner, «Arqueología y patrimonio industrial», en *Canelobre* (Alicante), núm. 16, 1989, pp. 18-24.

gar una discoteca, un gimnasio, una hamburguesería, varios discobares y las sedes de la Asociación de Investigación de la Industria Textil de Alcoy y el Centro de Empresas e Innovación. Igualmente el ayuntamiento tiene previsto instalar una estación de autobuses, un centro de higiene y una escuela de formación profesional en varios edificios fabriles". Pero estas intervenciones, continúa, se han hecho de manera puntual y, en cambio, se han desconsiderado los edificios de la "primera industrialización situados junto al río Molinar, la vivienda obrera, la maquinaria o el patrimonio inmaterial".

Un adanismo, como nos enseñaba don Paulino Garagorri, un olvido de las raíces, un perpetuo y vano querer empezar "de cero", que quizá está ya hoy medianamente paliado, gracias, precisamente, a intervenciones posteriores dirigidas por el mismo Forner y su equipo.

Pero esa especie de "postmodernismo psicodélico" amante del ruido y que maldice cuanto ignora no es más que la folklórica punta del iceberg de una actitud que es una lacra que ya se manifestaba en Madrid con ocasión de la Exposición Industrial de 1850. Así se lamentaba la Junta Calificadora de esa exposición en la Memoria de la Industria Española:

¿Por qué, pues, esta industria inocente y tradicional no ha figurado con sus productos en la exposición que acaba de celebrarse? Hubiera querido la Junta ver en ella las toscas filaturas; sus gergas y sayales; sus linos y cáñamos rastillados; las plantas que lleva a los herbarios; los instrumentos agrícolas forjados en sus fraguas; los barro ordinarios que abastecen sus cabañas; sus esteras de esparto, y sus lienzos caseros. Porque esos rudos productos aseguran la existencia de miles de individuos; porque bajo su tosca apariencia encierran las bellas y costosas creaciones que nos sorprenden en los palacios del poderoso⁶⁵.

Sigue siendo, pues, y ese es nuestro papel, la hora del estudio, de la investigación, del desarrollo de esta plataforma multidisciplinar que es la Arqueología Industrial. Pero no cabe duda de que para que el Patrimonio Industrial pueda ser tal, nuestra herencia y nuestras raíces, el compromiso del investigador, nuestro compromiso, tienen que fundar nuestra obligación como ciudadanos.

⁶⁵ Tomo el texto de Pitarch y Dalmases, *Arte e industria...*, pp. 10-12. La referencia original, en la nota 2 de la p. 12.

Tiene que estar del lado de la acción razonable. Ahora que aún podemos salvar y disfrutar, nosotros y nuestros hijos, de la memoria del trabajo, "arrancar una sombra, olvidar un olvido"⁶⁶.

La primera versión de este artículo fue presentada en el Curso de Verano de la UCM, en El Escorial, «El patrimonio industrial y la memoria del trabajo: recuperación y futuro», en agosto de 2003. Una segunda versión fue la conferencia central del Seminario Internacional sobre la Memoria del Trabajo, organizado por el TICCIH (el Comité Internacional para la Conservación del Patrimonio Industrial), y el Diálogo Culturas del Trabajo, del Fórum de Barcelona 2004, el 29 de junio de 2004. Una primera versión, reducida e ilustrada, se ha publicado en la revista internacional *Patrimoine Industriel/Industrial Heritage*, París, 2004. El autor agradece los comentarios y enriquecimientos aportados por los participantes en ambos encuentros.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS⁶⁷

- Ábaco (1998), «Arqueología industrial. Testimonios de la memoria», número monográfico de *Ábaco. Revista de Cultura y Ciencias Sociales*, 2.ª época, núm. 19, 138 + XII pp.
- Abell, Peter y Reyniers, Diane (2000), «Review article: on the failure of social theory», en *British Journal of Sociology*, vol. 51, núm. 4, diciembre, pp. 739-750 [el libro "revisado" es el primer volumen de *The rise of the network society*, segunda edición, 2000, de Manuel Castells].
- Aguilar Civera, Inmaculada (1998), *Arquitectura industrial: concepto, método y fuentes*, Valencia, Museo d'Etnología de la Diputació de València, 297 pp.
- Alfrey, Judith y Putnam, Tim (1992), *The industrial heritage: managing resources and uses*, Londres-Nueva York, Routledge, XII, 327 pp.
- Ansola, Alberto (1999), *Cambio económico y modo de vida en las comunidades pescadoras cántabras (siglos XIX y XX)* [Microforma], Santander, Servicio de Publicaciones, Universidad de Cantabria, tesis doctorales.
- Atkinson, Paul (1991), *The ethnographic imagination: textual constructions of reality*, Londres, Routledge, VII + 195 pp.
- ⁶⁶ Luis Cernuda, *La realidad y el deseo*, 1991, p.176 (de *Donde habite el olvido*, 1932-1933).
- ⁶⁷ Esta bibliografía, además de los textos citados, incluye un conjunto de referencias consultadas y revisadas en el contexto de la preparación, junto a Paloma Candela y Mercedes López García, codirectoras conmigo del Curso de Verano de la UCM en El Escorial «El patrimonio industrial y la memoria del trabajo: recuperación y futuro», 4-8 de agosto de 2003.

- Argentina, un país de emigrantes* (1998), Buenos Aires, Ministerio del Interior-Dirección General de Migraciones, 221 pp.
- Atkinson, Paul; Coffey, Amanda y Delamont, Sara (2001), «A debate about our canon», editorial de *Qualitative Research*, núm.1 vol. I (I), pp. 5-21.
- Ballart, Josep (1997), *El patrimonio histórico y arqueológico: valor y uso*, Barcelona, Ariel, 268 pp.
- Barthel, Diane (1996), «Getting in touch with history: the role of historic preservation in shaping collective memories», en *Qualitative Sociology*, vol. 19, núm. 3, pp. 345-364.
- Bauman, Zygmunt (2002), *La cultura como praxis*, Barcelona, Paidós, 374 pp. [publicado en 1999 por Sage, *Culture as praxis*].
- Bergeron, Louis (2001), «Archéologie Industrielle et Patrimoine Industriel: le contenu et la pratique aujourd'hui», en C. Geslin, *La vie industrielle en Bretagne...*, pp. 57-68.
- Caffyn, Alison y Lutz, Jane (1999), «Developing the heritage tourism product in multi-ethnic cities», en *Tourism Management*, 20, pp. 213-221.
- Candela, Paloma (1997), *Cigarreras madrileñas: trabajo y vida, 1888-1927*, Madrid, Editorial Tecnos.
- ; Castillo, Juan José y López García, Mercedes (2001), «El patrimonio industrial y la memoria del trabajo en la Comunidad de Madrid», en *Butlletí d'Arqueologia Industrial i Museus de Ciència i Tècnica*, primer trimestre de 2001, «Dossier», 8 pp.
- ; — y — (2002), *Arqueología industrial en Madrid: la memoria del trabajo y el patrimonio industrial del sudeste madrileño, 1905-1950*, Aranjuez, Doce Calles, 192 pp.
- ; — y — (2002), «La defensa del patrimonio histórico: Aranjuez: un paisaje truncado», en *El País*, 8 de diciembre (Madrid).
- Capel, Horacio (dir.), *Las Tres Chimeneas. Implantación industrial, cambio tecnológico y transformación de un espacio urbano barcelonés*, Barcelona, FECSA, 3 vols., 226 + 222 + 226 pp.
- (1997), «La rehabilitación y el uso del patrimonio histórico industrial», *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, núm. 29, pp.19-50.
- (1996), «El turismo industrial y el patrimonio histórico de la electricidad», en *Actas de las I Jornadas sobre Catalogación del Patrimonio Histórico. Hacia una integración disciplinar*, Sevilla, pp. 170-195.
- Castillo, Juan José (1995), «Un muelle para atracar la memoria: un museo del trabajo en la mar para Laredo», en *El Diario Montañés*, 28 de agosto, p. 18.
- (1998), *A la búsqueda del trabajo perdido*, Madrid, Editorial Tecnos, 215 pp.
- (ed.) (1999), *El trabajo del futuro*, Madrid, Editorial Complutense, 198 pp.
- (2003), *En la jungla de lo social. Reflexiones y oficio de sociólogo*, Buenos Aires-Madrid, Miño y Dávila Editores, 204 pp.
- y López Calle, Pablo (2003), *Los obreros del Polo: una cadena de montaje en el territorio*, Madrid, Universidad Complutense-Universidad Pública de Navarra, 156 pp. [primer volumen de la serie «El trabajo recobrado»].

- Castro Morales, Federico (2001), «Memoria, ocio y cultura: nuevos usos en España para el patrimonio industrial», en *Preservación...*, IAPH, Sevilla, pp. 204-212.
- CEODAL (Centro de Documentación de Arquitectura Latinoamericana) (2001), *Preservación de la arquitectura industrial en Iberoamérica y en España*, Sevilla, Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico, 343 pp.
- Cernuda, Luis (1991), *La realidad y el deseo*, Madrid, Clásicos Castalia, 219 pp. (edición, introducción y notas de Miguel J. Flys).
- Chapa, Álvaro (1999), *La construcción de los saltos del Duero, 1903-1970. Historia de una epopeya colectiva*, Pamplona, EUNSA-Ediciones de la Universidad de Navarra, 511 pp.
- Chaplain, Jean-Michel (1984), *La chambre des tisseurs. Louviers: cité drapière, 1680-1840*, Seyssel, Le Champ Vallon [Difusión PUF]-Collection Milieux, 302 pp.
- Chilton, Elizabeth S. (ed.) (1999), *Material meanings: critical approaches to the interpretation of material culture*, Salt Lake City, The University of Utah Press, ix + 179 pp.
- Cobas Fernández, Isabel (1998), *Criterios y convenciones para la gestión y el tratamiento de la cultura material mueble*, Santiago de Compostela, Grupo de Investigación en Arqueología del Paisaje, Universidad de Santiago de Compostela, 81 pp.
- Díaz y Pérez, Nicolás (1879), *Memoria acerca de la fábrica de calzado de [...] José Soldevila y Castillo. Barrio de Pozas, Paseo de Areneros, número 8*, Madrid, Pedro Montero, 29 pp.
- Dietler, Michael y Merbich, Ingrid (1998), «Habitús, Techniques, Style: an integrated approach to the social understanding of material culture and boundaries», en M. F. Stark (ed.), *The archaeology of social boundaries*, Washington, Smithsonian Institution Press, pp. 233-263.
- Fernández, Julio, *Buscando el pan del trabajo. La industrialización de Villaverde: emigración, condiciones de trabajo y vida en el sur de Madrid (1940-1965)*, Buenos Aires-Madrid, Editorial Miño y Dávila, de próxima publicación.
- Fisher, Gustave Nicolas (1983), *Le travail et son espace. De l'appropriation à l'aménagement*, París, Dunod, 95 pp.
- Fornier, Salvador (1989), «Arqueología y patrimonio industrial», en *Canelobre* (Alicante), núm. 16, pp. 18-24.
- Funari, Pedro Paulo A. (organizador) (1998), *Cultura material e arqueología histórica*, Campinas (São Paulo), Unicamp, Instituto de Filosofia e Ciências Humanas, 317 pp.
- Geslin, Claude (dir.) (2001), *La vie industrielle en Bretagne. Une mémoire à conserver*, «Préface» de Louis Bergeron, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, p. 274.
- Giacometti, Alberto (2001), *Écrits*, París, Hermann, XXIX + 305 pp. [primera edición 1990].
- Giedion, Sigfried (1978), *La mecanización toma el mando*, Barcelona, Gustavo Gili, 731 pp. [edición original, *Mecanization takes command*, 1948].

- Gille, Zsuzsa y Ó Riain, Seán (2002), «Global ethnography», en *Annual Review of Sociology*, vol. 28, pp. 271-295.
- Gordon, Robert B. y Malone, Patrick M., *The texture of industry: an archaeological view of the industrialization of North America*, Nueva York-Oxford, Oxford University Press, 442 pp.
- Gottdiener, Mark (1998), *Postmodern semiotics: material culture and the forms of postmodern life*, Oxford, Blackwell, viii + 262 pp.
- Gutiérrez Lloret, Sonia (1997), *Arqueología: introducción a la historia material de las sociedades del pasado*, Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 219 pp.
- Halbwachs, Maurice (1975), *Les cadres sociaux de la mémoire*, París, Mouton Éditeur (1.ª edición, 1925), p. 29, capítulo 3, «La reconstruction du passé» (pp. 83-113).
- Hammersley, Martyn y Atkinson, Paul (1996), *Ethnography: principles in practice*, Londres-Nueva York, Routledge, 323 pp. [en castellano: *Etnografía. Métodos de investigación*, Barcelona, Paidós, 1994 (traducido de la primera edición, 1983)].
- Harvey, David (2003), *Espacios de esperanza*, Madrid, Akal.
- INCUNA (2000), *Estudio básico sobre el patrimonio documental en Asturias: los archivos históricos, industriales y mercantiles*, Gijón, Trea, 261 pp.
- Johnson, Nuala C. (1999), «Framing the past: time, space and the politics of heritage tourism in Ireland», en *Political Geography*, 18, pp. 187-207.
- Jornadas Europeas de Patrimonio (2001), *El patrimonio industrial en Andalucía*, Sevilla, Junta de Andalucía, Consejería de Cultura, 167 pp.
- Kingery, David W. (ed.) (1996), *Learning from things: method and theory of material culture studies*, Washington, Smithsonian Institution Press, X + 262 pp.
- Knapp, A. Bernard; Piggott, Vicent C. y Herbert, Eugenia W. (eds.) (1998), *Social approaches to an industrial past: the archaeology and anthropology of mining*, Londres-Nueva York, Routledge, XVI + 306 pp.
- La Plata, una obra de arte, 1882-1982*, La Plata, Provincia de Buenos Aires, Editado por Municipalidad de La Plata, 443 pp.
- Le Corbusier (1995), *Vers une architecture*, París, Flammarion, 255 pp. [edición original: París, Éditions Crès et Cie, 1923].
- (1983), *Quand les cathédrales étaient blanches. Voyage au pays des timides. Aujourd'hui aussi le monde commence*, París, Denöel-Gonthier, 253 pp. [edición original, 1937].
- Linehan, Denis (2000), «An archaeology of dereliction: poetics and policy in the governing of depressed industrial districts in interwar England and Wales», en *Journal of Historical Geography*, vol. 26, núm. 1, pp. 99-113.
- Lledó, Emilio (1998), *El silencio de la escritura*, Madrid, Espasa Calpe (Colección Austral), edición corregida y aumentada, 161 pp.
- Lobato, Mirta Zaida (2001), *La vida en las fábricas. Trabajo y protesta política en una comunidad obrera, Berisso (1904-1970)*, Buenos Aires, Entrepassados/Prometeo Libros, 333 pp.

- (2003), «Organización, racionalidad y eficiencia en la organización del trabajo en la Argentina: el sueño de la americanización y su difusión en la literatura y la prensa», en *Sociología del Trabajo*, nueva época, núm. 49, otoño.
- López Pacheco, Jesús (1984), *Central eléctrica*, Barcelona, Ediciones Orbis con la colaboración de Ediciones Destino, 282 pp. [la primera edición es de 1958, en Destino].
- (2002), *El tiempo de mi vida. Antología*, Valencia, Germania, 101 pp. [edición y estudio introductorio de César de Vicente Hernando].
- Lumley, Robert (ed.) (1988), *The museum-time machine. Plotting cultures on display*, Londres y Nueva York, Routledge, A Comedia Book, 237 pp.
- Marrero Guillamón, Isaac (2003), «¿Del Mánchester catalán al Soho barcelonés? La renovación del barrio del Poblenou en Barcelona y la cuestión de la vivienda», ponencia presentada al V Coloquio Internacional de Geocrítica, «La vivienda y la construcción del espacio social de la ciudad», Barcelona, 26-30 de mayo, 17 pp. [consultado en <http://www.ub.es/geocrit/sn/vmarer.html>].
- Martín Martínez, José Luis (1991), *Urbanismo y arquitectura industrial en Puerto de Sagunto*, Sagunto, Caja de Ahorros de Sagunto, 304 pp. + planos.
- (2003), «Patrimonio industrial y memoria colectiva: el caso de Puerto Sagunto», en *Sociología del Trabajo*, nueva época, núm. 49, otoño.
- Memoria dell'impresa*, La (1991), Roma, Il Coltello di Delfo.
- Mumford, Lewis (1992), *Técnica y civilización*, Madrid, Alianza, 522 pp.
- Nora, Pierre (1997), «Entre mémoire et histoire. La problématique des lieux», en P. Nora (dir.), *Les lieux de mémoire. 1*, París, Gallimard-Quarto, pp. 23-43 (1984).
- Orr, Julian E. (1998), «Images of work», en *Science, Technology and Human Values*, vol. 23, núm. 4, otoño, pp. 439-455.
- Ortega, Nicolás (1992), «La concepción de la geografía en la Institución Libre de Enseñanza y en la Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas», en J. Gómez Mendoza y N. Ortega, *Naturalismo y geografía en España (desde mediados del siglo XIX hasta la guerra civil)*, Madrid, Fundación Banco Exterior, pp. 19-77.
- (2001), *Paisajes y excursiones. Francisco Giner, la Institución Libre de Enseñanza y la Sierra de Guadarrama*, Las Rozas (Madrid), Editorial Raíces-Obra Social de Caja Madrid.
- Ortiz, Sutti (2002), «Laboring in the factories and in the fields», en *American Review of Anthropology*, vol. 31, pp. 395-417.
- Pfaffenberger, Bryan (1998), «Mining communities, chaînes opératoires and sociotechnical systems», en A. Knapp, V. Piggott y E. Herbert (eds.), *Social approaches to an industrial past: the archaeology and anthropology of mining*, Londres-Nueva York, Routledge, pp. 291-300.
- Phillips, Alan (1993), *Arquitectura industrial*, Barcelona, Gustavo Gili, 224 pp.
- Piñar Samos, Javier y Giménez Yanguas, Miguel (1996), *Motril y el azúcar. Del paisaje industrial al patrimonio tecnológico 1845-1995*, Motril, Asukaria Mediterránea, 337 pp.

- Piñón, Josefina (2003), *Cervecera 'El Aguila', (1900-1936). Trabajo y tecnología en los orígenes industriales de Madrid*, Madrid, Editorial Complutense, 153 pp. [editada con la colaboración de la Comunidad de Madrid].
- Pitarch, Antonio José y Dalmases Balañá, Nuria de (1982), *Arte e industria en España, 1774-1907*, Barcelona, Blume, 327 pp.
- Pounds, Norman J. G. (1999), *La vida cotidiana: historia de la cultura material*, Barcelona, Crítica, 572 pp.
- Prentice, Richard C.; Witt, Stephen F y Hamer, Claire (1998), «Tourism as experience: the case of the heritage parks», en *Annals of Tourism Research*, vol. 25, núm. 1, pp. 1-24.
- Pretes, Michael (2002), «Touring mines and mining tourists», en *Annals of Tourism Research*, vol. 29, núm. 2, pp. 439-456.
- Proust, Marcel (1986), *Le temps retrouvé*, París, Flammarion.
- Quiroga, Francisco (1890), «Una excursión a Valdemorillo», en *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, vol. XIV, núm. 325, pp. 247-249.
- Roth, Klaus (2001), «Material culture and intercultural communication», en *International Journal of Intercultural Relations*, 25, pp. 563-580.
- Sagra, Ramón de la (1845), *Informe sobre el cultivo de la caña y la fabricación del azúcar en las costas de Andalucía...*, Madrid, Imprenta del Colegio de Sordo-mudos y Ciegos, 63 pp.
- Sánchez Ferlosio, Rafael (2003), *Non Olet*, Barcelona, Destino.
- Santos, Maxi (2000), *División del trabajo y cooperación entre empresas. Formas organizativas y estrategias empresariales en los sistemas productivos de Arganda del Rey y Fuenlabrada*, Madrid, Consejo Económico y Social de la Comunidad de Madrid, 230 pp.
- Sarlo, Beatriz (1999), *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920-1930*, Buenos Aires, Nueva Visión, 246 pp.
- Savater, Fernando (1972), *La filosofía tachada*, Madrid, Taurus.
- Schiffer (1996a), «Formation processes of the historical and archaeological records», en D. Kingery, *Learning from things...*, pp. 73-80.
- (1996b), «Pathways to the present: in search of shirt-pocket radios with subminiature tubes», en D. Kingery, *Learning from things...*, pp. 81-88.
- Schwartz, Barry (1996), «Introduction: The expanding past», en *Qualitative Sociology*, vol. 19, núm. 3, pp. 275-282 [número especial, «Collective memory»].
- Scott, Shaunna L. (1996), «Dead work: the construction and reconstruction of the Harlan Miners Memorial», en *Qualitative Sociology*, vol. 19, núm. 3, pp. 365-393.
- Séminaire de Royaumont (1989), *Cultures du travail: identités et savoirs industriels dans la France contemporaine* (Séminaire du Rayaumont, enero de 1987) [organizado por el Ministère de la Culture et de la Communication, Direction du Patrimoine, Mission du Patrimoine Ethnologique], París, Maison des Sciences de l'Homme, VIII, 265 pp.
- Sierra, José (2003), «Para una lectura histórico-social de la espacialidad obrera en la España de la Restauración: una cala en los espacios de trabajo»,

- Studia Historica. Historia Contemporánea*, vols. 19-20, 2001-2002 [pero abril 2003], pp. 15-33.
- y Tuda, Isabel (1996), *Las lozas de Valdemorillo: una aportación a la historia de las artes industriales madrileñas (1845-1915)*, Madrid, Comunidad de Madrid, Consejería de Educación y Cultura, 277 pp.
- Sobrino, Julián (1996), *Arquitectura industrial en España, 1830-1990*, Madrid, Ediciones Cátedra, 367 pp.
- Stark, Miriam T. (ed.) (1998), *The archaeology of social boundaries*, Washington, Smithsonian Institution, xv + 362 pp.
- Uría, Jorge (2001), «La cultura popular y la historiografía española: breve historia de un desencuentro», en M. Ortiz Heras, D. Ruiz González y E. Sánchez Sánchez (coords.), *Movimientos sociales y Estado en la España contemporánea*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, pp. 323-377.
- Vías, Julio (2001), *Memorias del Guadarrama. Historia del descubrimiento de unas montañas*, Madrid, Ediciones de La Librería.
- VV AA (1996), *Borgonya. Una colonia industrial del Ter. 1895-1995*, Vic, Eumo Editorial, 446 pp.
- West, Bob (1988), «The making of the English working past: a critical view of the Ironbridge Gorge Museum», en R. Lumley, *The museum-time machine...*, pp. 36-62.
- Williams, Raymond (2001), *El campo y la ciudad*, Buenos Aires, Paidós, 411 pp. Prólogo a la edición en español de Beatriz Sarlo; traducción de Alcira Bixio.
- Zerubavel, Eviatar (1996), «Social memories: steps to a sociology of the past», en *Qualitative Sociology*, vol. 19, núm. 3, pp. 283-299.

Resumen. «La memoria del trabajo y el futuro del patrimonio»

El artículo, que despliega los argumentos presentados por el autor con ocasión de dos reuniones internacionales sobre el papel de la memoria y la historia del trabajo en la recuperación del patrimonio industrial, se articula en torno a cuatro argumentos estrechamente vinculados entre sí: en primer lugar se discute el objeto mismo “memoria del trabajo”, utilizado muchas veces de forma trivial y acientífica, para “decorar” la reutilización de baldíos industriales, lo que contribuye a borrar las trazas del trabajo mismo, fetichizando edificios y artefactos técnicos, fuera del contexto en el que sirvieron para producir bienes o servicios; en segundo lugar, se muestra el camino metodológico, el enfoque de investigación, que ha de presidir una recuperación histórica “realista”; en tercer lugar se muestra cómo la arqueología industrial es, necesariamente, la base sobre la que planificar la recuperación y utilización de la historia del trabajo, los centros de interpretación, la devolución de la historia al presente para fundamentar su uso pedagógico, turístico y cultural; finalmente, en un cuarto movimiento, se argumenta la necesidad de conocimiento e investigación, pero también de la acción política razonable para poder luchar tanto contra el olvido histórico, la papelera, como contra el *bulldozer* de los intereses especulativos, reuniendo el compromiso del investigador con el del ciudadano *tout court*.

Abstract. «The memory of work and the future of heritage»

This article draws on the author's contributions to two international seminars on the role of memory and the history of work in the preservation and interpretation of industrial heritage. Here he develops four main arguments. First, he discusses the very notion of the “memory of work”. This, he argues, is often used in a trivial and unscientific way to “adorn” the reuse of industrial wastelands, in fact serving to erase the residues of work, fetishizing buildings and technical artefacts in isolation from the context in which they served to produce goods and services. The author, second, goes on to outline the methodology and research approach required for “realistic” historical conservation and presentation of the industrial past. Third, he shows why industrial archaeology constitutes the necessary starting point for the preservation and use of the history of work, for interpretation centres, and for any attempt to bring history back to the present for whatever purpose, whether education, culture, or tourism. Finally, the author maintains that this requires not just knowledge and research, but political action and policies to combat historical amnesia—the dustbin of history—as well as the bulldozer of the property speculator. In this way, the commitment of the researcher merges with that of the citizen *tout court*.

Centro de Información y
Documentación Científica



www.cindoc.csic.es

- ✓ Bases de Datos
- ✓ Consultoría y Asesoramiento
- ✓ Sistemas de Información
- ✓ Traducciones
- ✓ Búsquedas Bibliográficas
- ✓ Cursos Especializados
- ✓ Suministro de Documentos
- ✓ Proyectos I+D

sdi@cindoc.csic.es

A vueltas con la condición obrera ¹

Stéphane Beaud, Michel Pialoux *

¿Conserva su vigencia este libro cinco años después de la publicación de su primera edición? ¿Sigue siendo pertinente evocar un mundo obrero que, según lo que se ha dicho, se ha vuelto “invisible” casi del todo desde los años noventa? ¿Conviene modificar las principales líneas analíticas esbozadas en nuestro libro, viendo las recientes transformaciones del mundo obrero? O, dicho de otro modo, ¿está anticuado su planteamiento, superado por acontecimientos como la globalización, la aparición de un capitalismo salvaje, el desarrollo de deslocalizaciones cada vez más numerosas, la desaparición de partes enteras del mundo obrero (sector textil, calzado, electrónica, etc.)? No es lo que creemos y pensamos que conserva una importancia explicativa para comprender la realidad obrera actual. La presente nota nos permitirá volver a los objetivos que nos proponíamos en la primera publicación del libro, insistir en las cuestiones de investigación que deseábamos abordar y concluir con los retos científicos y socio-políticos que queríamos ofrecer.

¹ Este artículo se basa en el postfacio, escrito en julio de 2004, a la reedición en formato de bolsillo del libro de los autores *Retour sur la condition ouvrière*, publicado por vez primera en 1999, en la editorial Fayard, de París. A finales del pasado año de 2003, los autores publicaron un segundo libro, en algún modo, continuación de *Retour...*, en la misma editorial, bajo el título *Violences urbaines, violences sociales*, que ha tenido una gran repercusión social y ha suscitado un gran debate científico a lo largo del presente año. Traducción de Evelyne Tocut.

* Michel Pialoux, Centre de Sociologie Européenne, MSH, 54, boulevard Raspail, 75007 Paris. Stéphane Beaud, École Normale Supérieure, 48 boulevard Jourdan, 75014 Paris; stephane.beaud@ens.fr.

1. La cuestión de la “clase obrera”

En un primer momento, propusimos al editor como título de nuestro libro *Los obreros después de la clase obrera*. El título, que se ajustaba perfectamente a la intención teórica que subyacía en el libro², permitía plantear también una cuestión política, esencial a nuestro modo de ver: ¿en qué se convierten los obreros, privados del soporte material y simbólico que la “clase obrera” les brindó durante mucho tiempo, es decir, la “clase” sindicalmente organizada (sobre todo a través de la CGT) y también políticamente organizada (a través del PCF y de las organizaciones políticas que abogaban por el socialismo)? El potente capital colectivo, material y simbólico, acumulado durante décadas de luchas sociales a través del movimiento obrero (en el sentido amplio del término) permitió que el colectivo obrero se estructurase como “clase movilizada” y que, en contrapartida, los miembros políticos y sindicales elegidos así como los numerosos responsables de asociaciones facilitasen considerablemente su labor cotidiana de representación social y política del colectivo.

Sin embargo, en 1999, año en el que nos decidimos a publicar el libro de síntesis, tras unos quince años de encuestas y publicaciones diversas³, nos pareció evidente que se había cerrado una página de la historia obrera. Estamos ahora ante una configuración histórica muy

² Nuestro libro se inscribe también en el marco de una filiación teórica, la de la sociología de Pierre Bourdieu y del centro de investigaciones al que él dio vida durante treinta años. El análisis de las clases sociales en Francia progresó gracias a la aportación de un enfoque relacional y “constructivista”, ampliamente iniciado con los trabajos de P. Bourdieu y L. Boltanski, y utilizado después por los historiadores (como por ejemplo Gérard Noiriel, cf. el nuevo prólogo de *Ouvriers dans la société française*) y los especialistas en ciencias políticas (como Bernard Pudal). Los grupos sociales ya no son sustancialistas, al modo de los análisis marxistas, sino pensados y analizados como una realidad sociohistórica producida en el tiempo, sobre todo mediante una labor de representación simbólica y política (por ese motivo, se dice que dichos grupos han sido “construidos”). En ese marco teórico, la lucha de clases no se juega sólo en las relaciones de producción (o en la fábrica) sino también a través de las luchas de clasificaciones sociales que se proponen en la representación de los grupos sociales y, en consecuencia, su visibilidad en el espacio público. Se trata por tanto de vincular, en el análisis, la cuestión de las relaciones de dominación que se juegan en el centro de trabajo (la fábrica en el caso de los obreros) con la de las luchas simbólicas que se dan sobre todo en el campo intelectual.

³ Michel Pialoux inició solo la investigación en Sochaux en 1983; luego se unió a él, por primera vez, Stéphane Beaud en el mismo lugar de la investigación, en julio de 1988.

diferente: dicho de otro modo, la “clase obrera” (utilizando esta expresión de modo provisional) se encuentra a la defensiva —“vamos constantemente hacia atrás” dicen los militantes—, muy debilitada, fuertemente desarmada y considerablemente desmoralizada⁴. Considerándolo con la suficiente perspectiva temporal, hasta podríamos pensar que el periodo 1936-1980 de la historia de la clase obrera (iniciado con la emergencia en el escenario sindical y político de la “generación singular” en el momento del Frente Popular) no fue sino un paréntesis en la historia de largo plazo del mundo obrero francés: un periodo, excepcional en muchos aspectos, en el que la “clase obrera”, apoyada en el Estado social impuesto por las fuerzas de la Resistencia, creció constantemente en número y se afianzó desde un punto de vista político, consiguiendo, con grandes esfuerzos, de las clases dominantes una serie de derechos sociales, los famosos “derechos adquiridos” que estas no dejan de cuestionar.

En resumidas cuentas, se trataba de hacer entender con nuestro libro un proceso central en la historia de la sociedad francesa: el de la desestructuración de la antigua “clase obrera”, tal y como se había ido construyendo durante una larga etapa. Era preciso para ello dar cuenta no sólo de su (relativo) debilitamiento numérico, sino, sobre todo, de su debilitamiento político, que se traduce, entre otras cosas, por lo que podemos denominar su pérdida de autonomía simbólica, característica de los últimos veinte años. En pocas palabras, se trataba de entender la tendencia que hizo que, en dos décadas, pasásemos de una situación en la que la “clase obrera” era objeto de todas las atenciones sociales y políticas —especialmente por parte de los intelectuales (cf. la foto legendaria de Sartre subido en un bidón en Billancourt)— a la de finales de los años noventa, periodo en el que ya no interesaba a nadie y en el que unos intelectuales que la habían convertido en causa sagrada en su juventud auguraban constantemente la desaparición del proletariado, hasta el punto de que creíamos que había desaparecido de las estadísticas⁵. En resumidas cuentas, una clase

⁴ Fue lo que nuestra colega socióloga Danièle Bleitrach llamó *La défaite ouvrière* (L'Harmattan, 2001).

⁵ Uno de los fragmentos del libro que más ha llamado la atención (ha sido el de las primeras páginas donde se dice que unos estudiantes parisinos, de nivel de diplomatura en sociología, calculaban el número de obreros en Francia en unos cientos de miles (entre 300.000 y 600.000). Varios periodistas nos han dicho haber formulado, de improviso y como jugando, la misma pregunta a sus compañeros de trabajo. Las respuestas seguían situándose en idéntico cálculo de estimación y la cifra no pasaba nunca del millón. Semejante subestimación del número real de obreros no puede sino darnos que pensar.

que ya no habla o, peor aún, que se ha transformado en objeto de un discurso lleno de compasión —una “clase fantasma”⁶, utilizando el título de un magnífico libro de Jean-Pierre Levaray (obrero cualificado de la industria química)—. A través de las cuestiones de denominación y los términos sociológicos, ¿volvemos acaso al problema esencial de la construcción social del colectivo obrero⁷? Por ejemplo, las palabras utilizadas para designar a los obreros contribuyen, a su manera, a construir la realidad. Hablar, como en el pasado, de peones especialistas o de “obreros no cualificados”, o hablar, como en la actualidad, de “operadores”, de “BNC” (Bajos Niveles de Cualificación), no es exactamente lo mismo. Son cambios de léxico que implican toda una relación con el mundo. Dicho de modo esquemático, cuanto más se ha debilitado simbólicamente la clase obrera en Francia, menos ha conseguido nombrarse a sí misma y más se ha devaluado el término *obrero* en el mercado lingüístico de las profesiones, cuando sonaba aún muy fuerte y resultaba muy evocador en los años 1960-1970 (pensemos en la expresión generalizadora, “el Obrero”, mil veces oída en boca de los “mayores”). Paulatinamente, la clase obrera dejó de dar miedo y de hablar a través de sus portavoces, provenientes todos de sus filas, y progresivamente los diferentes medios de comunicación lograron imponer, para designarla, nombres cuya función eufemística, hasta mágica, tendía a disimular la realidad de la condición obrera, condición vivida de modo cada vez más doloroso por los mismos interesados.

Así, nuestro esfuerzo en términos de construcción del objeto ha consistido en querer relacionar ese proceso de desestructuración de la clase obrera con los cambios ocurridos no sólo en el sistema de relaciones económicas (es el enfoque de la tradición marxista), sino también en otras esferas de la actividad social (la escuela, el lugar de residencia, las familias...). Primero, en la parte dedicada a la fábrica de Sochaux, hemos intentado adoptar un punto de vista sobre la racionalidad gestora⁸ distinto del de los gestores y *managers* —y eso es lo

⁶ Editorial Le Reflet, Montreuil, 2003. Señalemos también su primer libro, magnífico también, *Putain d'usine*, Montreuil.

⁷ Los historiadores (E. P. Thompson, H. Sewell, G. Noiriel en Francia) y también los especialistas en ciencias políticas (M. Offerlé, B. Pudal) no han dejado de plantear la pregunta en trabajos novedosos y han aportado respuestas que han hecho progresar mucho la sociología histórica de la clase obrera. Entre otras cosas, la importancia del lenguaje para entender la constitución de un grupo social.

⁸ Algo parecido a lo que pudo hacer C. Dejours con su equipo en psicodinámica del trabajo.

que nos diferencia de muchas obras escritas últimamente— y poner de relieve el modo en que se perpetúan o se renuevan unas lógicas de dominación y explotación en el trabajo; hasta hemos sugerido que las nuevas lógicas de dominación en el trabajo pueden ser peores actualmente que aquellas que existían antes. Pero hemos adoptado después, para nuestro análisis, una postura de investigación que, situándose en la filiación de las investigaciones teóricas y empíricas de Pierre Bourdieu⁹, se propone ir más allá de ese tipo de enfoque “marxista”, procurando tener en cuenta otros cambios que nos parecen decisivos, como los que están vinculados a las transformaciones en las relaciones intergeneracionales y a la construcción de la autoestima en un espacio social que se halla también en constante transformación.

Por ese motivo, en nuestra investigación hemos insistido en lo que ocurre en la escuela —y no en las trayectorias más nobles de la enseñanza, sino en sus segmentos (que han acabado siendo) desvalorizados, como la enseñanza profesional¹⁰—. Podemos reconocer ahora que la política voluntarista de la democratización escolar —con sus falsos pretextos— tuvo seguramente un coste enorme para el mundo obrero, ya que, sin por ello garantizar el éxito de sus hijos en la enseñanza general¹¹, lo ha privado de un apoyo que resultaba seguro, pese a todo: la certificación escolar (de tipo CAP: Certificado de Aptitud Profesional) y la recuperación de la autoestima frecuentemente lograda en esos centros de enseñanza. Sin embargo, tenemos la sensación de que, en el sistema de enseñanza actual, la sociología de la educación de los años 1980-1990 *post Bourdieu-Passeron*¹² ha infra-

⁹ Cf. Nuestra contribución, «Faire équipe. Ethnographie et monde ouvrier», en Pierre Encrevé y Rose-Marie Lagrave, *Travailler avec Bourdieu*, París, Flammarion, 2003.

¹⁰ Cf. los minuciosos estudios de Lucie Tanguy, Françoise Ropé, Guy Brucy. Los trabajos actuales y muy originales de Gilles Moreau sobre el aprendizaje (cf. Gilles Moreau, *Mondes apprentis*, La Dispute, 2003) son una prolongación de los primeros.

¹¹ Lo que los alumnos acaban considerando una “vía normal” (los estudios largos en la enseñanza general) es en realidad una vía sembrada de obstáculos y trampas para los que no disponen de los “códigos”. Las familias implicadas en la nueva competición escolar han visto aparecer rápidamente esas dificultades de la democratización. Al final, es decir, cuando los hijos tienen 22-24 años, los resultados no suelen ajustarse, ni mucho menos, a las expectativas. Así, el interés actual por el aprendizaje puede justificarse, por un lado, por la desconfianza ante la posibilidad de proseguir los estudios a duras penas y, por otro, por el desprestigio de los LEP (Institutos de Enseñanza Profesional), lo cual acaba siendo un círculo vicioso...

¹² Y que, en consecuencia, se ha ideado en buena medida contra una sociología percibida como “determinista”, “derrotista”. Por temor a abordar cuestiones como la dominación o las relaciones de clase en la escuela, esa nueva sociología se ha ido con-

valorado, incluso “olvidado” del todo, la emergencia de una forma de dominación renovada (y desconocida) que implica la aparición de nuevas formas de humillación escolar y, en el caso de los alumnos relegados a las “malas” trayectorias escolares, el nacimiento de un sentimiento muy vivo de rechazo, de sentirse apartado y mantenido fuera (casi “para toda la vida”). El origen de la “violencia escolar” actual es, pues, evidente. Se debe fundamentalmente a ese proceso de relegación precoz y rechazo social de los que han sufrido un fracaso escolar (es decir, hijos de las familias más proletarizadas en su mayoría¹³).

En consecuencia, para entender las transformaciones del mundo obrero, hay que tener siempre presente que la relación de las familias respecto de la escuela ha sido muy importante. Sin por ello querer erigirlo en principio explicativo esencial, no cabe la menor duda de que buena parte de lo que constituía el “sentido de clase” de los obreros desapareció en el cruce de esos cambios. Al fin y al cabo, no eran tan malos sociólogos aquellos militantes obreros que, en los inicios del siglo XX, se oponían a la difusión de la cultura escolar en el medio obrero y que “no dudaban en mostrarse muy desconfiados o críticos ante la ‘escuela secundaria’” (cf. Marcel Martinet). El régimen de los estudios largos produce una especie de acumulación escolar en la que los “hijos de la democratización¹⁴” pierden cierta forma de la cultura obrera, hecha en parte de actitudes de oposición a través del aprendizaje, por ejemplo en los CET (Colegios de Enseñanza Técnica), de disposiciones rebeldes (en el caso de los hijos de la fracción politizada de la clase obrera). El paso por un sistema de estudios largos contribuye a la descalificación de la experiencia obrera y puede producir efectos de vergüenza social en los alumnos “mediocres” que

virtiendo cada vez más en una sociología de la escuela (o de la institución escolar) o en una sociología de la evaluación: una de sus características principales consiste en no tomar apenas en cuenta lo que ocurre fuera del sistema escolar. De tanto empeñarnos en abrir la “caja negra” de la escuela, hemos acabado por olvidar que la escuela no vive aislada ni de modo autónomo. Para consultar críticas mordaces de dicha sociología de la educación, véase, por una parte, el conjunto de trabajos realizados por Lucie Tanguy y Françoise Ropé y, por otra parte, el trabajo de sociología crítica de Frank Poupeau.

¹³ Para un análisis más detallado, nos permitimos referirnos al libro que publicamos en 2003, *Violences urbaines, violence sociale. Genèse des nouvelles classes dangereuses* (Fayard) y que es la continuación del primer libro. Sin embargo, convendría mencionar también el conjunto de los trabajos de Elisabeth Bautier y Bernard Charlot (equipo ESCOL de París VIII), así como el libro de Jean-Pierre Terrail, *De l'inégalité scolaire*, La Dispute, 2003.

¹⁴ Véase al respecto Stéphane Beaud, *80% au bac. Et après?... Les enfants de la démocratisation scolaire*, París, La Découverte, 2002.

se sienten “desculturizados” (pérdida de la cultura obrera de origen), aunque no lleguen a sentirse verdaderamente aculturizados desde un punto de vista escolar, y que van navegando así entre distintas pertenencias.

Las transformaciones de la escuela que se dieron en Francia desde el comienzo de los años ochenta —desvalorización de la enseñanza profesional y promoción de un modelo de estudios largos en la enseñanza general, lógica de la alternancia, incremento del aprendizaje, alargamiento de la escolaridad, etc.— tienen, a la larga, múltiples consecuencias que pasan totalmente desapercibidas y más especialmente en el mundo obrero. La especificidad de nuestro trabajo consiste en haberlo centrado en el problema de las generaciones; eso nos ha permitido vincular estrechamente la cuestión de las transformaciones del trabajo obrero, la de la escuela y la de la herencia obrera. Hemos querido mostrar cómo el proceso estructural de desvalorización obrera en la fábrica se vio reforzado, durante esos quince años, por otros procesos de “desobrerización” producidos fuera de la fábrica, sobre todo a través del cambio de las aspiraciones escolares y profesionales de las familias obreras, la desvalorización de prácticas “tradicionales” que afecta no sólo al modo de educar a los hijos, sino también a lo que podemos denominar “sentido de clase”. Hemos visto aparecer en nuestra encuesta una cuestión fundamental para las familias obreras de la actualidad: la dificultad o la imposibilidad de transmitir una herencia. A diferencia de lo que ocurre en otros tipos de familia, y ante todo en las familias burguesas, los padres de medio obrero ya no parecen saber lo que pueden transmitir a sus hijos, sea en el plano individual, familiar o de grupo. Esa situación conlleva divisiones dolorosas en las familias. La película de Laurent Cantet *Re-cursos humanos* es muy significativa al respecto; la película refleja el temor del padre, la vergüenza del hijo (que le espeta, gritando, a su padre, al final de la película: “Me has legado tu vergüenza”¹⁵). Así se pueden explicar la ambigüedad de la valorización del oficio y las distintas formas de sacralización de la cultura legítima que se encuentran con frecuencia en el mundo obrero y sus consiguientes aporías...

Pero ¿de qué herencia obrera se trataba? Creemos que se trataba, sobre todo, de una herencia política. Durante mucho tiempo, el sello característico de los obreros consistió en la posibilidad de transmitir

¹⁵ Sería lícito, en este caso, referirnos a lo que se podría denominar “maldición de la clase obrera francesa”: “Elogiar un mundo que sus moradores sólo desean abandonar” (Jacques Rancière).

esa herencia. Podemos pensar que el “orgullo obrero” provenía en buena medida de esa herencia política. Por supuesto, no se trata de afirmar que ese orgullo obrero ha desaparecido del todo; algunos ejemplos de su existencia subsisten aún en ciertas ramas profesionales (lo que queda de los obreros del sector de la imprenta, de los ferroviarios, de los obreros muy cualificados...); de igual modo, existen muestras de solidaridad en las obras o en los talleres. Podemos preguntarnos también si no sigue existiendo una herencia propiamente obrera, institucional y política —una suerte de herencia “objetivada” por así decirlo— que puede utilizarse, reactivarse, tal como podemos constatar con la creación de secciones sindicales en algunas PYME subcontratistas, implantadas recientemente en el yacimiento de empleo de Montbéliard.

Junto a la cuestión de la herencia obrera, el libro aborda también, aunque no la anteponga, la de la autonomía simbólica del grupo obrero. Ahí aparece la cuestión del papel de los obreros profesionales (OP) en el grupo, en la unificación del grupo y en la valorización de cierto tipo de experiencia obrera¹⁶. Con razón o sin ella, los OP tenían el sentimiento de su valor a través de su oficio (una formación propiamente obrera, el CAP, las “pruebas”, las habilidades y la virtuosidad manuales, la afición y la capacidad para el trabajo con las “manos”, etc.), y también a través de su convicción en los valores del socialismo.

2. Las transformaciones del trabajo obrero: lo que permite “ver” el trabajo de campo

En nuestro libro, y como punto de partida del análisis, no hemos querido plantear temas abstractos como los que preocuparon durante mucho tiempo a la sociología de las clases sociales¹⁷ (en Francia, sobre todo a la de la “clase obrera”). Hemos preferido entrar de lleno

¹⁶ Evidentemente, conviene insertar el tema en una historia de la clase obrera francesa, en su marginalidad, pese a la historia política centrada en París y “su” clase. Cf. el nuevo prólogo de Gérard Noiriel para la reedición de su libro, convertido en una obra clásica, *Les ouvriers dans la société française*, Points-Seuil, 2002.

¹⁷ La mayoría de esos temas nos parecían de tal importancia que corríamos el peligro de encerrarnos en un debate preconstruido en el que las respuestas estaban dadas de antemano. Eso no quiere decir, ni mucho menos, que dichos temas carecían de sentido. Pero creíamos que sólo se podían utilizar basándonos en un material empírico.

en un análisis basado en el trabajo de campo, porque ambos creemos en las ventajas del trabajo empírico y, muy especialmente, en un tipo de investigación que requiere una larga presencia en el medio estudiado. En nuestra encuesta y en el libro, hemos intentado, sobre todo, reflejar el punto de vista de la experiencia obrera, los planteamientos de su mundo (y también sus prácticas), dejando hablar lo más posible a cierto tipo de obreros. Por ese motivo, hemos introducido numerosos fragmentos de entrevistas que no tienen una intención ilustrativa. ¿Por qué hemos adoptado esa postura? Porque nos parecía que, en el momento preciso en el que estábamos realizando nuestra encuesta, existía un enorme desfase entre, por un lado, lo que estábamos observando en los centros de trabajo —la intensificación del trabajo, la especie de guerra social que se libraba en los talleres para ganar tiempo y productividad, la violencia sufrida diariamente por los obreros, etc.— y, por otro lado, la representación dominante de la realidad obrera que se daba —la conversión al *neomanagement*, la robotización y las nuevas tecnologías como medios para hacer desaparecer, a través del milagro tecnológico, la vieja y molesta cuestión obrera¹⁸—. Nos sorprendía también el desfase considerable entre lo que decían los portavoces del mundo obrero (sindicalistas de alto nivel, liberados, etc.) y lo que vivía la “base”, las dudas que le costaba cada vez más expresar y, sobre todo, su creciente dificultad para ser oída, incluso por aquellos que debían ser sus defensores naturales (“históricos”). En efecto, y por decirlo de alguna forma, el mundo obrero caminaba, desde los inicios de los años sesenta, sobre dos piernas: la CGT y la CFTD. La CFTD representaba toda una parte del mundo rural, con frecuencia a través de la JOC (Juventud Obrera Cristiana). Y de hecho,

¹⁸ Manteniéndose igual el resto de las circunstancias, nos encontramos en idéntica postura de investigación que la que Gérard Noiriel evoca al iniciar su investigación de historiador sobre Longwy en 1979: “Durante la lucha [de Longwy] entre 1979 y 1980, me llamó la atención el fuerte sentimiento de incompreensión que expresaban los obreros en huelga. Los discursos de los portavoces exteriores (fueran estos representantes del gobierno, dirigentes sindicalistas que se acercaban cada vez más al centro del espectro político, periodistas, sociólogos u otros) ilustraban su ignorancia de las realidades sociales e históricas locales. Llegué a la conclusión de que la mayor ayuda que podíamos ofrecer a los dominados no consistía en hablar en su lugar, ni en afirmar de modo perentorio lo que se debería hacer para resolver sus ‘problemas’. Con más modestia, convenía esforzarse por exponer la lógica de sus prácticas sociales, por procurar explicarla a los que no la entienden porque no la viven; eso supone una proximidad geográfica y social con el universo objeto del estudio”, en Gérard Noiriel, prólogo a la nueva edición de *Ouvriers dans la société française* (Points-Seuil Histoire, 2002).

quíerese o no, el mundo obrero perdió una de sus piernas cuando vio cómo, en los años ochenta, la CFDT miraba a otra parte. El sindicalismo obrero, que se nutría de esa rivalidad y, también, de esa emulación entre la CGT y la CFDT, se vio profundamente desestabilizado.

En el nuevo paisaje ideológico de los años ochenta, muchos han sido los análisis de sociólogos o economistas del trabajo cuyo tema ha sido la modernización de las empresas y, más concretamente, la informatización de la producción, las nuevas formas de organización del trabajo y de gestión de la producción (flujos tensos, “justo a tiempo”, flexibilidad, exigencias de calidad) que han ido implantándose en las empresas francesas desde hace unos quince años. No obstante, por muy interesantes que resulten esos distintos trabajos, pecan todos de cierta forma de “economicismo” implícito y, con frecuencia, de la ausencia de una auténtica perspectiva histórica (en especial desde el punto de vista de la historia de los grupos profesionales y sociales). Hemos querido estudiar sobre todo el modo como el “grupo” de los obreros ha vivido las transformaciones de la organización del trabajo en los últimos quince años y en un espacio local, sin por ello olvidarnos de hacer variar los puntos de vista en el tema que nos ocupaba. Hemos procurado por tanto centrar nuestra encuesta en la transcripción de distintos puntos de vista de asalariados, obtenidos a través de una serie de entrevistas minuciosas, en especial con obreros de los talleres de carrocería de la fábrica de Sochaux. En nuestro análisis, no se puede aislar la reflexión sobre el trabajo obrero de las condiciones concretas en las que la cooperación obrera se efectúa. En efecto, ese trabajo obrero implica formas de cooperación, la construcción de relaciones colectivas; en consecuencia, resulta importante la valorización de la ayuda mutua y la solidaridad¹⁹. Aunque esas “realidades” se hayan visto pervertidas (por el *management* llamado “participativo”), siguen siendo ineludibles.

¹⁹ En este caso, podemos utilizar el análisis sintético propuesto por Bernard Pudal: “El trabajo obrero implica una relación con la materia y también —y sobre todo— una relación colectiva, una ciencia eficaz de la cooperación y del grupo. Por eso se da el culto a la solidaridad, a la ayuda mutua, al compañerismo, que constituye la base común de cualquier militancia obrero y de muchas otras prácticas de clase. Juegos, fiestas, actividades paralelas, lenguaje: el idioma obrero se caracteriza por la riqueza de los léxicos del oficio, y también por un uso extensivo de las figuras y metáforas relacionadas con el cuerpo, aunque apenas recurre a los eufemismos, ya que estos introducen cierta distancia. Le gusta utilizar cierto tipo de expresiones como, por ejemplo, bromas o chistes, o también anécdotas que explican la vida de clase y sacan enseñanzas de ellas de modo más vivo que los refranes o proverbios”, en *Le siècle des communismes*, Editions de l’Atelier, 2001, p. 517.

En consecuencia, nuestro proyecto se proponía fundamentalmente reunir temas sobre los obreros de los años noventa, desarrollados por investigadores que se fijaban en cuestiones muy diferentes y cuyo lugar en el universo político no era siempre el mismo. La investigación monográfica, realizada entre dos, brindaba la ventaja de poder abordar sucesivamente objetos muy diferentes (y ofrecer así una visión caleidoscópica del mundo obrero local) y, a base de tanteos y aproximaciones, buscar al mismo tiempo a “personajes” que encarnasen tal o cual representación (de ahí, formas de estilización relacionadas con la técnica del ideal tipo). Por otro lado, nos proponíamos seguir las cosas en el tiempo. Punto esencial: se miden así las diferencias de ritmo, las diferentes formas de temporalidad. La combinación de esas dos técnicas es la que da cuerpo temporal y humano. Entre otras cosas, ofrece la posibilidad de reflexionar sobre todo lo que podemos denominar “desfase” en un primer momento, y preguntarnos sobre los grupos que permiten que, finalmente, un “ajuste” o un equilibrio se produzca.

3. Las ambigüedades de la acogida del libro cuando se publicó

La primera edición del libro salió en noviembre de 1999. Cuando se publicó en una editorial de gran divulgación (Fayard), no suscitó apenas comentarios en la prensa escrita²⁰ y audiovisual. El tema parecía carecer de interés; por otra parte, era nuestro primer libro, la obra de unos sociólogos universitarios bastante “oscuros”, que trabajan relativamente aislados, divididos principalmente entre la labor docente de la universidad y el trabajo de investigación —sobre todo, trabajo de campo (que, debemos reconocerlo, nos tuvo muy ocupados durante varios años)—. El libro salió de la sombra en enero del año 2000, gracias a la publicación de un artículo en *Le Monde Diplomatique* (en el que se resumían los principales ejes del análisis) y, sobre todo, gracias al estreno de la película de Laurent Cantet, *Recursos humanos*, aclamada por toda la prensa. La gran repercusión de la película²¹ en los medios de comunicación (prensa diaria, revistas cul-

²⁰ Únicamente una entrevista en el periódico *Libération* en el apartado Empleo, aunque no hubo nada en el suplemento del jueves dedicado a los libros.

²¹ Tuvo una buena acogida de público en los cines y cuando Arte (canal que la financió) la emitió, fue una de sus mayores audiencias.

turales, televisión, radio) contribuyó, en buena medida y de rebote, a que los periodistas²², y luego el público en general, se fijaran en nuestro libro. En efecto, la película centra su intriga en el conflicto entre un padre, obrero no cualificado (podríamos calificarlo como el tipo perfecto de obrero conservador), y un hijo recién salido de una escuela de comercio, que tiene un contrato en prácticas de 35 horas semanales, que descubre el mundo despiadado de la empresa y que, finalmente, opta por apoyar a los obreros. A raíz del estreno de la película, nuestro libro será “lanzado”, se publican comentarios de prensa, etc. Sin embargo, debemos señalar que el libro será apoyado de modo eficaz, en París y en provincias, por el activismo militante de una asociación, la de los Amis du Monde Diplomatique.

Nos parece interesante reflexionar sobre la manera como nuestro libro ha sido leído (interpretado) por los actores sociales y, en primer lugar, por los primeros interesados, los mismos obreros. Considerándolo con la suficiente perspectiva temporal, lo que más nos sorprendió fue la ambigüedad de su acogida, que debe relacionarse directamente con el contenido del libro. Por un lado, el libro “gustó” (casi *a priori*) porque contribuía a que se hablara de nuevo de los obreros (de la clase obrera o de la condición obrera, ¿qué más da?...) y porque mostraba lo que, para los militantes, nunca se debía haber rechazado ni olvidado de modo tan vehemente: la explotación del trabajo obrero e incluso la capacidad centuplicada del “sistema capitalista” para aplastar y maltratar a los asalariados y, en primer lugar, a todos los tipos de asalariados de ejecución. A ese respecto, el libro podía evidentemente reforzar los análisis de la CGT (que había hecho un comentario detallado en una revista especializada, *Droit Ouvrier*). Y, por supuesto, adoptaba la postura opuesta de la CFDT, lanzada desde hacía varios años en un proceso —a la larga catastrófico para ella y el movimiento obrero— de negación de su pasado “obrerista” (las luchas de los peones especialistas de los años setenta). Eso explica su ausencia total de reacción, como ante un objeto molesto, considerado seguramente demasiado pasado de moda o arqueológico. Por otro lado, el libro no auguraba nada muy boyante ni siquiera un futuro prometedor. Tampoco ofrecía armas para insuflar una nueva magia a ese futuro. Insistía más bien en puntos con frecuencia invisibles de la reflexión sindical (la escuela, las generaciones, la historia social de los

²² Un artículo en *Télérama* (Dominique Pelegrin) compara la película y el libro. Después, un mes más tarde, los *Inrockuptibles* organizaron un encuentro entre Laurent Cantet y nosotros para hablar de la película y del libro.

individuos). En consecuencia, no podía sino desconcertar a los militantes obreros, incluidos aquellos que nos habían ayudado mucho en la realización de nuestra investigación.

Tomaremos como ejemplo de acogida del libro a su salida los numerosos debates organizados, sobre todo en provincia, por los Amigos del Monde Diplomatique. En ese caso, nos sorprendió la gran afluencia de público que se desplazó, y también la calidad de su atención. Si es lícito fiarnos de nuestras impresiones (y también de nuestro hábito profesional de observación), se trataba de un doble público. Por un lado, un público bastante mayor, compuesto sobre todo de sindicalistas de la CGT y viejos militantes del PCF (obreros y no obreros), deseosos de oír hablar de nuevo de la “clase obrera”, e incluso encantados de presenciar el debate sobre la cuestión de la existencia de esta y su peso en la sociedad. En efecto, dicha “cuestión obrera” había centrado con frecuencia su existencia y su compromiso político (“de toda una vida”). La brusca desaparición de esa cuestión del escenario público, esencial para ellos, no sólo les había indignado (aunque no fuera más que una indignación soterrada, un modo de refunfunar para sus adentros), también se habían sentido huérfanos y, sobre todo, amargados, con la sensación de que, en realidad, no se había sacado fruto de “todo eso”. El Muro de Berlín se había derrumbado, y con él, la esperanza comunista, y después una enorme losa de plomo y silencio había caído sobre lo que había sido la “sal” de sus vidas (la lucha en el trabajo, el combate político, el sueño de igualdad, el deseo de defender la “cultura obrera”, el orgullo de pertenecer, pese a todo, a ese mundo, etc.). Acudir a esas reuniones equivalía para ellos a tener de nuevo la posibilidad de debatir colectivamente, de demostrar la existencia obrera y las luchas pasadas, de recordar el modo como se lograron algunas conquistas. En ese grupo de militantes obreros (algunos mayores, otros no tanto), se detectaban fácilmente algunos obreros deseosos de dar testimonio de la explotación siempre cruel en el trabajo, quienes proferían a veces gritos de ira, y también unos antiguos “cuadros” obreros, formados por un tipo de marxismo y por una literatura sociológica objetivista, por llamarla de alguna forma, y que habían venido para sembrar la contradicción en los conferenciantes y hacerles preguntas teóricas (“Un obrero, ¿qué es?”, “¿En qué criterios se basa para definirlos?”, “¿Cuáles son sus diferencias con los empleados?”, etc.). Por otra parte, estaba presente, aunque en menor número, un público más joven (20-30 años) compuesto por “jóvenes precarios” y también por estudiantes politizados y militantes en asociaciones de tipo ATTAC. Se notaba que esos jóve-

nes, poseedores con frecuencia de contratos de sustitución y de un montón de diplomas, estaban esperando unos análisis, unas armas culturales y políticas que les permitieran defenderse en los distintos centros de trabajo en los que la presión de la gestión del “justo a tiempo” y del *neomanagement* no deja de agravarse (los Mac Donalds, Correos, la Caja de Ahorros...).

Tras nuestra introducción, empezaba el debate. Las intervenciones eran numerosas y siempre interesantes (de hecho, en muchas ocasiones sentimos no haber filmado o grabado dichos debates²³). En realidad, muchos participantes —hubiesen o no leído el libro— se reconocían probablemente en el texto o en nuestra exposición preliminar, porque hallaban una experiencia que les sonaba, que respondía directamente a lo que habían vivido (o seguían viviendo) en el trabajo de la fábrica, y también en sus vidas diarias (con los problemas de dinero, escuela y vivienda...). Ciertamente, esa “experiencia vivida”, a menudo dolorosa, quedaba plasmada en la prensa sindical (de la CGT), aunque no se difundía mucho al exterior, como si acabase ahogada en el espacio público de los años noventa. Al carecer de intermediarios políticos, de soportes colectivos²⁴ y cajas de resonancia (como la nueva canción francesa para la juventud actual), se encontró relegada en el fuero interno de cada cual. ¿Qué se traslucía de esos debates? Solía ser una palabra violenta y a veces compulsiva, de tanto verse reprimida. Los mismos temas aparecían estrechamente mezclados: la brutalidad de la agresión patronal y el descubrimiento de la impotencia colectiva para enfrentarse a ella, la intensificación del trabajo que no paraba de incrementarse, la amargura al comprobar las dificultades para resistir a través del sindicato al nuevo *management*, el sentimiento difuso de un aplastamiento de las clases populares: no solamente vinculado a una pérdida material (pérdida de salario y nivel de vida, pérdida de empleo para los obreros y sus hijos), sino también a una pérdida simbólica, empezando por el final de las expectativas colectivas, el temor a no poder esperar ya un futuro mejor y la angustia al constatar que dicho futuro no iba a ser mucho más prometedor.

²³ El Comité de Empresa de la fábrica Renault de Le Mans (en manos de la CGT hasta 2003) organizó un debate al que invitó a más de 250 personas. “Lo que han descrito en el libro es exactamente lo que estamos viviendo ahora, con cuatro o cinco años de diferencia”.

²⁴ Seguimos pensando que el libro *La Misère du Monde* de Pierre Bourdieu, obra en la que participamos, pudo jugar un papel en aquella época, aunque sus lectores se situasen en las clases medias...

A fin de cuentas, la “cuestión política” afloraba en esos debates y resultaba ser, a veces, su punto central. Incluso se podía detectar una fuerte expectación: se esperaba un auténtico debate político, no su caricatura como suele ocurrir hoy en día en los medios de comunicación (la frase ocurrente que todos utilizarán después a modo de chascarrillo, las discusiones programadas, los falsos temas lanzados para embolsar la prima de innovación política, etc.), sino un debate sobre la propia izquierda, sobre su incapacidad actual para representar a las clases populares y defender sus intereses.

Mucho antes del 21 de abril de 2002 (fecha de las elecciones presidenciales), se oía una crítica acerba de la izquierda de gobierno (entonces en el poder). Quisiéramos o no, teníamos a veces la sensación de estar desempeñando el papel de portavoz de esa Francia obrera abandonada. Esas reuniones daban pie, en algunas ocasiones y según el lugar, a una especie de “*happening* político” que, debido a la concentración y las diversas intervenciones, provocaba debates no programados por las instancias sindicales y políticas de los años ochenta, o incluso rechazados por estas, en especial por el aparato de la CGT de la época, que seguía siendo muy “cerrado”. Vimos reuniones derivar progresivamente en formas de autocrítica colectiva. Fue el caso, por ejemplo, de Marsella²⁵, donde oímos a militantes de la CGT (algunos eran ex trabajadores de los astilleros) reconocer su error por no haber tenido en cuenta, desde el principio, el tema de los desempleados²⁶ y los precarios y haber privilegiado excesivamente el corazón electoral de la CGT (los obreros profesionales, los obreros con estatus) y no haber prestado la suficiente atención al proceso de precarización que resquebrajaba desde dentro a la clase obrera y, en consecuencia, la dividía de modo duradero. Evidentemente, surgía la temática de la denuncia política de la patronal (“todo eso, el deterioro industrial y la implosión de la clase obrera, ha sido pensado, organizado y buscado por la patronal”). Aunque sea cierto en parte²⁷, el sociólogo no se atreve a decir que “es más complicado”. Por ejemplo, le cuesta demostrar el vínculo que hemos intentado construir entre el trabajo, la escuela y el militantismo y, más aún, relacionarlo con la transformación del mercado laboral, de la globalización, con las transformaciones del Estado social...

²⁵ En la librería Paidós, que organiza regularmente debates sobre libros “de sociedad”...

²⁶ Sabemos que ese error se subsanó después, ya que la CGT de desempleados de Marsella es muy combativa...

²⁷ Cf. *Le nouvel esprit du capitalisme* de Boltanski y Chiappello.

4. Un libro sobre el debate de la tercera generación obrera

Para nosotros, hubo momentos muy importantes en los debates organizados a raíz de la publicación del libro. Uno de ellos nos marcó tanto que decidimos, algunos días después, redactar un texto que daba cuenta de lo que habíamos observado; lo titulamos «La troisième génération ouvrière»²⁸. El debate, que tuvo lugar el sábado 23 de marzo de 2002 en el teatro de Chelles, se proponía abordar el tema de «La suerte de los asalariados ante las reestructuraciones de las empresas»; se desarrolló antes de la representación de la obra *501 blues*, interpretada por cinco obreros de la fábrica Levi's de la Bassée (en el departamento del Norte), despedidos, al igual que más de quinientos compañeros suyos, en el momento del cierre de la fábrica. El público se componía de los habitantes de Chelles y sus alrededores (militantes, obreros jubilados, enseñantes...), por un lado, y por otro, de unos diez alumnos (todos varones, entre los que hay una clara mayoría de *black* y de *beurs**) de una clase de bachillerato profesional del instituto de Chelles, acompañados por dos de sus profesores. Tras las intervenciones de los sociólogos, el organizador del debate preguntó a los jóvenes: «¿Cómo veis, vosotros, la condición obrera? ¿Cuál es vuestra opinión sobre el mundo del trabajo?». Incitado por sus compañeros, Samir (pelo corto engominado, pequeñas gafas con montura metálica, vaqueros, zapatillas Adidas de color azul fluorescente), que parecía ser el portavoz idóneo del grupo, cogió el micro sin cable y “se lanzó”. Entonces todo salió de modo algo confuso, aunque insistió en el siguiente tema: “Nosotros no queremos depender de nadie. No queremos un jefe que nos dirija y nos dé órdenes. Nosotros no queremos acabar trabajando en la fábrica; queremos respirar, queremos ser jefes. No queremos estar, o permanecer, abajo...”. Ser obrero o estudiar en un Instituto de Enseñanza Profesional, ambas situaciones corrían parejas, “es la vergüenza”...

Sus comentarios provocaron la inmediata reacción de la sala por la imagen desvalorizada que daban de la condición obrera. Los “viejos” lo consideraban como un ataque contra la dignidad que fue la

suya en el trabajo y en la vida pública. Le recordaron, a él y a sus compañeros, que no podía ni debía hablar así, que siempre había habido obreros/as con orgullo y existido una dignidad obrera, etc. El debate se centró rápidamente en torno a la cuestión de la escuela y la orientación: ¿por qué esos jóvenes están en Institutos de Estudios Profesionales (IEP) y cursan el bachillerato profesional? Samir explicó: al final del cuarto año de enseñanza secundaria, no optó por nada en concreto y le asignaron sin más el IEP. En una palabra, “ellos” decidieron por él. Sus compañeros tenían idéntica experiencia, a ellos también les dejaron fuera de la trayectoria de los estudios generales (la *vía normal*, como se dice ahora en los barrios obreros para denominar el régimen de estudios largos). Para hacer mella en sus mentes, Samir dio su propio ejemplo, intentaba impresionar —era algo que habría contado ya miles de veces y que daba siempre en el blanco: “Bueno, en serio, les voy a decir por qué opté por prepararme para el Diploma de Estudios Profesionales de Electrotécnica... [risita burlesca]. Electrotécnica, porque era la palabra más larga, la que más me impresionó”, como si hubiera querido, cuando tuvo que “elegir”, contrarrestar el brutal veredicto escolar. Ahora, cursaba mal que bien su carrera escolar y reconocía que había una fuerte ruptura entre los años tranquilos de preparación del Diploma de Estudios Profesionales y los años difíciles del bachillerato profesional: “El Diploma de Estudios Profesionales podía pasar... pero es que ahora hay un montón de clases... magnetismo, electromagnetismo, y más cosas...”. Confesaba que no entendía nada, que estaba pez.

Volvíamos a abordar la cuestión con los profesores de esos chavales: eran alumnos muy mediocres a los que se forzaba a estudiar bachillerato profesional, cuando carecían en realidad de las bases y del nivel necesarios; los profesores estaban desconcertados. Así, unos alumnos que repetían cuarto curso de enseñanza básica y “contaminaban” las clases del instituto se encontraban marginados después. Samir fue más allá: “Yo les voy a decir algo, y se lo juro, hay al menos un 90% o incluso un 95% de los alumnos de nuestra clase que no quieren ser electricistas”... El estupor recorrió el público. Uno de los presentes intentó decirles que en Francia se necesitaban obreros cualificados, que “hacen falta electricistas, fontaneros”... Su intervención no surtió ningún efecto, el rechazo de los jóvenes era definitivo. Los tenían aparcados en un IEP, y harían todo lo posible para salir o, en todo caso, para resistir mentalmente a ese mundo y al futuro que les auguraban. El debate se centró después en el tema de la jornada laboral: la fábrica y las deslocalizaciones. Hablamos del trabajo tem-

²⁸ Artículo publicado en *Le Monde Diplomatique*, junio 2002.

* En *verlan*, la jerga de los jóvenes de ahora, *beurs* significa árabes (sobre todo de la segunda generación, de los nacidos en Francia de padres inmigrantes árabes) [N. de la T.].

poral, de las condiciones de entrada en el oficio, de la precariedad estructural en el mercado laboral. La antigua obrera de Levi's, que acabó siendo actriz, rememoró la historia de su familia de siete hijos, su padre minero, los estudios que quería emprender y la vida en la fábrica que no había elegido. Y también, el orgullo obrero ("Pero nos sentíamos orgullosos"; "Nunca me sentí rebajada"). Deseaba recalcar la "transmisión de valores". Samir se sintió obligado a hablar de sus padres: "Mi padre gana 140.000 pelas al mes y somos seis hijos...". Hizo referencia también al escaso diálogo en casa. Ibrahim, natural del África subsahariana (chandal rojo, zapatillas de deporte Adidas de color verde fluorescente), parecía menos desenvuelto que su compañero y no tenía igual facilidad de elocución; repitió varias veces la misma palabra —el dinero— que parecía ser el hilo conductor de su intervención. Al estudiar en un IEP (para ser futuros obreros), "nos sentimos rebajados, hay que reconocerlo... uno se siente rebajado si es obrero" (¿llegó a pronunciar el término?). Luego, insistió en la falta de dinero, porque ese era el futuro que les auguraban y que no estaban dispuestos a aceptar con dieciocho años. Visiblemente harta de la obsesión por el dinero que tenían los jóvenes, la antigua obrera de Levi's intentó pararle los pies a Ibrahim, abordando el tema de las marcas: "Yo tengo un hijo de más de dieciséis años y no lleva ropa de marca". Le preguntó el precio de su ropa o de su vaquero 501 (unas 9.000 ptas.; precio de coste, 540 ptas.). Los compañeros de Ibrahim se reían disimuladamente ("nosotros no pagamos tanto"). Ella comprendió que eran imitaciones; los jóvenes sabían perfectamente que el tema del negocio y el comercio era lo que se estaba cuestionando.

Un obrero mayor, de pelo blanco —llevaba gafas con montura de concha, una corbata que asomaba por debajo de un jersey en pico—, intervino. La emoción le hacía temblar ligeramente la voz. Quería decirle a Ibrahim cuatro verdades: "Dices que te sientes rebajado al ser obrero... pero yo te voy a decir una cosa: cuando estás en una manifestación junto con 500 obreros, te sientes fuerte, orgulloso de ti y de tus compañeros". Se calló, furioso y aliviado. Los obreros mayores, jubilados y militantes seguramente, y las obreras despedidas, que habían recuperado su dignidad participando en un taller de literatura o gracias a su nuevo trabajo de actrices (eran en la actualidad profesionales eventuales del espectáculo), querían aprovechar la oportunidad del encuentro con esos "jóvenes"; estaban todos encantados de poder intercambiar opiniones y de tener la posibilidad de darles ánimo, fuerza y, sobre todo, dignidad. Lo que más los consternaba era la sensación que daban esos jóvenes de dieciocho años, "alienados" ya to-

talmente por el sistema, incapaces de rebelarse políticamente. Por ese motivo, les pareció importante la discusión sobre las marcas, sobre su fascinación y su necesidad de existir a través de una imagen (la apariencia, la ropa, la publicidad...).

Pero nadie mencionó lo más fundamental: esos alumnos, tan desanimados y derrotistas, eran todos hijos de ciudades obreras marginales, hijos de inmigrantes venidos del Magreb y del África subsahariana. Encarnaban probablemente el futuro conflictivo de la clase obrera. En un momento del debate, Samir habló de su padre, que había trabajado duro y cuyos jefes eran "incompetentes". Luego declararía: "De todos modos yo sé que, a mis diecinueve años, mi vida está jodida". Y luego añadiría: "Ninguna mujer querrá casarse con un electricista".

A través del debate, vimos cómo tres generaciones obreras opinaban y se oponían. La primera era la de los obreros afiliados a un sindicato, politizados, en su mayoría jubilados actualmente. Lucharon, lograron ventajas sociales y se sentían orgullosos de esa lucha que era la prolongación de la de las generaciones anteriores. La segunda era la de las obreras de la fábrica Levi's, despedidas al cabo de más de veinte años de antigüedad en la empresa, fracasadas, aunque no renunciaban a su orgullo por haber trabajado duro, luchado, por haber sido capaces de transmitir valores, y por haber conservado, pese a todo, el beneficio de la socialización en un universo obrero fuertemente estructurado desde una óptica mental y política. Por último, los representantes de la tercera generación eran unos futuros "operadores", que vivían casi todos en los barrios obreros pauperizados de los años noventa y que provenían de la inmigración. Rechazaban cualquier herencia del mundo obrero y soñaban con el éxito individual del pequeño jefe. Eran las víctimas directas de la dinámica de segregación social y espacial que, desde hace unos quince años, realiza fracturas enormes en el universo de las clases populares.

Los años ochenta no sólo supusieron un hito ^(en) la austeridad, el aprendizaje del poder por parte de la izquierda, la modernización ^[N5] conservadora, el incremento inexorable del desempleo. Significaron también la descalificación del modo de resistencia de las clases populares y la rehabilitación de la empresa, la glorificación del éxito rápido al estilo de Bernard Tapie, el culto del dinero y del individualismo que se propagaron después a los barrios pobres.

Veinte años de crisis cuyo mayor peso los jóvenes, sobre todo los de origen inmigrante, tuvieron que soportar y están pagando ahora. Y lo están pagando desde una óptica material, a través del desempleo

y la precariedad, y también en la mente, a través del refugio en la religión, la crispación de identidad, el afianzamiento del machismo, el odio hacia la raza blanca, etc., todo lo cual contribuye a su vez al derrumbamiento del capital colectivo en las clases populares.

El hecho es que el libro recobró nueva vida en el momento de las elecciones presidenciales: la conmoción del 21 de abril de 2002, la derrota de Jospin en la primera vuelta, la defección de los obreros, la frase premonitrice de Mauroy en el inicio de su campaña en Lille ("Oye, Lionel, tendrás que hablar un poco de los trabajadores"). Era necesario encontrar rápidamente una explicación a ese seísmo histórico. Nuestro libro existía. Unos periodistas lo sacaron del olvido y empezamos a recibir muchas invitaciones²⁹. Nos convertimos de la noche a la mañana en una especie de "expertos" del mundo obrero: por un lado, éramos muy pocos los que habíamos abordado el tema y, por otro lado, habíamos publicado un libro que, teniendo en cuenta la escasez de la producción (y la timidez de los editores en materia de ciencias sociales), servía, de algún modo, de referencia.

5. Las transformaciones del mundo obrero en el marco del resurgimiento de un capitalismo salvaje

Desde la publicación del libro, ¿qué cambios han afectado al mundo obrero? Las tendencias detectadas en nuestro libro no parecen, ni mucho menos, cuestionadas. Es más, el desempleo masivo y la precariedad han ido agravándose desde el cambio radical de coyuntura de 2001. La desmoralización del colectivo obrero se fue acentuando seguramente y salió a la luz en la primera vuelta de las elecciones presidenciales del 21 de abril de 2002: el hecho más destacable del voto obrero fue menos el voto a favor de Le Pen que el enorme incremento de la abstención. La única inversión de tendencia notable es la del nuevo interés que los obreros despiertan actualmente en la opinión pública por los cierres brutales de fábricas que producen beneficios, y los consiguientes despidos colectivos. Son objeto de un mayor

²⁹ Una página en el periódico *Le Monde* para un dossier titulado «Les oubliés de l'Histoire».

número de películas (de ficción o documentales³⁰) y de libros³¹; ese nuevo interés puede parecerse al que suscita la "belleza del difunto". Para evocar las recientes tendencias de la condición obrera, resaltaremos algunos puntos.

Además del temor al desempleo y la precariedad, auténtica espada de Damocles colgada encima de la cabeza de los asalariados menos titulados, los asalariados de ejecución —y en primer lugar, los obreros— han sufrido en los últimos años una auténtica agresión social que los siguientes hechos demuestran: despidos "bursátiles", incremento de los accidentes laborales, aumento de las enfermedades profesionales provocadas por la aceleración de los ritmos de trabajo, competencia institucionalizada entre asalariados, nuevas formas de dominación en el trabajo, culpabilización y acoso moral de los asalariados, etc. En el marco del desarrollo de las PYME, han ido proliferando nuevas formas de *sweat shop* ("talleres del sudor", traducido literalmente) relegadas en zonas rurales aisladas o en nuevos polígonos industriales, sin conexión con la ciudad y sus redes de sociabilidad, invisibles por tanto a la mirada exterior. Tomemos el ejemplo de los fabricantes de equipos para automóviles, ideal tipo de las nuevas PYME/PYMI, elogiadas por la prensa del *management*³². El retrato que podemos pintar acerca de sus condiciones de trabajo es de lo más desolador: ritmos de trabajo aceleradísimos, relaciones entre obreros muy violentas, enfermedades profesionales cada vez más numerosas y que ocurren con mayor frecuencia (los médicos del trabajo dan la alarma en vano desde algún tiempo sobre ese problema de salud pública).

Desde el año 1999, los rasgos del capitalismo accionarial —o dicho de otro modo, el resurgimiento del capitalismo salvaje— ("patrones desaprensivos", despidos abusivos carentes de plan social y de miramientos con el derecho laboral, desprecio hacia los sindicatos, aplastamiento de los asalariados más débiles, persecución de los en-

³⁰ Por ejemplo, nuestro libro sirvió de "guía" para la película de Patrick Jan *Ouvrier, c'est pas la classe*, INA, 2002. Rodada en Sochaux en el momento de la reactivación económica de 2001, ofrece un valioso documento para entender el nuevo paisaje industrial de la región, el pleno empleo precario y las relaciones entre generaciones obreras.

³¹ Cf. el hermoso libro de Aurélie Filippetti, dedicado a los mineros de Lorena (*Les derniers jours de la classe ouvrière*, Stock, 2003), así como el libro de Franck Magloire, *Ouvrière* (Editorial l'Aube, 2002), sobre una obrera de Moulinex.

³² En las PYME del sector automovilístico, las hemos estudiado en colaboración con Armelle Gorgeu y René Mathieu.

fermos y ausentes, incremento de las enfermedades profesionales³³, etc.) nos llevan a plantear una pregunta: hoy en día, en 2004, ¿no se da acaso la vuelta a una especie de experiencia común, un sentimiento ampliamente compartido y cada vez más fuerte de desposeimiento? Esta pregunta no afecta únicamente a los obreros poco o nada cualificados, sino que concierne también ahora a muchos empleados/as y algunas fracciones muy cualificadas del colectivo obrero, cercanas a las clases medias en el pasado. Tal y como dice Danièle Linhart: “El sentimiento de explotación, que constituía uno de los motores de la identidad obrera, sigue vigente. Pero se vive ahora de modo individual, sin conexión con la colectividad. Uno se siente explotado en el trabajo y experimenta un fuerte sentimiento de injusticia, aunque este siga siendo un sentimiento privado que no conduce al deseo de organizarse colectivamente. Sin embargo, sigue tratándose de destinos colectivos. El sentimiento del carácter central persistente del empleo, que todos viven, significa, tras un despido vivido de modo dramático: perder el empleo que equivale a ser víctima del sello del arcaísmo, verse descalificado desde un punto de vista profesional, social y personal, de modo quizá aún más fuerte en el caso de los obreros; saben perfectamente en nombre de qué tipo de ‘otro mundo’, supuestamente ‘moderno’, son despedidos; un mundo de la adaptabilidad, de la competitividad, de la ‘iniciativa individual’, en el que cada trabajador debe fijar sus propios objetivos y exigirse a sí mismo el mayor rendimiento posible [...]. La desindustrialización significa la descalificación de poblaciones enteras³⁴”.

Además de esa evolución negativa, hay que tener presente también lo que opinan muchos obreros de entre 40-50 años (los “antiguos” en los talleres); piensan que lo que llaman la “antigua moral obrera” se ha visto corrompida de alguna forma por las nuevas formas de gestión en las empresas. Dicho punto, fundamental a nuestro modo de ver, pasa con frecuencia desapercibido en los análisis sobre el mundo obrero, sencillamente porque muchos periodistas y sociólogos han renunciado a comprobar lo que ocurre realmente en los centros de trabajo, invisibles para las miradas de fuera³⁵ (en algunos casos, unos cineastas documentalistas han intentado tomar el relevo

³³ Cf. Michel Gollac y Serge Volkoff, *Les conditions de travail*, La Découverte, Collection Repères, 2000; Christian Baudelot y Michel Gollac, *Faut-il travailler pour être heureux?*, Fayard, 2003.

³⁴ Diálogo entre Danièle Linhart y Michel Pialoux, *Regards*, febrero 2004.

³⁵ Para una descripción parcial de esos universos, véase el capítulo 3 de nuestro libro *Violences urbaines, violence sociale*, Fayard, 2003.

de los sociólogos para introducirse en ese universo). Sin embargo, no se tiene suficientemente en cuenta el miedo, la multiplicación de las formas de acoso, la necesidad de descargar el descontento sobre los otros... Para entender el significado de la protesta desesperada que suele implicar el voto del FN en los medios populares, conviene no olvidar la degradación multiforme de las condiciones laborales, que constituye un modo mayor de la inseguridad de la que tanto se habla.

Lo que ^[N6] *si* ha desaparecido casi del todo en los últimos veinte años es la imagen del “trabajador” —orgullosa de su trabajo y de su contribución a la producción— o la del obrero, apoyado en la “clase” o protegido por ella, clase portadora de historia y esperanzas políticas. Ha surgido otra imagen, la del “asalariado de la precariedad” (S. Paugam), del operador, del obrero bueno para todos los trabajos basura, reducido a su única dimensión de obrero intercambiable, sin tener conciencia de su propio ser. Por ejemplo, se puede ver también, en el voto del 21 de abril de 2002, una rebeldía de la Francia trabajadora, la que trabaja cada vez más duro para ganar cada vez menos (¿el SMIC como horizonte tope del salario obrero?...), una Francia educada en la antigua moral del trabajo y con los rudimentos de moral popular que bastaban para dictar una línea de conducta, un “comportamiento vital”, tal y como diría Max Weber (unos valores morales sencillos: trabajo, honradez, respeto a los demás, posesión de algunos bienes...). En resumen, debemos insistir ^[N7] *en* la incapacidad de los responsables políticos para interpretar lo que significa concretamente la precariedad, vivir al día en el caso de familias modestas o humildes³⁶: horizonte temporal mermado, reducción de las posibilidades de anticipar y calcular para el futuro (cuando la previsión y el cálculo son, históricamente hablando, comportamientos característicos de las fracciones obreras que han logrado salir del “subproletariado”), temor e inquietud por la salud, creciente exposición a los riesgos laborales, tal y como demuestran la magnífica encuesta de Annie Thébaut-Mony sobre los trabajadores temporales del sector nuclear o la explosión de la fábrica AZF³⁷.

³⁶ Cf. Daniel Martínez, *Carnets d'un intérimaire*, Agone, 2003, un testimonio apasionante, escrito en primera persona, por un trabajador temporal, de unos cuarenta años, de la región de Burdeos.

³⁷ Treinta obreros fallecidos; el joven trabajador temporal de origen argelino murió dos veces, muerte biológica primero, y muerte simbólica por la sospecha, insostenible para sus allegados, de ser quizá un terrorista, ya que llevaba puestos varios calzoncillos (en realidad, estaba acomplejado porque se encontraba demasiado flaco...).

6. Un mundo obrero desarmado

Vamos a hacer un breve repaso a la historia: la politización obrera en Francia pasó fundamentalmente por la mediación de los militantes. En primer lugar, debemos insistir en el hecho de que estos son cada vez menos. La especie de guerra social llevada en los últimos veinte años para reducir el movimiento obrero ha dado sus frutos. La lucha emprendida en las empresas para cazar, “reducir” y a veces despedir a los “delegados” —esos aguafiestas que impiden explotar tranquilamente a la mano de obra— ha logrado sus frutos a veces más allá de las esperanzas patronales (ya que ahora lamentan a veces la ausencia de representantes sindicales). Podemos mencionar aquí el caso ejemplar de la discriminación sindical³⁸, denominada en el lenguaje jurídico “acoso moral”, de los militantes obreros en las fábricas. Ahora bien, es algo que no se ha querido ver en los salones de la República, pese a los gritos de alarma proferidos por los observadores, en especial los inspectores del Trabajo (como, por ejemplo, G. Filoche). Apenas se han escuchado los gritos de auxilio de los sindicalistas de empresa. ¿Por qué semejante sordera? Evidentemente, existen motivos coyunturales, pero al fin y al cabo podemos ver en esa actitud una profunda incomprensión de lo que representó la imagen social del militante obrero, y un idéntico desconocimiento del papel y de la función social de los “delegados” en una fábrica. Pudo haber una for-

³⁸ Debemos recordar aquí la lucha obstinada, emprendida desde mediados de los años noventa por un obrero de Peugeot, François Clerc (OP, en el taller de utilaje, militante de la CGT), para el reconocimiento jurídico (pues ya era una realidad para todos los habitantes de la región) de la existencia de una discriminación sindical. A través de una reconstitución sistemática de las carreras profesionales, frecuentemente estudiadas sobre más de treinta años, pudo demostrar que, en una situación comparable, los militantes de la CGT, y a veces también de la CFDT, cobraban siempre menos y tenían menos promociones que los demás delegados sindicales; de hecho, se quedaban prácticamente inmovilizados en el punto de partida. La dirección de Peugeot, condenada por la Magistratura del Trabajo de París, y por el Tribunal Supremo, se vio obligada, en 1998, a negociar un acuerdo que reconocía de hecho la importancia de la discriminación y concedía fuertes indemnizaciones compensatorias a los militantes reconocidos como víctimas. Fue una victoria moral y simbólica importante. Recurriendo al “método François Clerc”, muchas secciones sindicales de la CGT entablan actualmente procesos con las direcciones de empresas, y los ganan con frecuencia. Por otro lado, realizar esas acciones no resulta fácil para los militantes. El recuerdo de las heridas pasadas suscita mucha resistencia, negación y amnesia. Algunos militantes “puros y duros” no quieren aceptar dinero, como si la discriminación de la que fueron víctimas formara parte implícita de su compromiso sindical.

ma de desprecio social hacia el delegado obrero (el “broncas”, como dicen algunos), y podemos decir que dicho desprecio tiene una historia íntimamente vinculada a la del PCF y su éxito histórico: asegurar una representación obrera con miembros elegidos por el pueblo³⁹, imponer a los “dominadores” la presencia de obreros en la escena pública⁴⁰. Al destruir los antiguos bastiones industriales y buena parte del grupo de obreros profesionales, la crisis ha hecho desaparecer la representación obrera apoyada por el PCF y la CGT, y también por la CFDT y las distintas corrientes del catolicismo de izquierda. Por supuesto hubo, durante aquellos años de modernización conservadora, una revancha de clase que se expresó, primero, a nivel simbólico, mediante la desvalorización sistemática de los representantes obreros (podemos pensar, entre otras cosas, en la caricaturización de los sindicalistas obreros en el programa televisivo *Les guignols de l'info*, en los años 1990).

Debemos decirlo con toda claridad: el profundo debilitamiento del mundo obrero se explica por motivos que no se reducen únicamente a la dimensión económica —a razones “objetivas”—, tal y como se decía en el pasado; se justifica también por transformaciones importantes de la imagen que se da de ese mundo, y que están estrechamente relacionadas con algunas transformaciones en el campo intelectual. Dicho de modo directo y brutal, se ha desarmado también al movimiento obrero a través de una serie de análisis supuestamente realizados por expertos, y de la ceguera de intelectuales de los medios de comunicación, aunque, también, de investigadores seducidos por la “modernidad”. En semejante contexto, no podemos sino hacer referencia a lo que pasó en el seno del PS y de la CFDT. El desplazamiento de la CFDT hacia el centro, acentuado con la dirección de Nicole Notat, se debió en buena medida a una profecía errónea —la desaparición a corto plazo de los obreros— y a una visión desde la cúpula del mundo obrero que iba pareja con el rechazo, en la CGT, de todo lo que podía asemejarse a actitudes “clasistas”. En efecto, no debemos olvidar el comentario que circuló durante años en las altas esferas de la izquierda intelectual: los obreros son arcaicos, les cuesta adaptarse o no quieren hacerlo, tienen mentalidades anticuadas; más vale esperar tranquilamente que la tercera revolución industrial —sí, ya saben, la [1]

³⁹ Cf. el libro fundamental sobre esa cuestión de Bernard Pudal, *Prendre parti. Pour une sociologie historique du PCF*, FNISP, 1989.

⁴⁰ Cf. la aparición de esa palabra obrera en la televisión o la radio, y luego su declive y descalificación.

de la automatización y la robotización— los margine y los condene a una rápida extinción. En la relación que el PS y la CFDT mantuvieron con el mundo obrero, creemos que tuvo también mucho peso su obsesión “anticomunista”, cultivada al máximo por algunos intelectuales de la CFDT. Ese fenómeno influyó también en el modo como los obreros se vieron intelectualmente desarmados, “aparcados” cuando había que librar luchas decisivas. Considerándolo con la suficiente distancia, podemos pensar que hubo una descalificación del mundo obrero, típicamente francesa, que se realizó mediante un intento de liquidación de las ventajas materiales y simbólicas adquiridas, de las luchas obreras en una época en la que el PCF era fuerte, la CGT poderosa y la CFDT obrera. Por ejemplo, el sistema de representación de los años 1950-1960, que puede calificarse de “estalinista”, garantizaba a la “base” obrera, pese al anatema vinculado a la palabra, el mantenimiento de una calidad moral notable, una fuerte autonomía simbólica, el distanciamiento de las esferas dominantes; en una palabra, contribuía a la producción de militantes de gran peso que infundían respeto. Al mismo tiempo, el sistema era la cabeza de turco de las otras corrientes, entre ellas de la segunda izquierda, que se mofaban del simplismo de los argumentos y/o de la incultura de los militantes. La victoria triunfal del anticomunismo sepultó en el olvido de la Historia las ventajas que el “sistema” ofrecía en términos de representación política.

7. El desencaje de las clases populares en el espacio social

[N] La desvalorización del grupo obrero debe analizarse objetivamente a través de indicadores económicos (salarios, ingresos, patrimonios, destino social de los hijos...), y también de modo relacional, es decir, en referencia a la situación de los grupos socioprofesionales cercanos. esas otras esferas populares con las que los obreros conviven. No se trata por tanto de centrarse en el único grupo de los obreros y sí de tener en cuenta la constelación de otros grupos con la que los obreros coexisten y comparan sus condiciones de vida, en especial los pequeños funcionarios, los obreros del Estado, los empleados municipales, los trabajadores de correos, etc. En el transcurso de los últimos veinte años, se ha producido un doble movimiento; se da, por un lado, un desencaje de las clases populares en el espacio social y, por otro lado,

una separación cada vez mayor en su seno entre su fracción más importante en número, vinculada al sector privado —los obreros de las fábricas, los empledados/as de los servicios—, que se ven cada vez más presionados y sometidos a las exigencias del mercado y al comportamiento arbitrario de los jefes en los centros de trabajo, y la fracción del sector protegido en el mercado laboral, que se beneficia en mayor o menor medida de una seguridad en el empleo y que, al ser fuertemente sindicada, ha podido defenderse (ferroviarios de la SNCF, la Renfe francesa, y también los empleados de correos, obreros del Estado, pequeños funcionarios). Por ese motivo, existe una creciente rivalidad que se percibe, en el espacio social local, a través de los chismorreos y cotilleos entre los miembros del primer grupo que suelen apuntar a los “enchufados” de los servicios públicos. Nos da la sensación de que se ha tendido a sobreinterpretar la lucha de los ferroviarios en 1995; ciertamente fue una victoria —supuso un freno en los proyectos de la derecha—, pero no benefició mucho a los otros, no se difundió al sector privado; hubo quizá un sentimiento de huelga por poderes, pero la huelga concreta no se realizó en las empresas privadas. En resumidas cuentas, la huelga de 1995 fue, sin lugar a dudas, un acontecimiento importante, aunque no por ello se solucionaron los problemas, según dicen los militantes del sector privado. Fundamentalmente, puso de relieve la diferencia cada vez mayor en las condiciones de ambos grupos y permitió sobre todo darse cuenta de la enorme ventaja de la garantía del empleo... Durante mucho tiempo, esos obreros estatales se han librado de las lógicas de la competencia en las que los otros trabajadores se hallan cada vez más implicados. En realidad, todo ocurrió como si el dispositivo de difusión de las ventajas sociales adquiridas —el beneficio de las luchas— que unificaba y homogeneizaba relativamente al grupo de las clases populares (véase el caso siempre mencionado de los obreros de Renault) se hubiera detenido durante las últimas dos décadas. Las luchas cada día más “defensivas” de los asalariados del sector privado (evitar los cierres de fábricas y los despidos, frenar el deterioro de las condiciones laborales, asegurar la supervivencia de las organizaciones sindicales en la empresa, etc.) contrastaban con la capacidad de resistencia sostenida de los asalariados del sector público.

En consecuencia, las lógicas de identificación apoyadas en una creencia en el progreso, que contribuyeron durante mucho tiempo a unificar las distintas fracciones de las clases populares, ya no pueden desarrollarse como en el pasado. Están agarrotadas, sufren graves problemas al igual que el antiguo sistema de promoción obrera. En la

configuración social de la posguerra (heredada de 1936 por así decirlo, marcada por la existencia de esa "generación singular" de la que habla Gérard Noiriel⁴¹), existía un sistema de promoción en el mundo obrero. En la actualidad, no podemos sino constatar que el sistema está roto. En primer lugar, porque la reorganización de las empresas, que ha permitido evitar los antiguos fortines obreros y atomizar la mano de obra en PYME a menudo subcontratistas, ha generado un mundo compuesto de técnicos, por un lado, y, por otro, de operadores sometidos a una presión constante y una competencia permanente en el trabajo. Ya no existe actualmente ninguna elite obrera. Los nuevos obreros cualificados son unos obreros que poseen un título de bachillerato profesional u obreros con un perfil de técnico que, en sus aspiraciones, miran mucho hacia las clases medias y se ven tentados de alejarse de todo lo que "huela" a obrero (son ellos, además, los que más rechazan la palabra *obrero* a la hora de definirse). Por ejemplo, la estrategia de los "bachilleres profesionales" es muy diferente de la de los antiguos obreros cualificados: parece orientada hacia la empresa y ya no hacia el espacio fuera de la empresa. Ahora bien, incluso en el inicio de los años noventa, los "bachilleres profesionales" podían identificarse con los obreros profesionales (eran "franceses", habían cursado estudios y se sentían relativamente orgullosos de sus diplomas; participaron incluso en luchas comunes, como durante la huelga de los obreros de Belfort-Alstom en 1993). Sin embargo, las cosas no tardaron en cambiar: los nuevos bachilleratos profesionales están mucho más desvalorizados, a los institutos profesionales acuden cada vez más jóvenes de barrios conflictivos que están en esos centros como única opción. Por otro lado, el sentimiento de 'desencaje' y desclasificación es tan fuerte para las fracciones inferiores del grupo obrero que estas se sienten engañadas por el Estado de bienestar y amenazadas por su acercamiento objetivo a los "excluidos" y a los beneficiarios de la Renta Mínima de Inserción. Por ese motivo, desean distanciarse de estos últimos, a los que se suele acusar de "falsos parados" o "vagos".

Desde hace quince años, los elevados resultados electorales repetidos del FN demuestran el alza de un racismo duradero en las clases populares francesas. Evidentemente, las formas de racismo son varias —van del racismo abierto y reivindicado al racismo negado, oculto—. Será difícil erradicarlo porque, por un lado, se alimenta constantemente en el ámbito obrero del sufrimiento en el trabajo y del "miedo" (al desempleo, a la desclasificación, al futuro...). Por otro

lado, porque los buenos resultados electorales del FN lo legitiman ampliamente, y acaba siendo, en consecuencia, un racismo abierto, declarado, hasta exhibido. Se alimenta también de los acontecimientos de Oriente Próximo, cuyas repercusiones alcanzan inmediatamente la vida de los barrios conflictivos. Son unas cuestiones muy complejas que merecen un estudio etnográfico detallado y deben analizarse también a la luz de un doble proceso: el de la "transferencia de memoria" y de lo que no se quiere pensar de la cuestión colonial en la sociedad francesa y el de las formas concretas del racismo antimagrebí y del contrarracismo que ha suscitado como reacción desde hace veinte años.

Otro punto digno de atención es la fuerte atracción del voto FN entre la juventud popular (en la segunda vuelta de las elecciones de abril de 2002, 21% de los votantes de 18-24 años y 22% de los de 25-34 años). Para entender ese voto, creemos que conviene evocar cuestiones de socialización escolar y residencial. Esos jóvenes, votantes del FN, suelen ser los que han pasado por las trayectorias de relegación a la enseñanza de IEP y que se han visto confrontados a los jóvenes de los barrios conflictivos "que van en pandillas y tienen a su favor la fuerza del número". Se han sentido en minoría y han sido a veces atacados o agredidos. Son estos los que, una vez adultos —obrero precarios o parados—, se encuentran en competencia con los jóvenes de barrios conflictivos; algunos tienden quizá a vengarse, con un voto cada vez más abierto al FN, de las humillaciones sufridas en la escuela y en el espacio público. Eso explica tal vez el incremento del voto al FN entre esos jóvenes; unos jóvenes que han crecido en urbanizaciones, en un momento en el que se dan cuenta también de que la huida de las viviendas sociales y la salvación residencial a través del acceso a un chalé no significan una ruptura total con los problemas de los barrios conflictivos periféricos⁴².

¿Por qué se puede hablar ahora, sin apenas tapujos, del racismo en los ambientes populares? Existe, por supuesto, el racismo ideológico de la extrema derecha nacionalista, pero eso es harina de otro costal y

⁴² Más aún teniendo en cuenta que el acceso a la propiedad y la urbanización en la periferia de las ciudades se difunde cada vez más entre las familias inmigrantes que desean escapar de los barrios conflictivos. Justo después de las elecciones de abril de 2002, los geógrafos detectaron un fuerte incremento del voto al FN en las zonas urbanas periféricas del "tercer cinturón" parisino (Oise, Eure-et-Loir...). Esos habitantes se dan cuenta ahora del coste económico y social del acceso a la propiedad y se dan cuenta de que no por ello se han librado de los problemas sociales que habían querido evitar al abandonar el extrarradio.

⁴¹ Gérard Noiriel, *Les ouvriers dans la société française*, Points-Seuil, 1986.

no nos proponemos abordarlo aquí. Pensamos que debemos recordar una vez más lo que ha ocurrido durante las últimas dos décadas en la escuela y en la relación entre enseñantes y obreros. Lo que más nos llama la atención es la distancia que se ha ido creando entre ambos universos. Muchos profesores ignoran por completo la transformación del trabajo en las fábricas, tienen una concepción totalmente errónea de la vida obrera; son cada vez más numerosos los que parecen distanciarse de la misión emancipadora que consideraban suya globalmente; en las escuelas conflictivas, algunos llegan incluso a mantener un discurso bastante reaccionario (véase el desplazamiento sensible hacia la derecha del voto de los enseñantes en la primera vuelta de las elecciones presidenciales). Por otra parte, los obreros entrevistados en nuestras distintas encuestas tienden a tener una percepción cada vez más negativa de ellos; los ven como "pequeños burgueses" instalados en su historia y su confort material, indiferentes a la suerte de los más desfavorecidos, y que tienen una tendencia nefasta a querer a veces sermonearles. Se juega algo fundamental en esa relación enseñantes/obrerros, ya que la decepción vinculada a la escuela, las desilusiones provocadas por los errores de la política, en el caso del 80% de los alumnos de bachillerato, han despertado una profunda desconfianza hacia los ideales de izquierda; los enseñantes ya no se consideran como guías naturales, intermediarios culturales encargados de la transmisión de una cultura moral o política a los jóvenes de las clases populares.

Conclusiones

El grupo obrero es un grupo social que está de capa caída y cuyos miembros, de modo individual y colectivo, tienen la sensación de haber sido víctimas, y a veces también "cornudos", de la historia reciente. Ahora bien, aunque muchos obreros votantes del FN se consideran, pese a todo, de "izquierda", han sentido el peso de esa decepción y, en el caso de los más comprometidos (algunos son militantes), un sentimiento muy fuerte de "traición". Conviene por tanto poner de relieve el decorado en el que se instala el voto obrero hacia los extremos: la formidable desestabilización de las antiguas identidades obreras. En resumidas cuentas, los acontecimientos que van desarrollándose en el escenario político desde hace veinte años no son sino una nueva traducción de ese proceso central consistente, para los obreros,

en la pérdida del apoyo de la "clase" que les brindaba protecciones sociales así como una fuerte identificación. Hoy en día, esas lógicas y esos modelos de identificación se han roto. Presenciamos incluso una confusión total de las oposiciones que estructuraban el mundo obrero; la más fuerte era la que separaba, objetivamente, a los obreros cualificados de los no cualificados (registrada a través del derecho de los convenios colectivos en 1945 y, más adelante, de la estadística pública y del primer código de las Clasificaciones Socioprofesionales en 1954). Cuando las fuerzas sociales de identificación al grupo (los militantes en la fábrica, los representantes de las asociaciones en la esfera fuera de la fábrica, los miembros elegidos del PCF) y el grupo obrero, diseminado en el espacio geográfico, empezaron a codearse con el mundo de las clases medias en las zonas residenciales, un número cada vez mayor de obreros fue identificándose socialmente a través del consumo (la casa, el coche, las vacaciones, las marcas, etc.) y comenzaron a obsesionarse por la desclasificación social (véase, entre otras cosas, el miedo a caer de nuevo en el subproletariado). Está claro que esos procesos de desestructuración del grupo obrero, y de modo más general de las clases populares, constituyen unos fenómenos de gran alcance. Una simple concienciación no bastará para reducir su impacto, ni menos aún sermones. Se trata, hoy por hoy, de reducir la [N_q] diferencia o restablecer puentes de comunicación entre las fracciones progresistas de las clases medias y las clases populares, reduciendo, entre otras cosas, los diferenciales salariales entre cuadros y asalariados de ejecución, protegiendo al mundo laboral contra los efectos de implosión de las nuevas formas de capitalismo salvaje, restituyendo a la escuela su poder de emancipación y, ¿por qué no?, devolviendo a la televisión pública el papel de maestro cultural de la nación que tuvo a veces, creando nuevas condiciones de encuentro entre intelectuales y clases populares en los barrios obreros, basadas en el modelo de las universidades populares, etcétera.

Resumen. «A vueltas con la condición obrera»

Apoyándose en dos libros publicados, respectivamente, en 1999, *Retour sur la condition ouvrière*, y 2003, *Violences urbaines, violence sociale*, y con ocasión de la reedición en libro de bolsillo del primero de ellos, los autores presentan una reflexión de fondo sobre las transformaciones del trabajo y de la condición obrera, que se funda en más de quince años de investigación directa y de terreno. Plantean en el artículo la cuestión de la clase obrera hoy en día, los cambios en la percepción y valoración del trabajo, y la manera en que, la discusión pública y la investigación sobre el trabajo, es recibida, tanto por la sociedad en general como por la comunidad científica. Su argumentación sirve de hilo conductor para la presentación de lo que, bajo el paraguas de la "globalización", no suele encubrir sino una vuelta al 'capitalismo salvaje', destacando las consecuencias que tanto para la presencia de los trabajadores, como para su participación (o exclusión) social están suponiendo dichas transformaciones. Abogan, a lo largo de todo el texto, por una investigación comprometida y rigurosa que permita ofrecer panoramas menos inevitables que los que suelen airear las publicaciones de divulgación.

Abstract. «Reconsidering labour»

This article draws on over 15 years of research and hands-on fieldwork as well as on two recent books by the authors, *Retour sur la condition ouvrière* (1999) and *Violences urbaines, violence sociale* (2003), respectively, while also coinciding with publication of a paperback edition the first of these texts. Here the authors present some far-reaching reflections on the transformation of labour and the working-class condition. They focus on the working-class question today, changes taking place in perceptions and evaluations of work, and the way in which these issues are discussed and received in public debate and in the academic community. All this enables them to show how the concept of "globalisation" often merely serves to mask a return to "untamed capitalism". They look in particular at what these changes mean for the position of workers and for their social participation, or exclusion. The entire article constitutes a call for politically committed and scientifically rigorous research capable of offering perspectives for the future other than so often depicted as inevitable in the general media.

Mercado de trabajo y voluntariado

Dinámicas de inserción laboral
y precarización en el tercer sector¹

Ángel Zurdo Alaguero *

1. Introducción

La descripción "ideal" que usualmente se hace del voluntariado parte de las siguientes premisas: el voluntariado no es mano de obra barata, ni suplencia de profesionales remunerados, ni prácticas profesionales, ni siquiera una vía de acceso a un puesto de trabajo (Vázquez, cfr. Renes et al., 1994, pp. 41-42; Martí Bosch, 2000, pp. 16-18 y 29-32)². A la sombra de esta idealización, positiva como referente ético, pero sin valor como diagnóstico social (ya que en definitiva habla de una inverosímil independencia plena entre voluntariado y mercado de trabajo), se constituye la corriente discursiva hegemónica, que plasma estos principios ideales —éticos— del voluntariado en su diagnóstico

¹ Gran parte de las tesis expuestas en este artículo se fundamentan en una investigación cualitativa sobre el voluntariado joven madrileño realizada a través de 30 entrevistas en profundidad (a voluntarios, ex voluntarios, gestores de entidades voluntarias y técnicos de la administración) y 7 grupos de discusión (voluntarios, no participantes y gestores de entidades voluntarias). El trabajo de campo se desarrolló a lo largo de 2001. La limitación de la extensión del texto ha hecho imposible introducir referencias directas a nuestro trabajo de campo.

* Ángel Zurdo Alaguero. Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales. Dpto. de Fundamentos de Economía e Historia Económica (Área de Sociología). Universidad de Alcalá de Henares. Plaza de la Victoria, 3. 28802 Alcalá de Henares (Madrid). Correo electrónico: angel.zurdo@uah.es. Fax: 91 885 42 39.

² Habitualmente la legislación sobre el voluntariado abunda en el mismo principio. Por ejemplo, según la ley estatal del voluntariado de 1996 "la actividad de voluntariado no podrá en ningún caso sustituir al trabajo retribuido".

de la realidad. En función de esta construcción idealizada —y estrictamente ideológica— del voluntariado, este *jamás* podría tener un impacto negativo, ni tan siquiera ambivalente, sobre el mercado laboral. No hay lugar alguno en estas visiones para la precarización, y mucho menos para la sustitución de puestos de trabajo por voluntarios/as —esto es, para la destrucción de empleo a nivel *micro*, aunque tal hecho se disuelva en las cifras globales: crecimiento de empleo a nivel *macro*—. Este tipo de planteamientos son muy abundantes en la literatura sobre el voluntariado; encontramos trabajos que resaltan monóticamente —y magnifican— la influencia positiva del voluntariado —y de las organizaciones voluntarias— sobre el mercado de trabajo, en términos, claro está, de creación de puestos de trabajo. Dentro de esta corriente de análisis “convencional” podemos ubicar por ejemplo a Stubings (1986), Morón (1999) y Rifkin (1997). De entre estos autores, quizás el ejemplo más notable de fe ciega en el tercer sector como potencial productor neto de puestos de trabajo, e incluso como única esperanza ante el agotamiento del sector industrial y sector servicios a la hora de generar empleo, lo podemos encontrar en la obra de Rifkin (1997), donde se profetiza el advenimiento de una “era posmercado” (*ibid.*, p. 280) construida sobre el tercer sector, atribuyéndole además al fenómeno el rango de “tendencia histórica” (*ibid.*, p. 307). Los argumentos de la corriente “convencional” tienen una amplia difusión en las organizaciones voluntarias —dado que proveen de una fuente adicional de legitimación social— y también son asumidos y difundidos por las distintas administraciones —puesto que justifican y fortalecen su opción (esta vez desde una óptica macroeconómica) por la promoción del voluntariado como prestador de servicios.

Articularemos en las posteriores páginas un diagnóstico muy alejado de esta posición “convencional” idealizante. Nuestra posición es mucho más matizada y recoge mucho más fielmente la compleja —y ambivalente— realidad del voluntariado en relación con el empleo asalariado. Anticipemos parte del “diagnóstico”: a veces el voluntariado *sí* funciona como mano de obra barata, a veces supone una suplantación de personal profesional remunerado, cada vez más el voluntariado funciona como vehículo de adquisición de experiencia práctica rentabilizable en el mercado de trabajo y, por último, un porcentaje muy significativo de los profesionales asalariados de las organizaciones voluntarias soportan condiciones laborales precarias. Ese es el oscuro reverso del “resplandeciente” aumento de contratados/as en el sector voluntario.

La actividad voluntaria es perfectamente encuadrable en la categoría “trabajo”, al constituirse como una labor dirigida a la producción de servicios y bienes para la satisfacción de necesidades tanto personales como sociales. Otra cuestión muy diferente es referirse a la salarización de ese trabajo. Como recuerda Morán (1997, p. 97), “no todo el trabajo está en el mercado”, y en ese sentido, el voluntariado sería parte del trabajo social no remunerado (Pérez Pérez, 2000). Para Colozzi (1994, p. 235), los voluntarios/as “se definen simplemente como trabajadores sin remuneración”, pero, al mismo tiempo, es necesario incidir en que absolutamente toda actividad desempeñada por voluntarios/as es susceptible de ser remunerada (Casado, 1992, p. 86). En esa misma dirección se expresa Hawrylyshy (cfr. Ascoli, 1987, p. 126), para el que el trabajo voluntario consiste en “actividades desempeñadas por un individuo al margen del mercado de trabajo, pero que pueden, no obstante, realizarse recurriendo a emplear regularmente a una persona”. Así pues, *el trabajo voluntario no está en el mercado*, al menos desde la perspectiva de la salarización. La no remuneración del trabajo voluntario se erige como una de las características más distintivas y más reiteradas (Velloso, 1999, p. 31) entre las atribuidas al voluntariado: estamos hablando, en términos más cotidianos, de la realización de “trabajo gratis” (por motivaciones morales o incluso instrumentales/utilitarias). Así pues, la ubicación real del voluntariado está en los márgenes del mercado de trabajo —asalariado—, produciéndose por ello numerosas interferencias y distorsiones dinámicas entre el “mercado” de trabajo voluntario (atravesado también por ofertas y demandas de “empleo”, en ese sentido podríamos hablar de un mercado de trabajo voluntario “mimético”) y el mercado de trabajo asalariado o profesional. Por eso, yerran estrepitosamente todos aquellos que conciben la esfera del voluntariado y el trabajo asalariado como esferas asépticamente separadas e independientes.

En este artículo, abordaremos el análisis de esas complejas dinámicas que se establecen entre el voluntariado y el mundo “profesional” o, si se quiere, entre voluntariado y empleo. El voluntariado ocupa una posición extremadamente paradójica y ambigua con respecto al mercado de trabajo, hallándose sometido a grandes tensiones que tienden a distorsionar lo que podríamos denominar su perfil “clásico”, especialmente desde el punto de vista motivacional: contribuyendo a diluir, matizar o reconstruir su “altruismo”. Aunque desde una perspectiva lógica el voluntariado se separa (y diferencia) radicalmente del trabajo asalariado, en función de la gratuidad que caracte-

rizaría la acción voluntaria, el voluntariado “real” fortalece paulatinamente sus vínculos con el mercado de trabajo. Albarracín *et al.* (1999) ilustran esta tendencia, al considerar el sector asociativo como simple elemento del mercado; así “los voluntarios y empleados del Tercer Sector [... son] convertidos en un recurso humano flexibilizado y altamente disponible en un sector asociativo transformado en un submercado más”. Todo ello se produce, claro está, en el contexto de un mercado fuertemente precarizado y excedentario de trabajadores como es el español, en cuyos márgenes encontramos un nutrido colectivo de jóvenes aspirantes hipertitulados (especialmente en ciertos sectores, como puede ser el de servicios sociales). Como apunta Santos (1999, p. 45), “parece cada vez más indiscutible que la inseguridad y la precariedad laboral están caracterizando la socialización profesional de la mayoría de los jóvenes en los últimos veinte años”³. Como parte del contexto prefigurador, tampoco deberíamos olvidar las penalidades económicas que caracterizan el día a día de muchas de las organizaciones voluntarias, sometidas a los ilógicos “ritmos” e insuficientes cuantías de las subvenciones (en su mayoría, verdaderas subcontratas estatales).

2. El voluntariado como vía de promoción profesional en las organizaciones voluntarias

El voluntariado aparece, cada vez más, ante los jóvenes como “una estrategia desdinerada hacia la producción de la mercancía trabajador y la integración en el mercado laboral” (Callejo, 1999, p. 57). Tal estrategia de búsqueda de empleo sería más utilizada por los jóvenes universitarios, más amenazados estos por la “inconsistencia de estatus”, esto es, por la desincronización de los “marcadores” —materiales y simbólicos— de estatus. Así pues, el voluntariado aparece cada vez más como un *recurso* de aproximación al mercado de trabajo, o un verdadero “camino hacia el empleo” (MacDonald, 1996, p. 26), o incluso como un “tiempo de espera, de transición hasta encontrar un empleo” (Tovar y García Albert, 1999, p. 148), y cada vez menos como

³ Según datos de Eurostat, aparecidos en julio de 2002, en España, y para el intervalo de edad entre 20 y 29 años, un 54,4% de las mujeres y un 53,2% de los hombres disponían de trabajos eventuales. La media de la UE se situaba en el 26% y en el 23,3% respectivamente.

un espacio de participación social. De ahí que se configure como un espacio de acción progresivamente más *reflexivo* —“egocéntrico”: cerrado sobre el individuo— y menos *transitivo* socialmente (que no implica una articulación comunitaria). Por eso, para Javier Callejo (1999, p. 58) el actual voluntariado “tiene que ver más con ‘buscarse la vida’ que con la solidaridad. La flexibilidad estratégica parece llevar más a una especie de utilitarismo de amplios horizontes que [... a] la solidaridad”.

Como punto de partida, para analizar los condicionamientos que puedan ejercer mercado de trabajo y voluntariado entre sí, es necesaria la evaluación de las tareas y funciones que acostumbra a desarrollar los voluntarios y voluntarias, determinando en qué casos pueden contribuir a desplazar a los profesionales (evaluación que necesariamente encuentra a su paso abundantes zonas grises). Asimismo, es necesario estudiar las frecuentes dinámicas de paso —“promoción”— que se producen en el seno de las organizaciones voluntarias, desde el colectivo voluntario al grupo de profesionales. Con respecto a esta segunda cuestión —de análisis más asequible— Gregorio Rodríguez Cabrero (1999, p. 26) recuerda que “la entrada en las entidades sociales como voluntarios suele ser el inicio de un proceso o continuo cuyo culmen es la profesionalización dentro de la entidad”. Podemos hablar, en consecuencia, de la existencia de verdaderas “carreras profesionales” dentro de las organizaciones voluntarias, con una notoria peculiaridad, y es que una parte importante de esas carreras es, en sentido estricto, preprofesional —si es que asociamos tal término a la ausencia de remuneración económica—. Podríamos, además, plantear que el aumento del número de voluntarios/as durante los últimos años (en términos globales) pudiera haber complicado en algunos casos la promoción profesional —asalariada— en las organizaciones voluntarias, si bien, por otro lado, la ampliación paralela del volumen de trabajadores asalariados en las organizaciones voluntarias ha funcionado en sentido contrario. Como una variante de este último proceso de promoción profesional, podríamos hablar de la función “trampolín” de la actividad voluntaria, dado que facilita la proyección exterior desde el punto de vista laboral: hacia otras organizaciones voluntarias o incluso empresas privadas —especialmente las ubicadas en el sector de servicios sociales— (puede verse algún ejemplo en Pearce, 1993, p. 35).

Así, en la dinámica del proceso motivacional del voluntario/a, interferiría (aunque no de manera universal) la probable perspectiva de acceder a un puesto de trabajo remunerado en la organización y/o la

cualificación paralela, esto es, la formación teórica, y sobre todo práctica —adquisición de experiencia—, rentabilizables en el mercado de trabajo (MacDonald, 1996, p. 26; Lysack y Krefting, 1993, p. 139). El riesgo lo encontramos en la *mercantilización* del trabajo voluntario (debido a su valorización en el acceso al mercado de trabajo). El peligro reside, como señala Estivill (1989, p. 129), en que en algunos casos las colaboraciones profesionales, que responden a expectativas de trabajo remunerado futuro, “pueden encubrir relaciones laborales de absoluta precariedad y dependencia”.

Las organizaciones voluntarias se erigirían, como indica Alonso (1999, p. 15) —refiriéndose a la cooperación internacional, pero siendo un argumento perfectamente aplicable al conjunto del voluntariado—, en “un primer espacio de transición en el mercado de trabajo para jóvenes cualificados sin empleo”. Lo que significa insistir en cómo el voluntario/a percibe la práctica voluntaria como un medio que facilita la inserción —y, por consiguiente, rentabilizable— en el mercado de trabajo. Esta rentabilización en la entrada al mercado de trabajo es resaltada por diferentes autores⁴, e incluso por instituciones políticas como la Comisión Europea⁵ y el propio Congreso de Diputados⁶. En definitiva, podríamos hablar, de nuevo siguiendo la formulación de Alonso (1999, p. 15), de “estrategias adaptativas de ciertos colectivos juveniles para poder encontrar un acceso secundario y meritorio al mercado de trabajo —como forma de adquirir cierta experiencia profesional, capital relacional, etc.—”. Estas estrategias se manifiestan necesariamente más acentuadas en las jóvenes, en función de la fuerte feminización que presentan los estudios relacionados con el “cuidado” social (servicios sociales) y de la paralela “marca” femenina del colectivo de trabajadores/as asalariados de las organizaciones voluntarias de acción social. Según un estudio de la Fundación Tomillo (2000, p. 59), este colectivo de asalariados estaría integrado por un 68% de mujeres y un 32% de varones —datos que

⁴ Entre otros, Callejo (1999), Ascoli (1987, p. 151), Ariño (1999, p. 150), García Campá (2001, p. 131); Herrera (1998, p. 164), Morón (1999, p. 217); Urrutia (2001, p. 92), Velloso (1999, pp. 22-23), Weisbrod (1988, p. 132).

⁵ “Las asociaciones y fundaciones ofrecen también una valiosa formación a un gran número de voluntarios, muchos de los cuales encuentran luego un empleo en el mercado laboral convencional como resultado de la experiencia y conocimientos adquiridos” (Comisión Europea, cfr. Morón 1999, p. 217).

⁶ Aunque en este último caso desde una aproximación perversamente instrumental. Nos referimos a la proposición no de ley (162/249) discutida en 1998 y que comentaremos más adelante.

invertirían los porcentajes globales del mercado laboral español según género⁷.

Pero esta línea explicativa es tan sólo un diagnóstico parcial del panorama. Prueba del lugar paradójico ocupado por el voluntariado en relación con el mundo del trabajo asalariado son los resultados obtenidos en algunas investigaciones de carácter empírico. En el estudio de R. MacDonald (1996, p. 30), se señala una interesante tendencia antagónica, pero a la vez perfectamente “compatible” (lo que nos remite a la enorme ambivalencia social del fenómeno del voluntariado). Los voluntarios/as entrevistados por MacDonald señalan que el trabajo voluntario puede significar una traba a la hora de obtener un trabajo remunerado, en especial en el seno de la propia organización. El planteamiento sería el siguiente: si el voluntario/a trabaja gratuitamente, y de manera satisfactoria, ¿por qué habría que asignarle un salario? De todas maneras, con respecto a esta tendencia deberían confluír al menos dos supuestos: a) que el voluntario/a busque como estrategia consciente solucionar su futuro laboral en el seno de la asociación, y b) que la organización utilice a los voluntarios/as como exclusivo sustitutivo de profesionales asalariados, como simple fuerza de trabajo gratuita. Así, y de forma paradójica, el voluntariado podría facilitar y bloquear —simultáneamente, si consideramos las tendencias a nivel estructural— el acceso al mercado de trabajo asalariado, situación ambivalente que se expresa modélicamente en el discurso de los voluntarios/as que podemos denominar “profesionistas”. Este segmento incorpora usualmente estudiantes y titulados/as en el área del “cuidado social” que consideran que el voluntariado en su configuración actual —abusiva— elimina gran cantidad de puestos de trabajo (es por eso que el sector “profesionista” más extremo llega a propugnar incluso la desaparición del voluntariado y su sustitución sistemática por profesionales), pero que al mismo tiempo se aproximan a él, dado que constituye una de las pocas formas de acumular experiencia y acercarse al mercado de trabajo.

Parece, pues, necesario, para comprender el papel que cumple el voluntariado en relación con el acceso al mercado de trabajo, tener en cuenta los grandes problemas de acceso y el alto grado de preca-

⁷ Siguiendo datos de este estudio, el perfil dominante del trabajador/a asalariado de las ONG españolas de acción social (muy semejante al de los voluntarios/as, salvo con respecto a la edad) es el siguiente: mujer, de entre 25 y 35 años, con titulación universitaria y que desarrolla tareas como profesional —categoría esta definida difusamente en el estudio como trabajadores/as directamente implicados en la ejecución de actividades— (Fundación Tomillo, 2000, p. 60).

riedad que aquejan especialmente a los jóvenes españoles, convertidos de esta manera —en su prolongada espera— en jóvenes “de larga duración” (Santos, 1999, p. 45). Como muy bien apunta Rodríguez Victoriano (1999, p. 107) completando la perspectiva, “entre los jóvenes, el problema del desempleo tiende a convertirse en el problema de la precarización del empleo”. Y en esa línea, el “nuevo” voluntariado crecería a la sombra de la precariedad y, en cierta medida, contribuiría a la degradación de las condiciones de empleo. Ante la presión que ejerce el mercado laboral sobre los jóvenes, estos intuyen una salida a la precarización laboral —y no es sino una perpetuación, en términos globales— a través del propio voluntariado (véase Albaracín *et al.*, 1999). De ahí que el devenir del voluntariado se inscriba plenamente en el proceso que define Rodríguez Victoriano (*ibid.*, p. 107), según el cual “estaríamos asistiendo a una normalización de la precariedad, que viene expresada por el auge de la temporalidad en el empleo y por la eclosión de franjas intermedias, en situaciones altamente aleatorias en las que se confunde trabajo, empleo, formación, y donde las figuras del meritorio, de los trabajos insignificantes, del cursillista o del trabajador voluntario delinean un panorama de trayectorias vitales discontinuas o provisionales que se prolongan indefinidamente”. Weisbrod (1988, p. 134) apunta, por su parte, que el estado de la economía afectaría significativamente al nivel de las “reservas” de trabajo voluntario disponible por las organizaciones voluntarias. Cuanto más fuerte es el estado de la economía, más fácil es para un trabajador encontrar un puesto de trabajo remunerado y, por lo tanto, menos atractivo resulta un trabajo voluntario (*ibid.*), especialmente para aquellos que buscan en el voluntariado una vía de capacitación y acumulación de experiencia. No obstante, el “factor económico” no explica por sí solo, ni mucho menos, la evolución del volumen de voluntarios. A pesar de ello, no es ninguna coincidencia accidental que la “explosión” del voluntariado en España se solape en su inicio con un periodo (aproximadamente: 1992-1995) marcado por una acentuada crisis del mercado laboral —crisis asociada a una gran destrucción de puestos de trabajo remunerados, incrementos significativos de la población activa (lo cual confluye en el porcentaje de paro más elevado datado históricamente en España, superior al 24% de la población activa) y a una corriente de precarización ostensible—. De todas maneras, resulta tremendamente reduccionista asociar con exclusividad el éxito de la fórmula voluntaria con los “avatares” del mercado laboral y la economía. Insistimos, otros muchos factores confluyen en, y conforman, la tendencia: la reestructuración

de la sociedad civil española y el paralelo fortalecimiento de las organizaciones voluntarias, las estrategias de promoción estatal, el agotamiento de otros modelos de participación social, el perfil ideológico bajo y fuerte individuación del nuevo voluntariado, etcétera.

Revisemos ahora el análisis de MacDonald (1996). Su excelente trabajo explora las pautas de trabajo voluntario en entornos caracterizados por una economía local deprimida —concretada en niveles elevados de paro—. MacDonald abunda en la percepción de la actividad voluntaria como: *a*) una “respuesta activa al desempleo” (*ibid.*, p. 19), y *b*) como una vía sustitutiva, que es utilizada por los sujetos para “re-crear por sus propios medios, una vivencia de trabajo positiva” (*ibid.*, p. 20), vivencia que el mercado laboral les negaría. Así, el autor británico relaciona el incremento del número de voluntarios/as con circunstancias asociadas al difícil acceso —sin olvidar el fácil abandono, dada la abundancia de trabajo precario— al mercado de trabajo asalariado. El abandono no sólo afectaría a los jóvenes, sino también de manera abundante a trabajadores maduros, principales víctimas, por ejemplo, de los procesos de “reconversión” industrial (que cobraron especial virulencia en los años ochenta), que en muchos casos presentan muy escasas posibilidades de reincorporación a la esfera del trabajo asalariado. De esta manera, MacDonald constata que en localidades con economías deprimidas el número de voluntarios/as sin empleo remunerado pertenecientes a la clase trabajadora —la más vulnerable en un contexto de desindustrialización— tiende a crecer (*ibid.*, p. 21). En la base de esa tendencia (aplicándola al caso español) encontraríamos que la ampliación del voluntariado —a la que hemos asistido a lo largo de los años noventa— se habría producido fundamentalmente “por debajo”, incorporando en su mayor parte a jóvenes pertenecientes a la clase trabajadora y a la clase media baja, jóvenes con grandes dificultades (en un contexto de un mercado de trabajo excedentario de jóvenes cualificados) para traducir —utilizando la conceptualización de Bourdieu (1998)— en términos de trabajo y salario (capital económico) el capital cultural adquirido en el sistema educativo.

En el caso de los miembros “maduros” del segmento de la clase trabajadora en paro (como límite inferior orientativo, pensemos en los mayores de cuarenta y cinco años) que participan en programas de voluntariado, estos no pretenderían prioritariamente la rentabilización del capital cultural —frecuentemente reducido—, ni siquiera una problemática reinserción laboral, sino que, siendo conscientes de su difícil reentrada en la esfera del trabajo asalariado, aspirarían funda-

mentalmente a la *reactivación social* de su cotidianidad (proporcionando rutinas, interacción social y sentido). De ahí que la actividad voluntaria cobre sentido en sí misma, al permitir una "vivencia" de trabajo positiva. Para estas personas, que responderían mayoritariamente al perfil de parados de larga duración, el voluntariado se constituye como una verdadera *vía alternativa* de trabajo —no asalariado— (MacDonald, 1996, p. 31). Evidentemente, esta función sustitutiva del trabajo asalariado sólo puede existir si los ex trabajadores disponen de prestaciones de carácter indefinido (aunque se trate de ingresos mínimos de subsistencia), por lo que tal situación abundaría más en países con cobertura "indefinida" del desempleo. De esta manera, podríamos ver en el trabajo voluntario, incluso, una particular forma de amortización social de los subsidios públicos. En España, la situación es diferente, existe un número muy importante de parados de larga duración, pero encontramos un bajo nivel de cobertura y una severa limitación temporal en las prestaciones por desempleo, "condiciones" que dificultarían optar de manera "duradera" y consistente por el voluntariado como sustituto "funcional" del trabajo asalariado, imponiendo a esta modalidad de voluntariado un papel marginal. No correspondiéndose con el modelo perfilado en el trabajo de MacDonald —aunque en sus lindes—, encontramos en nuestro país un volumen muy importante de prejubilados de clase obrera —mayoritariamente hombres—, que se ubicaría como una potencial cantera para el voluntariado (disponen de una relativa seguridad económica y se hallan en edad laboral, lo que les sometería a tensiones para buscar un sustituto funcional al trabajo asalariado). Sin embargo, las patentes y generalizadas barreras culturales —que limitan sus pautas de participación social con respecto a las tasas femeninas— hacen que muy pocos prejubilados pertenecientes a la clase trabajadora se aproximen al voluntariado o a otras formas de asociacionismo y participación social. Los niveles de participación entre prejubilados se incrementan notablemente en el caso de las clases medias profesionales.

3. Dinámicas de precarización del empleo remunerado en el tercer sector

Trascendamos ahora el análisis del voluntariado, incluyendo en el mismo "sistema" a los profesionales asalariados de las organizaciones voluntarias (que en una proporción muy significativa fueron, ante-

riormente, voluntarios/as). Al respecto, aparecen esporádicamente en la literatura referencias a la fuerte precarización que afecta a los profesionales del sector (por ejemplo, véase Rodríguez Cabrero, 1999 y 2000; Petras, 2000, p. 105), verdadero "efecto perverso", y ciertamente preocupante, derivado de la actividad del sector voluntario. Muy vinculado a esta tendencia precarizadora, el sector voluntario aparecería como un espacio que escondería formas de trabajo "irregular" (MacDonald, 1996, p. 26), con figuras de actividad de difícil ubicación tanto en el marco del trabajo asalariado —fuera de la legalidad— como en la acción voluntaria —transgrediendo sus características "esenciales"—. Desde la perspectiva ideológica liberal, se podría hablar de un sector modélico, perfectamente fluido y flexible en su gestión de los recursos humanos, verdadero ejemplo para la empresa privada y el Estado.

Especialmente preclaros en la ilustración de la precariedad laboral que recorre al tercer sector español son los resultados contenidos en el estudio elaborado por la Fundación Tomillo (2000, p. 63), según los cuales "las condiciones de trabajo de los asalariados del sector de ONG de acción social se concretan en una fuerte extensión del tiempo parcial, una alta temporalidad y salarios relativamente bajos". Según los datos que se manejan en el estudio, prácticamente un 19% de estos trabajadores asalariados lo son a tiempo parcial (frente a un 8% para el total de la economía española) (*ibid.*, p. 62); y un 45% tiene algún tipo de contrato temporal (frente al 33% del empleo total, porcentaje este último, no lo olvidemos, elevadísimo)⁸. Con respecto a los salarios, estos son bajos en todas las categorías ocupacionales: el salario (bruto anual) medio de un trabajador se sitúa en torno a los 15.000 euros (*ibid.*, p. 63), —pensemos, además, que una propor-

⁸ Otro estudio de necesaria reseña (aunque de realización algo más alejada en el tiempo), cuyos resultados redundan en mostrar la elevada precariedad que recorre el trabajo asalariado en las organizaciones voluntarias (en este caso se parte de una encuesta realizada a las entidades receptoras del 0,52% del IRPF) es el dirigido por Rodríguez Cabrero y Monserrat (1996, p. 264). Revisemos las cifras aportadas en relación al perfil del trabajador asalariado. Existiría un 54% de trabajadores con contrato fijo, un 38% con contrato temporal y un 8% con contratos de servicios. Con respecto al tipo de jornada laboral, encontramos un 65% de trabajadores contratados a jornada completa y un 35% de trabajadores empleados a tiempo parcial. Si bien con respecto al porcentaje de contratos fijos ambos estudios son absolutamente confluentes, la investigación de Rodríguez Cabrero y Monserrat apunta a un mayor porcentaje de trabajadores a tiempo parcial (casi duplica las cifras del estudio de la Fundación Tomillo) y, por tanto, apunta a un nivel mayor de precariedad en el sector.

ción importante de los trabajadores/as poseen formación universitaria⁹.

Desde la administración y las organizaciones voluntarias se ha llegado a vincular los bajos salarios y la precarización con la dimensión altruista que recorrería y caracterizaría al sector. En ese sentido, aceptar salarios reducidos sería interpretado en términos de expresión de una evidente orientación moral hacia la actividad remunerada por parte de los contratados, en vez de considerarlo una característica estructural del sector (vinculada a financiación insuficiente, etc.)¹⁰. Implícitamente se está fusionando en un mismo sistema la precarización y la vocación, dignificando y justificando la primera a través de la segunda. Ciertamente algunos profesionales escogen puestos de trabajo con baja remuneración (por ejemplo, en organizaciones voluntarias, aunque no sólo) por criterios morales o de compromiso social. Pero los salarios precarios en el tercer sector son mucho más *impuestos* (por la dinámica y estructura del sector y por la situación del mercado de trabajo) que elegidos libremente por los profesionales asalariados¹¹. En las actuales corporaciones voluntarias, existiría un sector de profesionales "vocacionales" que antepondrían su realización personal en su trabajo a las condiciones asociadas: un salario bajo, un contrato temporal. Personas que en definitiva prefieren ese trabajo "precario" a otros trabajos más seguros fuera del tercer sector. Pero en la actualidad no habría que magnificar ese sector de profesionales vocacionales (minoritario) y, sobre todo, es necesario ser consciente de que los aspectos motivacionales —la "vocación"— no niegan en ningún caso la precariedad "objetiva" de una situación laboral.

Así, a pesar de que el fuerte crecimiento experimentado por las organizaciones voluntarias y, en general, por el tercer sector, durante

⁹ La tendencia es mucho más desfavorable si observamos la comparación realizada, en el mismo estudio, entre ONG de acción social y el sector sanitario y de servicios sociales en su conjunto. Las ONG de acción social duplicarían la temporalidad en el empleo, y el recurso a la jornada parcial sería diez veces superior (Fundación Tomillo, 2000, p. 65).

¹⁰ Esa premisa moral está detrás de la diferenciación en la literatura entre *voluntarios profesionales* (voluntarios en sentido estricto —con elevada cualificación—) y *profesionales voluntarios* (asalariados). Véase al respecto Vernis *et al.* (1998, p. 151).

¹¹ Una descripción irónica y crítica de la precarización profesional como estrategia consciente desarrollada por las organizaciones —revestida formalmente de consejo cínico a gestores— la encontramos en la reveladora "fábula" de Lofredo (2002, p. 74): "Contrate a un par de especialistas desempleados, al salario más bajo que pueda imponer. Dígalos que si el proyecto sale, los contratará a tiempo completo y con salarios internacionales. Si lo creen, y en su desesperación le creerán, trabajarán gratis".

las dos últimas décadas (tendente a una progresiva institucionalización y corporativización) se ha visto acompañado por un incremento del volumen de empleo total "generado" —eso es incuestionable—, lo importante es que tal crecimiento no ha redundado en un paralelo aumento relativo del trabajo estable —y, en general, del empleo no precario—. De ahí que podamos hablar en términos de diagnóstico, y con total propiedad, de la *profesionalización precaria de las organizaciones voluntarias*; profesionalización plenamente *fluida* y, por ello, absolutamente *inestable*.

En relación con este hecho, podemos tratar de elucidar algunas de sus causas. Debemos considerar que el aumento del volumen de las subvenciones concedidas por la administración (y otras formas de financiación pública) durante las décadas de los ochenta y noventa, lejos de minimizar la precariedad e inseguridad económica de las organizaciones voluntarias, tiende a perpetuarla o cronificarla. La razón es que las subvenciones toman progresivamente la forma de "subcontratas" de servicios de la administración (existentes o a implementar), con cuantías dinerarias que se ubican al límite —o por debajo— de los costes "de mercado" (y, por supuesto, siempre por debajo de los costes "de Estado")¹². Además, esta financiación pública está ligada de manera creciente al desarrollo efectivo de programas (con condicionamiento estricto de: número y perfil del personal a contratar, periodos temporales de implementación del programa, actuaciones concretas —volumen de trabajo a desarrollar—, etc.), lo que fuerza a precarizar a los profesionales e incluso los servicios. En ese contexto, algunas organizaciones tratarán de sustituir a los profesionales, en la medida de lo posible, por voluntarios/as o estudiantes en prácticas. Así, la administración aparecería como responsable indirecto de la

¹² D. Casado (1989, p. 47) recuerda "que en la oferta de servicios asistenciales profesionalizados suelen presentar costes más bajos las organizaciones sociovoluntarias que el sector público y que el mercado. Este contraste da lugar a una paradoja notable en la relación entre el sector público y el privado: el primero subvenciona o concierta servicios del segundo por valores inferiores a sus propios costos". Desde esa constatación parecen demasiado optimistas las apreciaciones de Pasini (cfr. Ascoli, 1988, p. 185) según las cuales sería "ilusorio considerar que los grupos de voluntariado pueden reducir sustancialmente el costo de servicio, como alguno está repitiendo. Más bien hay que suponer que, si son activos, críticos, conocedores de su función de estímulo y de promoción, contribuirán a aumentar los costos, sea porque harán surgir necesidades nuevas, de las que la opinión pública no tiene todavía conocimiento, sea porque intentarán servicios por anticipado que deberán ser asumidos por el 'gasto público'". Definitivamente, si nos plegamos a los hechos, Pasini está hablando de un modelo de voluntariado tan idealizado como ausente.

precarización laboral, aunque al mismo tiempo el Estado también presionaría, a través de la imposición de condiciones para el desarrollo de programas subvencionados, hacia la profesionalización asalariada de al menos una parte mínima de los servicios y puestos de trabajo existentes en las organizaciones voluntarias.

También podemos encontrar de manera recurrente en el seno de las organizaciones la derivación de fondos económicos que se han concedido para un determinado programa, para cubrir los déficits de otros que no disponen de subvención (o esta es insuficiente) o que la recibirán en el futuro. Asimismo, se producen derivaciones de fondos para cubrir las necesidades funcionales cotidianas de la organización (alquileres, material, personal administrativo y de mantenimiento...), son estas otras causas de la precarización laboral. De esta forma, las administraciones públicas están fomentando en numerosos casos —como consecuencia indirecta de la concesión de subvenciones a organizaciones voluntarias— la precarización significativa del mercado laboral en el sector de los servicios sociales e, incluso, contribuyendo al mantenimiento de irregularidades contractuales (contratos ilegales y fraudulentos, horarios desmesurados, situaciones de inseguridad...). Se podría hablar casi de una economía sumergida en torno a las organizaciones voluntarias, si bien paradójicamente fiscalizada y controlada por las distintas agencias públicas de “asuntos sociales” para la sucesiva concesión de subvenciones.

Pero las organizaciones voluntarias no son simples y desvalidas víctimas de los “designios” del Estado. De hecho, muchas se prestan solícitamente a estas prácticas que redundan en la precarización. Además, el planteamiento “competitivo” —estrictamente empresarial— de algunas entidades, que las hace decantarse por la opción del crecimiento a cualquier precio¹³, y la resistencia a perder cuotas de poder y presencia social (en términos de número de programas gestionados, y presencia de servicios generados, número de usuarios, presencia en los medios de comunicación...) también influyen poderosamente en la tendencia. No debemos tampoco olvidar la gran abundancia de titulados/as del “cuidado” dispuestos a trabajar también a “cualquier precio” —salario—, etc. De lo hasta aquí planteado, se deriva la imperiosa necesidad de “articular un tipo de intervención que no sirva como

¹³ Urrutia (2001, p. 92) habla de una “lógica adaptativa” que pasa por una “preocupación casi paranoica de ‘no perder comba’ en un panorama de organizaciones no gubernamentales cada vez más selectivo y competitivo, en su pugna por acceder a los recursos públicos y privados”.

excusa para la eliminación de puestos de trabajo o la generación de economías subterráneas a través de estas organizaciones” (Alonso, 1998, p. 168).

Se puede argumentar que, en el caso del sector asociativo “clásico” (nuevos y “viejos” movimientos sociales) y del sector más comunitario de las actuales organizaciones voluntarias, también se genera empleo precario (quizá incluso más precario en sus condiciones), por un condicionamiento inmanente de tipo estructural: podríamos hablar del elevado nivel de *incertidumbre organizacional*. Es más que posible el diagnóstico, pero la diferencia radica en la excepcionalidad de la profesionalización (siempre de alguno de los asociados/as), el peso relativamente bajo de la prestación de servicios de forma profesionalizada, la menor corporativización —burocratización— de las organizaciones y, sobre todo, la opción libre —al margen de las condiciones del mercado laboral— de profesionalización consensuada entre los propios asociados/as y aceptada por el nuevo profesional. El volumen de contratados (“liberados”) en estos casos es realmente irrelevante, pudiéndose afirmar que el carácter “voluntario” de las organizaciones es, en sentido estricto, mucho mayor. De ahí que, hasta los años ochenta, el tercer sector no actuara (en el caso español) como vector de precarización laboral. Hoy en día, inmerso en una profunda transformación corporativa y un proceso de fuerte crecimiento (configurándose como una opción consistente de empleo), sin duda, sí actúa en esta dirección.

4. Tendencias hacia la profesionalización funcional de la acción voluntaria

Cuando se diluyen los aspectos participativos de la acción voluntaria —y su fundamentación política/ideológica (ambas en sentido amplio)—, existe un riesgo asociado de profesionalizarla funcionalmente. Especialmente ilustrativas con respecto al que podemos denominar *proceso de profesionalización funcional del nuevo voluntariado* (que hace referencia a la realización de tareas propias de profesionales por parte de voluntarios/as), son las estrategias de captación/selección y formación de los voluntarios/as de las organizaciones voluntarias (estrategias a la postre de gestión de “recursos humanos”, cada vez más centrales en el sector voluntario más corporativo), tácticas de las que solamente se ofrece, habitualmente, una parte de su sentido. Eviden-

temente, son necesarias, dado que capacitan al voluntario/a, aumentan la eficacia de la intervención, garantizan la adecuación de la persona al “puesto”, permiten evaluar y orientar su “vocación” voluntaria. Pero, asimismo, habilitan al voluntario/a para acometer tareas más “profesionales”, entendiendo como tales aquellas que son remuneradas económicamente, en la mayoría de los casos, en el mercado laboral (en empresas, administraciones públicas e incluso organizaciones voluntarias), aunque, en términos generales, con una dedicación horaria superior. Actividades “profesionales” que, usualmente, presentan un perfil “técnico” más marcado. Así, la formación del voluntariado, en ocasiones, puede estar asociada a procesos de profesionalización encubierta¹⁴.

La determinación y delimitación social de las tareas remuneradas con salario no es ni mucho menos estable, sino dinámica: cambia históricamente. De hecho, el reconocimiento de derechos sociales en el marco de la consolidación del Estado del bienestar supuso un enorme impulso hacia la salarización —y, por tanto, *legitimación profesional*— de una parte de la asistencia y cuidado social que anteriormente dependía de la caridad, de la atención familiar y vecinal, etc. (fundamentalmente de la esfera social comunitaria), para amplias capas sociales; en definitiva, se produjo la *salarización/profesionalización parcial del cuidado social*.

En la actualidad, el riesgo, como queremos argumentar, es la *desalarización consciente de los profesionales del cuidado*; desalarización fundamentada sobre la creciente *profesionalización funcional del voluntariado* (paralela al crecimiento y reforzamiento del tercer sector en su versión más corporativa) y justificada ideológicamente sobre un discurso que se concentra sobre la necesidad y beneficios asociados a la reactivación/responsabilización de la sociedad civil —a nivel individual y no colectivo—. Este argumento oculta deliberadamente la austeridad presupuestaria de la administración y la maximización de los recursos económicos del sector voluntario como inspiradores de la tendencia.

Maticemos: el problema no depende de que ciertos voluntarios/as realicen tareas que pueden ser remuneradas habitualmente en el mercado de trabajo, esa es una *constante estructuralmente imprescindible para la existencia del movimiento asociativo* (y lo que le separa de la ló-

¹⁴ Con otro tipo de argumentación, encontramos autores que conciben la formación —si bien de carácter no técnico— como una solución al abuso y a la precarización: “En la medida en que el voluntario sea más conocedor de su papel, de sus derechos y deberes, evitaremos la confusión con las personas remuneradas” (López Sánchez, 2001, p. 87).

gica del lucro empresarial); sin esta contribución de trabajo voluntario, las asociaciones desaparecerían y/o perderían su identidad y razón de ser. El problema aparece verdaderamente cuando se desdibujan los perfiles asociativos (cuando los fines organizativos son fundamentalmente de autoperpetuación y crecimiento —mediados por la gestión económica eficiente—), cuando esta tendencia de “sustitución” está planificada “desde arriba” (desde puestos de gestión o instancias políticas) como un medio para ahorrar costes. Es entonces cuando aparece una “competencia desleal” con los profesionales, y fundamentalmente con los parados y paradas que intentan infructuosamente vender su fuerza de trabajo en el mercado. Es en ese momento cuando podemos referirnos a una “coacción” estructural hacia la profesionalización funcional del voluntariado.

En estas situaciones no se trata de incorporar *personas* al proyecto (llamélas militantes o asociados/as o voluntarios/as...) ideológicamente y/o moralmente comprometidas con los fines de la asociación (independientemente de que estas puedan intervenir activamente —trabajar— sobre el medio social). A través de este tipo de estrategias organizativas, se está reforzando la adscripción utilitaria del voluntario/a (en busca de un trabajo, etc.). La profesionalización funcional del voluntariado apunta a una relación instrumental, pero que lo es en un doble sentido. Los voluntarios/as se prestarían a su “utilización” por parte de la organización, pero desde un planteamiento utilitarista: existe una compensación objetivable.

Asistimos, además, a un curioso fenómeno; la profesionalización creciente de las organizaciones voluntarias (asociada al aumento de la contratación/salarización del trabajo) se ve acompañada de forma simultánea y paralela por la “profesionalización funcional” de los voluntarios/as. Esta se encuentra vinculada de manera soterrada al propósito de minimizar el proceso de profesionalización asalariada. No son estas tendencias contradictorias como pudiera parecer a priori —aunque sí presenten elementos paradójicos—, sino absolutamente confluentes, pudiéndose observar un refuerzo mutuo: la primera facilita y, al mismo tiempo, es una condición de la segunda.

En general, encontramos una creciente demanda —por parte de las organizaciones voluntarias— de un *voluntariado a la carta*. Las organizaciones definen, cada vez más, verdaderos *perfiles profesionales*, ligados a la disposición de titulaciones específicas, a la hora de captar voluntarios/as. Tal selección “técnica” invierte, necesariamente, la prioridad en la valoración de las “cualidades” del voluntario, siendo

especialmente relevante la evaluación de su pericia técnica y su currículum académico, y relegando frecuentemente a un prescindible segundo plano la dimensión participativa: la identidad con el proyecto, las motivaciones, el perfil ideológico.

Otro rasgo relevante que no podemos dejar de señalar, y en el que se refleja claramente la creciente profesionalización funcional del voluntariado, es la reciente proliferación en las organizaciones voluntarias españolas de los llamados *contratos de voluntariado* —figura que sólo cobra pleno sentido en el marco de la progresiva regulación estatal del voluntariado—. Al no existir, en el caso de los voluntarios/as, un condicionamiento económico de subsistencia —como el que vincula sólidamente al trabajador con la empresa—, y siendo progresivamente utilizados como fuerza de trabajo y no como persona “completa” —diluyéndose el vínculo participativo con la organización, que parte del “compromiso” ideológico y de la identidad personal con el proyecto—, es necesario *fidelizar* al voluntario/a a través del contrato. A través de esta figura jurídica, la organización exige y consigue continuidad, logra pautar y planificar la dedicación del voluntario/a y garantiza la continuidad y volumen de las prestaciones. De esta forma, se desactivan los riesgos de la voluntariedad individual (la incertidumbre). Así, cada vez más, los voluntarios/as ocupan una posición ambigua, en la que, frecuentemente, el libre compromiso está mediado —y subvertido: es exigido— por contratos que regularizan su actividad. Se abre paso un elemento más de confusión entre el ámbito del voluntariado y las relaciones laborales. Estamos ante el establecimiento de un “modelo fuerte de compromiso de voluntariado. La buena intención de los colaboradores no es suficiente, sino que se exigen unas seguridades que permitan planificar la actividad de la entidad” (A. Madrid, 2001, p. 147).

5. La posición del Estado

El Estado participa plenamente de las tesis de la corriente que hemos dado en llamar “convencional” al inicio de este texto. Así, a los ojos de las distintas administraciones, el voluntariado es visto como un contribuyente neto en la creación de puestos de trabajo, y su máxima preocupación pasa por cómo desarrollar al máximo su potencial de crecimiento. Esta percepción es absolutamente dominante y figura entre los principios articuladores de jornadas, publicaciones, etc. El

Estado no sólo asume una visión del sector, sino que contribuye activamente a difundir socialmente los presupuestos de esta corriente “convencional” y, lo que es más importante, consigue que tal diagnóstico se convierta en una *profecía que se cumple a sí misma* (Merton, 1995), al inyectar paralelamente crecientes partidas presupuestarias con destino al tercer sector (se trata de una estrategia compleja de fomento y reconstrucción). Hay que recordar que el volumen de empleo del tercer sector español —y concretamente las organizaciones voluntarias— fue nimio hasta la llegada de un marco presupuestario estatal propicio.

El Estado está “apostando” por el tercer sector y las organizaciones voluntarias como generadoras de puestos de trabajo, advirtiendo que la participación en estas organizaciones es una vía que facilita la incorporación *individual* al mercado de trabajo (vía capacitación técnica y social), esto es, utilizando la terminología al uso, mejora su “empleabilidad”. Esto descubre un interés exclusivamente instrumental en el fomento de la participación social. La participación social no parece ser positiva en sí misma. Se “olvidan”, cada vez más, los efectos sociales de dicha praxis, como, por ejemplo, la vertebración (argumentos absolutamente centrales en un pasado no tan lejano), para pasar a loar exclusivamente sus efectos benéficos sobre el individuo (que redundan en el descargo del Estado). Se está fomentando un uso interesado —desde el punto de vista individual— de la participación social, gradualmente transformada en simple *participación individual e individualista*. Lo importante no es que los ciudadanos/as participen, sino que los jóvenes al participar mejoren sus expectativas de encontrar un empleo (promoción personal). Tremendamente esclarecedor con respecto a esta posición —cada vez más preeminente— es el documento de análisis, conclusiones y recomendaciones que acompaña a la Proposición No de Ley (162/249) [PNL] sobre la Formación e Inserción Laboral de los Jóvenes y el Acceso a la Vivienda de la Juventud en España. Proposición no de ley debatida en el Pleno del Congreso de los Diputados el 16 de junio de 1998, y para cuyo comentario seguimos los pasajes contenidos en el trabajo de Ariel Jerez (1999, pp. 117-118). En él se afirma:

Según distintos estudios manejados por la Cámara, los jóvenes que desarrollan una labor social, que están inmersos en el mundo del asociacionismo juvenil, de una u otra manera, encuentran empleo con mayor facilidad y en un plazo más corto. [...] El asociacionismo se ha revelado en estos años como una excelente escuela de formación, donde los propios jóvenes aprenden

capacidades y aptitudes que posiblemente no han conseguido en el sistema educativo convencional y que conllevan una formación complementaria. Mediante el asociacionismo, los jóvenes aprenden a trabajar en equipo, a dialogar, a cooperar, a planificar, a tomar conciencia de su propia situación y a protagonizar su proceso de inserción laboral y profesional. [...] Se entiende por ello necesario que las Administraciones Públicas fomenten y apoyen el asociacionismo juvenil como escuela de formación complementaria y como elemento importante para lograr una más rápida inserción laboral y social de la juventud [cfr. Jerez, 1999, pp. 117-118].

De ahí que sea especialmente pertinente el diagnóstico de Jerez (*ibid.*, p. 118) cuando reprocha: “Esta concepción de la participación la retrotrae a su momento individual, y le otorga su validez desde el beneficio particular que reporta al ‘propietario’ de estas capacidades desarrolladas en el proceso participativo. En cierto sentido, este planteamiento apunta a una ‘remercantilización’ de [la] noción de participación que tendencialmente juega en contra de la dimensión de construcción de ciudadanía”.

En la argumentación de la PNL se recoge una percepción simplista del desempleo (concretamente del juvenil), al entenderse el paro en términos de simple ineptitud individual, de ausencia de capacidades y formación entre los/as jóvenes¹⁵. Siendo planteado el paro como problema absolutamente personal, dejando al margen las innegables causas y condicionamientos estructurales, y olvidando la “hipertitulación” de amplios sectores de la juventud española, se deforma grotescamente la realidad. No negamos que la participación asociativa hace nuevos recursos (de más difícil adquisición a través de la formación académica) a la hora de incorporarse al mercado de trabajo. Hablamos de relaciones personales (esos utilísimos “contactos”), de potenciación de habilidades sociales, de aprendizajes variados y de

¹⁵ Una penetrante y certera crítica con respecto a los discursos y políticas que conciben la formación en términos de “antídoto” contra el paro, se encuentra en Martín Criado (1999, pp. 34 y ss.). Para este autor, los discursos sobre las necesidades de formación “al proponer como solución al paro el aumento de formación de los desempleados, confunden las posiciones a ocupar en el mercado de trabajo con los ocupantes de estas posiciones: obvian el hecho de que el aumento de formación de los demandantes de empleo no incrementa las posiciones a ocupar por los mismos” (*ibid.*, p. 38). Además, Martín Criado apunta que el “discurso de la formación” implica un perverso desplazamiento de las responsabilidades hacia la esfera individual: “El problema no estaría en la estructura económica o en la organización del proceso de trabajo” (*ibid.*, p. 40), sino que sería el propio parado el responsable —en función de sus carencias formativas— de su estado. De esta manera, “el paro es cuestión de déficits personales: los problemas sociales son problemas individuales” (*ibid.*, p. 41).

información privilegiada. Pero, evidentemente, el asociacionismo no puede configurarse como una solución global para el paro, ni su fomento debe entenderse jamás como una política activa de empleo (ni una iniciativa novedosa); hacerlo significa caer en el esperpento.

Congruente con este modelo, se muestran los dos planes estatales de promoción del voluntariado: 1997-2000 (MTAS, 1997) y 2001-2004 (MTAS, 2001). En el primero de ellos se expone como actuación programada “promover que las empresas valoren, a efectos curriculares, la experiencia adquirida en acciones de voluntariado, especialmente de los/as jóvenes demandantes de empleo” (MTAS, 1997, p. 40)¹⁶. Esta propuesta es significativa a dos niveles. Por un lado, refuerza, de hecho, la percepción social generalizada del voluntariado como vía de acceso al trabajo asalariado (visión que provoca efectos contraproducentes al contribuir a distorsionar el perfil motivacional del voluntariado). Por otra parte, juega con esta expectativa —que pretende fortalecer, al involucrar activamente a las empresas en la “medición” de la actividad voluntaria como mérito curricular— como estrategia de incentivación al voluntariado. Lo que realmente se está promoviendo no es el voluntariado como vía de participación social, sino la instrumentalización de la práctica voluntaria en un doble sentido: a) por parte de los jóvenes, que consideran la acción social voluntaria como vía y recurso de integración laboral; b) por parte de la administración, que concibe la fuerza de trabajo voluntaria como fuente de servicios sociales.

6. Conclusión

Realizaremos una breve síntesis de las principales tesis defendidas, con respecto a las complejas conexiones observadas entre el voluntariado y el trabajo asalariado. Se ha procedido a caracterizar primordialmente al tercer sector (pese a su creciente peso económico y volumen de contratación) como un núcleo de precarización del trabajo e, incluso, como resultado de la creciente profesionalización funcional del voluntariado, de sustitución de puestos de trabajo asalariado por trabajo vo-

¹⁶ El Plan del Voluntariado (2001-2004) insiste sobre este punto, marcando como aspiración la “valoración, por parte de los responsables de la gestión de recursos humanos, de la experiencia adquirida por los trabajadores de las ONG, a efectos de su incorporación en la empresa” (MTAS, 2001, p. 38). Es de suponer que se habla de trabajadores voluntarios, aunque la ambigüedad —creemos que calculada— es en sí misma significativa.

luntario —a nivel *micro*—. Podríamos afirmar —aplicando y ampliando el diagnóstico de Bourdieu sobre las instituciones religiosas, en tanto en cuanto atravesadas por la lógica del voluntariado— que, en el tercer sector, “la explotación está *enmascarada*” (Bourdieu, 1997, p. 191), configurándose en definitiva dicho sector como un espacio extremadamente apropiado “para eufemizar las relaciones sociales, incluidas las relaciones de explotación” (*ibidem*). De tal sombría caracterización no se desprende la necesidad de profesionalizar totalmente el sector, sino, por el contrario, la urgencia de potenciar su perfil asociativo (sin que ello suponga la “erradicación” de la figura del profesional asalariado). La profesionalización total de los procesos de participación social es absurda por definición y lógicamente imposible (no hay lugar para la participación social remunerada). Cualquier aproximación a un modelo asociativo estrictamente profesional lo disuelve y, en el límite, entrañaría un severo riesgo de desestructuración social. Hemos tratado, pues, de romper la idealización que atribuye unívocamente —superficialmente— al tercer sector y al voluntariado una función “virtuosa” en su incidencia con respecto al mercado de trabajo.

Valorando su potencial social, el “sector voluntario” puede mostrarse especialmente dinámico en la constitución y promoción de nuevas iniciativas sociales, pero difícilmente puede constituirse *por sí solo* (a partir de sus propias inercias) como un polo de creación de empleo —desde una perspectiva macroeconómica—, por una simple razón: en general su actividad no genera el capital necesario para contratar (a no ser que “acuda” al mercado a vender, a las convocatorias de subvención o a las empresas a solicitar patrocinio, lo que disuelve su perfil), sino déficits financieros. Por ello, en el caso español el crecimiento del volumen de empleo asalariado en las organizaciones voluntarias (véase la evolución en Rodríguez y Monserrat, 1996; Ruiz Olabuénaga, 2000; Fundación Tomillo, 2000) tiene que ver, en su mayor parte, con un proceso de derivación de nuevos servicios y “subcontratación” de alguno de los existentes, fomentada por las distintas administraciones. Tal estrategia pública produce indefectiblemente —como hemos expuesto— una enorme presión hacia la precarización profesional y, por supuesto, una cierta tensión hacia la utilización de fuerza de trabajo voluntaria en puestos habitualmente “salarizados”. Es por ello que debemos poner entre comillas el crecimiento del empleo en este sector. Sin lugar a dudas habrá cada vez más asalariados en el tercer sector español, cada vez más formados, pero, sobre todo, cada vez más precarizados. Estamos ante un proceso

de degradación de las condiciones laborales de los profesionales sociales frente a sus homólogos tecnológicos (ante la dificultad de acceder a contratos indefinidos, debido a la generalidad de bajos salarios, etcétera).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Albarracín, D.; Ibáñez, R. y Ortí, M. (1999), «La participación social de los jóvenes en un nuevo contexto laboral: en torno a la génesis en España del Tercer Sector», en *Revista de Estudios de Juventud*, núm. 45, Madrid, Instituto de la Juventud, pp. 61-75.
- Alonso Benito, L. E. (1998), «Los nuevos movimientos sociales en el umbral del año 2000», en *La España que viene*, monográfico de *Documentación Social, Revista de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada*, núm. 111, Madrid, Cáritas Española, pp. 155-177.
- (1999), «La juventud en el tercer sector: redefinición del bienestar, redefinición de la ciudadanía», en *Revista de Estudios de Juventud*, núm. 45, Madrid, Instituto de la Juventud, pp. 9-20.
- Ariño, A. (dir.) (1999), *La rosa de las solidaridades: necesidades sociales y voluntariado en la Comunidad Valenciana*, Valencia, Bancaja.
- Ascoli, U. (1987), «Estado de Bienestar y acción voluntaria», en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas (REIS)*, núm. 38, Madrid, CIS, pp. 119-162.
- (1988), «Voluntariado organizado y sistema público de ‘Welfare’: Potencialidad y límites de una cooperación», en *Bienestar social en los años 80*, monográfico de *Documentación Social. Revista de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada*, núm. 71, Madrid, Cáritas Española.
- Bourdieu, P. (1997), *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, Barcelona, Anagrama (e.o. 1994).
- (1998), *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus (e.o. 1979).
- Callejo Gallego, J. (1999), «Voluntariado estratégico en un contexto no elegido: una hipótesis sobre el creciente acercamiento de los jóvenes a las ONGs», en *Revista de Estudios de Juventud*, núm. 45, Madrid, Instituto de la Juventud, pp. 51-60.
- Casado, D. (1989), «Las organizaciones sociovoluntarias», en J. J. Álvarez, P. Azúa, J. L. Beltrán, D. Casado, J. Estivill et al., *Organizaciones voluntarias e intervención social. Estudio aplicado en el campo de las toxicomanías*, Fuenlabrada (Madrid), Acebo.

- (1992), «Informe sobre las organizaciones voluntarias en España», en D. Casado (dir.), *Organizaciones voluntarias en España*, Barcelona, Editorial Hacer, pp. 56-110.
- Colozzi, I. (1994), «El papel del voluntariado en los servicios socio-sanitarios», en P. Donati (ed.), *Manual de Sociología de la Salud*, Madrid, Díaz de Santos (e.o. 1987).
- Estivill, J. (1989), «La intervención de las organizaciones no gubernamentales en las comunidades autónomas», en J. J. Álvarez, P. Azúa, J. L. Beltrán, D. Casado, J. Estivill et al., *Organizaciones voluntarias e intervención social*, Madrid, Acebo.
- Fundación Tomillo (2000), *Empleo y trabajo voluntario en las ONG de acción social*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales-Fundación Tomillo.
- García Campá, S. (2001), «¿Participación voluntaria o trabajo voluntario? Algunas respuestas a la luz de la legislación estatal, autonómica y europea», en A. García Inda y J. Martínez de Pisón (coords.), *Ciudadanía, voluntariado y participación*, Madrid, Dickinson.
- Herrera Gómez, M. (1998), «La especificidad organizativa del tercer sector: tipos y dinámicas», en *Papers, Revista de Sociología*, núm. 56, pp. 163-196.
- Jerez Novara, A. (1999), «Imágenes para pensar los retos de la participación juvenil», en *Revista de Estudios de Juventud*, núm. 45, Madrid, Instituto de la Juventud, pp. 113-123.
- Lofredo, G. (2002), «Ayúdate a ti mismo ayudando a los pobres», en J. Pearce et al., *Desarrollo, ONG y sociedad civil*, Barcelona, Intermón Oxfam (e.o. 2000).
- López Sánchez, E. (2001), «Sector voluntario y mercado de trabajo», en L.A. Aranguren Gonzalo et al., *Voluntariado y trabajo social: III Foro de Trabajo Social*, Madrid, Publicaciones de la Universidad Pontificia Comillas.
- Lysack, C. y Kresting, L. (1993), «Community-based rehabilitation cadres: their motivation for volunteerism», en *International Journal of Rehabilitation Research*, volumen 16, núm. 2, Londres, Chapman & Hall y Rehabilitation International, pp. 133-141.
- MacDonald, R. (1996), «Labours of Love: Voluntary Working in a Depressed Local Economy», en *Journal of Social Policy*, vol. 25, parte 1, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 19-38.
- Madrid, A. (2001), *La institución del voluntariado*, Madrid, Editorial Trotta.
- Martí Bosch, Ll. (2000), *Por qué el voluntariado*, Madrid, CCS.
- Martín Criado, E. (1999), «El paro juvenil no es el problema, la formación no es la solución», en L. Cachón (ed.), *Juventudes, mercados de trabajo y políticas de empleo*, Valencia, 7 i Mig Editorial, pp. 15-47.
- Merton, R. K. (1995), *Teoría y estructura sociales*, México, Fondo de Cultura Económica (e.o. 1968).
- Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales (MTAS) (2001), *Plan del Voluntariado 2001-2004*.
- (2002), *Plan Estatal del Voluntariado 1997-2000: Balance de ejecución*.

- Morán, A. (1997), «El futuro del trabajo, el empleo y el sector voluntario», en A. Jerez (coord.), *¿Trabajo voluntario o participación? Elementos para una Sociología del Tercer Sector*, Madrid, Tecnos-Diputación Provincial de Segovia.
- Morón Bécquer, P. (1999), «Generación de empleo por el tercer sector», en M. Carpio (coord.), *El sector no lucrativo en España. Especial atención al ámbito social*, Madrid, Pirámide, pp. 197-222.
- Pearce, J. L. (1993), *Volunteers: The Organizational Behavior of Unpaid Workers*, Londres, Routledge.
- Pérez Pérez, G. (2000), «El voluntariado entre la libertad y la necesidad social», en *Cuaderno de Relaciones Laborales*, núm. 17, pp. 123-137.
- Petras, J. (2000), *La izquierda contrataca: Conflicto de clases en América Latina en la era del neoliberalismo*, Madrid, Akal.
- Renes, V.; Alfaro, E. y Ricciardelli, O. (1994), *El voluntariado social*, Madrid, CCS.
- Rifkin, J. (1997), *El fin del trabajo. Nuevas tecnologías contra puestos de trabajo: el nacimiento de una nueva era*, Barcelona, Paidós (e.o. 1994).
- Rodríguez Cabrero, G. (1999), «Políticas de empleo y tercer sector», en *Revista de Estudios de Juventud*, núm. 45, Madrid, Instituto de la Juventud, pp. 21-42.
- (2000), «La economía política de las organizaciones no lucrativas», en revista *Economistas*, núm. 83, Madrid, Colegio de Economistas de Madrid, pp. 6-17.
- y Monserrat Codorniú, J. (dirs.) (1996), *Las entidades voluntarias en España: Institucionalización, estructura económica y desarrollo asociativo*, Madrid, Ministerio de Asuntos Sociales.
- Rodríguez Victoriano, J. M. (1999), «La sorpresa no era la emancipación adulta: autonomía virtual y dependencia real en la juventud española de la década de los noventa», en *Revista de Estudios de Juventud*, núm. 45, Madrid, Instituto de la Juventud, pp. 103-111.
- Ruiz Olabuénaga, J. I. (2000), «El sector no lucrativo en España», en revista *Economistas*, núm. 83, Madrid, Colegio de Economistas de Madrid, pp. 63-78.
- Santos Ortega, A. (1999), «Identidades formateadas: normalización del empleo inestable y participación juvenil», en *Revista de Estudios de Juventud*, núm. 45, Madrid, Instituto de la Juventud, pp. 43-50.
- Stubings, P. (1986), «Desempleo y voluntariado en Europa: Resumen», en F. Bernardo Corral (coord.), *Conferencia Nacional Sobre Voluntariado*, Madrid, Cruz Roja Española, Departamento de Información, Relaciones Públicas y Publicaciones, pp. 53-61.
- Tovar Velázquez, N. y García Albert, I. (1999), «Género y voluntariado», en *Revista de Estudios de Juventud*, núm. 45, Madrid, Instituto de la Juventud, pp. 143-150.
- Urrutia Pérez, C. (2001), «Sector voluntario y mercado de trabajo», en L.A. Aranguren Gonzalo et al., *Voluntariado y trabajo social: III Foro de Trabajo Social*, Madrid, Publicaciones de la Universidad Pontificia Comillas, pp. 89-96.

- Velloso de Santisteban, A. (1999), *Guía crítica del voluntariado en España*, Madrid, Espasa Calpe.
- Vernis, A.; Iglesias, M.²; Sanz, B.; Solernou, M.; Urgell, J. y Vidal, P. (1998), *La gestión de las organizaciones no lucrativas*, Bilbao, Ediciones Deusto.
- Weisbrod, B. A. (1988), *The Nonprofit Economy*, Cambridge, Harvard University Press.

Resumen. «Mercado de trabajo y voluntariado. Dinámicas de inserción laboral y precarización en el tercer sector»

El artículo se aleja del diagnóstico "convencional" que considera el sector voluntario como generador neto de empleo, y que defiende la separación aséptica entre mercado de trabajo y voluntariado. En el contexto de un mercado de trabajo —el español— fuertemente precarizado, se constata la cristalización del voluntariado como una de las vías prioritarias, para estudiantes y recién titulados (esencialmente del "área social"), para la adquisición de experiencia laboral rentabilizable en el mercado de trabajo, y como fórmula de meritaje dentro de las entidades para la promoción asalariada. Paralelamente es observable una progresiva tendencia —proceso en gran medida intencional— hacia la "profesionalización funcional" de la acción voluntaria. Por otro lado, en el texto se caracteriza al tercer sector como un núcleo de fuerte precarización del trabajo asalariado.

Abstract. «Volunteer work and the labour market. Dynamics of entry into employment and job insecurity in the third sector»

This article challenges "conventional" analyses of the voluntary sector that argue that this is a key field of net job creation and that a clear-cut separation exists between the labour market and voluntary work. The author shows that in a very insecure labour market of the type found in Spain, voluntary work has become an increasingly important means by which students and recent graduates (above all in "social" disciplines) acquire work experience that will be useful to them in the labour market. Within organizations, volunteering is also a major form of unpaid work that may lead to paid employment. At the same time, it can be seen that there is a widespread international tendency, towards the "functional professionalization" of voluntary work. All this leads the author to characterize the third sector as a major hub of highly insecure employment.

La construcción de los saltos del Sil (1945-1960)¹

Susana Chávarri Pérez *

El objeto del trabajo es la construcción de los saltos hidráulicos en la cuenca del Sil, entre 1945 y 1965, esto es, un estudio de los equipos humanos que llevaron a cabo las obras. Esta realidad ingenieril invita al mismo tiempo a conocer parte del sector eléctrico en el contexto socioeconómico de la época a partir de la sociedad privada Saltos del Sil S.A. Pero la construcción de los saltos del Sil motivó el desplazamiento de millares de hombres a las obras y este hecho también permite acometer un análisis sociológico y antropológico de mayor alcance de tiempos que no están tan lejanos y forman parte de la memoria colectiva de los trabajadores². El aislamiento de los lugares de trabajo y las características del mismo, junto a otros factores que se desprenden del análisis de los modos de vivir y trabajar de aquellos hombres, hicieron que se constituyera una microsociedad en torno al río capaz de desa-

¹ Este texto es una síntesis de la tesis doctoral que lleva el mismo título, defendida en el mes de febrero de 2004, en el departamento de Sociología de la Universidad Pública de Navarra (Pamplona). El trabajo fue dirigido por el Dr. Juan María Sánchez Prieto y el tribunal contó con la presencia de los doctores Luis Sarriés, Juan José Castillo, Jesús Oliva, Mercedes López y Javier Ugarte.

² Doctora en Sociología y licenciada en Historia. Dirección postal: C/ Heros, 9, 1.º D, 48009 Bilbao. E-mail: schavarri@euskalnet.net.

³ Para llevar a cabo la investigación se realizaron 120 entrevistas a representantes de los diferentes escalafones. Además se mantuvieron varias reuniones con los ingenieros encargados de dirigir las obras, así como con el ingeniero proyectista de los saltos del Sil. Estos testimonios —junto con el resto de la documentación consultada, incluyendo películas y fotografías de la época, además de los propios documentos— constituyen la base del método desarrollado, dirigido a explorar las actitudes y dificultades externas e internas de los actores sociales; un diálogo activo y abierto con las mismas fuentes para recomponer las vivencias del colectivo.

rollar los valores conformadores de un estilo empresarial propio. El objeto y la metodología del trabajo plantean, por tanto, un diálogo de disciplinas científicas y la confluencia de varios enfoques.

Una idea, un proyecto. La génesis de los saltos del Sil

La constitución de los equipos constructivos del Sil fue la primera consecuencia de la creación de una nueva empresa eléctrica en 1945. Saltos del Sil S. A. nació con la finalidad de explotar unas concesiones en el tramo inferior del río gallego. Los antecedentes de esta iniciativa tienen un claro origen bancario y un remoto origen minero, como minera es parte de la cuenca bañada por el Sil al iniciar su curso por tierras leonesas. Acuciado por la demanda energética, Luis Ussía, consejero delegado de la Sociedad Minero Siderúrgica de Ponferrada³, dirigió sus esfuerzos a la generación eléctrica del río Sil, atraído inicialmente por las ilimitadas posibilidades hidroeléctricas de su cañón en el salto llamado de San Esteban⁴. Constituida Saltos del Sil S. A., la sociedad, que recibió la concesión con el apoyo del Banco Central y Santander, junto con el Banco Pastor y una filial del mismo, Industrias Gallegas, comenzó su aventura empresarial.

Una única obsesión acompañó siempre a su consejero delegado y a su vez consejero del Banco Central, Juan Antonio Bravo, principal impulsor de la idea, y fue la búsqueda de la solidez financiera necesaria para acometer sin problema sus ambiciosos proyectos. Bravo dedicó sus máximas energías a la solución del principal problema que asoló a su sociedad durante los inicios. La iniciativa se escrituró con un exiguo capital inicial, sabiendo que la cantidad desembolsada no cubriría los gastos del primer salto, la gran presa de San Esteban en el cañón del Sil, y enfrentándose a la tenaz oposición del principal productor energético de aquella época, esto es, el grupo hidroeléctrico del Banco Vizcaya.

A pesar de estas dificultades Juan Antonio Bravo siguió adelante. En pocos meses consiguió reunir al equipo técnico encargado de lle-

³ Acerca de la constitución y desarrollo de la Sociedad Minero Siderúrgica de Ponferrada, véase el trabajo más reciente de Vega, J., *Minero Siderúrgica de Ponferrada, 1918-2010. Historia y futuro de la minería leonesa*, Editorial Lid, Madrid, 2003.

⁴ Entrevista a Luis Ussía, 8 de mayo de 2002.

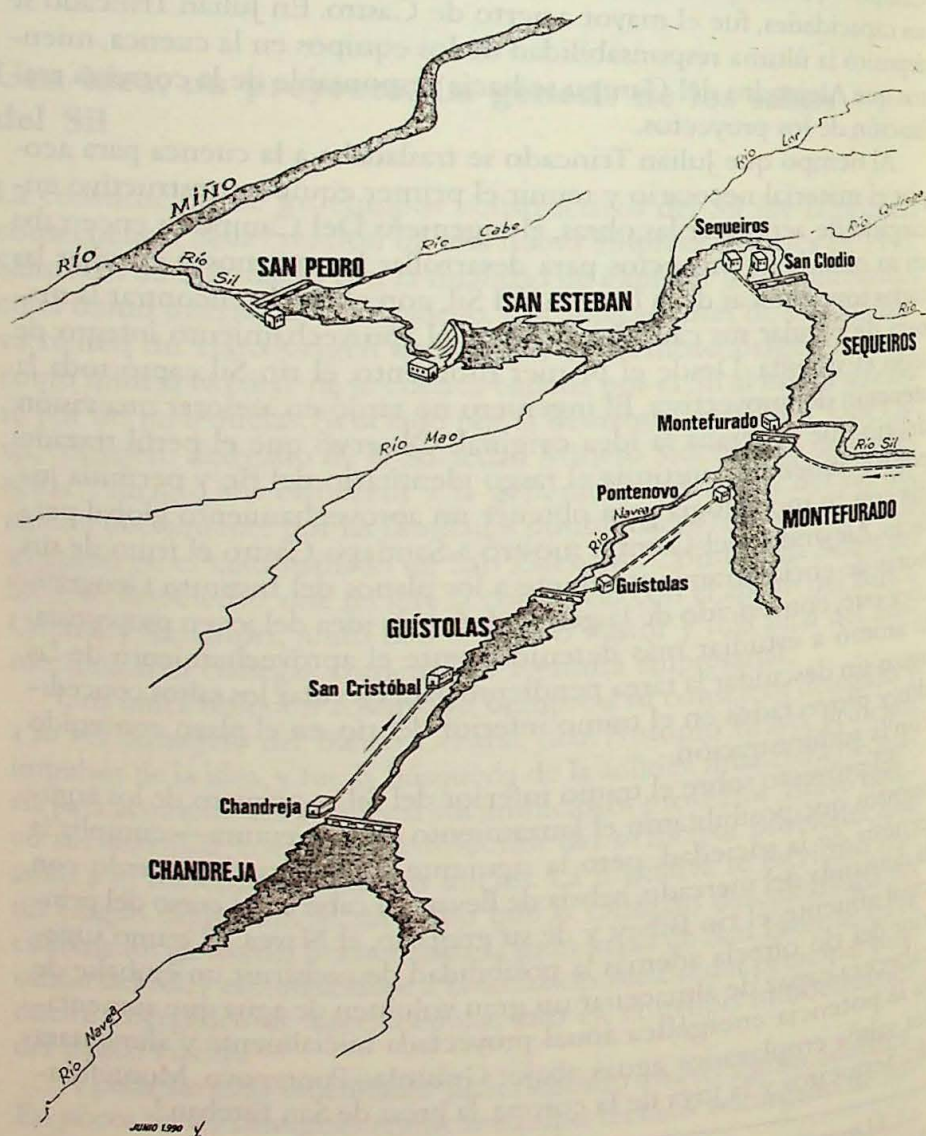
var a cabo las obras. Santiago Castro fue el ingeniero a quien se le designó la tarea de dirigir el proyecto y buscar a sus acompañantes. La elección de dos ingenieros jóvenes —Julián Trincado y Alejandro del Campo—, a los que dotó de una gran confianza en el desarrollo de sus capacidades, fue el mayor acierto de Castro. En Julián Trincado se depositó la última responsabilidad de los equipos en la cuenca, mientras que Alejandro del Campo se hacía responsable de la correcta realización de los proyectos.

Al tiempo que Julián Trincado se trasladaba a la cuenca para acopiar el material necesario y reunir el primer equipo constructivo encargado de acometer las obras, el ingeniero Del Campo se encerraba en su oficina de proyectos para desarrollar los mismos y estudiar las cartas topográficas de la cuenca del Sil, con el fin de encontrar la manera de regular sus caudales y lograr el aprovechamiento íntegro de todo el sistema. Desde el primer momento, el río Sil captó toda la atención del proyectista. El ingeniero no tardó en atesorar una visión del río que superaba la idea original. Observó que el perfil trazado por sus afluentes constituía el rasgo identitario del río y permitía jugar con su morfología para obtener un aprovechamiento global perfecto. Alejandro del Campo mostró a Santiago Castro el fruto de sus horas de enclaustramiento frente a los planos del Instituto Geográfico y este, convencido de la genialidad de la idea del joven proyectista, le animó a estudiar más detenidamente el aprovechamiento de las aguas sin descuidar la tarea pendiente para ejecutar los saltos concedidos y proyectados en el tramo inferior del río, en el plazo convenido con la administración.

El proyecto sobre el tramo inferior del Sil —primero de los argumentos que posibilitaron el lanzamiento de la aventura— cumplía la génesis de la sociedad, pero la siguiente actuación, de acuerdo con la demanda del mercado, habría de llevarse a cabo en el curso del principal afluente, el río Bibey, y de su gregario, el Navea. El tramo superior del río ofrecía además la posibilidad de construir un embalse de cabecera capaz de almacenar un gran volumen de agua que aumentara la potencia energética anual proyectada inicialmente y alimentara los saltos emplazados aguas abajo: Guístolas-Pontenovo, Montefurado, Sequeiros y la joya de la corona, la presa de San Esteban⁵.

⁵ El ingeniero proyectista de los saltos del Sil, Alejandro del Campo, a quien se ha de agradecer su constante colaboración en esta investigación, relató más de treinta documentos en los que da cuenta de su conocimiento y experiencia sobre los proyectos y las obras del Sil así como su trayectoria profesional. Para una mejor comprensión de la situación de cada emplazamiento, véase el plano incluido de la cuenca del Sil.

Plano de la cuenca con emplazamientos



Fuente: Iberdrola.

Como quiera que el programa constructivo de Saltos del Sil cubría un largo periodo con las obras en los ríos Sil y Navea, el estudio sobre las posibilidades ilimitadas de la explotación del Bibey se dejó para años venideros. Así dio comienzo la ejecución del primer programa constructivo, realizado entre 1945 y 1960, y que ocupó a una sola generación constructiva, aunque en 1950 la incorporación de una nueva remesa de ingenieros y el impulso definitivo de las grandes obras de ingeniería permitan hablar de importantes transformaciones en el *modus operandi* y un desarrollo social de mayor alcance.

Desde el primer momento se constituyeron dos grandes unidades en Saltos del Sil, dependientes de Santiago Castro: Estudios y Proyectos, comandada por Alejandro del Campo, el ingeniero proyectista —la cabeza pensante de todo el sistema—, y Construcción, al frente de la cual se mantuvo Julián Trincado, complemento del anterior, quien se ocupó de la ejecución de los proyectos que el primero era capaz de concebir. Trincado y Del Campo fueron los hombres de confianza de Santiago Castro. La juventud de los dos ingenieros —tenían veinticuatro y veinticinco años respectivamente cuando recibieron su primer encargo profesional en el Sil— contrasta con la magnitud de los proyectos y las responsabilidades atribuidas desde un principio al frente de los equipos en el río. Tuvieron que aprender rápido y sobre la marcha. Sabían que se aventuraban en una empresa difícil que requería sus máximos esfuerzos para acometer grandes obras y forjaron su madurez en la asunción de aquel reto, volcando toda la ilusión y el optimismo que les concedía su juventud. Julián Trincado y Alejandro del Campo fueron los dos pilares sobre los que se apoyó Santiago Castro y las piedras basales de un argumento empresarial que ocupó más de treinta años de la historia de Galicia.

El lanzamiento de las obras

Los primeros trabajos en el río Sil de cuya coordinación se encargó al ingeniero Trincado se adjudicaron a la constructora Dragados y Construcciones. El motivo no fue arbitrario, pues esta empresa pertenecía al Banco Central, luego con esta elección se aseguraba un control efectivo de los trabajos y precios más las buenas relaciones entre la administración y la contrata a través de la persona de Juan Antonio Bravo, consejero delegado de Saltos del Sil y al mismo tiempo consejero del Banco Central. Bravo se reservó para sí la potestad del arbi-

trio en el supuesto de que los contratadores y el contratista entraran en conflicto.

Si algo estaba claro era que los equipos de Dragados y Sil debían entenderse fuera como fuese. Al Banco Central le convenía que fuera su constructora quien recibiera el encargo y Saltos del Sil necesitaba reunir con urgencia un equipo constructivo capaz de levantar las presas lo más rápidamente posible. No es que Dragados tuviera alguna experiencia en el levantamiento de presas, pero la mano de obra cualificada que aportaba la constructora era imprescindible e imposible de improvisar. Dragados y Construcciones contaba con gente preparada para dirigir las peonadas de lugareños contratados en el entorno. Este fue el principal reclamo de Saltos del Sil y el principal motivo por el que no llevaran las obras directamente como hicieron otras empresas eléctricas, véase Iberduero e Hidroeléctrica Española. El activo de una empresa constructora no es tanto la calidad de la maquinaria que aporta como su gente, el *know how* de sus servicios, es decir, el saber cómo hacer⁶. En este sentido, la llave de los equipos constructivos la tiene fundamentalmente el escalafón intermedio (encargados, capataces y jefes de equipo), como se puso de manifiesto en el Sil y se mostrará más adelante.

Además de Dragados, los ingenieros Castro y Trincado establecieron contactos con los contratistas locales gallegos Elosua y Cachafeiro, para convenir encargos puntuales en los accesos a los emplazamientos y en la construcción de los poblados de las obras donde se dio alojamiento a los trabajadores. Aunque la mayor parte de los trabajos en el Sil se realizaron por contrata, Saltos del Sil logró reunir un pequeño equipo constructivo encargado de su fiscalización así como de mantener el pulso necesario con el contratista y en cada emplazamiento para finalizar los trabajos en el plazo convenido. La mayor dificultad residía en la organización simultánea de proyectos tan diferentes y dispersos entre sí —se construyeron cinco en siete años—, de manera que la coordinación de todos ellos se convirtió en el principal talón de Aquiles de la sociedad concesionaria.

Durante la primera fase constructiva (1945-1950) se produjo la llegada de los pioneros al río y su distribución por los dispersos emplazamientos, Sequeiros, la presa de Guístolas con su central de Pontenovo, San Esteban, la presa de Chandreja y la central denominada de San Cristóbal y Montefurado. Se trataba de poner un pie en la cuenca. Los equipos de Dragados y Sil fueron completándose tras

⁶ Entrevista a Julián García Roselló, 7 de julio de 1998.

La construcción de los saltos del Sil

la designación de los mandos directivos encargados de organizar el colectivo reunido en el río por toda la cuenca. En esta fase en la que no faltaron dificultades de todo tipo, especialmente las derivadas de la posguerra española, los equipos se conocieron y aprendieron a organizarse conjuntamente; se trata de la fase inicial, momento fundamental en la historia del río en el que se gestó la cultura empresarial que caracterizó a los hombres del Sil durante la primera generación.

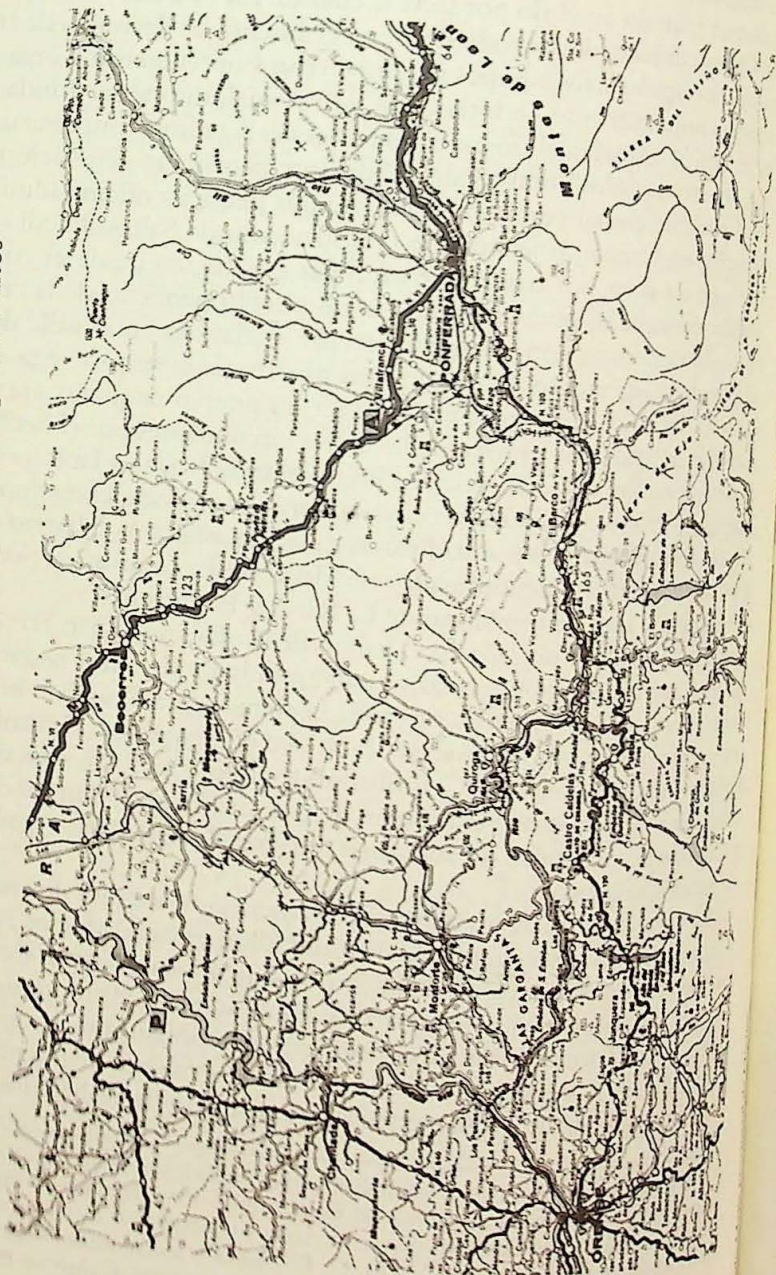
A pesar de contar con la existencia de una pequeña oficina administrativa en Orense, la jefatura de Construcción de Saltos del Sil se ubicó en La Rúa, por tratarse de un lugar estratégico desde el cual acceder mejor a las obras. La Rúa era un pueblo pequeño de la comarca de Valdeorras con categoría de villa, enclavado en el valle del Sil y en la margen derecha del río a su paso hacia la amplia vega de Quiroga. La Rúa entonces, a pesar de ser un pueblo pequeño, era el núcleo principal entre el resto de las aldeas circundantes por el hecho de tener estación del ferrocarril. La línea del tren llegaba a La Rúa siguiendo el curso del Sil desde la lejana Ponferrada. Todo el conjunto urbano lo formaban en realidad varias calles sin asfaltar y el barrio de la estación, junto a la denominada calle del Progreso, atravesada por la carretera que unía las provincias de La Rioja y Pontevedra⁷.

Desde la oficina ubicada en el barrio de la estación, Julián Trincado organizó los equipos necesarios para impulsar y fiscalizar las cinco obras simultáneas y dispersas por toda la cuenca que figuraban en el primer programa constructivo de la sociedad: Sequeiros, Guístolas-Pontenovo, Chandreja-San Cristóbal y Montefurado. Todas ellas eran relativamente pequeñas a excepción de dos: las presas de San Esteban y Chandreja constituían un auténtico reto para la ingeniería española de los años cuarenta.

La simultaneidad de los trabajos y la ausencia de medios de comunicación en una vasta cuenca de siete mil kilómetros cuadrados complicaron enormemente los trabajos, por lo que se establecieron tres focos de actuación (Sequeiros, Trives y San Esteban), al frente de los cuales Julián Trincado situó a sus hombres de confianza más capaces. La plantilla de Saltos del Sil en cada una de estas cabezas de puente estuvo formada por un ayudante técnico, encargado de realizar los pri-

⁷ Los muchos kilómetros que separaban ambas ciudades no han de extrañar al conocer la incipiente red de carreteras del Estado en los años cuarenta y la ausencia total de comunicaciones existentes con las ciudades y pueblos de Galicia. Un estudio sobre esta configuración véase en Nárdiz, C., *El territorio y los caminos en Galicia. Platos históricos de la red viaria*, Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, Madrid, 1992.

Plano general de la zona con topónimos y emplazamientos



meros replanteos sobre el terreno y supervisar las obras ayudado por un vigilante a pie de cada tajo, y un administrativo con un reducido equipo, ocupado en los menesteres correspondientes a su función.

Dragados y Construcciones asentó su campamento base en San Clodio. Desde allí, el ingeniero Emilio Gómez Casado distribuyó a sus equipos constructivos, ingenieros, ayudantes y capataces en el resto de la cuenca. San Clodio era un conjunto de casas nacidas a la sombra de la estación del ferrocarril y situado a escasos kilómetros de Quiroga. El topónimo reunía en 1945 el edificio de la estación, unos cuantos barracones de almacén y hospedaje de los ferroviarios, la cantina y una pequeña iglesia. La razón de esta ubicación no fue otra que la cercanía con el lugar elegido para emplazar la presa de Sequeiros, salto elegido para dar comienzo a la aventura empresarial.

La llegada de los pioneros procedentes de la capital del reino a los enclaves bañados por el río Sil supuso el encuentro con una tierra lejana y olvidada de la España provinciana de los años cuarenta. La cuenca del Sil formaba parte de un mundo disperso, caracterizado por el aislamiento, que justificaba su atraso cultural. En una época en la que comenzaba a producirse la adecuación sin ruptura de espacios de experiencia, de formas tradicionales de relación social a las nuevas realidades del mundo moderno provenientes del desarrollo de las grandes ciudades, la prensa y la movilidad geográfica, la realidad social del interior de Galicia se articulaba aún en su mayoría en pequeñas localidades o comarcas, aisladas por falta de comunicaciones y en las que el cultivo de la tierra ocupaba un lugar prioritario en un modelo económico de subsistencia. El desarrollo comercial de las villas (Trives en la comarca del Navea y Valdeorras en el tramo inferior del Sil, comprendido entre La Rúa y Quiroga) estaban basados principalmente en la influencia que estos centros ejercían como centros de intercambio periódicos en el medio agrario.

El tejido de relaciones sociales de los habitantes de estos núcleos de población en los años cuarenta estaba formado en torno a la condición de hacendados, lo que les convertía antes en vecinos, miembros de la misma comunidad local, que en individuos. Las aldeas pequeñas de la Galicia interior que poblaban las montañas y valles del Sil se mantenían prácticamente ajenas al paso de los siglos debido a esa apenas existente comunicación, dificultada por la topografía del territorio⁸.

⁸ En un trabajo pionero, la profesora B. López Morán demostró la supervivencia histórica de las comarcas en Galicia en su obra *A comarcalización histórica de Galicia no*

Ante esta realidad social la presencia en el río de los equipos constructivos fue recibida con inmensa sorpresa por los habitantes de aquella tierra y la capacidad de adhesión de los lugareños al proyecto del Sil —así como la organización del mismo— se adaptó como un guante a la mano a aquellas formas tradicionales de sociedad. Tradición y modernidad fueron a confluir en un mismo espacio local y la llamada a participar en un proyecto sin igual ocasionó un importante revuelo entre los labradores de la tierra. La ola de modernidad alcanzó muy pronto a casi todos, empezando por la mayoría de los jóvenes, quienes se enrolaron sin dificultad en las filas de los constructores de presas y no tuvieron ningún reparo en abandonar su tradicional forma de vida; a otros, en cambio, no les resultó tan fácil amoldarse a los nuevos tiempos y no fueron tan sensibles a la llegada de los equipos al río.

Los primeros trabajos realizados en el Sil se centraron en el emplazamiento de Sequeiros. Aunque la presa de San Esteban era el principal y más urgente proyecto, las obras en Sequeiros eran menos comprometidas y costosas que las propias de San Esteban y las emplazadas en el río Navea. Saltos del Sil tenía urgencia por generar cuanto antes los primeros kilovatios para demostrar al Estado y al mercado que el objeto social de la empresa estaba lleno de garantías, y este fue el motivo que les llevó a comenzar por Sequeiros. El proyecto constaba de una pequeña presa vertedero de 22 metros de altura exigida por las cláusulas de la concesión, un canal de derivación de las aguas y la central donde se genera la electricidad.

La presa de Sequeiros la construyeron los hombres de Dragados casi en exclusividad. La presencia de Saltos del Sil apenas se hizo notar en este emplazamiento durante la obra civil. La mayoría de los trabajadores fueron contratados en los pueblos del entorno. Naturales de las comarcas y afanados en labrar sus pequeños terruños, su principal capital era la fuerza de sus brazos. Trabajar en el lecho del río era muy duro y en muchas ocasiones arriesgado y peligroso, pero quienes así pensaban sabían que era el único modo de capear el temporal

século XIX, Escola Galega de Administración Pública, Santiago de Compostela, 1993. Varios autores han defendido estas tesis confirmando la especial predisposición de la configuración regional de Galicia para el estudio de lo local. Villas, parroquias y comarcas articulan aún hoy en día en muchos casos la vida socioeconómica del interior de Galicia. Véase Agirreazkuenaga, J. y Urquijo, M. (eds.), *Perspectivas de historia Local: Galicia y Portugal*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 1996. Sobre la configuración del territorio rural en Galicia véase también Rodríguez González, R., *La urbanización del espacio rural en Galicia*, Oikos-tau, Barcelona, 1997.

de las dificultades surgidas tras una guerra cainita que asoló al país en la más triste de las miserias. Mario Rodríguez, un muchacho de Quiroga que vio llegar a los pioneros al Sil, recuerda la incertidumbre que reinaba en la vida de sus mayores. Era consciente de que entonces no había más trabajo que labrar la tierra y la gente sufría hambre y penuria. Trabajar en el salto era la meta de muchos, El Dorado siempre añorado, pues pensaban que enrolados en los equipos verían solucionada su vida y la de sus familias para el resto de sus días⁹.

Aunque el grueso de los trabajadores procedía de la tierra, los especialistas en cantería, carpintería y otros oficios cualificados venían de lugares diversos y lejanos y formaban parte de las levadas que trasladaba Dragados de obra en obra. El ingeniero Gómez Casado tuvo su principal apoyo en los viejos y experimentados encargados de la constructora, capacitados de grandes dotes de mando para organizar a cientos de trabajadores que en Sequeiros alcanzaron una punta de ochocientos hombres durante la fase del hormigonado de la presa¹⁰.

Por otro lado, la obra de Sequeiros, como las demás realizadas paralelamente en el Sil, no se ejecutó al margen de la posguerra española. Los cuarenta fueron los años menos oportunos para llevar a cabo obras civiles de semejantes características. En Sequeiros, durante los primeros meses, la gravilla y la arena se cribaron a mano. El hierro y el cemento, materiales imprescindibles, eran considerados artículos de lujo que se obtenían mediante cupos oficiales muy restringidos a pesar de incluirse las obras hidroeléctricas entre las empresas designadas de *interés nacional* por el programa económico del régimen franquista. El aceite también fue un material escaso y su utilización era muy necesaria para engrasar los motores. El transporte de los materiales fue otro de los principales escollos. No se disponía de vehículos —tampoco los hubo para trasladarse por la cuenca—, lo que hizo muy gravoso el trabajo.

Los trabajadores de Dragados y Construcciones abandonaron la obra de Sequeiros un año antes de que se produjeran los primeros ki-

⁹ Entrevista a Mario Rodríguez, 21 de septiembre de 1998

¹⁰ El número de trabajadores no se puede confirmar con exactitud a través de los documentos, ya que los archivos administrativos de las obras donde se guardaban las fichas de filiación laboral, los expedientes judiciales ante la Magistratura del Trabajo, los libros del gasto corriente de las obras se destruyeron al finalizar las construcciones. En su defecto se ha realizado un cálculo aproximado empleando diversas fuentes orales contrastadas, así como el análisis de situaciones a través de las fotografías de los álbumes de la sociedad que recogen la evolución de las obras prácticamente mes a mes.

lovatios, pues estaba previsto que Saltos del Sil se ocupara directamente del montaje de la central. El primer grupo entró en funcionamiento en 1952, casi siete lentos años después del inicio de las obras. Las escasas dificultades técnicas surgidas en la construcción de la presa cedieron paso a las carencias materiales. Sequeiros es la historia de la construcción de una presa levantada con las manos, el lugar elegido para poner un pie en el río y un buen ensayo para lo que vendría después. La presencia de dos equipos diferentes en el sistema general de un complejo río permitió a Saltos del Sil y a Dragados conocerse y organizar la difícil coordinación de varias obras realizadas al unísono y a muchos kilómetros de distancia. La historia de los saltos del Sil siguió desde entonces la pauta de este argumento.

El cañón del Sil. Un asentamiento intrincado

El principal fundamento en el que descansaba la seguridad necesaria exigida por los fundadores de Saltos del Sil para crear la sociedad era la obra de San Esteban, una engullidora de kilovatios capaz de asegurar los ingresos suficientes para cubrir los gastos de construcción, explotación y conservación de las instalaciones. Este fue el principal motivo que les llevó a aventurarse en el cañón del Sil al mismo tiempo que acometían las obras de Sequeiros, Guístolas-Pontenovo y Chandreja-San Cristóbal.

El lugar elegido para levantar la presa se encontraba en el fondo del milenar cañón, rodeado por escarpados a ambos lados y sin posibilidad de escapatoria. El Sil marca la frontera entre Lugo y Orense, situados en sus márgenes derecha e izquierda respectivamente. Los primeros en bajar al río para realizar las calicatas del emplazamiento de la presa tuvieron que descender los cuatrocientos metros de desnivel de la empinada ladera a lomos de caballería y por unas sendas tortuosas, pues lo intrincado del terreno no permitía acceder de otra forma¹¹. Fue un arduo comienzo.

Los primeros trabajos en el emplazamiento se encargaron al contratista Elosua y consistieron en la ampliación de la estación del ferrocarril de San Esteban del Sil, situada a escasos kilómetros del lugar elegido para levantar la presa y en la margen derecha del río. A la estación llegarían toda clase de materiales para la obra y era necesario

¹¹ Entrevista a Manuel Rodríguez Portugal, 14 de mayo de 1998.

La construcción de los saltos del Sil

construir los silos y almacenes para conservarlos. En este lugar también se ubicó el poblado de La Chaira, destinado a alojar en su mayoría al personal de Dragados, a la que se adjudicó la construcción de la presa. Al mismo tiempo se construyó un puente sobre el río Sil que facilitara el acceso desde la estación a la ladera izquierda, en cuyo altiplano se situó el poblado más grande diseñado para alojar al mayor colectivo reunido hasta entonces en el río, el poblado de La Rasa.

A partir de 1946 comenzaron los trabajos de instalación de la maquinaria de la obra, el plano inclinado para acceder al cauce del río, las oficinas y almacenes emplazados en la margen izquierda, así como la explotación de la cantera para extraer la piedra necesaria para elaborar el hormigón. Y poco a poco fueron llegando al salto los trabajadores, procedentes en su mayoría de los pueblos cercanos. Al igual que sucedió en Sequeiros, los constructores engrosaron sus equipos con los lugareños de Canaval, Sober, Villaescura, Espasante, Luintra, Loureiro, Pombar y Cerreda, entre otros. Los procedentes de estas aldeas regresaban a sus casas y algunos tenían que recorrer kilómetros y kilómetros para estar puntualmente en los tajos cada jornada. Los que llegaron de fuera sí residieron en la obra, pero eran los menos. Se trataba de los peones especializados, como los carpinteros, canteros y albañiles, capataces y encargados, procedentes en su mayoría de Villagarcía de Arosa y Vigo. Para ellos se habilitaron varios barracones en la margen izquierda del río.

Los primeros trabajos hubo que hacerlos a golpe de pico y pala. No había otros medios y, en consecuencia, alejados del maquinismo utilizado en otros países más desarrollados, fue imprescindible la presencia en el mismo salto de más de mil quinientos trabajadores durante esta primera fase. La mano de obra fue insustituible.

Por parte de Saltos del Sil, el proyectista Alejandro del Campo visitó la obra periódicamente para coordinar los primeros trabajos, en sustitución del ingeniero Trincado, quien por entonces se ausentó unos meses de la cuenca para realizar el servicio militar. El ingeniero designado por la constructora Dragados y Construcciones, Urbano García Orad, estuvo prácticamente solo al frente del emplazamiento. El inicio —precedido por el encuentro de los equipos en Sequeiros— fue el primer intento de mestizaje de varias sociedades (Saltos del Sil, Dragados y Construcciones, Elosua y Cachafeiro) que habrían de llegar a elaborar la mezcla necesaria para llevar a buen puerto los proyectos del Sil.

El salto de San Esteban, en su primera fase, se convirtió en un congreso multitudinario de gentes; un colectivo muy variado de

hombres, hacinados en la cerrada del cañón y de difícil gobierno. Casi todos tenían en común la participación reciente en una horrible guerra y habían conocido la dureza, el hambre y el frío. Muchos fueron prisioneros y llegaron al salto después de permanecer varios años en sórdidas cárceles. Otros, la inmensa mayoría de los lugareños, fueron objeto de menor incidencia al habitar aisladas aldeas, abandonadas a su suerte. En cualquier caso, la obra de San Esteban se convirtió en un ejército sin cuartel. Urbano García Orad comprendió entonces que el ingeniero que permanece al frente de una obra civil ha de saber, fundamentalmente, mandar hombres y tomó buena nota de su experiencia militar durante los años de la contienda; en San Esteban se creó un espíritu de comando basado en la urgencia de la propia necesidad, a tenor de la obra que tenían entre manos.

Los trabajos se llevaron a cabo con asombrosa celeridad, pero en 1948, y antes de acometer el túnel que desviaría las aguas para trabajar en el cauce seco del río, se interrumpieron las obras. El brusco parón sorprendió a los equipos afanados en la vorágine de los preparativos previos a la construcción de la gran presa. La ilusión de los pioneros se vio truncada después de realizar importantes esfuerzos en la lucha contra el tiempo y la ausencia total de medios. Saltos del Sil decidió su paralización ante la imposibilidad de conseguir la licencia de las divisas que permitieran importar las máquinas de la central, necesariamente extranjeras por las dimensiones del salto. Hasta la fecha, la sociedad había invertido treinta y cinco millones de las antiguas pesetas¹². Todas las miras estaban puestas en esta obra y la desilusión de quienes creían en el proyecto fue muy grande. Eran tantos los factores que jugaban en su contra que el tesón y la energía combativa de su consejero delegado, Juan Antonio Bravo, se vino abajo por unos instantes.

Constructores de grandes presas

No obstante, la paralización de las obras de San Esteban no impidió que continuaran los trabajos iniciados en Sequeiros y en el río Navea.

¹² Balance de cuentas de la sociedad, extraído de la Memoria de la Junta de Accionistas, junio de 1949. A la cantidad señalada han de sumarse además los cuarenta y cinco millones empleados en las demás obras simultáneas, es decir, Sequeiros y las iniciadas en el río Navea.

La construcción de los saltos del Sil

La imagen de los equipos del Sil actuando en lugares y escenarios diferentes simultáneamente y distribuidos por toda la cuenca permaneció en la siguiente década.

En 1947 habían comenzado las obras en el tramo inferior del río Navea. La construcción del llamado salto de Guístolas-Pontenovo se solapó con la obra de Sequeiros y los accesos al cañón del Sil. El esquema del aprovechamiento y su construcción eran relativamente sencillos. Siguiendo la tipología de la época, consistía en la presa de Guístolas, el largo canal de 8 kilómetros a media ladera y la central llamada de Pontenovo. La presa era de gravedad, de 31 metros de altura, y se construyó de mampostería, pues las dificultades en la consecución del cemento y el hierro les exigió actuar de esta manera. Una vez más, la ingeniería de la penuria se hizo presente en el Sil.

Los trabajos en el salto de Guístolas-Pontenovo reunieron a un colectivo de unos ochocientos trabajadores y no adquirieron una especial dificultad salvo la derivada de la ausencia de material constructor, y como consecuencia, una llamativa lentitud en la ejecución de las obras. El ritmo de la obra se retrasó completamente en la construcción del canal con su larga tubería pendiente en la empinada ladera de Pontenovo. Las circunstancias de la época y la inaccesibilidad del terreno concedieron una especial dureza a esos trabajos. La central se puso en funcionamiento el mismo año que entró en servicio la de Sequeiros, en 1952.

Las obras en el tramo superior del río Navea se dilataron aún más. Los primeros accesos al emplazamiento se iniciaron en 1948 y se prolongaron hasta 1950. Saltos del Sil tuvo que construir la carretera de 10 kilómetros que enlazara la procedente de la Puebla de Trives —cuyo término se encontraba en la aldea de Cova, situada casi a la altura de la cola del embalse de Guístolas— con el nuevo emplazamiento en Chandreja. El volumen de la obra y el aislamiento de la cerrada eran tales que la dificultad de los trabajos se puso de manifiesto nada más comenzar, en la tardanza en concluir los primeros accesos.

Además, durante el intervalo que se produjo tras la paralización y posterior reanudación de las obras de San Esteban (1948-1950), se alentó el comienzo de un nuevo salto en Montefurado. En sus prolegómenos, la primera turbina de Sequeiros todavía no había producido ningún kilovatio y tenían en marcha cinco obras más repartidas en una vasta cuenca prácticamente incomunicada por la ausencia de carreteras y vehículos que transportaran los materiales y a los ingenieros de un lugar a otro y en tiempo breve. La dirección de Julián Trin-

cado —al frente de la Jefatura de Construcción de Saltos del Sil— fue muy complicada. En aquella época, Sequeiros estaba distanciado de La Rúa a una hora de coche y San Esteban a tres. Trives estaba una hora de La Rúa y hacía falta otra más como mínimo para ascender al emplazamiento de Chandreja, una vez que estuvo finalizada la carretera. Las dificultades de transporte se unían a la inexistencia de maquinaria de construcción moderna, más la bisonñez de los pocos ingenieros encargados de dirigir las obras. Fueron muchas las rémoras que tuvieron que combatir, especialmente las derivadas de una exigente coordinación general que puso en jaque —por su dificultad— la capacidad de liderazgo de los responsables de las obras. Todo ello hizo necesario que se estableciera un claro orden de prioridades y una cadena de responsabilidades que, aun siendo muy delimitadas, debían mantener cierta flexibilidad en las actuaciones.

De manera que en 1950 los equipos de Dragados y Sil estaban distribuidos por cinco presas diferentes con sus centrales, destacando entre sus principales trabajos la construcción de dos grandes moles de hormigón, las presas de Chandreja y San Esteban. Paralelamente se creó la primera organización de los equipos de montaje dependiente de Saltos del Sil y destinada a completar las instalaciones de los saltos iniciados en la fase anterior, así como el levantamiento de las líneas de distribución. Una observación atenta de los organigramas de ambas empresas en estos años muestra cómo la eléctrica tomó más directamente el control de la ejecución de las obras incrementando su presencia al pie de las mismas¹³.

Por otro lado, la generación de los primeros kilovatios aumentó aún más si cabe la capacidad organizativa de la eléctrica al convertirse en administradora de su propia producción. Ante estas circunstancias fue imprescindible incorporar a nuevos ingenieros así como demás personal cualificado a los equipos del Sil. Además, la contratación de numerosa mano de obra para llevar a cabo las construcciones de los dos grandes presas en sendos ríos (Sil y Navea) permite hablar de importantes transformaciones en el modo de funcionar de los equipos y una mayor capacidad organizativa de sus dirigentes. Durante estos años (1950-1957) se consolidaron los cimientos del espíritu que marcó los inicios de la sociedad configurándose el estilo propio iden-

¹³ La reconstrucción de los organigramas ha sido posible gracias a los escasos documentos de la obra y a los testimonios de los actores sociales. Los originales de la época no se han encontrado al no hallarse tampoco gran parte de la documentación generada en la obra civil.

La construcción de los saltos del Sil

titario que los entrevistados han reconocido como rasgo constitutivo de los equipos del Sil.

Chandreja de Queija fue la comarca en que se fijó el proyectista Alejandro del Campo para crear el gran vaso que alimentara las presas del sistema del Sil, en pleno corazón de la montaña orensana. Muy cerca se eleva la máxima altura de la comarca, Cabeza de Manzaneda (1.778 m), un lugar ausente de árboles y cualquier vegetación que no sea el monte bajo. Las tierras de la comarca de Queija son un claro exponente de la organización del espacio rural del interior de Galicia. Sus territorios presentan intensos contrastes entre la dura montaña y el verde casi permanente de sus valles a partir de las zonas bajas. La arquitectura popular de la comarca de Queija reflejaba la vida de los habitantes de unos pueblos de montaña. El lugar elegido para levantar la presa se encontraba muy cerca de la aldea que dio nombre al emplazamiento. El pueblo —hoy abandonado— contaba en 1947 con unos pocos vecinos afanados en una economía de subsistencia, propiciada por el aislamiento en el que vivían faltos de toda comunicación¹⁴.

El proyecto requerido por la cerrada de Chandreja sobrepasaba cualquiera de los desarrollados por Saltos del Sil y por la ingeniería española del momento al constar de una presa novedosa en España que seguía el perfil de las presas de contrafuertes, introduciendo una nueva tipología en la utilización del doble contrafuerte. Tanta innovación vino exigida nuevamente por la ausencia de materiales de construcción. Atenazado por los cupos de cemento, la penuria de la época hizo aguzar el ingenio al joven proyectista Alejandro del Campo.

La presa, siguiendo un modelo suizo, se proyectó de 85 metros de altura, la más alta de las construidas hasta entonces en Europa. Alejandro del Campo tenía treinta años cuando proyectó el aprovechamiento en el Navea. Y no fue el único que se enfrentó solo a un reto lleno de compromiso. Las dificultades de Sil y Dragados para distribuir a su personal por todas las obras se pusieron en evidencia especialmente en Chandreja donde los ingenieros fueron los grandes au-

¹⁴ La existencia desde el Antiguo Régimen de dos mundos en Galicia, uno interior, por encima de los 500 metros, y otro inferior a esa altitud, ha sido puesta de manifiesto por numerosos estudiosos de la geografía y sociología de la comarca. Sirva como ejemplo para estas páginas el trabajo de Dubert, I., «El fenómeno urbano en la Galicia interior. Características económicas y demográficas del ámbito semiurbano», en *Obradoiro de historia Moderna*, vol. I, 1992, pp. 13-45. Una aproximación cuantitativa a la historia de sus habitantes, en la página web oficial de las comarcas de Galicia, en <http://www.cetadec.es/comarcas>.

sentés del emplazamiento. No existió ninguno al pie de la obra y los trabajos en la cerrada colmaron durante muchos años la tensión de los responsables últimos de ambas empresas.

La maquinaria empleada en Chandreja fue del todo inadecuada para levantar semejante presa. A pesar de su tipología pensada para ahorrar parte del material, en Chandreja se colocaron 155.000 metros cúbicos de hormigón. No fue nada fácil conseguir el producto y los encargados de su abastecimiento tuvieron que emplearse a fondo para que todo estuviera a punto durante el hormigonado¹⁵. Esta fase reunió la máxima punta de trabajadores y no superó los ochocientos hombres. Cazo a cazo de hormigón los equipos de Dragados y Sil levantaron una esbelta presa de contrafuertes en casi tres años. Trabajaron contrarreloj. La actuación sobre el río Navea exigió una desbordante organización y creatividad por parte del reducido colectivo encargado de su ejecución. Chandreja fue el compendio de un proyecto alentado por la improvisación y la premura. Los equipos aprendieron a administrarse, a construir rescatando de la vieja sabiduría de las obras civiles las técnicas antiguas que todavía se utilizaban, al tiempo que trataban de incorporarse a la modernidad de las nuevas. La obra de Chandreja fue una siembra de actitudes personales y habilidades técnicas.

Al tiempo que se ponía en marcha la llamada central de San Cristóbal, en el río Navea, los equipos de Saltos del Sil y Dragados y Construcciones concluían también las obras en el cañón del Sil. La actuación fue simultánea a la construcción de la presa de contrafuertes a partir de la reanudación de las obras en el cañón. Concedidos los permisos para importar la maquinaria en 1949, las obras se retomaron en 1950. Al calor de la débil prosperidad nacional, los ánimos empresariales de los financieros de Saltos del Sil recobraron iniciativa y confianza¹⁶. La ejecución de la presa de San Esteban despertó en los equipos la euforia de los comienzos.

¹⁵ Conseguir el producto requería una enorme pericia administrativa. Los retrasos en la concesión de los cupos del cemento hicieron que Santiago Castro y Julián Trincado optaran por realizar las peticiones adelantándose a las necesidades constructivas, de manera que las fechas consignadas no se correspondían con la realidad y el ritmo de las obras, como se pone de manifiesto al estudiar la documentación del Archivo de la División Hidráulica de la Confederación Hidrográfica del Norte.

¹⁶ A lo largo de la investigación se pone de manifiesto en qué medida afectaron al desarrollo energético las dificultades del comercio exterior en la economía autárquica de la posguerra española. Desde estas páginas, únicamente se citarán algunos trabajos de referencia, tales como Sudriá, C., «La economía española bajo el primer franquismo: la energía», ponencia presentada al VII Congreso de la Asociación de

El nuevo comienzo se acogió con mucha ilusión. Esa obra tenía un sello especial. El gran aprovechamiento hidroeléctrico que se iba a acometer ofrecía un carácter novedoso en las tradiciones constructivas de la sociedad, tanto por las magnitudes del salto como por la dimensión global de la obra. Los nuevos planteamientos de la ingeniería civil propuesta por Saltos del Sil venían impuestos por las circunstancias del río así como del emplazamiento y por la evolución de la técnica constructiva en el desarrollo de la ciencia presística internacional. La vuelta definitiva de Saltos del Sil al cañón de San Esteban exigió reunir un nuevo equipo técnico que estuviera a la altura de las nuevas circunstancias. Los dirigentes de la sociedad decidieron colocar a un ingeniero que se mantuviera al pie de la presa las veinticuatro horas del día, a las órdenes de Julián Trincado, quien había visto incrementada su responsabilidad en las diferentes obras en curso —obra civil, y montaje— dispersas por toda la cuenca. Así llegó a San Esteban el ingeniero de caminos Julián García Roselló. Dragados y Construcciones también colocó un ingeniero en el emplazamiento. Primero estuvo Manuel Gómez de Pablos; meses después le sustituyó Carlos Duelo, procedente de la cuenca del Navea.

La central de San Esteban con su gran presa en el cañón del Sil, de arco de gravedad y 115 metros —tipología y altura novedosas hasta entonces en la historia de la ingeniería española—, señaló el comienzo de una nueva era en el hacer constructivo de los equipos del río incorporándose de golpe a la evolución de los modelos y tecnología internacionales. Las dimensiones de las obras realizadas hasta el momento en la primera fase constructiva eran mucho menores y aunque la inexistencia de recursos materiales y humanos fue una realidad ineludible, difícil de soslayar, las obras no tuvieron otra complejidad más que la derivada de la simultaneidad en la ejecución de varias al mismo tiempo. Pero la obra de San Esteban era otro cantar; el potencial hidroeléctrico de la central la hacía pionera en Europa por aquellas fechas y el levantamiento de la presa la convertía en una obra de tales dimensiones que siempre se consideró un mundo aparte, con una organización casi paralela o incluso superior a la que tenía la propia empresa para dirigir simultáneamente las otras cuatro instalaciones próximas a La Rúa.

Historia Económica, Zaragoza, 19-21 de septiembre de 2001. El autor analiza los efectos del impulso renovador en los sectores energéticos. Véase también Miranda, J.A., *El fracaso de la industrialización autárquica*, Universidad de Alicante, Alicante, 2001, donde se dedica un capítulo completo a la reactivación de la economía en los años cincuenta, pp. 27-38.

La tecnología punta no se empleó en San Esteban más que en la maquinaria auxiliar de la construcción de la presa. Los demás tajos se acometieron con los mismos medios empleados en las obras anteriores. Durante un tiempo se utilizaron caballos para tirar de las vagones transportadoras de los materiales, pero más tarde los animales fueron sustituidos por la fuerza de los hombres. En San Esteban tampoco se conocieron las barrenas de vidia que para entonces ya se usaban en otras obras nacionales. El túnel de desvío de la presa de Saucelle, en el río Duero, se perforó mediante este innovador sistema gracias a esta pieza de gran dureza que modelada de diversas formas se acoplaba a las herramientas y constituía el corte de las mismas. La vidia exigía la utilización de agua en la perforación para aminorar el polvo y aliviar el calentamiento de la barrena. A San Esteban no llegaron estas modernidades y los obreros se abrían paso en medio de sobrecogedoras nubes de polvo que cubrían sus ropas impregnándose por todo el cuerpo. El polvo que aspiraban cada jornada penetraba directamente en los pulmones y mataba poco a poco, actuando como un veneno correoso. El desbrozo de los túneles fue de gran dureza y no todos pudieron permanecer en ese tajo.

En cambio sí se dispuso de maquinaria de última tecnología para hormigonar la presa. Al iniciarse el año 1952, quedaron instaladas la maquinaria auxiliar y las instalaciones del machaqueo. El montaje de la torre del hormigonado y los blondines de última generación se retrasó unos meses a causa de las dificultades surgidas en su importación. Igualmente se dilató la llegada de los *dumpers*, vehículos para transportar los áridos que también se empleaban en las demás obras nacionales por aquellas fechas y que nunca llegaron en cambio a Chandreja. La tecnología de San Esteban exigía la utilización imprescindible de estos camiones. Mientras tanto, el río seguía reclamando más hombres dispuestos a encerrarse entre las paredes del inextricable cañón.

San Esteban fue una epopeya; momento épico en la trayectoria de los equipos del río. Los ingenieros encargados de llevar a buen puerto la obra aprendieron y aplicaron los nuevos métodos constructivos venciendo la tenaz resistencia de los viejos encargados de obra contra todo lo que supusiera innovación. Para el escalafón intermedio la incorporación de medios tan complicados fue una revolución en toda regla. Muchos de ellos no comprendían el porqué de tanta modernidad tecnológica y el aprendizaje de nuevos sistemas fue como una irritación en su aquilatada experiencia laboral. A esto se unió la falta de cualificación de buena parte de los trabajadores. La capacidad de

La construcción de los saltos del Sil

Los constructores para improvisar soluciones en cuestiones técnicas complicadas en medio de una total inexperiencia les hizo conscientes de que lo importante era creer en las capacidades de las personas y confiar en la eficacia de una buena organización del trabajo.

En San Esteban trabajaron sin hora límite. La responsabilidad que pesaba sobre los jóvenes ingenieros fue muy grave, pero así fue también el tono general de la época, una posguerra doliente. En el caso del Sil, es especialmente llamativo que una generación tuviera que acudir tan joven y sin la ayuda de nadie a resolver graves problemas en la vida laboral. La Guerra Civil produjo un vacío tremendo y los que tuvieron que haber sido sus mayores en el trabajo fallecieron o desaparecieron. Estas circunstancias facilitaron su madurez personal y profesional. Los ingenieros del Sil —al igual que el resto del colectivo— se enfrentaron a una difícil tarea: tenían que terminar cuanto antes la presa y la central, ponerla en carga, producir los primeros kilovatios, en definitiva, ser eficaces, útiles a la sociedad. Todos eran conscientes de la importancia de cuanto hacían y trabajaron según este principio.

La organización establecida en San Esteban apenas difirió de la que venía desarrollándose en la cuenca desde su etapa inicial. No obstante, la reunión en el mismo salto de un colectivo más numeroso —alcanzaron una punta de dos mil hombres— sí introdujo algunas variaciones en la dirección de los trabajos. Si se observan detenidamente los organigramas configurados por ambas empresas en el emplazamiento, se comprobará la existencia de una perfecta claridad en la jerarquía y distribución de las funciones sobre los papeles. Si bien la realidad fue algo diferente. La coordinación del trabajo por parte de las tres secciones, Estudios y Proyectos, Obra Civil y Montaje, trabajando al unísono, fue la clave del éxito. Aunque las competencias de cada uno estuvieran claras en el organigrama, la actuación del ingeniero proyectista como nexo de unión entre las tres secciones contribuyó a lograr los fines alcanzados. La estructuración del trabajo en pequeños grupos extendidos por los diversos tajos, muy bien coordinados, marcó la pauta a seguir desde los primeros compases de la obra.

San Esteban fue la obra más grande y compleja de cuantas se ejecutaron durante el primer programa constructivo de Saltos del Sil. Todos los saltos dispersos por la cuenca tuvieron una historia propia formada por la reunión de hombres laborando en las aguas del río. Durante esos años, sus actores se congregaron en distintos núcleos en circunstancias de tiempo casi parejas, no así de paisaje y medios constructivos. El salto de San Esteban presentó mayores diferencias propi-

ciadas por sus especiales características; el aislamiento de su situación hizo que mantuviera una mayor autonomía que la del resto de los emplazamientos. Es cierto que Chandreja también fue una obra paradigmática por su tamaño, complejidad y situación, pero la construcción de la presa no reunió a tanta gente de fuera y, como consecuencia, no se dieron las circunstancias más idóneas en el emplazamiento para la creación de una auténtica microsociedad en la cerrada de Queija.

Memoria colectiva y cultura empresarial

San Esteban fue diferente a todos los demás. Los dos poblados asentados en el salto en ambas riberas —La Chaira y La Rasa— facilitaron que cientos de familias de trabajadores procedentes de todos los escalafones laborales pudieran trasladarse a vivir al salto. Tanto los poblados como el campamento obrero de San Esteban fueron el prototipo de los que se construirían años después en los siguientes emplazamientos del río. Los pueblos vecinos a la obra eran incapaces de alojar a tal colectivo y hubo que levantar unas instalaciones que por su estructura y configuración causaron el asombro y la admiración de los lugareños del entorno. Los nuevos pobladores de San Esteban se constituyeron en una pequeña ciudad con su economato, escuelas varias, talleres, iglesia, cuartel de la guardia civil, cantina y hospederías, etc., convirtiéndose en un fenómeno social y económico de mayor alcance que los demás emplazamientos¹⁷. Por otro lado —y no cabe

¹⁷ Casi todos los poblados hidroeléctricos nacionales construidos por las compañías eléctricas en años paralelos mantuvieron una tipología parecida como consecuencia del fin para el cual fueron creados. Situados en lugares apartados de cualquier civilización, en agrestes territorios cercanos al lugar de trabajo, la estructura de su diseño solía ser sencilla —necesariamente económica—, pues se entendían como medios auxiliares para la realización de obras costosísimas. Su construcción se resolvía de un modo simple, tratando de enraizar la arquitectura en un medio inalterado. El poblado de San Esteban, no obstante, presenta algunas de las transformaciones sociales y arquitectónicas que fueron introduciéndose a partir de los años cincuenta. El mejor ejemplo de estas tendencias lo constituye el poblado gallego y minero de Fontao, cuyo paisaje y articulación recuerda mucho al de San Esteban. En este sentido véanse los trabajos de García Braña, C., «Donde la construcción late. Arquitectura de los 50 en Asturias y Galicia», ponencia presentada al Congreso Internacional de Arquitectura *Los Años 50: arquitectura española y compromiso con la Historia*, Pamplona, 16-17 de marzo de 2000, y Martínez, X. L., «El poblado de Fontao», ponencia presentada al Congreso Internacional de Arquitectura citado, Pamplona, 16-17 de marzo

La construcción de los saltos del Sil

duda de que fue un hecho importante—, la constante presencia de los dirigentes en las obras, en buena medida facilitada por la habilitación del hotel dirección¹⁸, aportó un carácter nuevo a la cultura empresarial del río. La presencia casi continuada de los máximos responsables en el salto constituyó un acicate importante; el hecho de sentir la mirada de toda la sociedad sobre el desarrollo de su trabajo dotó de mayor urgencia y responsabilidad a los constructores, acentuándose la mística del deber. Las entrevistas sostenidas con los trabajadores del Sil pusieron de relieve estas percepciones. En el sentir de los desplazados al río aún hoy perdura la existencia de estrechos e invisibles *lazos familiares*. Probablemente con esta expresión se hace referencia a una personal identificación entre la vida y el trabajo, pues al fin y al cabo sus vidas —así como las de sus familias— permanecieron íntimamente ligadas al proyecto del Sil.

Si el hotel dirección impuso a los dirigentes un modo nuevo —hasta ahora desconocido— de entenderse a sí mismos, los poblados inauguraron una nueva forma de convivencia entre los equipos. La existencia de una cierta cultura empresarial en los equipos del Sil, caracterizada por los propios entrevistados de espíritu familiar, se gestó muy especialmente en estos poblados donde convivieron horas y horas compartiendo un único proyecto de vida en común por el hecho de estar vinculados a la realización de la presa. Las reuniones de asueto en la cantina al término de la jornada, las fiestas y los partidos de fútbol, la asistencia al cine instalado por el paisano Gumersindo y demás actividades ingeniadas por la mente humana para ocupar el escaso tiempo libre, en una época en que no existía la televisión ni otros modos de entretenimiento, constituían el mejor modo posible de escapar a la monotonía de las jornadas sin apenas poder salir del mismo lugar de trabajo. La lejanía de sus familiares y el apoyo prestado a unos y a otros hicieron que se conformaran esos *lazos familiares* a los que constantemente aluden los entrevistados.

El análisis de la organización de los equipos en el tajo, aun siendo clave, no constituye, por tanto, el único modo de entrever el desarro-

de 2000. Recientemente se ha publicado un nuevo trabajo sobre el poblado de Fontao, en Rodríguez Galdo, M.ª J., y Losada Álvarez, A., *El poblado minero de Fontao. El volframio en la historia empresarial y urbanística de Galicia*, Instituto Galego da Vivenda e Solo, Santiago de Compostela, 2002

¹⁸ Término acuñado por la jerga de los poblados hidroeléctricos y por algunas compañías eléctricas para referirse a la residencia donde se alojaban los ingenieros y más altos dirigentes durante la construcción de las obras.

llo de la cultura empresarial propia de la trayectoria de los saltos del Sil; de ahí la importancia que se ha concedido a lo largo de la investigación al estudio de los modos de vivir —no sólo de trabajar— en los emplazamientos situados a orillas del río y cerca de los lugares del trabajo. No cabe duda de que estos factores fueron un componente básico del tejido de relaciones humanas que conformaron los valores empresariales del Sil y circunstancias ineludibles en la constitución del clima de la organización. La construcción de las presas del Sil fue el eje central alrededor del cual giró el proyecto vital de los actores del río durante buena parte de su periodo profesional. El sentido claro de misión, el cumplimiento de un determinado *deber* acrecentado por las circunstancias de especial urgencia de la época que les tocó vivir y la asunción colectiva del mismo reto facilitaron la cohesión de los equipos del Sil. Una enseñanza clara puede extraerse al analizar la actuación de los constructores de las presas del Sil: creían en lo que hacían y este fue el principal motivo que impulsó a muchos a comprometer sus capacidades en el combate contra el río. La existencia real de un proyecto y su conocimiento por parte de todos los trabajadores que participaron en su consecución fueron su principal reclamo.

Es evidente que podrían extraerse múltiples enseñanzas al analizar este y otros muchos casos del pasado más reciente de nuestra historia empresarial. Independientemente de la escasa utilidad práctica que tiene la presentación de modelos organizativos obsoletos pertenecientes a un contexto histórico ajeno al actual, la esencia de los valores humanos conformadores del espíritu empresarial de los saltos del Sil sí debería resultar un claro referente para las tendencias más actuales del *management*.

La idea de un horizonte futuro soportado en la experiencia, en la historia, ha animado a muchos dirigentes a mirar al pasado como espacio de aprendizaje de señas e identidades ocultas por el paso de los años, décadas e incluso siglos de existencia de algunas compañías. Historiadores y sociólogos de las organizaciones también han señalado este camino, como se ha puesto de manifiesto en la introducción a estas páginas. El recurso a la historia como herramienta de trabajo se ha puesto de manifiesto en la cada vez mayor proliferación de monografías dedicadas al análisis de diferentes casos empresariales de nuestro pasado más reciente¹⁹. El estudio de casos supone la apuesta por

¹⁹ Sobre la evolución reciente de este tipo de *company history*, véase Jones, G. «Company History and Business History in the 1990s», *European Yearbook of Business History*, 2, pp. 1-20.

un método inductivo de razonamiento donde el análisis empírico desempeña un papel fundamental pero en el que los hechos son el medio para llegar a razonamientos más generales, no el fin en sí mismo²⁰. En esa misma dirección, el estudio de los equipos constructivos del Sil invita a una reflexión capaz de conectar el análisis del caso con las discusiones teóricas actuales más relevantes acerca de los modelos de organización.

Partiendo de las diferencias esenciales derivadas de los factores del contexto histórico, lugar y tiempo, en que se desarrollaron los hechos en el Sil, para cualquier empresario, presente y futuro, puede resultar interesante conocer el camino que recorrieron otros proyectos empresariales, qué pensaban y pretendían sus promotores, cuáles fueron sus errores y aciertos y cómo desarrollaron sus capacidades para conseguir los fines previstos. Su perspectiva temporal permite constatar cómo se resolvieron en el pasado problemas parecidos a los que las empresas tienen que afrontar en nuestros días.

Sólo cuando se abandona la idea de que las empresas son simples agentes, funciones abstractas que se materializan en diferentes contextos históricos, y se convierten en verdaderos agentes de la historia, adquieren personalidad sus rasgos característicos a lo largo de su propia trayectoria. Por esta razón, analizar en profundidad los comienzos de una corporación, las aspiraciones de sus creadores, sus fines, su idea empresarial y el alcance social de la misma, así como el proceso de su construcción en el tiempo, puede resultar muy útil para comprender problemáticas actuales de cualquier empresa. Así, el relato del Sil puede ser ilustrativo del modo en que se llevó adelante un proceso de aprendizaje empresarial. Quizás la mejor aportación de estas páginas, en este sentido, sea la de la constatación de la complejidad sociológica de la acción humana, estrechamente vinculada con la multiplicidad de identidades en los individuos, la multiplicidad de historias que componen el colectivo humano trasladado al río.

²⁰ Véase McCraw, T. K., «Teaching History Courses to Harvard MBA Students: Building Enrollment from 21 to 1,300», *Business and Economic History*, vol. 28, 2, pp. 153-162.

Resumen. «La construcción de los Saltos del Sil (1945-1960)»

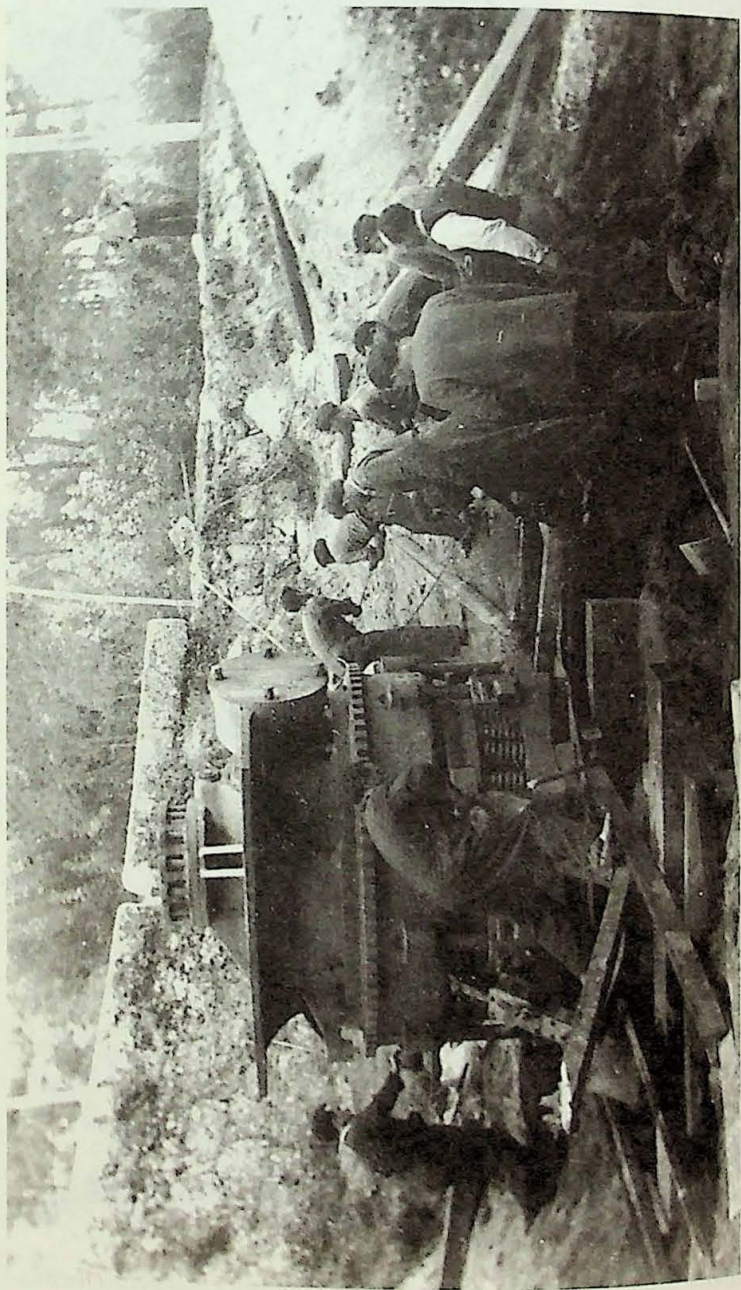
Este artículo es la síntesis de una investigación más amplia sobre la construcción de los saltos hidráulicos en la cuenca del Sil, entre 1945 y 1965, esto es, un estudio de los equipos humanos que llevaron a cabo las obras. El interior de la Galicia profunda de los años cuarenta y cincuenta es el escenario donde transcurren los hechos y donde se sitúan, muy dispersos entre sí, los cinco emplazamientos construidos en siete largos años. Los trabajos fueron lentos y costosos por las deficiencias de la época —el comienzo de la aventura coincide con la posguerra española— y debido al aislamiento de los lugares de trabajo, lejanos a cualquier medio de comunicación. La organización de los equipos dirigidos por jóvenes ingenieros sin experiencia alguna en la difícil ciencia de levantar presas, junto con la falta de cualificación de la mano de obra, eventuales contratados entre los lugareños del entorno, ponen de manifiesto la dificultad en la realización de los trabajos. Conocer y comprender la cultura empresarial de los equipos humanos reunidos en el río fue uno de los principales retos planteados en la investigación. El estudio de los equipos constructivos del Sil invita a una reflexión capaz de conectar el análisis de casos con las discusiones actuales acerca de los modelos de organización. Así, el argumento del Sil puede ser ilustrativo del modo en que se gestó un proceso de aprendizaje empresarial en un pasado no tan remoto.

Abstract. «The construction of the Sil dams (1945-1960)»

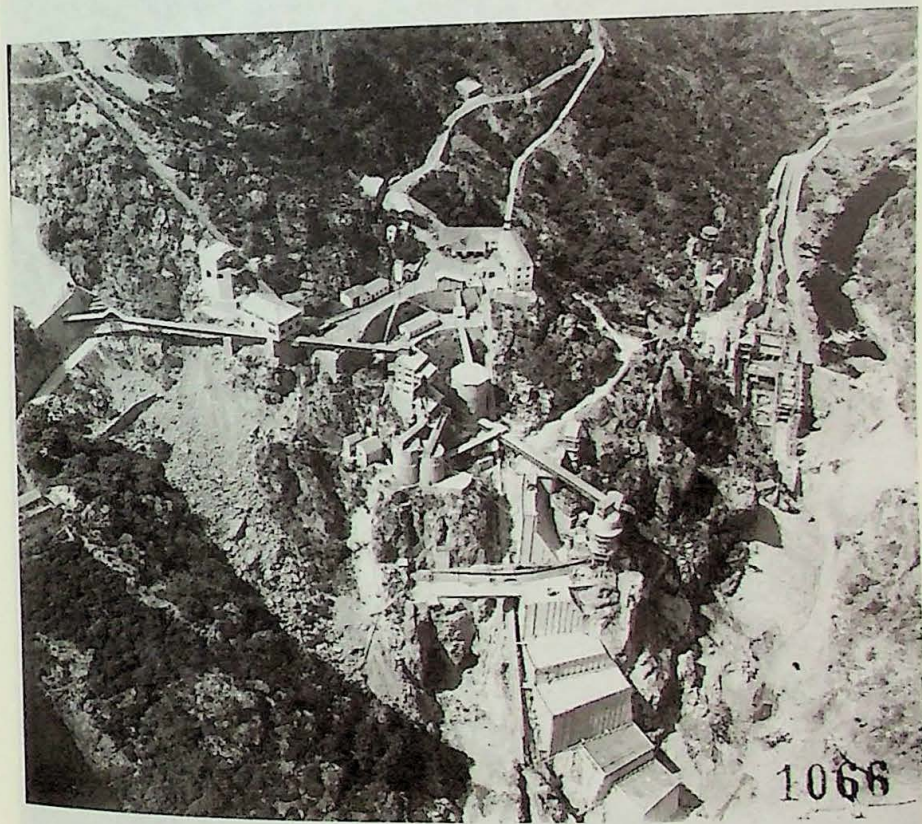
This article offers a synthesis of a broader research project into the construction of the dams built in the Sil valley in Galicia between 1945 and 1965 that focused on the people and teams that actually carried out the work. Deepest rural Galicia in the 1940s and 1950s constitutes the setting for the events discussed here, the construction of five dams over the course of seven long years. The work was slow and difficult because of the harsh conditions of Spain's immediate post-war years and the sites' isolated position, far from any means of transport or communication. The difficulties encountered in the construction process were compounded by the role that young engineers, with no experience of the difficult science of dam-building, played in organizing the teams, as well as by the employment of unskilled, temporary labour, recruited from among the local agricultural population. One of the main objectives of this research has been to discover and understand the management culture of the work teams employed on the River Sil. The approach adopted here allows the author to connect this case study with current debates about models of work organization. In this way, an analysis of the teams working on the construction of the Sil dams provides an illuminating example of a management learning process in Spain's not too distant past.

La construcción de los saltos del Sil

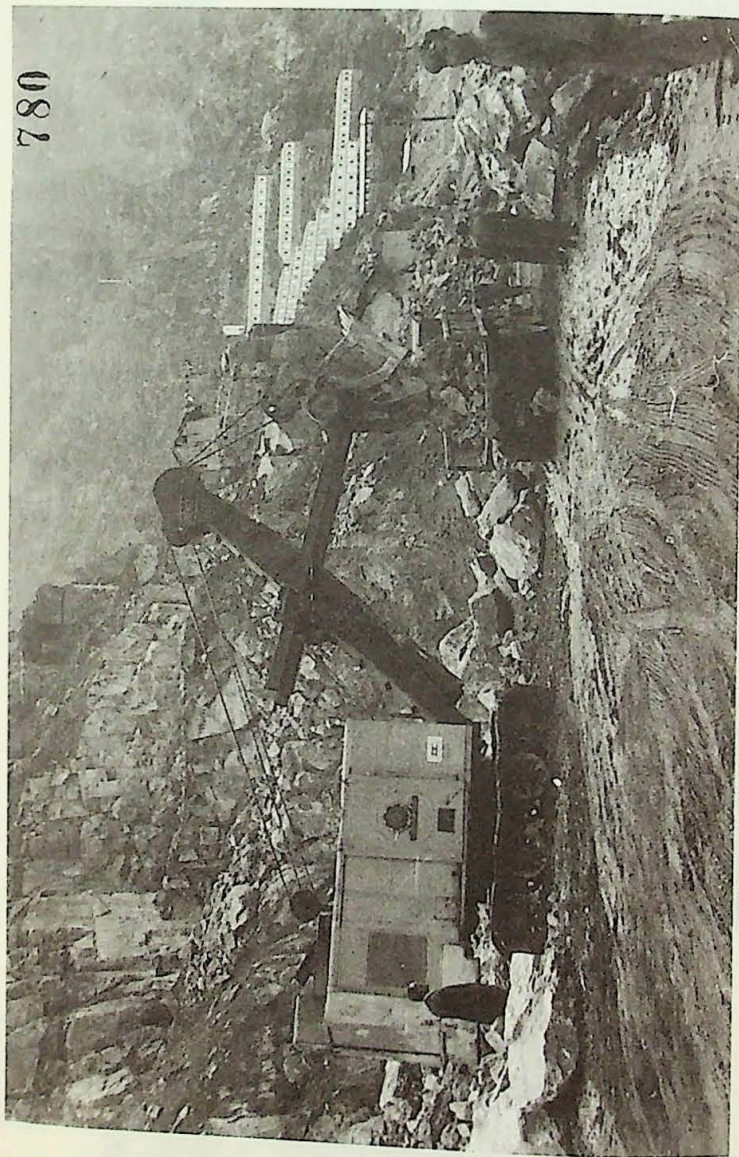
El ingeniero Carlos Duelo y su ayudante Félix Aranzadi en el plano inclinado de San Esteban, hacia 1952.



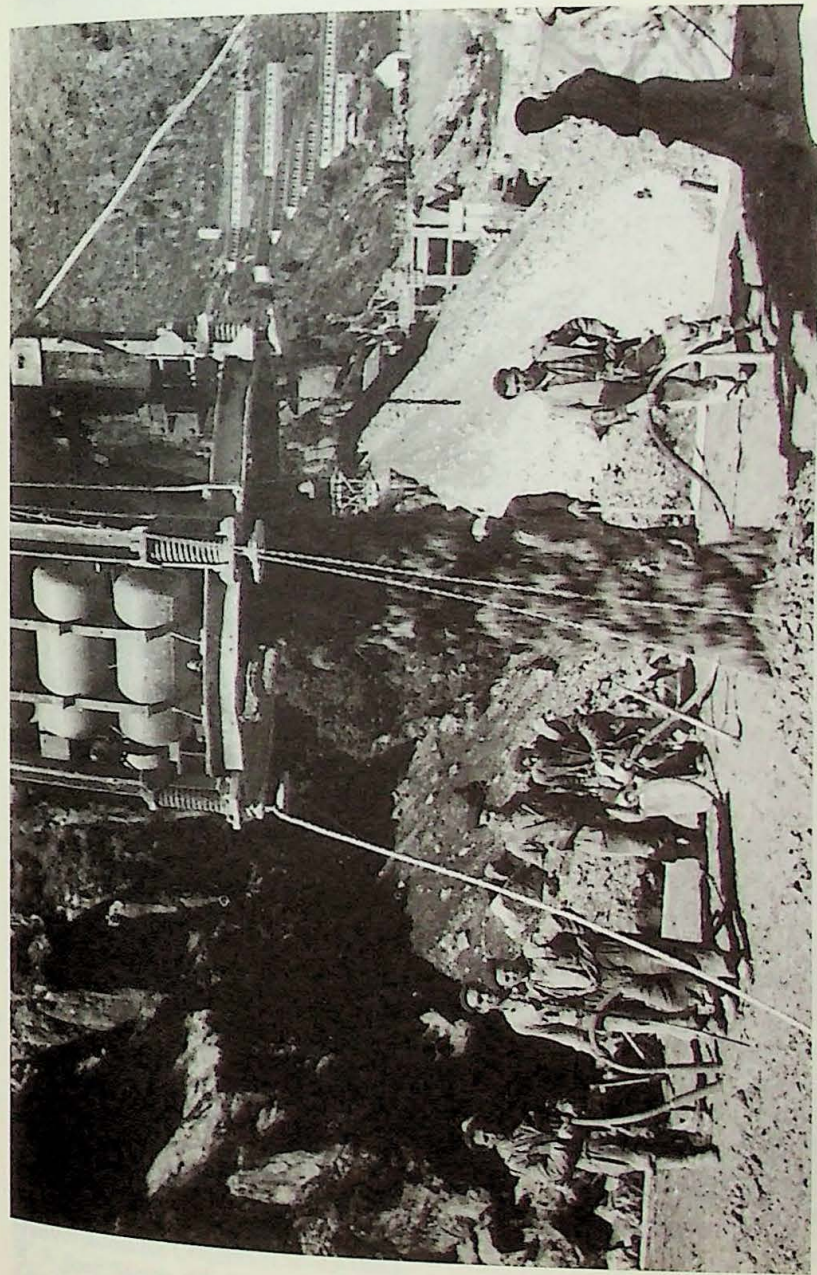
Varios operarios transportando el material para la construcción del canal de Guistolas-Pontenovo, hacia 1949.



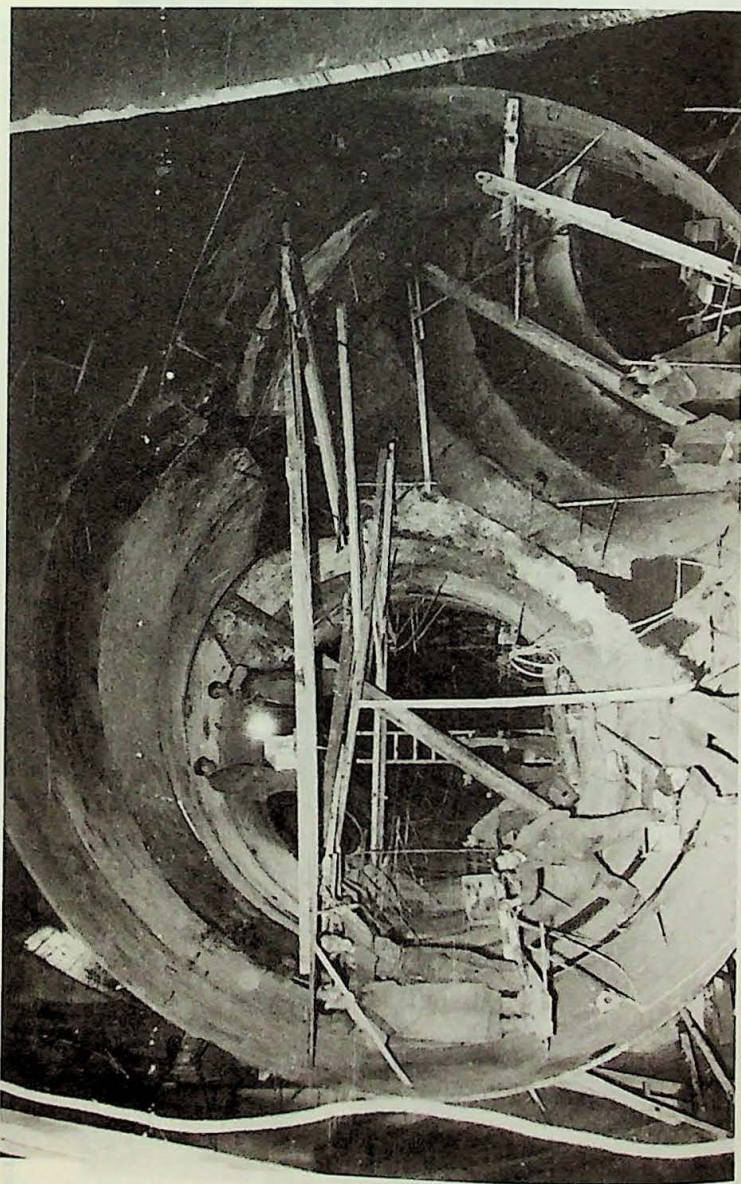
Instalaciones de la maquinaria para la construcción de la presa de San Esteban, 1952.



Cuenco de la presa de San Esteban; al fondo, barracones de los obreros.



Primeros cazos de hormigón en la presa de San Esteban, 1952.



Construcción del túnel de San Esteban, 1950.

El entorno social de Minas de Lieres: organización espacial, urbanismo y sociabilidad

Jorge Muñiz Sánchez *

1. La configuración espacial de las zonas mineras. Trabajo, sociabilidad y conflicto social

Un aspecto especialmente interesante de los cambios sociales que requiere la industrialización es el tocante a las necesidades de gestión de grandes contingentes humanos en que se ven envueltos los patronos. José Sierra resume estas exigencias en la terna atraer, fijar y disciplinar¹. Es decir, desarraigar a las poblaciones preindustriales, ligarlas a la fábrica y, una vez allí, habituarlas a la nueva forma de producción; algo complicado, entre otros obstáculos, debido a los hábitos preexistentes de distribución irregular del tiempo de trabajo. Pronto se comprobaron las dificultades, ya en la década de 1860, para llenar los centros productivos de obreros, porque no hubo una revolución agrícola que liberara suficiente mano de obra, a lo que habría que sumar la emigración, en muchos casos preferida al ingreso en la industria. Por otra parte, como quiera que contar con operarios y medios de

* Jorge Muñiz Sánchez. Universidad de Oviedo. Dpto. de Historia. Campus de Humanidades, Teniente Alfonso Martínez, 33011, Oviedo. Correo electrónico: gillus@terra.es. El autor disfruta de una beca predoctoral de la Fundación para el Fomento en Asturias de la Investigación Científica Aplicada y la Tecnología (FICYT) y está adscrito al proyecto de investigación sobre minería desarrollado por Hunosa y la Universidad de Oviedo (CN-03-065).

¹ José Sierra, *El obrero soñado. Ensayo sobre el paternalismo industrial (Asturias, 1860-1934)*, Barcelona, 1984, p. 7.

producción no garantizaba el control efectivo del proceso de trabajo, especialmente en el caso de unos aún abundantes trabajadores de oficio que se autoorganizaban, se articularon para subsanarlo una serie de técnicas empresariales que se ha dado en llamar disciplinas industriales². Normalmente se ha estudiado el trabajo industrial en esta perspectiva: el proceso de expropiación de los saberes de oficio mediante la tecnología, para dejar inermes a los obreros ante la organización impuesta por el patrón; un esquema que sitúa irremediamente en la cúspide a Taylor. Un problema que presenta este planteamiento, sin embargo, es que hubo sectores productivos en los que el taylorismo tuvo una implantación escasa o nula hasta fechas muy avanzadas, entre ellos la minería asturiana, a causa de las difíciles e irregulares condiciones geológicas y del carácter mayoritariamente mixto de los asalariados hasta la Primera Guerra Mundial, lo que les hacía muy resistentes a la aplicación de este tipo de disciplinas³. Ahora bien, si la introducción de la "organización científica del trabajo" fue tardía en España, con los primeros estudios de tiempos en los años veinte, aún más lenta resultó en la minería asturiana, que parece haber vivido la generalización de este proceso a partir de los años sesenta. Por eso es llamativo que en Lieres se hicieran cronometrajes ya en 1927, cuando se constata un exceso de mano de obra y su baja productividad, culminando con el despido de 115 de sus obreros de plantilla. Desconocemos las últimas ramificaciones de este proceso de racionalización, aunque no parece probable que, finalmente, tuviera repercusiones importantes en la organización del trabajo⁴. Esto es así porque la em-

² Debe tenerse en cuenta, contra todo determinismo tecnológico, que las disciplinas industriales no provienen de una tecnología neutra, sino que son políticas, ya que "generalmente los niveles de rendimiento se pueden satisfacer de varias formas"; C. F. Sabel, *Trabajo y política: la división del trabajo en la industria*, Madrid, 1986, pp. 22-23. Por ejemplo, que en un proceso industrial sea necesaria la coordinación no implica indefectiblemente que deba ser impuesta jerárquicamente. Así, el disciplinamiento productivo no es consecuencia sino causa de la "ciencia".

³ Respecto a la poca sensibilidad de los obreros mixtos a los incentivos económicos, véase Jorge Uría, «Cultura popular tradicional y disciplinas de trabajo industrial. Asturias 1880-1914», *Historia Social*, núm. 23 (1995), y también Adrian Shubert, *Historia la revolución: orígenes sociales del movimiento obrero en Asturias, 1860-1934*, Barcelona, 1984, pp. 27 y ss. De los efectos del absentismo estacional en la productividad, Francisco Erice, *Proprietarios, comerciantes e industriales: burguesía y desarrollo capitalista en la Asturias del siglo XIX (1830-1885)*, Oviedo, 1995, vol. I, p. 236.

⁴ *Repartition de la main-d'oeuvre-réduction*, junio, 1927, Archivo Histórico de Hunosa, Fondo de Minas de Lieres (en adelante AHN, MDL), C/ 525.1. Sobre la introducción del taylorismo en España, Juan José Castillo, «¿Ha habido en España organizadores de la producción?: entre dos congresos de ingeniería, 1919-1950», en

presa optó por asegurarse una mano de obra fiel y dócil por encima de las aludidas dificultades ocasionadas por el campesino, algo infrecuente a partir de 1914⁵. Lo deja claro un artículo en la revista de la empresa cuando, entre las posibles causas de las bajas plantea:

3.ª— ¿Mal estado de nutrición? Este factor pudiera ser tenido muy en cuenta en otras minas en que ha habido que admitir personal de otras regiones que ha vivido en mala situación económica. Nosotros no tenemos este problema, ni tampoco el que crea una población eminentemente industrial que sólo vive de sus rentas de trabajo⁶.

La conflictividad en Lieres parece bastante menor que en otras explotaciones y, a la par, la productividad se encontró entre las mayores de Asturias durante casi toda su historia⁷. Esta aparente paradoja se debe al fomento de un tipo híbrido de obrero mixto, el "minero campesino", que tiene su actividad principal en la mina y que por ello se muestra más sensible que el histórico "campesino minero" a los estímulos procedentes de su trabajo asalariado, sin perder totalmente ese carácter morigerado que suele atribuírsele al agricul-

S. Castillo (coord.), *El trabajo a través de la historia*, Madrid, 1996. Sobre el caso concreto de la minería, Carmen Benito del Pozo, *La clase obrera asturiana durante el franquismo*, Madrid, 1993.

⁵ Que en los años cincuenta haya en la revista de la empresa una sección fija sobre temas agropecuarios quiere decir que el obrero mixto persistía. También la estacionalidad del absentismo, ligada a labores agrícolas. En los años cincuenta la empresa dotó de unas motos a los guardas del recinto industrial para que fueran por los domicilios interesándose por el estado de los convalecientes, a menudo dedicados en realidad a atender su hacienda. Hubo de suspenderse esta práctica en pro de la integridad física de los peculiares *missi dominici*, según testimonio de Wenceslao Jordán Cabello. Por último, el presupuesto familiar que calcula la propia empresa en 1924 es de 12,56 ptas. diarias, cuando el salario medio para los obreros de interior es de 9,09 y para los de exterior de 7,44 ptas. Era imprescindible entonces un segundo sueldo o ingresos agrícolas. Esta situación se mantenía aún en los años sesenta. *Rapport de fin d'année 1924*, AHN, MDL, C/524.1, y *Salarios. Coste de la vida 1958-1969*, AHN, MDL, C/45.6.

⁶ «El absentismo en el trabajo», *La Mina. Boletín del Personal de Minas de Lieres*, núm. 55, nov. de 1959, p. 8.

⁷ Sobre conflictividad en la primera época, hasta 1934, hay un dossier de correspondencia entre Lieres y Bruselas al respecto: AHN, MDL, C/63.44. Fue tan escasa que tras la revolución de octubre de 1934 la empresa pide volver al trabajo en unos momentos en los que el resto de la patronal se alinea con el gobernador al exigir el previo desarme de los mineros. La justificación a esta actitud era que el número de revolucionarios en Minas de Lieres era insignificante, próximo al 3%, según *Carta de la Dirección de MDL a Solvay Bruselas*, 23 de octubre de 1934, AHN, MDL, C/63.44. Sobre productividad, *Solicitud de integración en Hunosa de Solvay & Cía.*, Joaquín Velasco y Cía., S.A. y *Nespral y Cía.*, S.A., en 1968, AHN, MDL, C/32.11.

tor⁸. Se reflejaba todo ello en la política de captación de personal que, según Pérez González, se centraba sobre todo en el vecino municipio de Bimenes y el propio de Siero, en el que está ubicado Lieres. Así lo confirman los censos de la empresa, si bien es preciso subrayar el aporte de los vecinos *concejos* de Nava y Sariego⁹.

Así pues, como se decía, el principal problema patronal en esta dilatada época era conformar una plantilla y asegurarse su productividad. Según Jean Paul de Gaudemar, los primeros capitalistas no habían desarrollado modos de dominación propios, por lo que copiaron modelos existentes en la familia o el ejército, con dominación directa y de fundamento físico incluso. Es lo que denomina fase “panóptica”, de vigilancia constante, aunque en realidad lo emplea de una forma un tanto confusa dado que el término no suele asociarse exclusivamente a la simple vigilancia, sino también a la posibilidad de su ejercicio, con sus consiguientes efectos disciplinantes¹⁰. Así, por ejemplo, la enorme extensión de la jornada laboral en la preindustrialización respondería a este modelo, ya que los medios para acercar la duración teórica a la efectiva y aumentar su productividad eran muy insuficientes; quizá también para garantizar por más tiempo un control que se atenúa, incluso contando con la interiorización de la vigilancia que supone el panoptismo, cuando la plantilla atraviesa la puerta de salida de la fábrica. Pero los patronos pronto encuentran las limitaciones de este sistema, por no tener incidencia real sobre la forma de trabajo —el control del proceso productivo íntegro es una aspiración temprana pero irrealizable hasta sus últimas consecuencias— y por exigir un gran desembolso en personal coactivo. Por otro lado, al re-

⁸ El término *minero campesino* por oposición a *campesino minero* lo emplea José Luis García García, «Mineros alleranos: de los diferentes segmentos sociales a la construcción de la comunidad», en vv AA, *Los últimos mineros. Un estudio antropológico sobre la minería en España*, Madrid, 2002.

⁹ R. Pérez González, *Industria, población y desarrollo en la cuenca central hullera asturiana* (tesis inédita dirigida por Francisco Quirós, Universidad de Oviedo), citada en A. Shubert, *op. cit.*, p. 30. Según *Libro-registro de personal 1925-1939*, AHN, MDL-C/328.1, de 1.139 registros sólo 52 son nacidos fuera de Asturias. De entre los 1.087 asturianos hay una amplia mayoría de Lieres y alrededores y también del concejo de Siero, por delante de los limitrofes, como Sariego, Nava o Bimenes. Esto supone reclutar en un ambiente campesino y, por su proximidad, no desarraigar a los obreros de sus actividades y entornos sociales originarios. El término *concejo* se emplea en Asturias para designar a los municipios.

¹⁰ Jean Paul de Gaudemar, *El orden y la producción*, Madrid, 1991, pp. 53-54. El autor aclara que usa “panoptismo” en un sentido amplio de observación vigilante, vinculándose directamente a la obra de Bentham, y sin asumir en todas sus consecuencias el contenido que el término pudiera tener en obras como la de Foucault.

querir jornadas tan largas, contenía una contradicción irresoluble, al limitar muchísimo la reproducción física de la fuerza de trabajo, lo que no dejaba de ser un interés insoslayable del capital. Es en el momento en que se percibe esto cuando se articulan dos estrategias combinables entre sí: control sobre la vida privada —asociado al paternalismo— y mecanización; esto es, expropiación de la cualificación, que era un elemento de resistencia, e interiorización de un proceso objetivado por la máquina. En la adopción de un sistema u otro intervienen muchos factores que no es este lugar para tratar, pero los principales en Asturias ya han sido aludidos: las difíciles condiciones físicas de los yacimientos y el peculiar tipo de obrero¹¹. Gaudemar hace explícitamente compatibles paternalismo y “disciplina maquinica”, pero cabe preguntarse si ambos no lo son a su vez también con un panoptismo latente que pueda resultar efectivo en determinadas circunstancias, porque según Foucault no ha dejado de aplicarse en cada vez más ámbitos desde tiempos de Jeremías Bentham. Que se desarrollen procedimientos de dominación específicos del momento histórico no implica necesariamente que tengan que desaparecer otros anteriores si son adaptativos. Y los del panoptismo lo son, porque no conllevan inevitablemente una gran inversión en “vigilantes”, ya que funcionan con la posibilidad de ser observado. Por todo ello, aunque Gaudemar asocia ese conjunto a una fase larvaria de la industrialización, cabe su utilización posterior. No en vano los poblados paternalistas son un requisito necesario para conseguir en un momento histórico más avanzado algunos de los efectos que el propio Bentham pensaba que se podían obtener en las *workhouses* organizadas por el principio panóptico, como por ejemplo la posibilidad de inspección a cualquier hora¹². El poblado no es exactamente una cárcel, como lo eran las “casas de trabajo”, pero coadyuva a lograr efectos semejantes en este ámbito concreto: el control integral de la vida del asalariado, a través de la unión de hábitat y fábrica. Todo el entramado de vigilancia en el centro productivo vería muy mermada su efectividad si al terminar su jornada el obrero se sabe a salvo de

¹¹ Jean Paul de Gaudemar, «Preliminares para una genealogía de las formas de disciplina en el proceso capitalista del trabajo», en M. Foucault, J. Donzelot y otros, *Espacios de poder*, Madrid, 1981. También Michel Foucault, «El ojo del poder», en vv AA, *Jeremías Bentham. El panóptico*, Madrid, 1989. En la articulación precisa entre las diferentes técnicas en cada momento tienen incidencia multitud de factores. Por ejemplo, la militarización de las minas en la autarquía supone, en cierta medida, un crecimiento relativo del panoptismo.

¹² Véase Jean Paul de Gaudemar, *El orden...*, *op. cit.*, p. 66.

todo control en una casa cualquiera y en un pueblo cualquiera. En este sentido, algunos procedimientos del paternalismo pueden converger con los del panoptismo haciéndose en la práctica, por tanto, no ya sólo compatibles, sino también complementarios.

Como la aplicación de la disciplina maquinica fue inviable en la minería asturiana durante mucho tiempo y el panoptismo presentaba por sí solo las carencias apuntadas, se hacía necesaria una estrategia alternativa que permitiera controlar la reproducción física de la fuerza de trabajo y su correcta habituación a la vida industrial fuera de la jornada laboral; aumentar la productividad mejorando las condiciones de vida y, más adelante, evitar la propagación de ideas subversivas. Es aquí donde entra en juego otro tipo disciplinario, el paternalismo, porque en un Estado liberal el control de todos estos complejos procesos de optimización y adocenamiento de la fuerza laboral presentaba problemas obvios en el plano de la coexistencia teórica, al requerir una intromisión inadmisible en la vida privada. Por eso surgen las políticas asistenciales del paternalismo, que actúan a través de varios mecanismos de influencia¹³. Aplicando las políticas sociales mediante la filantropía —formalmente privada, funcionalmente colectiva— el sistema liberal quedaba a salvo de la anatematizada intervención estatal. Precisamente el principal límite al paternalismo es, junto a la autoorganización obrera, el Estado: con la creciente proletarianización aquella política empezó a ser insuficiente para gestionar la reproducción social general, que precisaba de la gran escala. Sierra hace una periodización del proceso en términos gramscianos. La filantropía, en la que se inserta el paternalismo, corresponde a una segunda etapa de transición en la que los distintos sectores burgueses abordan desde el ámbito privado sus intervenciones para mantener la falacia del propio

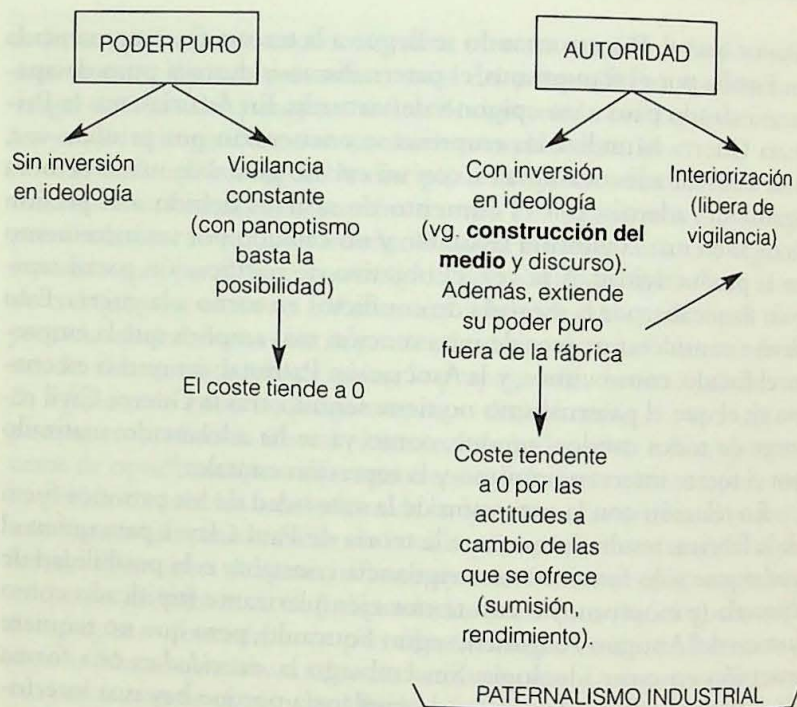
¹³ En este sentido, José Sierra, *El obrero soñado...*, op. cit., pp. 51-71, critica la concepción funcionalista de las políticas sociales, para la que el reformador se limita a interpretar las "necesidades" y satisfacerlas. Esta idea se ha introducido incluso en el marxismo estructuralista, para el cual las políticas sociales y los beneficios que aportan a los trabajadores son producto de las luchas populares, aunque sean útiles para la reproducción ampliada del sistema. También María Castrillo denuncia la asunción del discurso del poder. Lo determinante es que las "necesidades sociales" se definen desde el propio sistema. María Castrillo Romón, *Reformismo, vivienda y ciudad. Orígenes y desarrollo del debate en España 1850-1920*, Valladolid, 2001. En 1911 los ingenieros de minas estaban convencidos del efecto morigerador en lo político de las atenciones sociales patronales, citando explícitamente como ejemplo la explotación de Solvay en Lieres. Dirección General de Agricultura, Minas y Montes, *Informe relativo al estado económico y situación de los obreros de las minas de España*, Madrid, 1911, p. 21, citado en A. Shubert, op. cit., p. 104.

sistema liberal. Por eso cuando se llegue a la tercera fase, representada en España por el franquismo, el paternalismo industrial puro desaparecerá, dando paso a un epígono desvirtuado. En Asturias, tras la Primera Guerra Mundial, las empresas se encuentran por primera vez, pese a dificultades ocasionales, con un exceso global de mano de obra agudizado, además, por el aumento de salarios debido a la presión sindical en una coyuntura favorable y no causado por un incremento en la productividad. A la vez, el objetivo de pacificación social también flaqueaba, por la escalada de conflictos en torno a la guerra. Esto llevó a considerar marcos de intervención más amplios que la empresa: el Estado, como vimos, y la Asociación Patronal; un nuevo escenario en el que el paternalismo no tiene sentido; tras la Guerra Civil resurge de todos modos, aunque, como ya se ha adelantado, matizado por el fuerte intervencionismo y la represión estatales¹⁴.

En relación con la extensión de la autoridad de los patronos fuera de la fábrica, resulta interesante la teoría de Paul Claval, para quien el poder *puro* sólo funciona con vigilancia constante o la posibilidad de ejercerla (panoptismo) o con temor ejemplarizante (tipificado como justicia del Antiguo Régimen, según Foucault), pero que no requiere inversión en crear ideología. Sin embargo la *autoridad* es una forma de poder que ahorra los costes de vigilancia porque hay una interiorización de las normas, como en el panoptismo, gracias precisamente a que se da una inversión en ideología¹⁵. El problema es que el objeto de estudio que aquí se propone no se ajusta totalmente a este esquema, más bien podríamos decir que se trata de un híbrido, que hace necesaria una adaptación de la idea de Claval. En el paternalismo industrial se produce la citada inversión (en la construcción del medio —el poblado— y en el discurso que se articula en torno a ello), lo que permitiría un cierto grado de interiorización de las normas en los sujetos sociales hasta dar paso a una nueva forma de autoridad. Ahora bien, esta misma construcción del medio dota al patrón de la posibilidad de ejercer poder puro determinando las características del

¹⁴ Véase José Sierra, *El obrero...*, op. cit., p. 89. En cualquier caso, la política social de Minas de Lieres no desaparece en este periodo, aunque sí se dan rebajas salariales y despidos, como los 115 del año 1927 (AHN, MDL, C/63.44).

¹⁵ Paul Claval, *Espacio y poder*, México, 1982, p. 26-35. Michel Foucault (*Vigilar y castigar*, Madrid, 1996) contrapone las penas moderadas, propias de un Estado moderno que tiene medios para castigar todos o casi todos los delitos, y los suplicios, necesarios cuando el sistema jurídico no alcanza más que a una pequeña parte de los infractores de la ley y se hace por ello necesario limitar su incidencia mediante el terror.



“tablero de juego” (posibilidad física de la vigilancia en el caso del panoptismo y del “moldeado” de los obreros por el espacio) y también le da el “derecho” a hacerlo. Y con el panóptico, como señala Foucault, basta la posibilidad de su ejercicio, que aunque no se haga efectiva ya tiene incidencia¹⁶. De este modo, con una sola inversión —creación del medio físico y sus complementos— se obtienen dos

¹⁶ Cabría acotar que se trata de su uso por la fracción de clase o elemento hegemónico —los patronos—, ya que la concepción foucaultiana del poder como algo sin centro, que es ejercido por todos los actores, pudiera tener derivaciones conservadoras por desmovilizadora, en tanto que difumina la responsabilidad de sus protagonistas. Que el poder fluya por todo el cuerpo social no quiere decir que todos los poderes sean iguales y no haya hegemonías. Sostiene el autor que “en el panóptico, cada uno [...] está vigilado por los demás [...]”; se está en presencia de un aparato de desconfianza total y circulante porque carece de un punto absoluto. La perfección de la vigilancia es una suma de insidias” (M. Foucault, «El ojo del poder», en VV AA, *Jeremías Bentham. El panóptico*, Madrid, 1989, p. 20). Pero no todos están en situación de vigilar (¿para qué la torre del ingenio de Bentham, si no?) ni todos tienen la motivación del vigilante para hacerlo. Sólo uno controla el aparato panóptico, el resto ve partes. Eso es poder hegemónico, que no único, obviamente.

formas de dominación: una cuyo coste tiende a cero *per se* (autoridad)¹⁷ y otra en la que lo hace por la aplicación del principio foucaultiano de la *posibilidad* de vigilancia.

El espacio se nos revela clave, en todo caso, en el conjunto de estas estrategias de gestión de la mano de obra; por cuanto, de una forma o de otra, es centro y origen de los dos mecanismos complementarios que hasta aquí se han descrito¹⁸.

Por tanto, se puede sugerir para las disciplinas industriales en la minería asturiana de las dos primeras décadas del siglo XX un esquema de análisis basado en un paternalismo que se combinará con esbozos eventualmente variables de panoptismo, dado que aún no hay significativa introducción de disciplinas maquinicas. Luego el paternalismo languidece con cierta inercia durante dos décadas. En el franquismo los fundamentos ideológicos del régimen y sus lagunas asistenciales, la escasa inversión en modernización de las explotaciones, la escasez de mano de obra y los problemas de una nueva oleada migratoria hacen brotar lo que podríamos llamar *neopaternalismo*. La era de progresiva liberalización que se inicia con el Plan de Estabilización hizo que la minería quebrara definitivamente y acabó con este

¹⁷ García García aclara que esta supuesta inversión ni siquiera lo es tanto. La clave es que las donaciones y las virtudes a cambio de las que se conceden (buena conducta, lealtad) se equilibran por el efecto económico que tienen estas. Esta buena imagen es barata, por otra parte, porque está llena de retórica vacía. Se asienta en la institución de la reciprocidad en las relaciones sociales dentro de la cultura tradicional popular. El trueque que hace la empresa de prestaciones reales a unos cuantos por expectativas del resto sobre ellas es rentable porque fomenta los esfuerzos por hacerse acreedor de tales atenciones. Véase José Luis García García, *Prácticas paternalistas. Un estudio antropológico sobre los mineros asturianos*, Barcelona, 1996. De todas formas, esta hipótesis presenta un problema en la teoría que antes se trazó: si no se provee a todos de vivienda —como sucede—, se genera “buena imagen” y “autoridad” por ese mecanismo, pero no se logra la disciplina a través de la organización espacial más que en los afectados. Aun así, hay que considerar el efecto dominó que la interiorización de unas pautas de vida por una parte de la plantilla —la alojada por la empresa— puede generar en el resto. La buena imagen permitía seleccionar el personal en virtud a un cálculo casi genético de docilidad: “Por lo que a Lieres afecta, no se presenta el problema de escasez de mano de obra, pues abundan las solicitudes de ingreso a nuestra mina. [...] Como norma general se prefiere a los familiares de los que aquí trabajan o han trabajado por sernos más conocidos”, *Selección y formación*, 17-5-1963, AHN, MDL, C/339.6.

¹⁸ Para Josep Oliveras Samitier, «Las colonias industriales: el imperio de una voluntad soberana», en H. Capel (coord.), *Los espacios acotados. Geografía y dominación social*, Barcelona, 1990, en las *company towns* la urbanización es medio de producción, ya que nace de la idea de absorber el ciclo de reproducción de la fuerza de trabajo en el seno del ciclo de producción.

epígono, si bien Hunosa continuó desarrollando políticas asistenciales que tuvieron ya un carácter diferente¹⁹.

Así las cosas, las formas de sociabilidad eran una preocupación patronal, no sólo por posibilitar la pervivencia de costumbres tradicionales enemigas de la productividad industrial, sino, simplemente, por ser manifestación de unas tendencias asociativas que, a causa de su carácter más o menos desregulado, constituyen una zona oscura para un poder empresarial con ciertas aspiraciones totalizadoras. Maurice Agulhon define la sociabilidad como “les systèmes de relations qui confrontent les individus entre eux ou qui les rassemblent en groupes, plus ou moins naturels, plus ou moins contraignants, plus ou moins stables, plus ou moins nombreux”²⁰. Los estudios sobre sociabilidad han experimentado en España un desarrollo muy grande, casi exponencial, desde finales de los años ochenta, al que cabe objetar tres defectos principales. Por un lado, haberse convertido en un cajón de sastre en el que se coloca todo, en parte por la vaguedad del concepto, proveniente de la amplitud que le da Agulhon. De otra parte, lo que afecta más a los fines aquí expuestos, se ha dado una excesiva focalización en la sociabilidad formal, en el asociacionismo, debido en buena medida a las dificultades de fuentes que presentan las expresiones informales para los historiadores. Tales circunstancias presentan inconvenientes como el de caer en el error de catalogar como “sociabilidad popular” fenómenos asociativos formales con una base mayoritariamente obrera pero que tienden en realidad a un carácter multiclasista o, más concretamente, a ser tutelados por parte de elementos de los grupos hegemónicos. Sea como fuere, estas líneas de investigación sobre la sociabilidad se han presentado asociadas a una notoria desatención de los espacios que le sirven de escenario, interpretándose a menudo como meros decorados, como materia inerte que no aporta nada al conocimiento de los fenómenos estudiados. Esta tesis resulta, sin embargo, equivocada, y la organización espacial,

¹⁹ El propio Sierra extiende la duración de las políticas paternalistas en la industria española más allá de la cesura inicialmente impuesta por él en los años veinte; en concreto a la primera etapa del franquismo, siguiendo ideas de Babiano. Véase José Sierra Álvarez, «Prólogo», en Jorge Bogaerts, *El mundo social de ESIDESA. Estado y paternalismo industrial (1950-1973)*, Avilés, 2000, pp. 15-16, y José Babiano Mora, *Paternalismo industrial y disciplina fabril en España, 1938-1958*, Madrid, 1998, p. 156.

²⁰ Maurice Agulhon, «Les associations depuis le début du XIXe siècle», en M. Agulhon y M. Bodiguel, *Les Associations au village*, Le Paradou, 1981, p. 11, citado en J. L. Guereña, «Notas sobre la historiografía de la sociabilidad», en Alberto Valín (dir.), *La sociabilidad en la historia contemporánea*, Ourense, 2001.

como subraya Lefebvre, deviene en el verdadero “mode d’existence des rapports sociaux”²¹.

El último de los problemas para el desarrollo de la historia de la sociabilidad a los que se aludía es de tipo ideológico. De hecho, probablemente, si tardó tanto en entrar en la historia social española, fue debido a que se la vio como tendente a sustituir la lógica de la lucha de clases en la evolución histórica. Puede que en ocasiones haya sido así; pero desde la perspectiva que aquí más nos interesa, la de su empleo como una herramienta más para la consecución de hegemonías sociales, no puede ser nunca interpretada en ese sentido, antes al contrario. Analizar las estrategias empresariales de gestión de personal a través de la actividad diaria y de la organización de sus espacios no supone ninguna voluntad de hurto de la dinámica de cambio social a través del conflicto de clases, sino que, al contrario, pone de relieve un aspecto vital en el proceso y que a menudo no es considerado.

El fomento de la solidaridad *vertical* —de cada obrero con el patrón— encuentra recursos expresivos muy diversos: estatuas en lugares clave, placas o el propio aislamiento o disposición física del poblado, que lo hace deudor y dependiente de sus organizadores. Complementaria del fomento del sentido de pertenencia a la empresa y de la percepción del propietario como un padre es sin duda la limitación de la solidaridad entre los obreros —que podríamos llamar *horizontal*—. Para ello es un mecanismo fundamental obstaculizar y sustituir la sociabilidad espontánea, paso previo a la generación de este sentimiento y elemento de muy difícil tutela por otras instancias sociales, precisamente por su carácter aleatorio y hasta cierto punto imprevisible. El principio sobre el que se opera es muy sencillo: es más fácil que alguien se identifique con los problemas, las reclamaciones o las ideas de un compañero al que conoce bien incluso en su vida privada²².

El análisis espacial desde esta perspectiva es difícil de abordar para los historiadores, tanto por su planteamiento como por las fuentes a emplear. Lefebvre previene contra la interpretación unívoca de los lugares, en el sentido de asignar a cada forma una función: “Un sché-

²¹ Henri Lefebvre, *La production de l’espace*, París, 1974, p. 461.

²² No en vano la autoridad moral de ciertos trabajadores en la minería asturiana surge de una compleja amalgama de factores personales en la que tiene un gran peso la aptitud para el trabajo pero también, precisamente, la vida privada. Lo constata, para las huelgas de 1962, Rubén Vega García, «Acerca de la trascendencia de un conflicto obrero», en Rubén Vega (coord.), *Las huelgas de 1962 en Asturias*, Gijón, 2002, pp. 47-48.

ma simpliste s'écarter aussitôt, celui d'une correspondance terme à terme (ponctuelle) entre les actes et les lieux sociaux, entre les fonctions et les formes spatiales"²³. Enlaza esto con toda la tradición geográfica de distinción entre *espacios* y *espacios vividos*. José Sierra atribuye la aparición de este concepto en la historia social al desarrollo de la idea thompsoniana de "experiencia" —mediación históricamente marcada entre estructuras y prácticas—, empleada sobre todo en el ámbito temporal, pero aplicable al espacial. De este modo, en la "experiencia del espacio" se incluirían las prácticas de apropiación que actúan en el proceso de conversión de los *espacios* (programados) en *lugares* (reapropiados)²⁴. Porque uno de los principales errores de las políticas empresariales de gestión de personal —y de ciertos análisis estructuralistas— es precisamente esa: considerar a los obreros como elementos inertes, moldeables a su antojo con la aplicación de herramientas "científicas". Sucede, sin embargo, que no se trata de *objetos* sino de *sujetos*, y a menudo sus acciones, conscientes o no, se apartan de lo previsto.

2. Sociabilidad y organización espacial en Minas de Lieres

Es el lugar de trabajo un aspecto que no suscita normalmente mucho entusiasmo entre los historiadores, lo que resulta un tanto paradójico. Esta tendencia a olvidar el lugar industrial como tal es insostenible por cuanto es donde pasa una parte importante de su tiempo social el obrero y debido a que, desde luego, es su actividad laboral allí, además de las modalidades de su explotación como fuerza de trabajo, la que lo define socialmente²⁵. El pozo de Lieres se caracteriza precisamente por tener poco aspecto exterior de tal. La ubicación del economato en la plaza de la mina implica un tránsito relativamente grande las dos veces al mes que llegaba el "suministro". Medio pueblo se encontraba allí, lo que simbólicamente tiene su lectura, porque es una forma de restar especificidad al lugar, en tanto que centro no exclusivamente productivo. La plaza, de edificios encalados y llena de mujeres y flo-

²³ Henri Lefebvre, *La production...*, op. cit., p. 43.

²⁴ José Sierra, «Para una lectura histórico-social de la espacialidad obrera», *Studia Historica. Historia Contemporánea*, vols. 19-20, 2001-2002.

²⁵ José Sierra, «Para una lectura...», op. cit.

res, deja de ser un icono alusivo al duro trabajo subterráneo. Este peculiar emplazamiento llama la atención porque es el único equipamiento de la empresa que no cambia de lugar en casi medio siglo. Sorprende el detalle, desde luego, porque es desconocido en otros lugares y parece responder a una voluntad expresa, ya que se contaba con locales más apropiados y próximos a las casas; sin ir más lejos, en la propia barriada, donde varios inmuebles fueron acondicionados como escuela, iglesia o casino durante mucho tiempo, e incluso hasta los años veinte el mismo economato estuvo allí. ¿Por qué no se mantuvo en esa ubicación, que hubiera ahorrado un largo paseo a las compradoras por una carretera peligrosa y con una pronunciada cuesta?²⁶.

Para alcanzar la casa de aseo, que separa el espacio puramente industrial del de oficinas y servicios donde se sitúa el economato, los mineros tienen que atravesar toda la primera plaza, pasando por delante no ya del busto del fundador, sino de todas las oficinas donde desarrollan su labor los empleados. Este recorrido diario tiene una gran carga simbólica y reminiscencias panópticas: pueden ser observados sin percibirlo y lo saben. La configuración de la entrada al pozo se ve reforzada por lo que tiene de jerárquico el acceso a esos lugares administrativos, a los que el obrero entra en contadas ocasiones y en momentos usualmente incómodos para él, como en el caso de tener que pedir un permiso. Esto inviste al lugar de una solemnidad que es revivida a diario al pasar frente a él para acceder a su trabajo.

La casa de aseo es el centro de las instalaciones en superficie. Y no sólo geográficamente, sino también por su carácter simbólico en la organización del trabajo. Por una parte, es la transición entre el edificio de dirección y la caña del pozo, el elemento intermedio entre dos mundos. Además, allí suelen ventilarse los asuntos importantes, como las huelgas, a menudo con una coreografía un tanto peculiar durante el franquismo, debida a la necesidad de que no hubiera cabecillas identificables sobre los que descargar la represión. De ahí la importancia de una gestualidad aparentemente inocua, como por ejemplo "no bajar la percha" donde se ventila la ropa de faena en los altos te-

²⁶ *Rapport de fin d'année 1924*, AHN, MDL, C/524.1. La ubicación en la plaza de la mina la refrendan los testimonios orales de Wenceslao Jordán Cabello, Hilda Marcos Vía y María Álvarez Sastre (se han recogido 24 testimonios de trabajadores de Solvay residentes en el barrio obrero antes de 1955 y sus familias, mediante cuestionarios abiertos semidirigidos, comprendiendo ocho familias a razón de padre, madre y un hijo. No hay grandes variaciones entre ellos y se considera una muestra razonable para un hábitat nunca superior a las cien viviendas).

chos del vestuario o leer la prensa al revés; detalles interpretados entonces como señal de que algo no iba bien y aquel día nadie debía bajar al tajo. Esta sociabilidad tan viva, y a veces tan frágil y codificada, que caracteriza a estos edificios hace que llame la atención una medida de promoción de la seguridad emprendida por Minas de Lieres en 1963. La empresa intentaba suplantar la original solidaridad distendida construida por los propios trabajadores: "Últimamente se ha adquirido un magnetofón en el que se imprime música agradable y que a prudentes intervalos intercala consignas de seguridad amenas y jocosas y que se pone en funcionamiento a las horas en que los obreros cambian sus ropas y se asean cuando entran o salen del trabajo"²⁷. Recién acaecidas las huelgas de 1962, y en plena efervescencia aún la conflictividad en la zona, resulta cuando menos sospechoso que se decida amenizar con música y consignas de seguridad un lugar caracterizado por su profunda sociabilidad y su valor de referente organizativo del colectivo, plenamente documentado como tal para un conflicto como el de 1962, y que, a diferencia de otros, sí tuvo incidencia en Lieres²⁸. No es un caso aislado, porque Óscar Caso documenta una carta a *La Aurora Social* en 1929 en la que un obrero de Solvay denuncia que "en la casa de aseo no podemos movernos ni siquiera mirar unos para otros". La dirección de la empresa, pues, fue consciente a lo largo de toda su historia de la importancia de este espacio de camaradería²⁹.

Otra batalla simbólica estuvo relacionada con el orden y la pulcritud inusitados que imperan en las instalaciones. Detalles como volcar vagonetas en horario extralaboral o escribir en ellas u otros lugares groserías contra compañeros o superiores pueden considerarse for-

²⁷ Informe titulado *Selección y formación*, 17-5-1963, AHN, MDL, C/339.6. Sobre la importancia de la gestualidad en las huelgas de 1962, ver Rubén Vega García, «La trascendencia de un conflicto obrero», en Rubén Vega (coord.), *Las huelgas de 1962 en Asturias*, Gijón, 2002.

²⁸ Los mineros de Solvay se sumaron ya avanzado el conflicto, en mayo, pero se sumaron, rompiendo con su secular aislamiento físico e ideológico del resto de la cuenca central asturiana. Esto debió de resultar al menos sorprendente para una dirección acostumbrada a unas relaciones laborales muy edulcoradas: jun socialista fue sorprendido distribuyendo panfletos en la mina! Sobre el desarrollo cronológico de las huelgas y su extensión a Minas de Lieres, Ramón García Piñero, «La huelga del silencio. Hojas del calendario», en Rubén Vega García (coord.), *Las huelgas de 1962 en Asturias*, Gijón, 2002.

²⁹ Óscar Caso Roiz, «Aproximación a los orígenes del movimiento obrero en Minas de Solvay (Lieres)», en *Solvay-Lieres. Conjunto industrial minero 1903-2003*, Lieres, 2003, p. 187.

mas, seguramente intuitivas, de reapropiación de estos espacios; modos de recordar que —pese al cuidadísimo aspecto— aquello es un lugar de trabajo muy duro y peligroso, con sus conflictos, y no una Arcadia feliz³⁰.

Tampoco es el vial un ámbito muy tratado en la historiografía, debido sin duda a la dificultad de su análisis, pero en gran parte también a la asunción acrítica de la lectura funcionalista de la calle como simple espacio de circulación. Se ha señalado ya que ello en absoluto es así, en especial para las clases populares, que desarrollan una porción importante de su vida puertas afuera de su casa o de la fábrica. Y precisamente limitar eso es una aspiración constante de las capas burguesas como clase hegemónica, pero en especial de la burguesía industrial respecto a sus obreros. Carmen Benito del Pozo descubre esta voluntad en el poblado de Bustiello, de la Sociedad Hullera Española: "La comunicación entre los vecinos resulta entorpecida por la distribución de los viales. Con ello se establece una clara frontera entre lo público y lo privado, lo familiar y lo colectivo"³¹. Algo semejante cabría pensar para el poblado obrero de Solvay Lieres en La Riega les Cabres. El momento de sociabilidad que normalmente tenía todo el mundo era tras la cena, en la puerta de las casas, por lo que llama la atención que siendo la calle tan amplia no se colocaran allí unos bancos, viéndose obligados sus habitantes a sacarlos de sus casas o a fabricarlos ellos³². Parece bastante evidente que a la empresa no le placía este tipo de uso relacional de sus viales. La pervivencia de esta costumbre durante largo tiempo, en todo caso, no deja de ser otra forma de reapropiación de ese espacio que se pretende aséptico y de mero tránsito. Un modo de reinterpretación a otro nivel, a través de la personalización, es la pintada. El boletín lamenta que sean comunes en las escuelas y otros lugares y aboga por desterrarla³³.

³⁰ El vuelco de vagonetas y las pintadas se denuncian en *La Mina*, núm. 19 (noviembre 1956), p. 12. Para ilustrar la importancia simbólica de la personalización del espacio productivo, véase Aziz Jellab, «Espace usinier et relations de pouvoir: quelques considérations sociologiques», *Espaces et Sociétés*, núm. 86 (1996).

³¹ Carmen Benito del Pozo, «La industrialización asturiana: entre la Arqueología y la Historia (El poblado minero de Bustiello)», *Abaco*, 1 (1992), p. 80.

³² Testimonios orales, María Álvarez Sastre y Wenceslao Jordán Cabello.

³³ «La tontería reflejada en las paredes», *La Mina*, núm. 98 (mayo 1963), p. 14. Artículo contra las tertulias en *La Mina*, núm. 39, p. 11. Los accesos son tales que los obreros pasan necesariamente por delante del bloque de empleados. Parece que había algún interés en que fuera así cuando, contra la norma común de "a más dignidad, mayor altura" en la ubicación de los edificios, se obligó a localizarlos en la cota más baja de la barriada.

La promoción patronal de viviendas no es en absoluto una característica peculiar de Solvay³⁴. Ofrecer cobijo a los obreros suponía una ventaja competitiva en el escaso mercado minero de mano de obra. Cuando “los belgas” adquirieron la mina a principios del siglo XX y le dieron una mayor dimensión, se hizo imprescindible crear nuevos alojamientos. Además, la vivienda tenía otra virtud en según qué contextos. Se ha señalado ya que la mano de obra minera estuvo escasamente proletarizada durante mucho tiempo debido a su condición de obreros mixtos, dedicados a la agricultura y empleados en la mina como complemento, lo que generaba la deserción estacional de los mineros y su bajo rendimiento por la doble jornada. Proveerles de viviendas más o menos alejadas de sus explotaciones agrícolas, inmersas en una lógica socioeconómica distinta y, sobre todo, inadecuadas por sus condiciones para un trabajo agropecuario a cierta escala, era una medida muy prudente³⁵. Las condiciones habitacionales tenían asimismo su repercusión en la productividad. Una vivienda inadecuada provoca un aumento de las enfermedades y dificulta la eficiente reproducción de la fuerza de trabajo a través del descanso. Y Solvay debía ser consciente de ello, porque el barrio reúne unas condiciones muy superiores a la media

³⁴ Lo que sí es inusual es que el propietario de la empresa sea un sociólogo y filántropo de reconocido prestigio, como es el caso de Ernest Solvay. Sobre sus teorías han escrito Jacques Bolle, *Solvay. L'invention, l'homme, l'entreprise industrielle*, Bruxelles, 1963, y Fernando Gil Mariscal, *Política positiva (según las teorías de Solvay)*, Madrid, 1934. El propio industrial, aunque no tiene una obra sistemática, sí terminó por editar algunos discursos y artículos. Véase Ernest Solvay, *El contabilismo social (o sistema para reemplazar la moneda)*, Salamanca, 1899, y *Note sur des formules d'introduction de l'énergetique physio et psycho-sociologique*, Bruselas, 1906.

³⁵ Sobre los problemas del obrero mixto, véase Francisco Gascue y Murga, *Colección de artículos industriales acerca de las minas de carbón en Asturias*, Oviedo, 1884, pp. 113-114. Para algunos el fin primordial de la construcción patronal de viviendas sería concentrar a la población y urbanizarla, quebrando sus vínculos con la tierra y haciéndola más dependiente del salario y, por tanto, de la influencia patronal y sus técnicas de organización del trabajo. R. Alvargonzález, A. Fernández y S. Tomé, «Langreo y Mieres durante el periodo 1890-1936. La consolidación del fenómeno urbano en la cuenca minera asturiana», en M. Tuñón de Lara (dir.), *Las ciudades en la modernización de España. Los decenios interseculares*, Madrid, 1992. Ninguna empresa pretendió alojar a una mayoría de sus asalariados, lo que hubiera supuesto una absoluta ruina. En 1924 el paradigma del paternalismo asturiano, Hullera Española, alojaba a un 10% de la plantilla, según A. Shubert, *op. cit.*, p. 41. En esa misma fecha, Minas de Lieres lo hacía con aproximadamente un 17% de la suya, y posiblemente este fuera el índice más alto del sector, *Rapport de fin d'année 1924*, AHN, MDL, C/524.1.

del momento, cuando todavía no habían sido fijadas de una forma estandarizada³⁶.

Otra repercusión de las malas viviendas es que se consideraba que “empujaban” al obrero a la taberna; y si esta —el *chigre* en Asturias— era tan temida, no se debía sólo a un prejuicio moral. Las grandes cantidades de alcohol que se consumían y su más que frecuente baja calidad eran factores de un notable deterioro de la mano de obra, teniendo así un efecto perverso: convertir el tiempo no laborable en periodo de desgaste y no de reposición de la fuerza de trabajo. Era además un motivo de absentismo, debido a que las secuelas de los excesos dominicales frecuentemente aconsejaban a sus partícipes la celebración unilateral del conocido “san lunes”³⁷. Así pues, un objetivo primordial en la estrategia empresarial será que para el obrero el tiempo libre comenzara a tener el significado de descanso para la siguiente jornada; y una de las primeras medidas debía ser la nada fácil de alejarlo del bar, para lo que se necesitaba entre otras cosas del concurso de unos buenos alojamientos que permitieran alternativas serias a las funciones de estos espacios públicos. Pero en los *chigres* concurría un problema añadido, el de ser un lugar escasamente intervenido por los grupos sociales hegemónicos, a diferencia de otros centros de sociabilidad obrera, como coros, ateneos o sociedades deportivas. Tal circunstancia hizo que a menudo fuera este un sitio de actividad política, muy especialmente en las largas etapas de clandestinidad organizativa³⁸.

El alojamiento también es una categoría vital en una estrategia complementaria a las señaladas, que podríamos llamar de *familiarización*. Reducir al obrero a la forma de vida burguesa es una aspiración

³⁶ Aunque el debate en las sociedades filantrópicas a este respecto es anterior, no será hasta después de la Gran Guerra cuando se fijen de una manera relativamente estable las condiciones de habitabilidad consideradas deseables para una vivienda obrera, según M. Eleb-Vidal y A. Debarre-Blanchard, *L'invention de l'habitation moderne. Paris, 1880-1914. Architectures de la vie privée*, París, 1995, p. 62.

³⁷ La falta al trabajo en lunes alcanzó cotas de hasta el 75% en la cuenca de Quijor en el año 1920, según L. Torón y Villegas, *Memorias de las Minas de Teverga*, citado por A. Shubert, *op. cit.*, p. 36.

³⁸ Sobre las campañas contra estos establecimientos, véase Jorge Uría, «Ocio, espacios de sociabilidad y estrategias de control social: la taberna en Asturias en el primer tercio del siglo XX», en M. Redero (coord.), *Sindicalismo y movimientos sociales*, Madrid, 1994. También Georges Chastagneret, «Les divertissements dans les cités minières espagnoles à la fin du XIX siècle et au début du XX», J. Maurice, B. Magnien y D. Bussy Genevois (dirs.), en *Peuple, mouvement ouvrier, cultures dans l'Espagne contemporaine*, Vincennes, 1990.

constante. De ahí las políticas que se dieron en llamar de “moralización”, encaminadas a eliminar toda promiscuidad o disolución de la familia nuclear. El soltero era una lacra a suprimir y como tal se le trataba, por su carácter inestable e imprevisor, por no hablar de su mayor tendencia a embarcarse en aventuras políticas. Un obrero casado y con una familia según los cánones al uso sería mucho más remiso a cambiar de domicilio y de empresa, amén de su utilidad como formador de futuros obreros en la persona de sus hijos, algo importante en una profesión que conservaba una transmisión de los saberes del oficio muy artesanal³⁹. A su vez, el poblado cerrado sobre sí era un medio de defensa contra elementos subversivos del exterior, de acuerdo con una tendencia a la autosuficiencia bastante acusada, al no tener que salir del poblado para nada, logrando así que el efecto buscado de aislamiento de aquella pequeña Arcadia fuera completo; tendencia excepcionalmente nítida en los cuarteles de Solvay en Lieres, que apenas tienen relación con el resto del pueblo, aún en los años sesenta⁴⁰. De hasta qué punto era efectiva la política familiar de la empresa da idea el hecho de que no hubiera en las inmediaciones prostíbulo alguno. Hubo durante un breve periodo uno en El Remedio, no muy a mano para los lierenses, pero aun así duró poco, quizá debido a oportunas gestiones de la empresa⁴¹.

Lo primero que se construyó fue el chalé de dirección, contiguo al nobiliar palacio de los Valdés Cavanilles e inspirado en la casa mesocrática asturiana del siglo XIX. ¿Denota esto un afán de la empresa por asimilarse simbólicamente a la aristocracia agraria? Después se creó una barriada estilísticamente peculiar en el contexto asturiano por ser

³⁹ A principios del siglo XX los trabajadores de Lieres contaban ya con un parvulario de la empresa, un servicio verdaderamente inusitado en aquel momento. El tiempo que esta atención liberaba para las madres era susceptible de ser empleado en la mejora de las condiciones domésticas en general, fin para el que la empresa también ponía otros medios, como clases de costura... En la mencionada ambición de regeneración de la familia obrera era pieza fundamental la madre, un bastión entre otras muchas cosas por su índice de religiosidad. Convertirla en nexo de unión familiar y organizadora del hogar y la vida era un anhelo de cualquier industrial preocupado por estos temas, pero en pocos sitios se ensayaban soluciones de tipo tan moderno. *Rapport de fin d'année 1924*, AHN, MDL, C/524.1. Aún en los años sesenta los obreros con familia tenían preferencia absoluta en la concesión de viviendas de la empresa, para alentar esta familiarización aludida, *Reglamento para la adjudicación y cambios de viviendas aprobado por el Jurado de Empresa*, 30 de julio de 1968, AHN, MDL, C/529.5.

⁴⁰ Testimonios orales, Roberto Rozada Castro y María Álvarez Sastre.

⁴¹ Testimonios orales, Roberto Rozada Castro, Enrique Corujo Barbes y Wenceslao Jordán Cabello.

producto de un catálogo interior de la empresa, ya que son idénticos a los cuarteles de otros centros productivos Solvay, como el de Barreda, constituyendo por tanto un ejemplo de una homogénea y centralizada política⁴². Las tareas se empezaron en 1905 y el primer cuartel —el Grupo I— estuvo terminado en 1907, trasladándose al mismo de forma temporal los empleados, hasta que pudieron mudarse tres años después al bloque pensado para ellos, el número III. Inicialmente los tres grupos edificatorios, rectangulares y en ladrillo visto, totalizaban 90 viviendas, a razón de 18 casas de dos viviendas —de 56,75 m² más buhardilla— en cada uno de los dos bloques obreros y 18 casas unifamiliares en el de empleados. La única diferencia entre ellos era la distribución interior, lo que ya nos pone sobre la pista de la versatilidad con que están concebidos estos edificios. Este número de viviendas para la década de 1910, en la que la plantilla era poco más que centenaria, era muy elevado, aun teniendo en cuenta que en parte del Grupo III se instalaron servicios como las escuelas. Pero la proporción —algo previsto, cabe suponer— disminuyó rápidamente a partir de la apertura del primer pozo vertical en el año 1916 y el vertiginoso incremento de trabajadores que conllevó⁴³. Covadonga Álvarez ejemplifica la aludida versatilidad en la distribución en la escalera arrimada a un muro costero, lo que posibilita una flexibilidad en el espacio interior que permite alojar en cada casa a una, dos o tres familias, como se hará en los años de la autarquía debido al aumento de la plantilla. La escalera es también, como lugar común, uno de los espacios de sociabilidad que se intenta eliminar, por estar prestas a múltiples formas de relación inicialmente no previstas y ser por ello peligrosas para la familia y la paz social⁴⁴. En la Colonia Solvay hay para un máximo inicial de 36 viviendas por bloque... 18 portales en cada uno.

La distribución interior de las viviendas de obreros responde a un esquema muy sencillo: cocina-comedor-salón-vestíbulo y dos dor-

⁴² Véase fotos de las casas de Solvay en Torrelavega en María Castrillo Romón, *op. cit.*, pp. 316-317.

⁴³ Curiosamente, de no haber mediado las especialmente favorables circunstancias que para la minería asturiana supuso la Primera Guerra Mundial, seguramente Solvay hubiera abandonado la explotación a causa de los escasos rendimientos del yacimiento, según Fausto Vigil Álvarez, «La minería en Siero», *Boletín del IDEA*, núm. 22, 1954.

⁴⁴ Covadonga Álvarez Quintana, «Solvay & Cie. [...] El poblado...», *op. cit.*, p. 213. Respecto a las implicaciones de las escaleras, véase M. Eleb-Vidal y A. Debarreprivée, *L'invention de l'habitation moderne. Paris, 1880-1914. Architectures de la vie privée*, París, 1995, p. 28. Sobre la evolución y codificación de la vivienda, véase Witold Rybczynski, *La casa. Historia de una idea*, Madrid, 1992.

mitorios comunicados, además de un desván o ático que fue empleado como dormitorio durante mucho tiempo. Cuando la sala de estar es polifuncional, como en este caso, en realidad lo que sucede es que la cocina recupera la función de lugar de sociabilidad que tiene en la casa popular rural y que pierde cuando hay un salón. Esto no le resta potencialidad cohesionadora y suma además —al ser a la vez vestíbulo o entrada— una función de control familiar en la figura de la madre. De esta forma se plasma espacialmente la estrategia de colocar a la mujer en el centro de la “familia reconstituida”.

Cada vivienda contaba con un huerto delante de la fachada principal. La idea de dotar a los obreros de este elemento fue largamente considerada por los teóricos de la filantropía, que por lo general lo tenían por un dechado de virtudes. Era un factor de desaglomeración muy conveniente para la higiene y la moral, amén de un espacio de ocio sano para el obrero; un modo de apartarle de la taberna, por no mencionar el importante complemento económico que podría significar. Incluso se señalaron supuestas capacidades de fijación al lugar, por ese atavismo campesino de apego a su tierra y la recuperación del nexo medieval entre trabajo agrícola y trabajo industrial, que se estimaba garantía de paz social⁴⁵. Se ha señalado ya que tanto el proletario como el campesino-obrero tenían inconvenientes. Quizá en Minas de Lieres se trató de fomentar un híbrido que podríamos llamar obrero-campesino, lo que explicaría la solución poco frecuente de dotar de tierra de labor a familias no habitantes de casas unifamiliares de planta baja y exentas. Alojados en unas viviendas en bloques, estaban impedidos para la realización de labores agrícolas a gran escala y, por tanto, su actividad en este terreno no podría suplantar nunca a su trabajo asalariado, ni siquiera competir con él. Pero, provistos de un huerto frente a la casa y, si lo deseaban, de algún otro en el entorno de la colonia, las labores del campo podían absorber prácticamente todo el tiempo libre del trabajador, proporcionándole unos ingresos extraordinarios. Había, por tanto, un porcentaje importante de trabajadores arrendatarios de viviendas de la empresa que no iba a faltar, pese a todo, en la época de la siega. Quizá este sea uno de los motivos de que en Lieres existiera una conflictividad escasa y a la vez los rendimientos fueran de los más altos de Asturias⁴⁶.

⁴⁵ María Castrillo Romón, *op. cit.*, p. 195-198.

⁴⁶ Desde el punto de vista económico, acceder a una de estas viviendas era una suerte para cualquiera, dado que en 1924 pagaban entre 8 y 9 pesetas por los bajos y 10 por los pisos, cuando ya en 1918 se calculaban 21 pesetas por alojamiento. Hay que tener en cuenta además que las viviendas de Solvay mejoraban muchísimo la

Se ha señalado como característica de la casa familiar moderna respecto a la casa-taller del Antiguo Régimen la “liberación, también, por distanciamiento, del espacio del trabajo y de la estricta repartición del tiempo que reina en él”⁴⁷. Esta liberación nunca es tal cuando uno habita una vivienda proporcionada por la empresa donde trabaja; pero menos aún lo es en casos como el de una colonia minera, con una total contigüidad al centro de trabajo. Hay todo un conjunto de sensaciones olfativas, sonoras, etc., que contribuyen a que el espacio del entorno de la mina se perciba como un todo con la misma. En concreto, uno de los más característicos y conscientemente advertidos es el silbato (*turullu*). Esta señal acústica no regulaba sólo los tiempos de trabajo de los obreros, que iniciaban o cesaban la faena a su compás; era oído también en un radio bastante grande, que desde luego abarcaba ampliamente la colonia, de tal modo que toda la vida de las familias mineras llega a regirse por tan acostumbrado sonido: el de las doce suponía el fin del recreo...⁴⁸. Desde niños los futuros mineros se familiarizaban así con unos ritmos perfectamente medidos y homogéneos, cuya implantación es una preocupación empresarial básica en los inicios habida cuenta de la percepción flexible y relativa del tiempo que tienen normalmente los campesinos. Pero no solamente es importante el detalle en este sentido; tampoco debe olvidarse la unidad que confiere a la colonia con el centro de trabajo. En tanto que convierte a ambos en un espacio continuo, no deja de ser un medio más de refrendar la extensión a la vida privada de la autoridad del amo, ya creada por la promoción patronal del barrio, pero reforzada por la proximidad de la mina. Esta indiferenciación del espacio laboral y el residencial entronca perfectamente con la reseñada estrategia de negar estéticamente al primero su condición de tal; son

media de habitabilidad. El capital empleado por la empresa en la construcción fue de 619.362 pesetas y recaudaba anualmente 3.753, por lo que hubieran sido necesarios unos ciento sesenta años para amortizar la inversión. Evidentemente, la rentabilidad se obtenía por otras vías... Precios de los alquileres de *Rapport de fin d'année 1924*, AHN, MDL, C/524.1. Los del presupuesto por alojamiento en 1918 son proporcionados por Manuel Llana al Instituto de Reformas Sociales, *Informes de los Inspectores de Trabajo sobre la influencia de la guerra europea en las industrias españolas (1917-1918)*, t. II, p. 108, y CM 1922, p. 47.

⁴⁷ Jacques Pezeu-Massabuau, *La vivienda como...*, *op. cit.*, p. 54.

⁴⁸ Testimonios orales, María Álvarez Sastre, Enrique Corujo Marcos y Bernardi-barrio que se lo llora como a un allegado: más de una lágrima se derramó en Lieres cuando anunció la salida del último relevo al cerrar Hunosa la mina en diciembre de 2001.

dos tácticas perfectamente compatibles y complementarias. En realidad, todo el espacio de la empresa deviene amable recinto residencial y es testimonio de su grandeza y su autoridad. De esta manera, la distancia entre vida y trabajo se difumina.

3. La gestión de los espacios de ocio en Minas de Lieres

Ante la emergencia de una cultura obrera algunos elementos de la burguesía desarrollaron estrategias encaminadas a impedir que los trabajadores afirmaran su autonomía también en este ámbito. Por eso las acciones encaminadas a controlar el tiempo libre de trabajo no deben contemplarse sólo como un modo de asegurarse la adecuada reproducción de la fuerza de trabajo, sino también como un mecanismo de subordinación cultural⁴⁹. En este empeño es fundamental la taberna, centro de sociabilidad obrera por excelencia. Al respecto Jorge Uría y Carlos Serrano señalan que la prevención del empresario y, en general, de las diferentes capas burguesas ante esta es producto tanto de la lacra productiva que puede suponer como de su condición de lugar de sociabilidad difícil de intervenir. Estos establecimientos se distinguen por fomentar ese tipo de relación voluntaria, no mediada por otras instancias sociales, como ocurre con los espacios de sociabilidad formal hacia los que se intenta derivar el impulso asociativo de las capas populares. De ahí que lluevan las campañas en su contra desde ámbitos patronales, médicos, criminológicos...⁵⁰. Como toda zona minera que se precie, la carretera Lieres-La Cruz estaba florida de bares, en lugares estratégicos para un furtivo trago antes de entrar al trabajo o un rato más distendido al salir. También para recoger el vino con el que comían en el tajo porque, aunque estuviera terminantemente prohibido beber en el interior, se hacía la vista gorda para evitar un conflicto en lo que, al cabo, no era sino una

⁴⁹ G. Chastagneret, «Les divertissements dans les cités minières espagnoles à la fin du XIX^e siècle et au début du XX^e», en J. Maurice, B. Magnien y D. Bussy Genevois (dirs.), *Peuple, mouvement ouvrier, cultures dans l'Espagne contemporaine*, París, 1990.

⁵⁰ Jorge Uría, «Ocio, espacios de sociabilidad y estrategias de control social: la taberna en Asturias en el primer tercio del siglo XX», en M. Redero (coord.), *Sindicalismo y movimientos sociales*, Madrid, 1994. Carlos Serrano, «Le vin du prolétaire. Alcool et sociabilité ouvrière en Espagne à la fin du XIX^e siècle», en R. Carrasco (coord.), *Solidarités et sociabilités en Espagne (XVI-XIX siècle)*, París, 1991.

más de las expresiones de resistencia a la organización patronal del trabajo. Si en la siega se hacía un alto para echar un trago de la bota, ¿por qué no dentro del pozo? En el *chigre* se cantaba, se jugaba a las cartas o a los bolos, se hablaba, se leía el periódico, se compraban alimentos y otros productos... La taberna oficiaba como un verdadero bastión de la cultura popular, incluyéndose en ella, entre otras cosas, todos los hábitos con los que se pretendía acabar desde unas instancias gerenciales que se mostraban inoperantes ante la informalidad del lugar. A ello contribuía desde luego su espacialidad; un asunto que ha de considerarse forzosamente en este análisis. Las mesas pequeñas y ligeras favorecían su versatilidad, acentuada por un mostrador que no aparece en los cafés burgueses de Oviedo. Eran también parte del mobiliario las grandes mesas alargadas, en las cuales es imposible sustraerse a la sociabilidad o formar pequeños grupos inconexos entre sí. Otro factor que hay que considerar en este sentido es la sidra, segunda bebida tras el vino entre los mineros de Lieres y que como es bien sabido se consume compartiendo un único vaso entre varios bebedores y casi nunca se toma en soledad. Es decir, el espacio de estos bares populares era un lugar de colectividad, de intercambio, de formación de lazos, de solidaridad⁵¹.

La empresa debía ser consciente de que contra la taberna y el alcohol no había ningún camino directo, porque entonces el remedio podía ser peor que la enfermedad. De ahí que no se actuara ante la más que evidente introducción de bebida en la mina. Se confió en estrategias más oblicuas, como artículos en el boletín de la sociedad. En uno de los muchos embates que desde la revista se dirigieron contra el *chigre*, se culmina con una apreciación que puede parecer improcedente a quien crea haber leído un simple artículo en el que se habla de los problemas de salud y moralidad que ocasionan las tabernas, al expresar que, si dejaran de existir estos establecimientos, «¡cuánto irían desapareciendo los odios y las reivindicaciones de clases!»⁵². En cualquier caso, hubo otras circunstancias que perjudicaron más a los bares de la zona que todas las diatribas desde las páginas de *La Mina*. La afluencia a estos establecimientos se vio drásticamente mermada cuando en los años cincuenta se estableció un transporte para los obreros que les llevaba de sus pueblos a la plaza de la mina

⁵¹ Testimonios orales, Enrique Corujo Barbes, Roberto Rozada Castro y Wenceslao Jordán Cabello. Sobre el espacio de la taberna, Jorge Uría, «Ocio, espacios...», *op. cit.*

⁵² «Divulgación sanitaria. El obrero después del trabajo», *La Mina*, núm. 41 (septiembre de 1958), p. 2.

con unos horarios fijos y ajustados a los relevos, por lo que no había lugar para sus beneficiarios a pasar por el *chigre*. Si la empresa tenía prevista esta circunstancia que redundaba en su provecho, no es posible determinarlo; en cualquier caso, la efectividad de la medida en este sentido duró poco tiempo, puesto que al generalizarse el coche en los años sesenta los locales recuperaron su esplendor. Testimonio de ello son los artículos en el boletín que relacionan la bebida con los percances *in itinere*⁵³.

Pero la empresa encontró formas mucho más directas de sustraer a sus trabajadores de ambientes considerados nocivos. Junto al cine, el gran atractivo del casino que Solvay construyó en Lieres era, sin duda, el bar. Se trataba, tanto en el viejo como en el nuevo, de un local mucho más lujoso y mejor instalado que cualquier *chigre* de las inmediaciones. Además, ofrecía unos precios inalcanzablemente baratos para los pequeños establecimientos familiares de la zona⁵⁴. Y es que, no en vano, su principal función era hacerles la competencia. No había lugar en él a tanta cercanía y tumulto, porque contaban con mesas pequeñas y pesadas, lo que dificultaba su yuxtaposición y fragmentaba los grupos de discusión e intercambio. En general se promovía un tipo de relación más rígida, mucho más codificada: no se podía ir en mangas de camisa, había portero uniformado... Incluso a muchos chavales cuyos padres no les permitían ir a los bares sí se les dejaba estar en el casino, porque se consideraba que era un lugar muy controlado y sin peligro. En general los juegos eran más refinados: ajedrez, billar clásico... La prueba definitiva de la sustancial diferencia que separaba casino y bares es que al primero sí acudían mujeres —acompañadas de sus maridos, claro—, cosa nada habitual en las tabernas cercanas⁵⁵. Esta circunstancia es a la vez muestra del éxito que también por esta vía cosechaba la política de familiarización seguida por la empresa. ¿Qué tipo de ocio *desviado* puede practicar uno en un establecimiento de la empresa en la que trabaja y acompañado de su esposa? Pese a esto, los bares de la carretera a la mina se llenaban; aunque a buen seguro con una proporción mayor de no residentes en La Riega les Cabres, que posiblemente se sintieran más intimidados y controlados en el casino. Por tanto, si la empresa tenía alguna confianza en un efecto de difusión de hábitos de los obreros alojados por ella

⁵³ *La Mina*, núm. 94 (febrero de 1963), p. 5; núm. 104 (diciembre de 1963), p. 3; núm. 112 (agosto de 1964), p. 9; núm. 120 (abril de 1965), p. 4...

⁵⁴ Testimonio oral, Wenceslao Jordán Cabello.

⁵⁵ Testimonio oral, María Álvarez Sastre.

al resto de la plantilla, parece que fracasó, al menos en el caso del bar. Esto explicaría por qué —si prácticamente todos los habitantes de Campiello eran socios del casino— los múltiples *chigres* de la zona subsistían; y a la vez da la medida de hasta qué punto los obreros alojados por la empresa eran aculturados en unos hábitos de vida diferentes a los del resto de sus compañeros. En el pueblo había también distracciones que no estaban promovidas por Solvay, si bien colaboraba con ellas debido sin duda a que se consideraban armónicas con sus diseños generales⁵⁶.

En el casino desarrollaba sus actividades el Círculo Obrero controlado por Solvay, en un ejemplo meridiano de cómo las formas estructuradas de sociabilidad son mucho más fácilmente intermedias que las informales. De los cinco miembros del Comité Directivo dos eran elegidos por los socios, pero a tres los nombraba la dirección de la mina, que de este modo se aseguraba el control sobre sus actividades, generosamente subvencionadas con 200 pesetas mensuales en 1924⁵⁷. Las disposiciones sobre el acceso al local revelan algunas cosas interesantes. El artículo 34 aclara que pueden entrar sin ser socios vecinos o amigos de estos si van acompañados o son presentados por alguien que lo sea, mientras que el 35 prohíbe expresamente la entrada a trabajadores de Solvay no asociados, aunque vayan acompañados de uno que sí lo sea. Esta discriminación parece una represalia contra los trabajadores que optaban por invertir su tiempo libre de forma ajena al centro —por tanto, “incontrolada” para la empresa— y pretendían luego puntualmente asistir a algún evento que les interesaba. Teniendo en cuenta que no había muchas más distracciones y que la oferta de entretenimientos que allí se hacía era bastante solvente, es comprensible que casi todo el barrio fuera socio. En 1959 había 280 obreros (sobre 600) que lo eran; buena parte serían los residentes en la colonia, que eran los que más podían disfrutarlo⁵⁸.

⁵⁶ En 1942 hay al menos dos empleados de Solvay entre los cinco integrantes de la Comisión Gestora de la Peña Ciclista Lierense, *Reglamento*, AHPA, Gobierno Civil, C 20.140. En la Sociedad de Festejos encontramos como tesorero y presidente a otro par. *Reglamento de la Sociedad de Festejos de Nuestra Señora de la Salud* (1950), AHPA, Gobierno Civil, C 20.140. Parece que sucede algo semejante en todas las instancias, como el club de fútbol. Según un empleado que ostentó cargos en la directiva del club, la participación en estas instituciones se hacía a requerimiento expreso del director de la mina.

⁵⁷ *Rapport de fin d'année 1924*, AHN, MDL, C/524.1.

⁵⁸ *Reglamento de la Sociedad Solvay*, 1944, AHPA, Gobierno Civil, C 20.140. El número de socios está extraído de *La Mina*, núm. 56 (diciembre de 1959), p. 5.

A través de la biblioteca del centro se proveía de lectura a los trabajadores, pero se ponía esmero en elegirla. Se cuidaba la temática religiosa en diferentes formas (vg. *Yo maté a María Goretti*) y se disponía de una buena proporción de manuales agrícolas y ganaderos. Pero la reina indiscutible es la novela (49,19% de los 309 volúmenes que se conservan), especialmente la de aventuras. Apenas una docena de clásicos, entre los que se cuentan Valle-Inclán, Azorín, Tolstoi, Dostoyevski, Balzac y Baroja. Por tanto, más que entretenimiento, lo que se podía encontrar en la biblioteca Solvay de Lieres era evasión, aunque en los autores más repetidos del género, como Pearl S. Buck, Stevenson o Salgari encontramos además un componente conservador...⁵⁹ En cualquier caso, fuera por la cuidadosa selección de los títulos o por otros motivos, no parece que la biblioteca gozara de los favores del público, o al menos no todo lo que desearían sus promotores. Así lo indican sentidas críticas en *La Mina*⁶⁰.

Siero, el municipio donde se ubica la mina, dispone de una arraigada tradición de dramaturgia popular. En Navidad cuadrillas de mozos con estrafalarías vestimentas —los *sidros*— pedían el aguinaldo y realizaban sencillas representaciones. Desde mediados del siglo XIX esta tradición había perdido gran parte de su carácter folclórico y adquirido unos tintes de crítica social y política que no debían resultar nada gratos a según qué ojos. En una de estas comedias un padre autoriza a sus hijas a casarse con dos socialistas: “La bendición y el permiso/ y además un buen consejo:/ si es que son dos socialistes/ por mí no hay impedimento;/ lo malo será tu madre,/ que se va a snizar los pelos,/ porque quier dos poleciyes/ o dos cabos de serenos;/ yo con pájaros sin pluma/ ya sabes que no me arreglo”⁶¹. Cabe suponer que este tipo de prácticas dramatúrgicas no llenaran de gozo a ninguna persona “de orden”, mucho menos si tenía obreros a su cargo. Esto determinó la búsqueda de sucedáneos dramáticos menos peligrosos, de acuerdo con la ya conocida táctica de mediar y tutelar expresiones potencialmente peligrosas. En un principio fueron obras teatrales de edulcorado tipismo y variedades a cargo de la Compañía Asturiana de Comedias, que empleaba a menudo una mezcla de castellano y astu-

⁵⁹ Biblioteca de Minas de Lieres, AHN.

⁶⁰ «Preparación deficiente», *La Mina*, núm. 20 (agosto de 1956), p. 0.

⁶¹ José Noval, *Comedias de sidros*, Gijón, 1990, núm. 116-117. Este autor, cuyas obras han sido recientemente editadas, es el principal creador de este tipo de comedias a finales del siglo XIX y principios del XX. Las obras están escritas en un asturiano imperfecto y prenornativo. *Poleciyes* quiere decir policías y *snizar los pelos* equivale a caer el pelo.

riano para aproximarse más al público popular. También se ocupó de estos menesteres el propio grupo de teatro de la empresa, que oscilaba entre el costumbrismo y Arniches. Había, pues, cierta diferencia con respecto a las representaciones populares⁶². Después, desde 1944, se completó esta programación con funciones de cine, mostrando desde el principio una decidida voluntad de mantener la exhibición todo el año, incluidos los muy deficitarios meses de verano, para alcanzar su “principal finalidad”⁶³. Y ello con una función no tanto pedagógica —las peculiaridades de la producción filmica hacen más difícil una selección de materiales que en la biblioteca— como sustitutiva del *chigre* o de la dramaturgia popular: “Hemos procurado dejar a un lado aquellos grandes deseos de presentar a nuestro poco cultivado público aquellas grandes películas que, por su trama argumental de hondas reacciones psicológicas, no consiguen ser comprendidas por el espíritu sencillo de nuestro espectador”⁶⁴. Así pues, aunque al principio se trató de darle un mayor sentido “educativo”, ante el riesgo que esto suponía para la viabilidad económica y, sobre todo, la eficiencia social del cine como ocio alternativo —sólo posible con alta asistencia— esta pretensión se sacrifica, al menos parcialmente. Pero no por ello se despreocupaban de los contenidos, ya que los viernes había un pase especial de la película que se estrenaría al día siguiente y a él acudían el director, el ingeniero de producción, el médico, sus esposas y el cura. Por si a la censura oficial se le había escapado algo. Especial celo se puso en preservar las proyecciones infantiles, a pesar de ser altamente deficitarias por la escasez y el alto coste del material al uso, además de la política de precios reducidos de las localidades. Pero la empresa estaba con esta actividad invirtiendo en intentar moldear a sus futuros obreros. Cualquier déficit es asumible con ese objetivo⁶⁵.

⁶² «Nuevas actuaciones del cuadro artístico», *La Mina*, núm. 38 (junio de 1958), p. 11. Memoria de las actividades del Grupo de Empresa en el año 1945, AHN, sin clasificar.

⁶³ *Ibidem*.

⁶⁴ Es reseñable la displicencia intelectual que destila el texto. Pero, sobre todo, la facilidad con que se renuncia a las “grandes películas”, indicio de la intencionalidad señalada. Memoria de las actividades del Grupo de Empresa en el año 1945, AHN, sin clasificar.

⁶⁵ Testimonios orales, Wenceslao Jordán Cabello y María Álvarez Sastre. Al cine cabe suponerle, atendiendo a la concurrencia, una alta rentabilidad social para la empresa. El promedio de asistencia por sesión así lo atestigua (207,09 espectadores en festivos en 1955). De ello resulta que no sólo era autosuficiente económicamente, sino que sufragaba las sesiones gratuitas para los escolares, la biblioteca, el Club Deportivo Lieres (el fútbol era la actividad que consumía la otra mitad del domin-

La rentabilidad del cine en términos de hegemonía social comienza a decrecer a gran velocidad en un momento dado, pero no precisamente porque se produzca una relajación de este tipo de mecanismos. Ya en los años sesenta se da un descenso en la asistencia, debido al auge de la televisión. De forma significativa, a finales de los años cincuenta los encargados del cine se quejan de la falta de ayudas públicas, en una época en la que es frecuente idéntico reproche en lo relativo a la vivienda⁶⁶. La empresa reclama así una vez más a la administración pública que asuma su papel en esa etapa de gestión estatal del esquema propuesto por José Sierra. Se inicia una nueva época de gestión estatal del ocio. Así se entiende que la sesión más concurrida de los domingos deje de ser la de las siete a favor de la de las cinco, algo motivado sin duda alguna por el fútbol televisado⁶⁷. En cualquier caso, el Estado contará para este fin en Lieres con la inestimable ayuda de Solvay. Hasta la instalación de un nuevo repetidor en la provincia en 1963 la recepción de la señal fue muy dificultosa en Campiello y sus alrededores, problema solventado por la empresa con la ubicación de una muy aparatosa antena en el campo de fútbol. No debe sorprender este celo por recibir las emisiones, dado que la televisión es un buen aliado para alguien que pretende limitar las formas desordenadas de sociabilidad. El aislamiento en cada uno de los domicilios familiares era, en este sentido, una fórmula perfecta para fragmentar las prácticas comunitarias o de cohesión solidaria del grupo laboral⁶⁸.

No es posible negar que los esfuerzos realizados por Minas de Lieres para determinar al máximo la vida entera de sus trabajadores, haciéndolos fieles, productivos y sumisos, tuviera resultados visibles

go), etc. En resumen, se trataba de la piedra angular del entramado de ocio de la empresa, porque además era un divertimento esencialmente familiar. Las preferencias del público se inclinaban hacia el cine de aventuras, el inevitable folclore y la comedia, a juzgar por las taquillas. Así, *Bienvenido Mr. Marshall* recaudó en 1954 menos de un tercio que *Pena, penita, pena* (con Lola Flores). Si bien entre los éxitos de público no están del todo ausentes las buenas películas, queda claro que prima la evasión, algo visto con complacencia por los gestores. *Memoria de las actividades del Grupo de Empresa en el año 1955*, AHN, sin clasificar, *Memorias del Grupo de Empresa 1945-1970*, AHN, sin clasificar, «Un poco de historia del Cinema Solvay. El triunfo de la perseverancia», *La Mina*, núm. 55 (nov. de 1959), pp. 13-15, *Libros de contabilidad del Cinema Solvay*, AHN, sin clasificar.

⁶⁶ «Un poco de historia del Cinema Solvay. El triunfo de la perseverancia», *La Mina*, núm. 55 (nov. de 1959), p. 15.

⁶⁷ *Ibidem*.

⁶⁸ «Televisión», *La Mina*, núm. 97 (mayo de 1963), p. 10.

en el sentido deseado por ella. De ahí que a lo largo de su historia pueda observarse un comportamiento entre su personal y unos resultados empresariales diferenciados de los de la mayoría de la patronal minera asturiana, que en muchos casos no desarrolló este tipo de estrategias o lo hizo de una forma mucho más limitada, inconstante o improvisada. Pero esto no puede llevar a dibujar para Solvay un mecanismo perfecto contra el cual no hay lugar a resistencia alguna. Lo que sucede es que en ocasiones estos rechazos, estas disonancias entre lo dispuesto por el patrón y el modo realmente existente de actuar de los obreros, no son en absoluto evidentes, porque están inscritos en actos en apariencia faltos de interés por su cotidianidad y sencillez. En esta línea se ha tratado aquí de señalar algunas de las pequeñas o grandes reacciones y de las inadaptaciones más o menos conscientes que se produjeron en la explotación lieresense, prueba de que la historia siempre deja un margen de acción a los individuos y no hay maquinarias inexorables que puedan impedirlo.

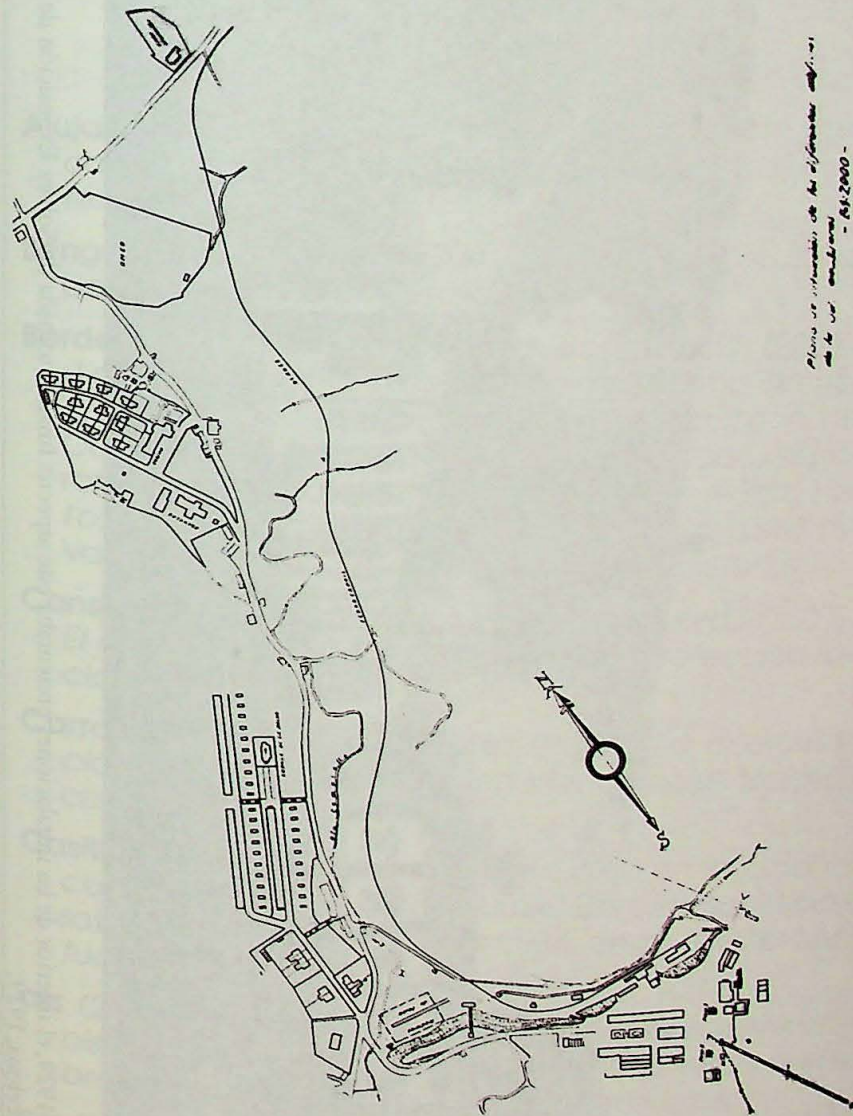
Resumen. «El entorno social de Minas de Lieres: organización espacial, urbanismo y sociabilidad»

El estudio de los conflictos sociales en la industria y las técnicas empresariales de adaptación productiva de la mano de obra se suele hacer desde la perspectiva de la implantación del taylorismo como mecanismo de sometimiento y expropiación de los saberes del oficio, para convertir a los obreros en piezas intercambiables, de rendimiento mensurable y sin capacidad de negociación. Pero hay casos, como el de la minería asturiana, en los que la organización científica del trabajo se aplicó de forma tardía e incompleta, sin que por ello los patronos renunciaran a utilizar todo aquello que redundara en un mayor aprovechamiento de la fuerza de trabajo. La forma más acabada de hacerlo fue el paternalismo industrial. En este artículo se trata de poner de relieve, mediante el ejemplo de una empresa hullera, un aspecto concreto de este entramado socio-laboral: la importancia que los espacios cotidianos, su creación y su uso, tienen en este contexto para los fines de las empresas y las resistencias que suscitan en los trabajadores.

Abstract. «The social environment of the Minas de Lieres: spatial organization, urbanism and sociability»

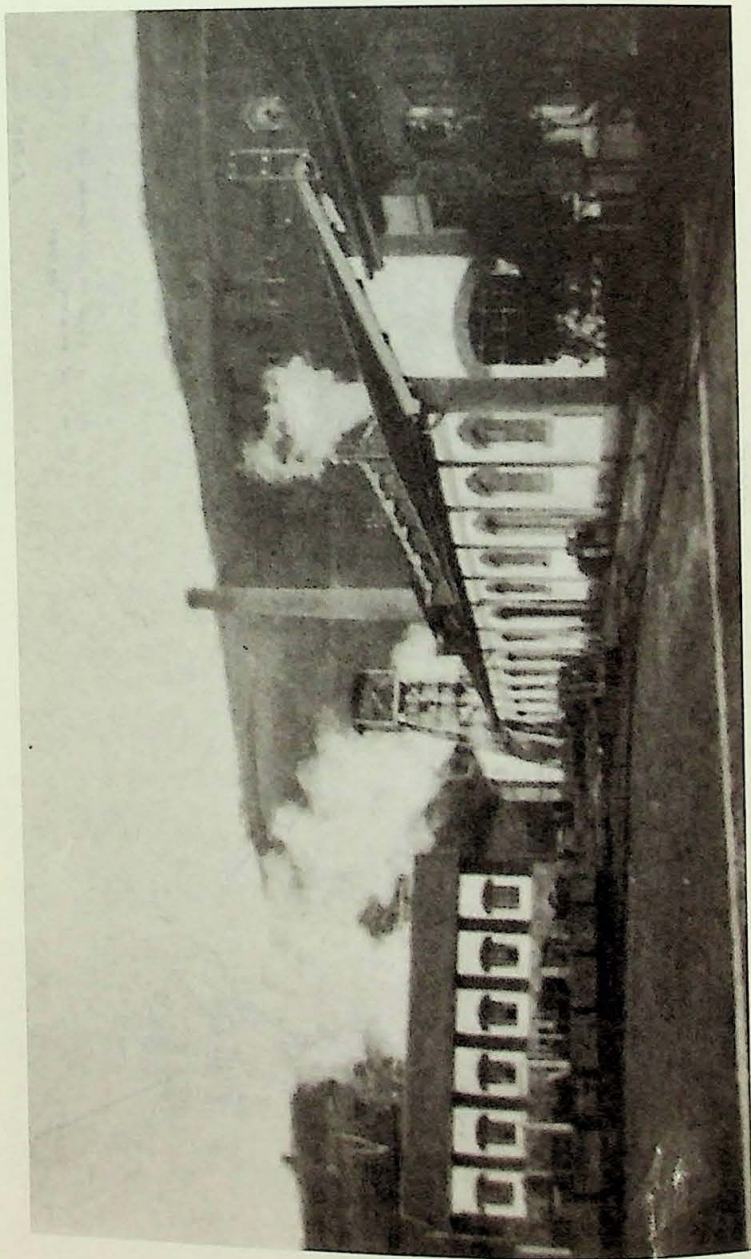
Studies of the relation between industrial conflict and changes in management labour strategies have tended to focus on the introduction of Taylorism. This was one of the key mechanisms used to subordinate labour and expropriate workers' trade and know-how in order to turn them into interchangeable pieces in the chain of production, responsible for a measurable output and with no bargaining power. However, in some cases, such as that of the mines in northern Spain, the scientific organization of work was introduced relatively late and incompletely. Nonetheless, this did not mean that employers were not open to any instrument that might help them obtain more from their workforce. The most refined example of such management strategies took the form of industrial paternalism. This case study of a mining company focuses on a particular aspect of the social and productive framework: the importance of everyday spaces, their creation, transformation and use, in both employers' strategies and worker's resistance to these.

(Plano de la pág. siguiente). En el extremo inferior izquierdo está la plaza de la mina, con el jardín en el centro y el economato, los almacenes y las oficinas a los lados. En el medio, entre el jardín y los pozos, la casa de aseo. La carretera discurre por el fondo de un valle, junto al río Campiello, que da nombre al lugar. Las construcciones más próximas a la mina son viviendas adosadas para empleados y el hospital, de principios del siglo xx. A continuación, los bloques de viviendas con sus parcelas y las casetas para aperos entre ellos, junto a la capilla de La Salud. Más al norte, la promoción de finales de los años cincuenta y principios de los sesenta: la escuela y el casino nuevos y chalecitos adosados para los empleados. A la derecha, el campo de fútbol (Omeo) y, ya en la carretera de Santander, la casa de dirección.



Plano de urbanismo de la explotación minera de la ur. asturiana - 64-2000 -

L-2685



En el año 1929, el interior de las instalaciones presentaba este aspecto. Imagen tomada de Solvay. Exposición de Barcelona 1929, Barcelona, 1929.

Libros recibidos en la Redacción

- Alujas Ruiz, Juan A.** (2003), *Políticas activas de mercado de trabajo en España. Situación en el contexto europeo*, Madrid, CES.
- Bengoechea, Soledad** (2004), *El secrets del Poble Espanyol*, Barcelona, Pensa.
- Borderías, C.; Borrell, M.; Ibarz, J.; Villar, C.** (2003), «Los eslabones perdidos del sindicalismo democrático: la militancia femenina de las ccoo de Catalunya durante el franquismo», Bilbao, separata, pp. 161-206, del número 26 de la revista *Historia Contemporánea*, Universidad del País Vasco.
- Cansino Muñoz-Repiso, José Manuel** (coord.) (2003), *El campo andaluz y extremeño: la protección social agraria*, Madrid, CES.
- Carrascosa Bermejo, Dolores** (2004), *La coordinación comunitaria de la Seguridad Social*, Madrid, CES.
- Castillo, S.** (2003), «Mutualidad y salud en la España contemporánea, 1839-2002», Barcelona, separata, pp. 11-18, del número 14 de la revista *Mutual*.
- CES** (2003), *La negociación colectiva como mecanismo de promoción de la igualdad entre hombres y mujeres*, Informe 2/2003, Madrid, CES.
- CES** (2003), *Segundo informe sobre la situación de las mujeres en la realidad sociolaboral española*, Informe 3/2003, Madrid, CES.

CES (2004), *La inmigración y el mercado de trabajo en España*, Informe 2/2004, Madrid, CES.

Cruz Sofía, Alexandra (2003), *Entre a Casa e a Caixa. Retrato de Trabalhadoras na Grande Distribuição*, Porto, Edições Afrontamento.

Didry, Claude (2002), *Naissance de la convention collective. Débats juridiques et luttres sociales en France au début du vingtième siècle*, París, Editions de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales.

Dror, David M. y Preker, Alexander S. (coord.) (2003), *Réassurance sociale. Stabiliser les micro-assurances santé dans les pays pauvres*, Ginebra, OIT.

García Díez, Susana (2003), *Análisis socioeconómico de la estructura productiva de los hogares. La experiencia española en la última década del siglo XX*, Madrid, CES.

Gómez Gordillo, Rafael (2003), *El comité de Empresa europeo. Un estudio jurídico*, Madrid, CES.

Grieco, A. et al. (eds.) (2003), *Origins of occupational health Associations in the world*, Amsterdam, Elsevier Science B. V.

Hernanz Martín, Virginia (2003), *El trabajo temporal y la segmentación. Un estudio de las transiciones laborales*, Madrid, CES.

Martínez López, Fernando (2003), *La barbería de la Almedina. Los orígenes del socialismo almeriense, 1880-1903*, Almería, Universidad de Almería

Menéndez Sebastián, Paz (2003), *Aptitud legal y capacidad en el contrato de trabajo*, Madrid, CES.

Los libros para esta sección y para comentario en notas críticas y reseñas deben enviarse a: Santiago Castillo, Revista *Sociología del Trabajo*, Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, Universidad Complutense, Campus de Somosaguas, 28223 Madrid.

LE ANUNCIAMOS UN NUEVO SITIO
PARA LOS ESTUDIOS SOCIALES EN INTERNET

PURESOC

Publicaciones y recursos de sociología y áreas afines
www.unavarra.es/puresoc

PURESOC se dirige a la comunidad académica y profesional, en especial de las áreas de Antropología Social y Cultural, Ciencia Política y de la Administración, Historia del Pensamiento y de los Movimientos sociales y Políticos, Psicología social, Sociología y Trabajo Social.

Prestamos dos servicios a nuestros visitantes:

1. Hemos reunido, clasificado y ordenado varios cientos de vínculos. De un lado, enlaces a *instituciones y organizaciones* como universidades, facultades, escuelas universitarias, departamentos, áreas de conocimiento, Academias del Instituto de España, asociaciones y colegios profesionales, bibliotecas y hemerotecas virtuales, editoriales públicas y privadas, y páginas personales de autores de referencia internacional y de nuestros colaboradores. De otro lado, enlaces a revistas electrónicas, del área ibérica/iberoamericana y del resto del mundo, a diccionarios virtuales y sitios web nacionales e internacionales, así como páginas de revistas que ofrecen sus índices o resúmenes y revistas electrónicas accesibles por suscripción.
2. Ofrecemos un espacio de difusión *comunalista* rápido, abierto y gratuito para divulgar todo tipo de contenidos. Disponemos de una *Sala de Conferencias* donde ubicar lecciones dictadas para las que se desee más visibilidad. Nos interesa en especial el material docente de calidad, por lo que publicamos *Lecciones magistrales*, que por su índole didáctica no encuentra sitio en la prensa formal. Conferencias o lecciones que se presenten agrupadas en un conjunto, fruto de un seminario, curso, encuentro, jornada, curso de verano, etc. pueden publicarse como *libros electrónicos*. La sección *Palacio de Congresos* establece enlaces a los congresos virtuales que proliferan cada vez más y a sus actas electrónicas de resúmenes o ponencias completas. Por fin, las secciones *Tribuna Libre* y *Becarios y Precarios* se abren a profesionales y profesores estables o a profesores contratados y becarios que deseen más visibilidad y un espacio abierto para sus reflexiones, notas de investigación, *newsletters*, reseñas, documentos de trabajo, borradores, etc.

Invitamos a todos a participar en este proyecto enviándonos contenidos, nuevos enlaces, etc. Les agradecemos que colaboren con nosotros a mejorar la visibilidad, la libre accesibilidad y la comunicación de los Estudios Sociales.

JUAN MANUEL IRANZO (coord.)
Universidad Pública de Navarra
puresoc@unavarra.es

Work, employment and society

VOLUME 18 • NUMBER 3 • SEPTEMBER 2004

Contents

Articles

'Just a temp'? Women, temporary employment and lifestyle
Catherine Casey and Petricia Alach 459

Equal opportunities policy and practice in Britain: evaluating the
'empty shell' hypothesis
Kim Hoque and Mike Noon 481

Divided workers: social relations between contract and regular workers
in a Korean auto company
Lee, Byoung-Hoon and Stephen J. Frenkel 507

Working time and work and family conflict in the Netherlands,
Sweden and the UK
Christine R. Cousins and Ning Tang 531

Work and family life balance: the impact of the 35-hour laws in France
Jeanne Fagnani and Marie-Thérèse Letablier 551

'Portfolio careers' and the search for flexibility in later life
Kerry Platman 573

Sociology of Work and Employment Elsewhere 601

Review Article
Challenging the foundations of organization theory
Michael Rowlinson 607

Extended Review 621

Book Reviews 631

Books Received 643



Director
Fernando Vallespín Oña

Secretaría
Mercedes Contreras Porta

Consejo Editorial
Luis Enrique Alonso Benito, Eduardo Bericat Alastuey, Julio Carabaña Morales, Lorenzo Cachón Rodríguez, José Luis Leal Maldonado, Eduardo López-Aranguren, Enrique Luque Baena, Faustino Miguélez Lobo, Jaime Luis Peón Pérez, Alfonso Pérez-Agote, Ramón Ramos Torre, Emilio Rodríguez Lara, Cayo Sastre, Joan Subirats Humet, Mariano Torcal Lorient

Redacción y suscripciones
Centro de Investigaciones Sociológicas
Montalbán, 8, 28014 Madrid (España)
Tels. 91 580 76 07 / 91 580 76 14
Fax 91 580 76 19

Distribución
Latorre Literaria
Polígono Industrial El Malvar
Camino de Boca Alta, Naves 8 y 9
28500 Arganda del Rey (Madrid)
Tels. 91 871 93 72 / 91 871 93 79
Fax 91 871 94 08
E-mail: pedidos@latorreliteraria.es

Precios de suscripción
Anual (4 números): 30 €
Números sueltos: 9 €

CIS

Centro de Investigaciones Sociológicas

**Revista Española
de Investigaciones
Sociológicas**

106

Abril-Junio 2004

María Ángeles Durán
La calidad de muerte
como componente
de la calidad de vida

Bent Flyvbjerg
Cinco malentendidos
acerca de la
investigación mediante
los estudios de caso

Arturo Lahera Sánchez
La participación
de los trabajadores
en la calidad total:
nuevos dispositivos
disciplinarios
de organización
del trabajo

A. Javier Izquierdo
Procedimientos de
restauración del sentido
ordinario de la realidad:
un estudio de las
secuencias de revelación
de las bromas
de cámara oculta

David Casado Neira
Credo, sangre y
biomedicina:
un análisis desde
la donación de sangre

**Alfredo Alfageme Chao
y Mariví Martínez
Sancho**
Estructura de edades,
escolarización y tamaño
de la población gitana
asentada en España

Crítica de Libros

POLITICA SOCIEDAD

Revista cuatrimestral de Ciencias Sociales

Facultad de Ciencias Políticas y Sociología. Universidad Complutense

Presidente:

Francisco Aldecoa Luzárraga

Director:

Ramón Ramos Torre

Consejo de Redacción:

Víctor Abreu Fernández, Rafael Bañón Martínez, Inés Campillo Sierra,
Cecilia Castaño Collado, M.^a Isabel Castaño García, Juan José Castillo Alonso,
María Cátedra Tomás, Eduardo Crespo Suárez, Rafael Cruz Martínez, María González Encinar,
Jesús Leal Maldonado, Lorenzo Navarrete Moreno, Laureano Pérez Latorre,
Fernando Valdés dal Ré

Secretaría:

Carmen Pérez Hernando

CONTENIDO Vol. 40 Núm. 3 (2003)

Patricia Jiménez de Parga y Maseda
Análisis del principio de precaución en Derecho internacional público: perspectiva universal y perspectiva regional europea

Ramón Ramos Torre
Al hilo de la precaución: Jonas y Luhmann sobre la crisis ecológica

José Luis Luján y José Antonio López-Cerezo
La dimensión social de la tecnología y el principio de precaución

Susana Aguilar y Andrew J. Jordan
Principio de precaución, políticas públicas y riesgo

J. David Tàbara, Daniel Polo y Louis Lemkow
Precaución, riesgo y sostenibilidad en los organismos agrícolas genéticamente modificados

Silvina Gernaert, María Martha Lucano y Gloria Grinstein
El principio precautorio y el caso de los organismos genéticamente modificados en Argentina

Amparo Gómez Rodríguez
El principio de precaución en la gestión internacional del riesgo medioambiental

Manuel Espinel Vallejo
Sociedad del riesgo y SIDA: el caso de Sudáfrica

Pablo Francescutti
«Vacaciones locas» y comunicación del riesgo: un análisis de la prensa española

VIARIOS:

Diego Palacios Cerezales
Confrontación, violencia política y democratización. Portugal 1975

Noelia González Adán
El absolutismo y la Constitución de Cádiz: consideraciones sobre la gestación del «poder responsable» en la crisis del Antiguo Régimen

NOTA DE INVESTIGACIÓN:

Manuela Palmeirim
Identidad, etnicidad y mitos de fundación: «L'empire lunda» y los aruwund del Congo

SUSCRIPCIONES

ESPAÑA Y UNIÓN EUROPEA

Suscripción individual: 30,00 €
Suscripción institucional: 36,00 €
Número suelto: 12,00 €

RESTO DEL MUNDO

Suscripción individual: 40 \$
Suscripción institucional: 50 \$
Número suelto: 20 \$

POLITICA SOCIEDAD

Revista cuatrimestral de Ciencias Sociales

Facultad de Ciencias Políticas y Sociología. Universidad Complutense

Presidente:

Francisco Aldecoa Luzárraga

Director:

Ramón Ramos Torre

Consejo de Redacción:

Víctor Abreu Fernández, Rafael Bañón Martínez, Inés Campillo Sierra,
Cecilia Castaño Collado, M.^a Isabel Castaño García, Juan José Castillo Alonso,
Marta Cátedra Tomás, Eduardo Crespo Suárez, Rafael Cruz Martínez, María González Encinar,
Jesús Leal Maldonado, Lorenzo Navarrete Moreno, Laureano Pérez Latorre,
Fernando Valdés dal Ré

Secretaría:

Carmen Pérez Hernando

CONTENIDO Vol. 41 Núm. 1 (2004)

Ramón Cotarelo
¿Hay una Brunete mediática en España?

Óscar García Luengo
El tratamiento del acuerdo por las libertades y en contra del Terrorismo en los Medios de Comunicación

Ariel Jerez Novara y Víctor Sampedro
Visibilidad pública y tratamiento informativo del movimiento de cooperación al desarrollo (1992-2002)

Teresa Sádaba Garraza
Enfoques periodísticos y marcos de participación política. Una aproximación conjunta a la teoría del encuadre

Victor Sampedro, Tania Cordero y Kevin Barnhurst
Medios comerciales y ciudadanos de segunda

Manuel Alejandro Guerrero
La apertura de la televisión privada en México

Ángel Badillo y María de los Angeles Moreno
La política de comunicación del Partido Popular: el caso de la televisión local

Javier Alcalde Villacampa
Movimiento social, proceso político y Mass media: El movimiento pacifista catalán ante los conflictos de Kosovo y Chechenia

Daniela Schreiber y Oscar García Luengo
¿Videomalestar o círculo virtuoso? Una primera aproximación empírica a la exposición mediática y el compromiso político en España y Alemania

Olga Gil
La Unión Europea, las comunicaciones electrónicas y los bienes digitales

VIARIOS:

Celso Sánchez Capdequí
El dinero y el anhelo de inmortalidad del individuo moderno

Concepción Fernández Villanueva y Cols.
Formas de legitimación de la violencia en TV

RECENSIONES:

Alberto Riesco
Razas en conflicto, perspectivas sociológicas, de Eduardo Terrén

Eduardo Crespo
Municipios para disidentes. Realidad-Verdad-Política de Tomás Ibáñez

Carmen Romero
Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del sexo de Judith Butler

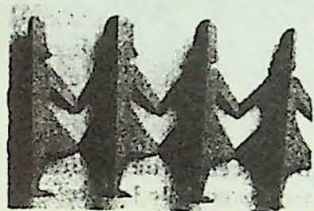
SUSCRIPCIONES

ESPAÑA Y UNIÓN EUROPEA

Suscripción individual: 27,00 €
Suscripción institucional: 33,00 €
Número suelto: 15,00 €

RESTO DEL MUNDO

Suscripción individual: 40,00 €
Suscripción institucional: 50,00 €
Número suelto: 20,00 €



Add dimension to
your sociological
research

sociological abstracts

Comprehensive, cost-effective, timely

Abstracts of articles, books, and conference papers from nearly 2,500 journals published in 35 countries; citations of relevant dissertations as well as books and other media.

Available in print or electronically through the Internet Database Service from Cambridge Scientific Abstracts (www.csa.com).

Contact sales@csa.com for trial Internet access or a sample issue.

sociological abstracts

Published by CSA



Cambridge Scientific Abstracts

7200 Wisconsin Avenue

Bethesda, Maryland 20814 USA

Tel: +1 301-961-6700

Fax: +1 301-961-6720

E-Mail: sales@csa.com

Web: www.csa.com



Sociología del Trabajo

NUEVA ÉPOCA

Dirección: Juan J. Castillo y Santiago Castillo.

Consejo de Redacción: Arnaldo Bagnasco, Juan J. Castillo, Santiago Castillo, Daniel Cornfield, Michel Freyssenet, Enrique de la Garza, Juan Manuel Iranzo, Ilona Kovács, Marcia de P. Leite, Ruth Milkman, Alfonso Ortí, Andrés Pedreño, Michel Pialoux, Ludger Pries, Helen Rainbird, José M.^a Sierra, Agnes Simony, Jorge Uría, Fernando Valdés Dal-Re, Imanol Zubero.

Número 51 (primavera de 2004)

Convenios colectivos y clasificaciones profesionales

Claude Didry, Convenio colectivo y clasificaciones profesionales. Historia de un encuentro: el caso francés (1900-1937)

Josep Espluga Trenc, La exposición laboral a pesticidas en la agricultura. Un caso de aparente subestimación del riesgo

Emilio Sáez Soro, Transformaciones en la figura del profesional a través del teletrabajo

Pablo García Ruiz y Carlos García Pont, Estructura y acción en las empresas multinacionales. El nuevo rol de los mandos intermedios

Ana Gómez Pérez, Montserrat Rosa Caro y Esteban Ruiz Ballesteros, Transformación organizacional y prestación de servicios. Investigación participativa en un centro de servicios sociales comunitarios

Pablo López Calle, Cemento: fórmula química y relación social. La creación de una colonia industrial en Guadalajara

Redacción: Revista *Sociología del Trabajo*
Facultad de Ciencias Políticas y Sociología
Universidad Complutense
Campus de Somosaguas. 28223 Madrid.

Edición y administración: Siglo XXI de España Editores, S. A.
Príncipe de Vergara, 78 - 2.º dcha. 28006 Madrid
Teléf. 91 562 37 23 - 91 561 77 48. Fax: 91 561 58 19
E-mail: sigloxxi@sigloxxieditores.com

Suscripciones

Mundi-Prensa Libros, S. A.
Castelló, 37. 28001 Madrid

Tel.: 91 436 37 01

Fax: 91 575 39 98

E-mail: suscripciones@mundiprensa.es

Anual (3 números)

España: 31 € (5.158 ptas.);
(núm. suelto: 12 €) (1.997 ptas.)

Europa: 35 € (5.824 ptas.);

Resto del mundo: 46,25 € (7.695 ptas.)

Correo aéreo: 87,51 € (14.560 ptas.)

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

Deseo suscribirme a *Sociología del Trabajo*

SUSCRIPCIÓN ANUAL: (3 números)	ESPAÑA	31 € (5.158 ptas.)
	Europa	35 € (5.824 ptas.)
	Resto del mundo	46,25 € (7.695 ptas.)
	Correo aéreo	87,51 € (14.560 ptas.)

MUNDI-PRENSA LIBROS, S. A.
Castelló, 37. 28001 Madrid
Teléf.: 91 436 37 01
Fax: 91 575 39 98
E-mail: suscripciones@mundiprensa.es

Nombre y apellidos

Calle

Población

Profesión

Cód. Postal

Provincia

CHEQUE ADJUNTO A NOMBRE DE MUNDI-PRENSA

GIRO POSTAL

VISA n.º

AMEX n.º

Fecha caducidad

Fecha

Firma obligatoria

NUESTRAS DIRECCIONES

Redacción

Revista **Sociología del Trabajo**
Facultad de Ciencias Políticas y Sociología
Universidad Complutense
Campus de Somosaguas
28223 Pozuelo de Alarcón (Madrid)

Edición

Siglo XXI de España Editores, S. A.
Príncipe de Vergara, 78 - 2º dcha.
28006 Madrid
Teléfonos: 91 562 37 23 - 91 561 77 48
Fax: 91 561 58 19
E-mail: sigloxxi@sigloxxieditores.com
<http://www.sigloxxieditores.com>

Suscripciones

Mundi-Prensa Libros, S. A.
Castelló, 37. 28001 Madrid
Teléfono: 91 436 37 01
Fax: 91 575 39 98
E-mail: suscripciones@mundiprensa.es
www.mundiprensa.com

Venta de números atrasados o colecciones

Siglo XXI de España Editores, S. A.
Príncipe de Vergara, 78 - 2º dcha.
28006 Madrid
Teléfono: (34) 91 745 09 13
Fax: (34) 91 561 58 19
E-mail: ventas@sigloxxieditores.com